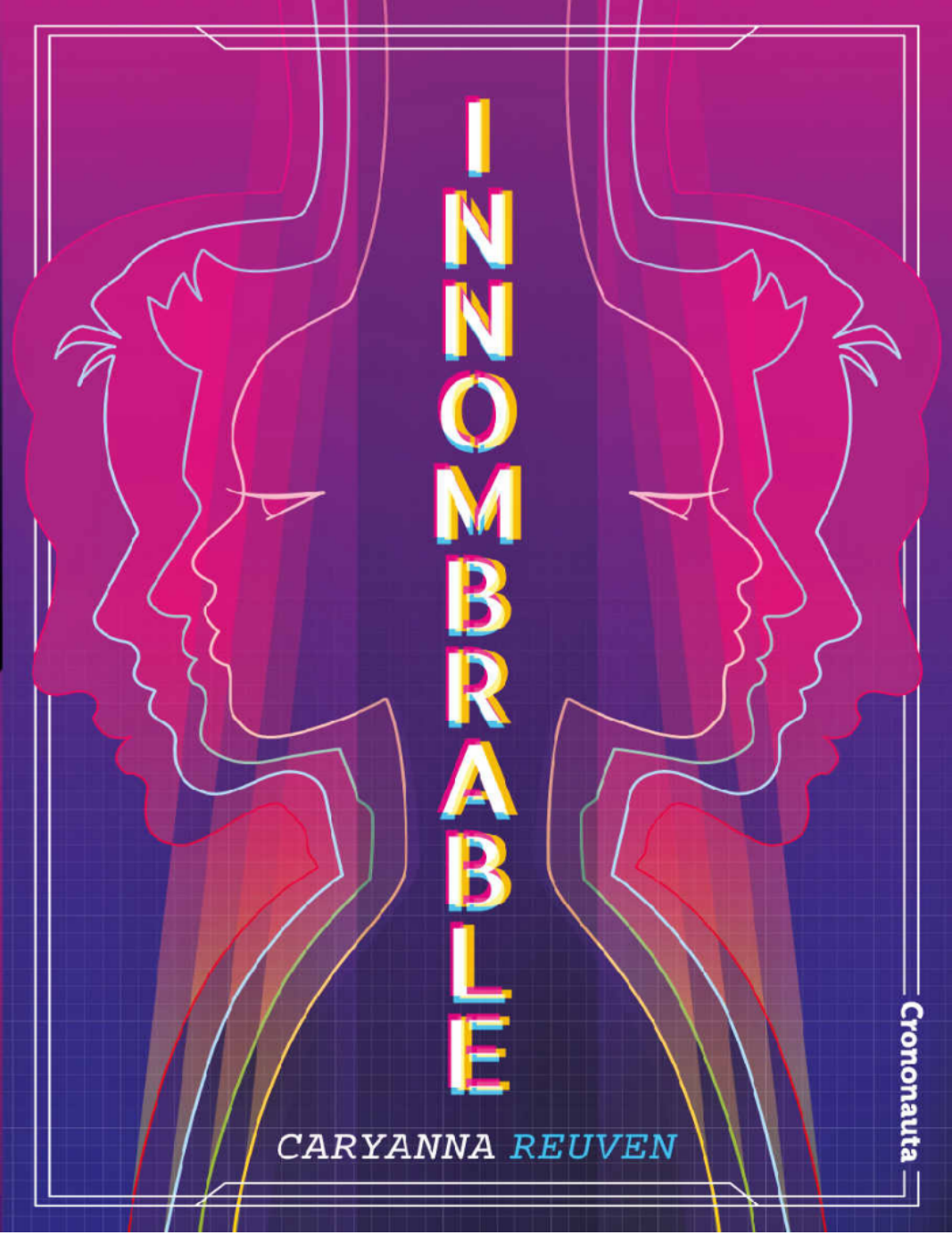
INNOMBRABLE
CARYANNA REUVEN
Crononauta

INNOMBRABLE

CARYANNA REUVEN

Crononauta

Índice

1. Inicio
2. Aviso de copyright
3. Primera parte: Agente IN.00
4. Segunda parte: Pelo Azul y Pelo Plata
5. Tercera parte: Quimeras
6. Cuarta parte: Morgens
7. Quinta parte: Unión
8. Sexta parte: Fluyente
9. Agradecimientos
10. Sobre la autora
11. Crononauta
12. Contraportada

Innombrable
© 2021 por Caryanna Reuven

Primera edición, noviembre 2021
© Arte y diseño de la cubierta de Sara H. Randt
© Edición de Crononauta
www.crononauta.es

e-ISBN: 978-84-123543-4-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

PRIMERA PARTE

Agente IN.00

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
37 de Dekra de 2794. 15:50.

Amnaashalla resopló con disimulo y ahogó un bostezo mientras su cerebro volvía a conectar con lo que Errgan estaba diciendo.

—… ejercer nuestra habilidad sobre aquello que determina la naturaleza de cada objeto o ser existente. Así es como modificamos su estructura, su naturaleza, su esencia misma y, por tanto, su nombre verdadero. Recordemos que el nombre no se limita a la denominación que algo recibe, ya sea propia o dada por otro, sino a todo lo que hace que sea lo que es: desde su estructura atómica hasta el proceso de fabricación, en caso de tratarse de un objeto asentiente. O, si hablamos de un sentiente, desde su código genético o informático hasta la misma organización de su consciencia y la percepción que tiene de sí mismo como individuo y la que aquellos que le rodean tienen de él. Incluso cosas que podrían parecer tan triviales como el lugar en el que están en el instante de la renombración.

»Y justo por eso, por ese pequeño detalle, muy pocos agentes pueden renombrar a alguien más allá del huso horario en el que se encuentran. Más aún, solo aquellos con extraordinarias capacidades mentales son lo suficientemente hábiles para hacer los cálculos matemáticos necesarios a la hora de renombrar fuera de su propio planeta y nunca se ha dado el caso de nadie que lo haya logrado más lejos que la órbita de una de sus lunas, si es que las tienen.

Amnaashalla apretó los labios y miró a su alrededor de reojo, nadie le prestaba atención. Aún no.

«Al menos en esto no soy distinta. Depende del tamaño del planeta, pero mi alcance no llega ni a la mitad».

Contuvo un resoplido. Todas aquellas reuniones de actualización empezaban siempre igual. Entre otras cosas, porque solía haber un novato a quien instruir, al menos durante el último año. Amnaashalla empezaba a pensar que los traían a propósito hasta Aeni solo para poder tener la excusa de volver a repetir lo mismo una y otra vez. En cualquier caso, el discurso de Errgan era tan aburrido como de costumbre. Seguramente su jefe no comentaría nada interesante hasta el final de la exposición, si es que había alguna novedad.

«Y si hay algo», se dijo con hastío, «no será nada relevante, salvo que haya surgido otra mutación como la mía y los cerebritos estén revisando de nuevo todas esas cosas que creen saber, pero de las que, en realidad, no tienen idea».

—Debo recordarles en este punto, agentes, que nadie ha sido capaz de renombrarse a sí mismo hasta la fecha, así que no lo intenten. Lo único bueno que sacarán es un dolor de cabeza o, lo más probable, una embolia…

«Bla, bla, bla…».

Cellion suspiró de nuevo e, incapaz de contenerse, se empezó a enfadar al sentir cómo las miradas del resto de sus compañeros se volvían hacia él. Como era habitual, las ignoró. Siempre pasaba lo mismo. Cada. Maldita. Vez.

«Sí, sí. Ya lo sé. Todo el mundo lo sabe. Yo soy la excepción. Vosotros lo sabéis, yo lo sé. Lo que tú digas, jefe. Ojalá no insistieras en ello cada vez que nos convocas».

—Del mismo modo, no toda renombración se puede deshacer. Las más habituales siguen siendo las mentales, motivacionales y psicológicas. También las más seguras y que mayor porcentaje de reversión exitosa alcanzan, a diferencia de las genéticas o de código. Somos conscientes del enorme potencial de este tipo de técnicas y de la tentación que puede suponer para une agente novate. —Errgan fulminó con la mirada a le agente no binarie que se había incorporado a la agencia el mes pasado y cuyo nombre ni siquiera recordaba. Cellion sintió una pena fugaz por le pobre chique, pero se le pasó rápido; todos habían sufrido esa mirada del jefe en la primera reunión, justo en aquel mismo punto del discurso—. Los riesgos que entraña son infinitamente mayores que los del resto de renombraciones.

»Un error y podéis descubriros ante un agente enemigo cuando menos lo deseéis. Un error y mutilaréis a alguien de forma no intencionada. Un éxito y mutilaréis a alguien de la forma deseada, pero será ilegal. La renombración genética o de código solo está autorizada a unos pocos especialistas con habilidades y conocimientos específicos y, además, requiere la aprobación del curso correspondiente…

Otra vez las miradas sobre él. En su espalda. ¡En su rostro! ¿Es que no podían dejar de mirarle la cara? Por suerte, esa vez no vinieron acompañadas de ningún cuchicheo. Cellion deseó poder levantarse y atizar a todas las personas que le observaban. Por desgracia, era imposible, así que, en vez de eso, centró toda su atención en el terminal de proyección que tenía justo al lado, para intentar no ser el especial, el raro, el que podía hacer cosas que los demás no eran capaces ni de soñar. El afortunado.

Dejó de prestar atención a Errgan y a su diatriba sobre las renombraciones no reversibles, esas que ocurrían cuando te destrozaban tanto el ADN que era imposible de reconstruir y que afectaban casi siempre a las células del cerebro. Ya se lo sabía de memoria. Muchos de sus compañeros también.

Muchos habían sido testigos de sus efectos.

Algunos, los más afortunados, incluso habían sido víctimas de ellas y estaban todavía vivos para contarlo.

Apretó los dientes.

«El proyector. Ibas a hacer algo con él, ¿no? Pues ponte a ello. Ignora a Errgan. Total, para lo que está contando».

Aquel aparato que tenía a su diestra era gris, burdo, aséptico, soso… Aburrido. No estaba pensado para agradar a nadie, igual que la charla de Errgan. Tan solo había sido diseñado para cumplir con el sencillo objetivo de proyectar los holos del emisor en aquella sala, y así era como el resto de sus compañeros de la agencia asistía siempre a las reuniones. a distancia, sin necesidad de comparecer en persona. Él, a diferencia de todos los demás, tenía el proyector apagado porque nunca lo usaba. Podía ir físicamente a donde quisiera sin correr ningún riesgo. No necesitaba ese tipo de protección.

«Podrían hacerlos más bonitos y no tan horribles. Ya, sí, por supuesto, claro que sí. Solo que sería un gasto de diseño estúpido que no aportaría nada. Pero…».

Entrecerró los ojos grises sin dejar de mirar el proyector. Parpadeó una, dos veces, ajustando su visión, y adentró su consciencia en las diminutas piezas que conformaban el aparato. Estaban hechas de plástico y aleaciones complejas, resistentes a casi todas las fuerzas conocidas. A casi todas. No a la que elle iba a emplear. Mercal esbozó una sonrisa y se internó más aún en aquella estructura artificial. Había chips, cables, nanomateriales, placas diminutas con marcas empresariales y sellos de fabricación. Las examinó todas. Se conectó a la net planetaria y buscó información sobre el número de serie y el modelo del proyector, sobre las compañías que habían intervenido en su fabricación, desde las que extraían las materias primas hasta las responsables del montaje final. Luego se hundió más aún, analizando la estructura molecular de cada una de las partes hasta tener, por fin, una imagen del todo, el nombre verdadero.

Y entonces lo pronunció en un susurro, letra a letra, significado a significado y… lo alteró. Primero, reordenó tan solo los átomos que conformaban su carcasa y modificó la estructura externa del proyector para hacerla más fluida. Después no fue complicado cambiar y desestructurar los átomos de estroncio que formaban parte del color hasta dejar solo los de cobre. Cuando acabó, reordenó los enlaces atómicos de las moléculas para estabilizar la nueva capa de color.

El aparato onduló, se hizo más estilizado, su superficie pareció rebullir y, donde antes solo había ángulos opacos de aspecto ceniciento, aparecieron agradables formas redondeadas de un brillante tono rojo. Todo el proceso apenas le llevó unos segundos.

Un divertimento. Una tontería. Un juego. Nada complicado si se

comparaba con una alteración sentiente.

Sonrió y asintió para luego acariciar con sus rechonchos dedos la suave superficie metalizada. Un éxito bello y perfecto…

—Y es por eso por lo que toda alteración no autorizada debe ser perseguida por la ley, dado que contraviene el primer artículo del Reglamento de la Comisión Planetaria de la Federación 8931/2765. ¿No es así, agente IN.00?

Aquella pregunta, pronunciada en un tono más alto por su jefe, le sacó de golpe de su ensoñación. Mercal mostró los dientes en un gesto de desagrado, sin un ápice de arrepentimiento, y devolvió su atención a Errgan, que ahora le miraba con un disgusto mal disimulado.

Vaya, mala suerte. Le habían descubierto antes de lo que pensaba.

«Bueno, nada que no supiera que fuera a pasar», reflexionó, entrecerrando los ojos grises con cierto fastidio. «Solo que ahora todo el mundo me vuelve a mirar y justo estoy cambiando».

Aghive se encogió de hombros sin hacer el más mínimo intento por estabilizarse. No era que no estuviera acostumbrade, después de todo, pero seguía siendo molesto. Así se resaltaba lo diferente que era, lo anómale. «Le mutante», como susurraban cuando creían que no los podía oír.

—¿No es así, agente IN.00? ¿Acaso tengo que repetírselo por tercera vez?

Aghive apretó los labios finos y delgados con irritación y se puso en pie para cuadrarse ante Errgan todo lo que daba de sí su corta estatura.

—¡Así es, señor! ¡Ningún agente puede realizar alteraciones no aprobadas de nombres verdaderos! ¡De acuerdo con el Reglamento CPF-8931/2765, toda renombración debe ser solicitada previamente al Departamento de Defensa y solo en caso de existir una autorización acreditada de un superior podrá un agente proceder! En el resto de los casos, se considerará una infracción del código ético del departamento y se abrirá un expediente disciplinario al agente que lo haya infringido. La renombración sin autorización previa solo se autorizará en casos de fuerza mayor durante el ejercicio de nuestro deber en misiones de campo, donde…

—¡Ya sé que se sabe las reglas, agente IN.00! —le cortó Errgan con un gesto impaciente de la mano—. ¡Ya lo sé, por todos los nombres verdaderos! ¡Solo quiero que las cumpla, no que las recite! — El hombretón resopló con furia mal contenida y le ordenó volver a sentarse. Sin embargo, no le obligó a renombrar el proyector de vuelta a su estado original.

Aquel detalle hizo que Prikaya sonriera para sus adentros —estaba claro que a su jefe tampoco le gustaba demasiado tanta austeridad— y obedeció con una simple inclinación de cabeza. Pese a

todo, no pudo dejar de notar cómo los ojos del resto de sus compañeros seguían cada uno de sus movimientos como si fuera una estrella que nadie sabe cuándo va a convertirse en nova.

«O como si fuera una renombradora no indexada, más bien. Alguien a quien temen y de quien desconfían… Y a quien envidian».

Porque era consciente de que, en el fondo, muchos de sus problemas en la agencia se debían a sus peculiaridades, por llamarlas de alguna forma.

—¡Ahora —tronó el vozarrón de Errgan—, si la, el, le, lo agente IN.00 nos hace el inmenso favor de volver a la realidad de esta sala —Prikaya hizo una mueca al escuchar aquel deliberado insulto por parte de su jefe cuando añadió el «lo» y se obligó a sí misma a mirar al frente y a fingir que prestaba atención—, continuaré explicando la situación actual entre la Federación y la Unión!

Ya estaban de nuevo con eso. Igual que ocurría con el estado del arte de la renombración, no había ni una sola reunión en la que no trataran la Guerra Fría. Y las noticias eran siempre las mismas. Nada ha cambiado.

Las lunas del sistema Ramaina seguían resistiendo el bloqueo de comercio espacial al que las tenían sometidas y no dejaban de llegar rumores sobre la existencia de agentes de la Unión infiltrados allí que estarían evitando que todos aquellos idiotas murieran de hambre y se rindieran, alargando así el conflicto. Igual que ellos tenían los suyos, por supuesto, y todo lo que se hacía se deshacía con la misma rapidez. Así que todo seguía igual. Ningún bando tenía pruebas más allá de eso y, si los agentes enemigos eran la mitad de buenos que ellos, nunca las conseguirían.

Prikaya puso los ojos en blanco a medida que Errgan desglosaba punto por punto la supuesta ubicación, en los sistemas aliados de la Unión o en los neutrales al conflicto, de todos los agentes enemigos cuyo paradero creían conocer. De pronto, un punto rojo destelló sobre el holomapa estelar de Errgan, casi en pleno centro del espacio de la Federación, el sistema Xhing-an. Para su sorpresa, apareció una decena más de sitios dentro de sus fronteras donde los agentes de Inteligencia creían haber avistado renombradores de la Unión.

«¡Por todos los nombres! ¿Qué está…?». Se maldijo a sí misma y alteró sus patrones mentales para aumentar su concentración. Si, tal y como parecía, había un repunte en las posibles infiltraciones, puede que la Unión fuera a lanzar una ofensiva. «Y eso puede ser malo. La peor noticia posible».

Su creciente temor se vio confirmado cuando Errgan comenzó a arengarles sobre los protocolos a seguir en caso de un ataque con armas genéticas o, lo que era peor, con renombradores.

Prikaya se estremeció y sus manos cambiaron de color. Su piel

pasó de un tono crema claro a un marrón muy oscuro de reflejos fríos, para luego volverse blanquecina de nuevo, hasta que la forzó a estabilizarse en algo intermedio de color cobrizo.

—La única defensa real posible contra un ataque así —prosiguió Errgan— es intentar contrarrestar el problema en su origen. Esto es, desactivando al agente enemigo antes de que ataque. Para eso es imprescindible conocer su nombre verdadero. Y por ello debemos volcar todos nuestros esfuerzos en esa tarea de prevención, obtención de información y en las pruebas con semiclones que nos sirven para confirmar si hemos descifrado el nombre de algún agente enemigo. Salvo que entren en juego otros factores y sea imperioso obtener código sobre el terreno para poder desactivar a un renombrador, no nos pondremos en marcha en una misión de campo antes de tener el nombre verdadero. Les recuerdo de nuevo que renombrar no es algo que podamos hacer a años luz de distancia. Siempre implica el riesgo de ser descubierto y capturado.

«Sí, sí, sí, ya. ¡Deja de divagar y ve a la raíz, jefe! ¿Qué está pasando, además del repunte de sospechas de avistamientos para que de pronto insistáis en esto?». Ejaz se toqueteó la mejilla con un elegante dedo índice acabado en una larga uña pintada de negro. «¿Estáis pensando en misiones de campo para desactivar agentes nombrados? ¿O en otra campaña de infiltraciones como la de hace diez años para buscar código en físico? ¡Por todos los nombres! Eso solo sirvió para desencadenar la Masacre Nominal. Fracasamos, nos descubrieron, se filtraron miles de nombres, la diplomacia se fue a la mierda y casi conseguimos que estalle una nueva guerra. Y por eso ninguno de los otros agentes, salvo Errgan, está aquí físicamente. No confían ni en nuestro propio gobierno o, mejor dicho, en su personal de limpieza o en quien sea que destruya luego los residuos que se generan en esta habitación. ¡Por eso exigieron el borrado de su identidad de la base de datos, por todos los nombres! Odian dejar su ADN por ahí, odian dejar cualquier rastro que el enemigo pueda usar en su contra».

Errgan pasó a mostrarles entonces un holo con los últimos datos que habían logrado recopilar sobre los agentes que conocían, sospechaban que existían o cuya secuencia genética se había descifrado casi de forma exclusiva después de aquella desastrosa campaña. Ahora, siempre que podían, usaban drones o piratas informáticos. No había intervenido ni un solo renombrador en persona desde hacía diez años. Eran demasiado importantes como para arriesgarse a que fueran descubiertos, descifrados y renombrados. Tenían el nombre verdadero casi completo de algunos de los agentes que Errgan les mostró; de otros aún no habían obtenido siquiera la confirmación de su existencia real.

Oibara miró a su alrededor con disimulo mientras Errgan seguía hablando. Sus compañeros prestaban atención con inquieta fascinación. Percibía su tensión y miedo con total claridad, pese a que no eran más que proyecciones. Tenían los ojos entrecerrados, los hombros rígidos. Un par incluso parecían estar sudando.

Sabía lo que se estaba preguntando cada uno de ellos en aquel preciso instante.

¿A quiénes estarían a punto de renombrar? ¿Quiénes perderían sus habilidades durante el tiempo suficiente como para ser asesinados o quiénes se limitarían a dejarlo todo y quitarse la vida? ¿Cuándo ocurriría? ¿Ahora? ¿Mañana? ¿Dentro de muchos años? ¿Tal vez nunca? ¿Tal vez ya había ocurrido y ni siquiera lo sabían y se habían transformado en agentes durmientes?

Oibara se miró las manos mientras estas cambiaban y fluían, siempre variando, nunca iguales, más rápido cuando no se concentraba en mantenerse estable o cuanto más nerviosa se sentía, y trató de comprender lo que era saberse tan vulnerable, ser consciente de que tu próximo aliento bien podría ser el último. Él no era capaz de hacerse a la idea. Ella no podía ni imaginarlo. Elle jamás podría experimentarlo.

Porque él, ella, elle no tenía nombre verdadero.

— oOo —

Zaky se puso en pie cuando todos los proyectores de la sala se apagaron y se conectó a la net de la agencia, tal y como les había ordenado Errgan antes de dar la reunión por concluida y salir por la puerta como si tuviera prisa, igual que siempre. No tardó en recibir en su implante de identidad la amonestación oficial por la renombración no autorizada que había realizado, seguida de todos los datos sobre su nueva misión. Ignoró la primera y abrió los archivos de la segunda mientras abandonaba la sala y recorría el pasillo bajo la curiosa mirada de todos los funcionarios que colonizaban el edificio gubernamental.

Era una misión extraplanetaria.

«Así que al final se trata de esto. Nos van a movilizar». Zaky chasqueó los labios. «¿A todos? Si es así…». Sacudió la cabeza y continuó leyendo el resto del archivo. «Investigar una posible infiltración de agentes de la Unión en el sistema Xhing-an. Cambios leves en el gobierno que podrían atribuirse a la presencia de uno o varios renombradores, posiblemente con el apoyo de múltiples agentes físicos recabando datos *in situ*. Grabaciones, impacto, listado de desapariciones...».

Una figura en el pasillo captó su atención. Estaba un poco más adelantada y hablaba con Akame, el secretario de Errgan, un joven del

Departamento de Inteligencia que conocía de vista. El hombre que lo acompañaba era bastante mayor, de pelo cano pulcramente recortado y piel oscura tirando más a dorada que a marrón. Anodino. Poco interesante… Salvo por sus ojos azules, que estuvieron a punto de dejar a Zaky paralizado. Había algo extraño en ellos que no podía identificar, era casi como si, como si…

«Como si tuviera que recordarlos. Pero no lo he visto en mi vida». Según se acercaba a él, se fijó en la placa del pecho y en la banda de color rojo que decoraba la parte superior. «Jefe de Inteligencia de tercer grado. Uno de esos tipos raros que apenas salen de sus cubículos. Eso podría explicar por qué no me suena y por qué me mira así. Aunque… Siento que tendría que conocerlo».

El hombre se acercó más a su interlocutor y se puso a susurrarle algo en el oído sin dejar de observar a Zaky de modo inquietante. Una de las luces que había sobre ellos parpadeó y el súbito destello le provocó una punzada detrás del ojo derecho, casi como si le estuviera a punto de dar una migraña. Contuvo un gruñido y se frotó la ceja, al tiempo que se renombraba para que dejara de molestar.

Suspiró, y la sensación de que debería saber quién era aquel hombre se esfumó tan pronto como había venido. Solo sería otro funcionario más. Uno de tantos; después de todo, no era la primera vez que alguien le miraba de aquella forma.

«Ni la primera, ni la segunda, ni la tercera…». Nekan sacudió la cabeza. Estaba acostumbrade a esos gestos, a ser la comidilla de todos en los pasillos y en la cantina.

¿Es ese? Sí, lo es. No le mires mucho, que es de mala educación. Aun así, es fascinante. Da miedo. Me desconcierta. No sé cómo tratarla. Es necesaria, es nuestra mejor arma. Es une gran agente. Viene poco, no te preocupes. ¿Cómo podemos tener a un monstruo así entre nosotros? ¿De verdad que no tiene nombre? ¿Qué pronombre debe preferir ahora? Es decir, mira, ahora es una mujer, ahora un hombre, cis, trans, agénero, andrógino, ahora gordo, delgada, alte, de piel clara, oscura, con pecas, sin ellas, lunares, verrugas, pelo blanco, rubio, negro, rizado, liso, hirsuto... ¿Es cierto que puede ser incluso verde o morado? ¿Puede variar su edad?

Nekan suspiró con resignación e hizo un esfuerzo por mantenerse constante como Nekan, une agénero negre, alte; de músculos fuertes y definidos y cabello rizado de color azabache; bisexual y de talante tranquilo. Un aspecto normal y corriente. Nada llamativo. Nada fuera de lo normal. Todo por la tranquilidad de sus compañeros de la sección de Inteligencia.

Seguro que el hombre mayor no le había visto nunca y su aparición lo habría pillado por sorpresa; presenciar por primera vez cómo alguien variaba constantemente de aspecto, fluyendo sin cesar

de una identidad a otra, tenía que ser muy confuso, por no mencionar la palabra «asqueroso», como había oído decir a algunas personas. Eso era todo.

Se cruzó con el señor mayor y el secretario de Errgan, los saludó con una cortés inclinación de cabeza y continuó caminando hacia las escaleras y de ahí a la salida del edificio mientras terminaba de repasar los datos sobre su misión.

Sin variar su forma física, Nekan alteró su identidad de modo sutil, mejorando sus procesos cognitivos para poder retener el mayor número posible de datos en su memoria y fijarlos. Necesitaría recordar de un modo más eficaz a nivel orgánico si iba a ir a Xhing-an. Aquellas colonias no permitían implantes tecnológicos de ningún tipo, solo modificaciones biológicas puras. Tendría que extraer su interfaz y prescindir de ella durante todo el tiempo que durara aquella misión, recurriendo solo a primitivas unidades externas portátiles y a terminales fijos. Por eso se la habían adjudicado a elle. Era una misión que requería no solo ir en persona, sino también hacerlo sin apenas apoyo informático, y elle era le únique agente dispueste a aceptar algo así.

Inhaló con fuerza y salió con paso decidido de las instalaciones de la agencia, al mismo tiempo que volvía a dejar que todo cuanto conformaba su ser fluyera. Solo que, para no llamar la atención y desvelar quién era en realidad, lo hizo a un ritmo lo bastante lento como para que nadie se diera cuenta de lo que ocurría.

Después de todo, eso era lo que era, quién era, su misma naturaleza, le, la, el agente IN.00. Innombrable.00. Sin nombre. Imposible de ser renombrado, renombrada, renombrade. El, la, le primere agente de su tipo. También el, la, le únique.

Parque Cūriyaṉiṉ.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
37 de Dekra de 2794. 18:50.

Mientras caminaba bajo la luz del sol artificial que iluminaba la gigantesca gruta donde estaba construida la ciudad, conectó su interfaz y llamó a sus madres. Tenía que cancelar la comida que tenía con ellas dentro de dos semanas, porque ya no estaría en Aeni. No podría decirles la verdad, era consciente de ello, pero, dado que también trabajaban para el gobierno, sabía de sobra que entenderían muy bien su silencio.

Hubo un trino y casi de inmediato un holograma se desplegó ante sus ojos, tan translúcido que no molestaba. En él aparecía el torso de su madre Praveena, de cabello corto y oscuro, ojos verde esmeralda y

la piel de color broncíneo. Saon sintió que algo muy dentro de su pecho se calentaba con solo ver sus facciones anchas y redondeadas, siempre amables y con una perpetua sonrisa en los labios.

—Mamá —saludó, con un suave asentimiento de cabeza.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Cómo te llamo ahora?

—Saon, en este momento soy Saon, con pronombre femenino. ¿Necesitas algún dato más?

—¡No te preocupes, así es perfecto! Por cierto, cariño, me encanta cómo te queda esa piel cobriza y el pelo rubio. Bueno, y todos tus otros aspectos, no pienses que no. Saon entonces, ¿eh? —Miró hacia un lado e hizo un gesto señalándose el ojo derecho y vocalizó algo que Saon no entendió. Su otra madre, Vanda, se conectó a la llamada casi de inmediato.

—¡Ey!

—Ey, mami.

Vanda se echó a reír a carcajadas y sus rizos rojizos, que llevaba sueltos en el lado de la cabeza que no tenía rapado, se agitaron como si tuvieran vida propia. El color de su piel era muy pálido, tanto que casi se le veían las venas, y tenía los ojos de un brillante gris azulado. Allí donde Paraveena era rellenita y llena de curvas, Vanda tenía músculos marcados y bien definidos. El calor que se alojaba en el pecho de Saon creció un poco más al ver que su otra madre también sonreía.

Las quería a ambas con locura. Por cómo la habían cuidado y amado pese al extraño bebé que habían sacado del hectoútero, por la forma en que la habían protegido de todo mal cuando el gobierno se interesó por ella, pero, sobre todo, por ser quienes eran: sus madres. Las mejores madres que nadie podía desear.

—¡«Mami»! ¡Hacía años que no me llamabas así! —protestó la mujer pelirroja, haciendo un mohín del todo falso con los labios—. ¡Qué poco original! ¿Qué ha sido de Vanda, madre uno, madre dos, mamá roja o todas esas otras cosas que se te ocurrían antes?

—Pues que he crecido, Vanda, aunque no lo parezca. Y que ahora, como Saon, tengo un sentido del humor raro, parece.

—¿Y a mí no me llamas Praveena? ¿Solo madre? Me siento… ofendida, Saon —intervino la otra mujer, llevándose la mano al pecho y fingiendo un enfado que realmente no sentía.

—Ya, ya, basta, no me agobiéis. Os quiero a las dos, mamá Pravi y mamá Vandi. ¿Os gusta más así?

Las dos mujeres se echaron a reír y se miraron la una a la otra en la proyección.

—Sí, así está bien, ¿no crees, Pravi?

—Claro que sí, querida Vandi, es perfecto.

Se volvieron hacia ella y ambas, casi como si se leyeran el

pensamiento, fruncieron el ceño a la vez.

—No es una llamada social, ¿verdad? —dijo Praveena—. No estando donde estás. Reconozco los árboles de ese parque como si los hubiera creado yo.

Vanda asintió con seriedad, coincidiendo con su pareja, y se rascó la parte afeitada de la cabeza.

—Más o menos. —Saon esbozó una sonrisa de medio lado y se encogió de hombros—. No podré ir a comer como os prometí, tengo mucho trabajo y ya sabéis cómo funciona esto. Os volveré a llamar cuando acabe con todo y, si os parece bien, podréis venir a casa. Yo cocino.

Vanda entrecerró los ojos y Praveena se limitó a quedarse con el semblante inexpresivo, sin el más mínimo atisbo de su habitual sonrisa. Tras un largo momento de silencio, primero una y luego la otra asintieron con mucha lentitud.

—Entiendo —susurró Praveena.

—Sí —secundó Vanda—. Solo espero que escojas una buena receta y una buena identidad que sepa preparar algo digno de tus mamis.

—Nada de pedirle a tu sistema doméstico que lo haga por ti, cariño.

—Si no, no aceptamos.

Saon notó cómo un nudo en sus entrañas, del que no había sido consciente, se distendía al escuchar aquellas palabras y asintió con rapidez.

—Lo prometo, aprenderé a hacer algo solo por vosotras, ya sabéis que no me aparecen los conocimientos de la nada con solo fluir. No es como si vinieran en un lote genético e intelectual.

—Claro que sí, cariño.

—Por supuesto, amor.

—Vale. Es una promesa, entonces. Esto… Os tengo que dejar ya, ¿vale? Tengo mucho que hacer los próximos días y no sé si…

Vanda sacudió una mano como si espantara un insecto y Praveena le lanzó un beso a través de la proyección holográfica.

—Sí, venga, venga, no te entretenemos más.

—Te queremos, Saon, un beso enorme y un abrazo. Espero que te vaya muy bien en ese trabajo.

—Eso, que vaya bien y que acabes pronto.

Saon sonrió y también fingió besarlas a través de la distancia y los holos.

—Os quiero mucho a ambas —murmuró, y luego desconectó la llamada sin esperar a ver la cara de sorpresa y preocupación que aquellas palabras generarían en sus madres.

«Tal vez eso ha sido excesivo. No se lo digo muy a menudo,

pero… Pero precisamente por eso tenía que hacerlo hoy».

Porque el hecho de que Errgan y la agencia estuvieran movilizando tal vez a gran parte de los agentes la llenaba de inquietud. No solo no era normal, sino que podría indicar que se avecinaban cambios a gran escala en toda la Federación y en el equilibrio que mantenían con la Unión. Cambios que podrían no ser para bien y se convertirían en precursores de una nueva guerra.

«Y si no te enteras de qué están haciendo con los demás no vas a poder dormir en toda la noche. Te conozco, me conozco».

Miró la hora y apretó los gruesos labios en un mohín de frustración. Era pronto; un poco demasiado, quizá, pero no le resultaba inconveniente.

«Bueno, ¿a quiénes me puedo acercar para ver si tienen alguna misión parecida a la mía? A la mayoría no, no sería prudente. Sin embargo, hay algunos que… Sí, tendrán que ser algunos de esos. Huuummm».

¿A cuántos agentes conocía con los requisitos necesarios? Bastantes. ¿A los que pudiera convencer para que le dijeran algo sin decírselo? Menos. ¿En quiénes confiaba lo suficiente para el tipo de acercamiento que tenía pensado? Aún menos. ¿Que confiaran en ella como para permitirle acceder a su casa y a su ADN? Poquísimos. Aunque sí algunos. Los suficientes.

«Marg y Fareeha, por supuesto, me deben más de un favor. Agatea e Itzal siempre se han querido acostar conmigo por el morbo y les caigo bien, tal vez pueda cumplir hoy sus sueños y, a lo mejor, si todo va bien, se les suelta la lengua en la cama. No lo creo, pero siempre es una posibilidad. Zhong-Mao y Brice… Confían en mí como ningún otro y ya hemos sido amantes en el pasado». Asintió para sí mientras los iba enumerando uno a uno, trazando un plan para sonsacarles información. «En cualquier caso, si todo sale mal, siempre puedo beber con ellos hasta que acabemos borrachos perdidos, aunque no sirva para que desembuchen todo lo que saben. Siempre viene bien hacer estas cosas antes de irnos de excursión. Luego ya no podremos».

Terminó de cruzar en silencio el parque que había ante el edificio de la agencia, pensando y analizando de forma distraída los datos de su propia misión. Una vez en el otro lado, en lugar de coger el tren SEM que la acercaba a casa, pidió un Aev para visitar a algunos de sus compañeros renombradores. Iba a ser una noche muy larga. Solo esperaba que también fuera satisfactoria y compensase la resaca que seguramente tendría al día siguiente. Siempre que bebía demasiado le dolía la cabeza y se despertaba hecha un trapo.

Ático en el centro de Aeni.

Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
38 de Dekra de 2794. 06:00.

Primero fue la ventana, que perdió poco a poco la opacidad para dejar entrar la luz del exterior al mismo tiempo que su organismo terminaba el último ciclo de sueño. Luego el suave zumbido de su despertador interno resonando en sus oídos. Por último, abrió los ojos a un mundo de fuego y agonía que le obligó a volver a cerrarlos casi de inmediato en cuanto los primeros rayos de claridad impactaron en sus retinas.

Gimió. Tenía la boca pastosa y reseca, saturada de un espantoso sabor que no logró identificar. Por no mencionar aquel horrible dolor de cabeza que apenas le dejaba pensar. Cada ardiente punzada le palpitaba dentro del cráneo al ritmo de los latidos de su corazón y le taladraba los ojos, convirtiendo lo que solo había sido una vaga pesadilla en un infierno.

Se quedó muy quieta, quieto, quiete en la cama y se reestructuró. La mayoría de las veces funcionaba. Esta vez, sin embargo, el dolor persistió, así que ordenó a su sistema doméstico que le inyectara una dosis de analgésicos y deseó no haberse excedido tanto con la bebida el día anterior. Aunque, ahora que lo pensaba, tampoco es que hubiera tomado tanto alcohol, ¿verdad? Apenas recordaba algunos momentos de la noche. Ni siquiera el regreso a casa. ¿O sí? La vaga impresión de un tren SEM sobrevolando las luces de la ciudad, el descenso en el ascensor mientras no dejaba de cambiar sin control, los pocos transeúntes a primera hora mirándola, mirándole, mirándolo escandalizados y asustados…

«Pues sí que abusé bastante de lo que sea que tomara, por todos los nombres verdaderos. Maldita innombrable resaca».

Pero había merecido la pena. Había hecho bien en elegir a aquellos seis agentes, porque incluso sus silencios le habían resultado reveladores. Sabía de sobra que siempre era arriesgado compartir información cuando se trataba de excursiones extraplanetarias, como las llamaban. Podía hacer que todo peligrara o incluso destrozar meses de planificación e investigación. O, peor aún, que acabara como la Masacre Nominal. Sin embargo, los agentes a los que había acudido no solo eran buenos en su trabajo, sino que también estaban condicionados.

Berthia se estremeció con solo pensarlo mientras se levantaba por fin de la cama y se arrastraba hasta la cocina, cada vez de peor humor. Desde hacía años, cuando miraba a sus compañeros, veía en ellos los restos de las renombraciones casi inhumanas a las que su propio gobierno les había sometido en la época previa a la Masacre para que no pudieran hablar. Por eso habían muerto tantos buenos agentes, incapaces de contestar a las preguntas de sus captores, ni

siquiera para salvar la vida, les habían torturado, alterado y, finalmente, ejecutado de las formas más atroces posibles. Algunos incluso habían sido renombrados a nivel genético por especialistas que no eran otra cosa que unos sádicos de mierda para que dejaran de ser quienes eran y convertirlos en una monstruosidad, algo que no debería existir. La Federación no había tenido más remedio que matarlos; por piedad, para darles el descanso que merecían.

A solas en la cocina, mientras el sistema doméstico le servía un té, Berthia cerró los ojos y se obligó a olvidar por un momento. Cambió sus patrones cerebrales y sepultó esas imágenes en lo más hondo de su consciencia. No podía permitir que interfirieran. No cuando, como ahora, los remordimientos la asaltaban por ser ella quien era. La innombrable, la afortunada, la que estaba a salvo de todo ese horror porque nadie podía renombrarla. La agente de quien la Unión jamás podría obtener información mediante tortura, dado que podía suprimir sus propios recuerdos de forma temporal al insignificante precio de terribles dolores de cabeza.

En cualquier caso, sus pesquisas de la noche anterior habían sido fructíferas. Apenas le había sorprendido descubrir que, después de todo, ella no era la única agente a quien habían movilizado. Todas las personas a las que había visitado tenían algún tipo de misión similar a la suya, de esas que requerían asistir en persona y no a nivel remoto. Nada de drones. Nada de nanos espías. Nada de crackers. Y eso era preocupante, porque implicaba que podían estar ante uno de los mayores ataques contra la Unión desde la Guerra Total.

O tal vez solo se trataba de proteger a la Federación, de un despliegue como no se había visto en décadas para evitar una ofensiva enemiga en sus propios sistemas. De esos que luego desembocaban inevitablemente en una limpieza, renombraciones selectivas al principio, sí, pero al final siempre había una purga.

Solo que no podía quitarse de la cabeza que no todos tenían asignadas misiones dentro de la Federación. Tenía la impresión de que Errgan y su gente habían dado la orden de que algunos se infiltraran en los sistemas unionistas.

«Eso sería ya más grave. Si cometemos un error, si nos descubren, podría desencadenarse una segunda guerra». Algo que seguramente nadie quería, no de verdad, ni siquiera el enemigo. Pero si las cosas se complicaban, si escalaban demasiado, tal vez alguien daría una orden y todo se iría al garete. El conflicto empezaría de nuevo y todo cuanto Berthia conocía estallaría en llamas.Y puede que, esta vez, nadie firmara ningún tratado de paz antes de que se extinguieran unos a otros.

Berthia contuvo un escalofrío al tiempo que la encimera de la cocina se desplegaba y una taza de té aparecía ante ella.

«Pero el riesgo merece la pena. No podemos permitir que nos ganen, que corrompan todas las culturas y que acaben con todo lo bueno. Con aquello que representamos».

Oschir suspiró con creciente preocupación, asió la taza de té con ambas manos y se la acercó a la cara para aspirar el dulce aroma a mango y naranja. Se sintió reconfortade, y un hálito de paz recorrió su cuerpo, desde la punta de los pies hasta las raíces del largo cabello pelirrojo. Cerró los ojos mientras notaba el efecto de los analgésicos, que empezaban a desterrar, por fin, su innombrable dolor de cabeza.

Dio un sorbo al té y volvió a suspirar. Todo lo que pregonaba la Unión era peligroso, desde las palabras que pronunciaban y los nombres que usaban hasta el mismo odio con que impregnaban su discurso. La supremacía de unos sobre otros, la libertad de expresión llevada hasta sus últimas consecuencias, todas las creencias igual de válidas. Incluso aquellas que defendían el exterminio de una parte de la población, del diferente, del que no comulgara con ellos. Solo había dos bandos posibles en aquel conflicto; o ellos o los otros. Los nombres intermedios no existían. Y por eso el sistema Ramaina estaba como estaba, bloqueado, pudriéndose, más y más empobrecido a cada ciclo solar. Al principio habían sido neutrales en el conflicto, tanto antes como después de la Guerra Total. Luego, sin embargo…

«Un caso clásico de renombración selectiva. Un sencillo cambio de pautas mentales en el gobierno y en la mayoría de la población ¡y la traición arraigada durante décadas!».

Dio un segundo sorbo al té que tenía entre las manos mientras la piel le cambiaba de color sin parar, reflejando su inquietud, al tiempo que su cuerpo crecía, menguaba, adelgazaba o engordaba y sus facciones fluían sin cesar, al ritmo de la inconstancia que era su identidad. Su personalidad varió con cada alteración, de más temerosa a menos, de menos confiada a más; tímida, decidida, fuerte, débil, temeraria, sensata, pulcra, desordenada… Cientos y cientos de combinaciones, además del género, sexualidad y aspecto, una tras otra, en una marea confusa y vertiginosa. Muy poco se mantuvo constante, como siempre. Tan solo lo hicieron esas pequeñas cosas que bastaban para darle una fracción de identidad, aunque no un nombre verdadero.

Y, en medio de todos los cambios, recordó, con cierta tristeza, su despedida con Zhong-Mao la noche anterior. Habían sido amantes en el pasado, casi tres años antes. Había sido la relación más duradera que había tenido con nadie: trece meses. La única persona hasta la fecha que había aceptado sus particularidades. O, al menos, eso había creído. Porque solo había sido en parte.

Zhong-Mao había comprendido que, durante días, o incluso durante fugaces momentos —que podían durar minutos u horas—,

podían compartir género y atracción romántica e incluso sexual. Pero también que había otras muchas ocasiones en las que no. Había aceptado su espectro asexual, su homosexualidad, su poliamoría, su heterosexualidad. Incluso había amado sus cambios de personalidad por más extraños y radicales que fueran; decía que eran refrescantes, como estar siempre con alguien nuevo, imprevisible y maravilloso. Aquello había hecho que se sintiera durante mucho tiempo en paz, feliz.

El escollo, contra todo lo que podría haberse imaginado, había llegado con su no binarismo. Las veces en que era trans, agénero, de género fluido o intersexual, pese a mantener constante su aspecto físico, orientación sexual y personalidad, habían desencadenado los primeros roces. A veces era varias de esas cosas al mismo tiempo, a veces solo una de ellas. Y fue entonces cuando se deshizo su burbuja de bienestar hasta romperse, hasta hacerse añicos. Como una prenda que se desgarra por las costuras. Había ocurrido poco a poco. Con sus miradas de asco, de incomprensión; con su rechazo a tocar su cuerpo, a permanecer incluso sentado a su lado cuando predominaba cualquier identidad no binaria.

Al principio no parecían importarle demasiado, las había tolerado, le había dado espacio a Zhong-Mao cuando eso ocurría. Luego habían llegado las sugerencias de cambio, los comentarios velados de que igual era mejor que no adoptara tal o cual identidad cuando estaban juntos… ¡Adoptara! ¡Como si pudiera decidir quién era en cada momento! Claro que podía, por supuesto que podía, eso formaba parte de quién era y de su trabajo, pero fluir era su naturaleza. Solo decidía de verdad, de forma consciente, cuando lo requería una misión para la agencia. El resto del tiempo se limitaba a ser quien era, a fluir de una identidad a otra sin importarle a dónde le pudiera llevar.

Lo que Zhong-Mao le había pedido era que no fuera ella, él, elle misme, mismo, misma, y que renunciara a su no-identidad. A algunas de ellas, al menos. A las que no le gustaban y le incomodaban a él.

Se habían separado en buenos términos, cuando, tras esos trece meses llenos de más momentos buenos que malos, le había dicho que no podía dejar de ser quién era, ni por él, ni por nadie. Zhong-Mao lo había aceptado, aunque no terminase de comprenderlo. Si podía ser cualquiera, ¿por qué no decidir no ser alguien en concreto? ¿Por qué no eludir determinadas identidades? Eso había sido lo que le había preguntado, más o menos. La única respuesta que le había podido dar había sido una sonrisa llena de tristeza. Exactamente igual que ayer, cuando había rechazado su oferta de quedarse a pasar la noche en su casa tras confesar que añoraba su presencia en su vida, tras insinuar que podrían intentar retomar su relación donde la habían dejado. Que

todo podía cambiar, que todo podía ir bien. Que ya no era el mismo estúpido de hacía tres años. Que por fin estaba listo para aceptar todo cuanto ella, elle, él era.

Y justo por eso había sonreído, le había acariciado la mejilla y besado la frente. Luego le había dado las buenas noches y había seguido su ronda de contactos con otros agentes. Porque era el miedo el que hablaba a través de su voz y sus labios, de sus ojos y sus gestos. El miedo a perderse a sí mismo durante su excursión, fuera a donde fuera. El miedo a no ser él quien volviera a casa, sino otro, un Zhong-Mao renombrado que nadie pudiera reparar.

Se estremeció y apartó aquellos recuerdos de su mente, desterrando la soledad y la inquietud que la hacían sentir, y respiró hondo, llenándose los pulmones con el aroma a té. Acto seguido, se estabilizó como Agatea. Mujer trans. Joven. Piel oscura como la tierra de turbera, de tonos cálidos en vez de fríos. Ojos negros y cabello de rizo cerrado que se dispersaba en un halo de sombras marrones entorno a su cabeza. Era una persona decidida, centrada. Lesbiana.

Tenía trabajo que hacer, no podía permitirse más distracciones que no llevaban a ninguna parte. Dejó la taza y se conectó a su interfaz.

«Xhing-an», ordenó. La información se desplegó a su alrededor en tres dimensiones con rapidez. «Va a ser complicado, pero nada que no pueda hacer. Nada que no se me dé de maravilla».

Agatea sonrió. Le gustaban los retos, las complicaciones, todo lo que supusiera un desafío. Aquel sistema lo era, vaya que sí. Sin la ayuda tecnológica de sus implantes, solo con primitivos dispositivos externos a su alcance, tendría que confiar casi por completo en sus habilidades orgánicas. Y casi nunca le habían fallado.

El día anterior había memorizado parcialmente el informe de la misión, aunque no lo había analizado al completo. Ahora, al abrir carpeta tras carpeta, holo tras holo, vio que no había mucho más. Todo parecía indicar que la situación de aquel sistema se parecía a la de Ramaina. En el momento en que habían recopilado la información, los cambios eran todavía mínimos, aunque suficientes como para alertar a la gente de Inteligencia.

Había empezado medio año atrás, con una nueva ley aparentemente inofensiva aprobada en un tiempo récord para cualquier semidemocracia planetaria. Aquella ley había desencadenado una oleada de decretos que, en su totalidad, suponían la pérdida casi total de derechos de una parte muy minoritaria y marginal de la población de Xhing-an: los clones. A los clones ya se les había denigrado de forma esporádica durante años en los medios de comunicación y se les había atribuido todo tipo de comportamientos sociales no aptos sin ninguna base real.

«Siempre empieza así, con los otros, con los diferentes. Con los que apenas pueden protestar. Luego, poco a poco, el veneno se extiende como una infección hasta que todo cambia para peor. Ahora empiezan con los clones y luego acaban con aquellos que no se someten a alteraciones, con los que no desean hacerse cincuenta transformaciones genéticas al año, con los que desean mantenerse constantes con las pocas variaciones que tienen… Una y otra vez la misma historia, diferentes escenarios, diferentes épocas, pero lo mismo de siempre. Al final vienen también a por ti porque ahora eres de los otros; de esos a los que hace poco despreciabas, sintiéndote seguro en tu casa, en tu trabajo, en tu planeta, en tu colonia. "A por mí no vendrán". Pero siempre acaban yendo a por ti».

Inhaló y exhaló.

No pudo evitar apreciar la ironía de que en un sistema que aprobaba y potenciaba todo tipo de alteraciones genéticas, despreciase y considerase infrahumanos justo a los clones, uno de los mayores hitos de la ciencia y de la lucha por los derechos humanos que había logrado la Federación. Aunque, claro, según los estándares de Xhing-an, clonar implicaba duplicar a una persona, tener a dos individuos con la misma secuencia de ADN; algo aberrante, atroz y propio de gente que solo deseaba perpetuarse a sí misma. Y era justo esa idea la que chocaba de frente contra la variación, el cambio y la diversidad que eran la enseña de Xhing-an.

Sacudió la cabeza de lado a lado y, con un gesto del índice derecho, desplegó por toda la cocina una proyección de lo que parecía un parque en medio de una cúpula ambiental de la luna Zhinyu, una de las cinco que orbitaban el cuarto planeta del sistema Xhing-an. Catorce meses antes. No era la única grabación, había otras que se remontaban hasta los dos años y quince meses, solo que el resto eran de pésima calidad.

Un buen histórico. No estaba mal. ¿Eso indicaba que los agentes de esa célula de la Unión llevaban infiltrados allí casi tres años? Tal vez sí. Tal vez no. Si era cierto, implicaría una enorme brecha en su seguridad planetaria.

Agatea se puso en pie y comenzó a pasear, con cuidado de no tropezar con ningún mueble, entre las personas que llenaban la plaza central del parque. Se detuvo ante dos figuras que parecían observar a una manada de diminutos animales locales jugando entre la hierba. Ambas personas tenían cuerpos femeninos, pero no había nada que le diera una pista sobre su género real. Una era alta, robusta, de rasgos marcados y nariz prominente; cabello muy corto teñido de azul eléctrico y ojos del mismo color veteados de rojo debido a unas lentillas extracorneales baratas. Alguien de aspecto anodino y, al mismo tiempo, muy llamativo para los estándares de Xhing-an. La

gente se pararía a mirar a aquella persona de arriba abajo en medio de cualquier multitud, pero ninguno se fijaría en su cara porque no era nadie, tan solo un hombre, una mujer o une no binarie esclave del sistema y sin ingresos suficientes para comprar alteraciones genéticas reales. Todo gritaba mendicidad y pobreza. Invisibilidad. Eso, o que procedía de fuera y estaba intentando integrarse sin demasiado éxito. Una persona no editada, según la jerga local.

La otra, en cambio, era todo lo contrario, menuda, de huesos pequeños y facciones redondeadas. Tenía el cabello plateado con brillos metálicos y la piel de un anómalo tono negro, tan oscuro que parecía absorber la luz. Un color imposible de encontrar en la naturaleza y que debía de ser extremadamente caro a nivel genético. Sus ojos eran dorados y con la pupila vertical. Seguro que tenía un buen número de alteraciones adicionales a nivel metabólico y que podían abarcar desde una mejora de la visión o el olfato hasta un incremento de los procesos cognitivos, o incluso regeneración celular. Si alguien podía pagarse un aspecto físico como aquel, no se limitaría solo al exterior. Así pues, era una alta editada. Una genalt.

Agatea memorizó sus caras y su porte y luego activó la grabación. Quería ver cómo se movían, cómo hablaban, aunque el holo careciera de sonido.

La persona grande era claramente más nerviosa que su compañera, porque, aunque apenas se movía y ni siquiera sonreía, podía percibir a la perfección la tensión en sus músculos. Le gustaba tenerlo todo bajo control, empezando por sus emociones y lenguaje corporal. Pero no tanto como a la otra. Algo le decía que aquella personita, alterada hasta lo indecible, se había hecho todo eso a sí misma porque era una obsesa de los detalles que solo permitía que el resto viera en ella lo que quería y nada más. Todo parecía estar fuera, ahí, expuesto en aquella fachada construida con exquisito detalle para transmitir un mensaje de frivolidad, buenas maneras y ademanes pausados y elegantes. Excentricidad. Dinero. Integración perfecta en un sistema que vanagloriaba la tecnología orgánico-genética por encima de la mecánico-informática.

Con un chasquido de labios, tomó nota mental de esas impresiones, dejó de prestar atención a lo que hacían y observó todo lo que rodeaba a las dos personas. Siempre ocurría lo mismo cuando había renombradores de por medio. No era tanto lo que hacían o decían, sino cómo influían en su entorno. Y allí había algo. Algo oculto que le cosquilleaba entre los dedos y en las palmas de las manos. Puede que aquellas dos personas tan llamativas no fueran las renombradoras que buscaba, pero de eso iba el juego, de descubrir si lo eran o no.

Caminó con calma entre los holos de los otros visitantes del

parque, entre los animalillos extraños, entre las plantas y los altos arcos decorados con flores luminosas, sin ver nada raro o que le llamara la atención.

La grabación terminó. Apretó los dientes. Volvió a iniciarla. Con una duración total de tres minutos y cincuenta y tres segundos, un agente local habia captado la escena a través de una cámara oculta en un dispositivo externo, posiblemente en un anillo o algo similar, así que no ofrecía una panorámica de lo que había detrás del observador. Esperaba no perderse nada por culpa de aquello.

Durante la grabación, las dos personas no se movieron del banco donde estaban charlando. Tampoco intercambiaban nada físico, ni ningún dato que no fuera conversacional; no había ningún aparato ni terminal a la vista, y tampoco lo habría oculto en sus cuerpos. De eso podía estar bastante segura, dadas las peculiaridades del sistema Xhing-an. Ni siquiera llevaban gafas, proyectores, anillos, collares, botones o sistemas cocleares que pudieran usar como unidades externas. No había nada… Salvo que hubieran introducido algo de contrabando para luego implantárselo en el mercado negro.

«No, puedo descartarlo, no».

Entrecerró los ojos y solicitó a su interfaz que le mostrara la información obtenida de la lectura de labios de la pareja. Estaba convencida de que eso era lo primero que habían hecho los analistas. La superpuso sincronizada con la conversación, en modo audio.

Chasqueó los labios y resopló. No eran más que banalidades. Por eso sus superiores no la habían marcado como destacable en el archivo. Pero ella sabía que allí había algo, algo que se le estaba pasando por alto, aunque no lograra ubicar el qué.

Inició la grabación una y otra vez hasta que se supo cada gesto de aquellas personas sospechosas, hasta que cada interacción de cada uno de los actores de aquel fragmento de cotidianidad del parque central de Zhinyu estuvo grabado en su mente.

Entonces lo vio.

Un parpadeo. Algo que, más que estar, faltaba en todo el escenario.

«No es lo que está» comprendió, «sino lo que no está. Lo que no se hace. Lo que no se mira».

Alejó la proyección y la observó una vez más, pero en esta ocasión desde el exterior. Sonrió. Pelo Azul y Pelo Plata eran el centro de todo, sí, de forma obvia y manifiesta. Llamaban la atención. Eran muy diferentes la una de la otra, demasiado, y precisamente por eso resultaban tan llamativas. Los transeúntes se fijaban en ellas incluso a muchos metros de distancia. No era solo por su aspecto, sino por sus movimientos, y juraría que también por sus voces. ¿Y dónde no miraba la gente? ¿Por dónde no paseaba? ¿A dónde evitaba acercarse?

Ordenó al sistema de análisis que hiciera desaparecer a la gente, le mostrara solo sus trayectos en forma de líneas de color verde e iluminara con conos rojos los sitios hacia los que miraran en cada momento.

Attie sonrió y no pudo evitar echarse a reír y dar pequeños saltos lleno de emoción. Ahí lo tenía, al límite de lo que habían captado las cámaras de la grabación. Un punto casi ciego. ¡Sí, sí, sí! Un área cuyo tamaño no podía precisar por la grabación, aunque parecía bastante grande, a donde nadie se dirigía o que más bien eludían. De forma brusca, la mayoría de las veces, a juzgar por los quiebros en las trayectorias y por las miradas desviadas de repente.

El chico dejó escapar una nueva risita. Lo tenía. ¡Vaya si lo tenía! Estuvo casi a punto de ponerse a bailar por toda la casa. Estaba seguro, ahora más que nunca, de que allí, lejos de todo, escondido, había un renombrador. Y uno muy bueno si jugaba de aquel modo con las impresiones ajenas, haciendo que, de forma sutil, un sitio en concreto fuera desagradable para todos los transeúntes. Seguro que se trataba de un olor o de un ruido en el límite de la percepción humana, que les repelía sin llamar demasiado la atención. Tal vez se hubiera limitado a una brizna de hierba, a una piedra, a una hoja o a todas y cada una de aquellas cosas por separado. ¡Era fascinante!

Attie asintió en silencio. «Así que esas dos personas del banco son solo un señuelo. Quieren que vayamos a por ellas. Hacen que nos fijemos en ellas, nos distraen mientras los verdaderos agentes enemigos hacen y deshacen a su antojo. Aunque también podría equivocarme. La información es demasiado escasa».

Sin embargo, era el único hilo del que podía tirar, al menos por ahora. Aunque fuera uno viejo, de casi un año de antigüedad.

«Pues bien, voy a seguirles el juego. Vamos a ver a dónde me queréis llevar, agentes. Voy a encontraros, Pelo Azul y Pelo Plata, si todavía seguís por allí, y voy a daros caza. ¿Cuáles son vuestros nombres verdaderos?».

— oOo —

Attie casi confiaba en que se lo pusieran fácil, después del despliegue escénico en el parque de Zhinyu. Sin embargo, como era de esperar si el enemigo era medianamente listo y el señuelo estaba bien construido, no lo fue. Habría sido demasiado obvio y evidente si les hubieran puesto a dos renombradores indexados en bandeja. Aunque siempre cabía la posibilidad de que la persona de piel negra sí que lo estuviera en el pasado y que ahora, con todas aquellas modificaciones, no fueran capaces de reconocerla.

«Da igual. Aunque la hubiéramos indexado, con todas esas alteraciones genéticas habrá cambiado de nombre verdadero».

Volvió a poner en marcha la proyección y esa vez se centró en el banco donde hablaban Pelo Azul y Pelo Plata. No tocaban nada; de hecho, ponían un cuidado exquisito en no hacerlo. Los escáneres de iris a distancia tampoco arrojaron ninguna información. En el caso de la persona no modificada, por culpa de las lentillas; en el de la otra, por la forma en que reflejaban la luz. Ni siquiera se molestó en solicitar el informe de muestreo genético del parque. Estaba seguro de que no habría ningún rastro. La clave estaba en las ropas, en el tejido de nanobots que seguro llevaban puesto y que habría destruido cualquier rastro de materia orgánica que se pudiera desprender de sus cuerpos. Él mismo llevaba ese tipo de ropa que se adaptaba a los cambios de su aspecto físico con solo un pensamiento, pero no eran rara ni insólita, solo cara. Mucha gente la usaba, más en planetas y lunas como los del sistema Xhing-an, donde la apariencia exterior lo era todo y las personas que se lo podían permitir conjuntaban la ropa con sus modificaciones genéticas.

Suspiró, sin una pizca de buen humor, y cerró el archivo. Abrió el siguiente y luego otro más y otro hasta que hubo revisado varias veces todos los documentos del informe. Ni siquiera paró a comer y se dio cuenta a media tarde de que solo había desayunado té. Así que, se limitó a alterar su organismo para resistir el hambre y la sed y siguió trabajando. Hizo lo mismo para evitar ir al baño. No tenía demasiado tiempo, disponía de cuatro días antes de acudir a la cita para la retirada de su implante y luego otros tres para recobrarse de la operación antes de coger una nave hacia Xhing-an.

Lo memorizó todo, fijando sus patrones mentales de forma que sufrieran las mínimas alteraciones posibles cuando durmiera, momento en el que no controlaba sus transformaciones. Le había llevado años aprender y perfeccionar aquel truco, pero era sin duda el que más útil le resultaba. Lo importante era almacenar la mayor cantidad de información posible, así que ni se molestó en pensar. Ya habría tiempo más adelante de analizar los datos con calma y de establecer relaciones que se le habían escapado en la primera toma de contacto. Sin embargo, se quedó con el nombre de un hotel en pleno centro de Sunce, la ciudad donde se encontraba la sede del gobierno de Xhing-an, en el hemisferio norte del tercer planeta, justo en la costa de uno de sus océanos. Ese sería su primer destino y, más tarde, si lo creía conveniente, visitaría Zhinyu. Asimismo, retuvo el nombre de quien sería su contacto local de la agencia y que habían puesto a trabajar en el hotel como recepcionista para que le sirviera de enlace. Perig, un hombre cis editado, pero sin llegar a ser un genalt.

También memorizó al completo una secuencia parcial de ADN mitocondrial que habían obtenido de una mancha de sangre muy degradada en el Aev privado de un trabajador gubernamental que se

había esfumado sin dejar rastro. También debía prestar atención a ese tema. Ese trabajador había sido la décima persona en desaparecer en los últimos tres años, poco antes de la grabación del parque. El décimo de un total de catorce individuos entre limpiadores, encargados de *catering*, secretarios y otras personas relacionadas con la administración, pero a quienes casi nunca se les prestaba atención. Hubo una decimoquinta desaparición, pero esa sí que fue llamativa.

Frunció el ceño. ¿Cuándo habían empezado a seguir a Pelo Azul y Pelo Plata?

En cuanto esa información se desplegó ante sus ojos, no pudo sino alzar la vista hacia el techo, a punto de echarse a reír. ¿Hacía poco menos de un año, más o menos sobre la fecha de la grabación del parque? ¿El resto solo eran fragmentos obtenidos de cámaras de seguridad y no de seguimientos reales? ¡Normal que tuvieran una calidad tan horrorosa!

Oschir echó a reír con cierta amargura en el silencio de su casa. ¡Tres años desde el primer caso y nadie había empezado a investigar en serio hasta hacía uno! ¿Cuántas desapariciones eran eso?

Consultó la información almacenada en el informe y no tardó en encontrar la respuesta: doce. ¡Doce personas relacionadas con el gobierno y nadie había movido un dedo!

«Fascinante. Alguien va a pagar por esto cuando todo esto acabe. Y no seré yo».

En cuanto a Pelo Azul y Pelo Plata, habían empezado a sospechar de su implicación en las desapariciones tras grabar por accidente cómo espiaban a le tercere secretarie de una de las diputadas del congreso en un centro comercial cinco días antes de que se desvaneciera. Luego habían encontrado otra que relacionaba a ambas personas con el dueño de la secuencia de ADN del Aev, a quien también parecían haber estado siguiendo.

Las imágenes del parque eran las mejores que habían logrado nunca y pertenecía a uno de sus múltiples encuentros a solas a lo largo y ancho de todo el sistema Xhing-an. Casi siempre iban en pareja. Hablaban, paseaban, llevaban lo que parecía una vida normal. Y, a pesar de todo, aquella investigación de un año atrás no había llegado a nada. Nadie las había buscado ni detenido. Nadie las había interrogado, ni sobre la desaparición de le secretarie ni sobre las otras.

«¡Por todos los nombres! ¿Qué idiota ha pasado esto por alto? ¿Lo archivaron y nadie lo reabrió hasta hace seis meses?».

Lo comprobó cruzando los datos disponibles en el informe y confirmó que sí, que eso era justo lo que había ocurrido.

Attie se cubrió los ojos con una mano, conteniendo la frustración. Casi podía verlo. Era muy probable que la sospecha sobre que Pelo Azul y Pelo Plata podían ser responsables de las desapariciones se

hubiera quedado dando vueltas entre los analistas del departamento, sin llegar a ningún lado, hasta que la víctima número quince se había esfumado hacía seis meses sin dejar rastro, justo la noche antes de que el gobierno de Xhing-an aprobara la controvertida ley de derecho de admisión clónico con un voto de margen.

Eso había hecho saltar todas las alarmas. Porque el desaparecido número quince no había sido otro que el principal defensor de los derechos de los clones. El parlamentario había cambiado de parecer político hacía casi dos años, después de que su marido se clonara a sí mismo. Alguien importante, llamativo; alguien a quien ya no podían pasar por alto y a quien, cómo no, Pelo Azul y Pelo Plata habían seguido, tal y como se podía ver en una de las grabaciones.

Aquella fue la primera desaparición con peso real en la administración. Con él en la cámara parlamentaria, la votación habría acabado en empate. Sin él…

«Solo que, ¿por qué lo habían hecho desaparecer en vez de renombrarlo como hicieron casi seguro con muchas otras personas para sacar adelante la maldita ley? Ya estuvo en el pasado en contra de los clones, no habría sido tan raro que volviera a sus orígenes».

Chasqueó los labios. No encajaba, igual que muchos de los datos incluidos en el informe de la misión. Era como un puzle, uno al que le faltaban todavía demasiadas piezas. Y la única pieza recurrente y sólida en todo aquello eran Pelo Azul y Pelo Plata.

«Puede que no sean solo un cebo, después de todo», rumió con la vista clavada en el vacío.

Solo que ir con tanto retraso tras la pista de alguien no era lo ideal. A veces, solo a veces, odiaba la lentitud con que se movía la agencia.

«Cuando llegue a Xhing-an seguro que habrá grabaciones más recientes. Alguien lo habrá investigado. Esto no puede ser lo único que hay».

Dejó aquello de lado y volvió a centrarse en la secuencia de ADN hallada en el escenario del crimen del décimo desaparecido. Era tan intrigante como las desapariciones en sí mismas. No era, desde luego, el código genético de la víctima, aunque se había encontrado en su Aev. ¿Sería el ADN de Pelo Azul, Pelo Plata o del renombrador de la Unión?

Lo dudaba. Ningún agente sería tan descuidado como para dejar algo así en la escena de un crimen, salvo que las cosas se hubieran complicado de un modo inimaginable. Tampoco pertenecía a ninguna persona indexada en la net de la Federación, aunque le faltaba la actualización de las últimas alteraciones genéticas de la población de Xhing-an. Sería una de las primeras cosas que solicitaría al llegar.

Arrugó los labios, no del todo convencide. La secuencia no poseía

los marcadores patentados de ninguna de las empresas de alteración genética de Xhing-an ni pertenecía, aparentemente, a ninguno de sus habitantes, fuera genalt o no, aunque sí que tenía una firma extraña que sugería una edición cromosómica a gran escala. Solo que no era ninguna etiqueta de las autorizadas oficialmente en aquel sistema.

«¿Alguien indexado cuyo código ha sido alterado de modo extraoficial y ahora no nos cuadra con las bases de datos? ¿Edición en el mercado negro local? ¿Alteraciones realizadas en otro planeta fuera de Xhing-an, tal vez?».

Frunció el ceño, se sentó en el sofá, miró el techo y solicitó una rápida búsqueda de patentes de terapia genética de la Federación. Las comparó con la información de los marcadores de su misterioso código, pero acabó mordiéndose la cara interna del labio con frustración. Nada. ¡No había nada! Golpeó la mesa que tenía delante con una rabia mal contenida y luego se puso en pie de nuevo y comenzó a andar intranquile de un lado a otro, en un intento vano de tranquilizarse. Se podría haber modificado para dejar de sentir todo aquello, pero no quiso; a veces la furia era lo único que le ayudaba.

No estaban bajo ninguna patente. Bien. Eso era, en sí mismo, una pista.

«Mercado negro. Zhinyu con toda probabilidad. Lo habrá en Sunce también, seguro, pero el grande estará en Zhinyu, dadas las peculiaridades de esa luna. Acabaré yendo allí, sí. Pero si no han visto a Pelo Azul y a Pelo Plata por allí en casi un año… Malo. Todo frío. Todo asquerosamente frío a estas alturas. ¡Cómo lo odio!».

Se detuvo en seco. Miró al vacío. Volvió a morderse el labio. Frunció el ceño. Se tamborileó la pierna con los dedos durante un rato largo, externalizando su creciente inquietud. Había una posibilidad. Algo que no le gustaba nada de nada.

Si esos marcadores genéticos no estaban patentados, si esa etiqueta de «editado por» no aparecía por ningún lado, las modificaciones que señalaban tampoco lo estarían. Y existían muy pocas razones para una edición genómica no patentada.

«¿Modificaciones prohibidas?».

Sacudió la cabeza de lado a lado. Era poco probable. No imposible, claro; solo poco probable. Además, con tan poco material genético disponible, no podía averiguar nada más. No tenía ninguna secuencia a la que agarrarse y ver qué cambios se habían hecho sobre el ADN original. Una vez en Xhing-an, tendría que pedirle a su contacto de la agencia la lista de las alteraciones genéticas ilegales vigente en aquel sistema. Asintió para sí y volvió a centrarse en la muestra que habían encontrado en el Aev.

La proyectó ante elle, tanto en su estructura tridimensional como en código de bases. Se centró en esta última y la analizó, haciéndola

avanzar con unos golpecitos del índice izquierdo. Recorrió las dos hebras de ADN en ambas direcciones hasta dar con el marcador misterioso, resaltado con un suave fulgor, y se detuvo ahí, mirándolo con los ojos entrecerrados, casi como si esperara que le revelara sus secretos. Tras un rato de silencio, paladeó la secuencia en sí misma, llena de citosinas y con alguna que otra timina intercalada. Era bonita, hermosa. Extraña.

Aunque sabía bastante de genética, al menos lo suficiente para renombrarse y renombrar a otras personas, no tenía ni idea de a qué pertenecía, pese a lo característica que parecía. Así que desplegó en un lateral la información recabada por los expertos de la agencia donde había una breve descripción para profanos de lo que tenía delante. Se trataba de un fragmento de 263 pares de bases de la región HV1 del ADN mitocondrial de alguien. Un fragmento que bastaría para identificar a la persona a la que pertenecía, si obtenía una muestra biológica postedición reciente con la que compararla, pero que no servía para renombrarla y mucho menos para saber qué tipo de cambios genéticos había sufrido. Eso solo lo averiguaría si lograba acceder a los laboratorios donde se hubiera realizado el trabajo.

Si era una empresa legal, necesitaría permisos de la agencia para poder violar la ley de privacidad del nombre. Si era ilegal, le bastaría con un cracker a sus órdenes.

«Bueno, nada que la agencia no me pueda conseguir si reúno las pruebas suficientes».

Miri volvió a maldecir, porque, aunque lo lograra, implicaría papeleo, más papeleo, mucho más papeleo. Además, los resultados tardarían varios días o incluso semanas. Hizo desaparecer la proyección y empezó andar de un lado para otro de nuevo.

«Vamos a ir poco a poco. Esas no son todas las preguntas que debería plantearme. Primero, ¿procede ese código genético de la Federación o de la Unión? Necesito más información para descartar cualquiera de las dos opciones, pero si fuera de la Unión, tengo pruebas de un renombrador, y si Pelo Azul y Pelo Plata también lo son, serían mínimo tres. Eso implicaría una célula de tamaño medio que necesitará el apoyo de bastantes agentes no renombradores». Volvió a toquetearse la pierna y maldijo entre dientes. «Si esa secuencia es de alguno de ellos…».

Se convertiría en una información de increíble utilidad que podía ayudarles a completar el nombre de alguien. Sin embargo, no tenían ni idea de qué modificaciones genéticas estaban permitidas en sus sistemas y mucho menos qué patentes tenían en marcha o qué marcadores usaban sus empresas o su gobierno.

«Lo único que está claro es que ese ADN ha sido editado y que no está indexado en ningún sitio al que tenga acceso nuestra gente».

Envió una solicitud a la agencia para que le mandaran toda la información que pudieran sobre ese tema y luego cerró los ojos durante unos largos minutos, mientras contaba sus pasos y daba la vuelta en la pared para seguir contándolos y volver sobre sus propios pasos una vez más. Trató de relajarse, de olvidar el mal humor que apenas lograba contener. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… diez… Vuelta. Uno, dos, tres, cuatro… ocho, nueve, diez… Vuelta…

Al cabo de un rato, detuvo su deambular de lado a lado, abrió los ojos y se sentó en el suelo. Se sentía muy cansade de pronto, como si, en vez de haber pasado casi todo el día encerrade en casa, hubiera estado horas corriendo de un rincón a otro de la ciudad. Su mente, desde luego, lo había hecho.

Sus ojos se desviaron al enorme ventanal que ocupaba toda una pared de su salón y contempló el exterior con desconcierto. En el techo de la gruta de Aeni, las luces de la gigantesca metrópolis subterránea empezaban a atenuarse, anunciando la llegada del ciclo nocturno. ¿De verdad era ya tan tarde? Ni siquiera se había dado cuenta de la hora.

Se puso en pie con un gruñido y suspiró. Se desconectó de la interfaz, que le parecía notar caliente dentro de la cabeza, aunque sabía que no eran más que imaginaciones suyas, y estiró los músculos agarrotados hasta que le crujió el cuello. Hizo una mueca y suspiró de nuevo. Sentía la garganta seca y áspera. No había probado bocado ni bebido nada. Tampoco había hablado con nadie en todo el día. Por no hacer, no había ido ni al baño, ahora que lo pensaba. Sacudió la cabeza y se alteró a sí misme para permitirse sentir hambre y sed de nuevo. Dio una silenciosa orden al sistema doméstico para que tuviera la cena lista en media hora y, con un nuevo gruñido, se estabilizó como Lucrecia, una persona agénero de cuerpo masculino, con rizos negros y largos hasta las orejas, piel oscura, ojos azules con pliegue epicántico, bajite y regordete de sonrisa amable y simpática. Luego abrió la puerta del piso y bajó a dar un paseo por el parque que había a los pies de su bloque de viviendas. Necesitaba despejarse. Necesitaba hablar con alguien. Y, sin embargo, no tenía a nadie a quien recurrir. No de verdad.

Con ese último pensamiento, se reconfiguró a sí misme casi sin planteárselo para sentirse a gusto con la soledad. Después de todo, siempre estaba sole.

Ático en el centro de Aeni.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
01 de Anukra de 2794. 13:20.

Los dos días siguientes apenas salió de casa. Los pasó memorizando, analizando y estudiando los datos de su misión. Caras, nombres, ubicaciones, rutinas, códigos genéticos y patrones de personalidad de los dirigentes de cada planeta y luna del sistema Xhing-an. También de los líderes de todos los partidos políticos que se disputaban cada continente, país e incluso provincia, por si tenía la necesidad de renombrarlos tras desarticular la red de espías de la Unión. Llevar a cabo esta tarea mientras hubiera agentes enemigos activos sería una pérdida de tiempo. Sin embargo, una vez solucionara el problema y todos los dirigentes hubieran recibido una transfusión de su sangre, podrían dedicarse a organizar la transición.

Lo mejor solía ser activar los protocolos de limpieza y eliminar discretamente a los altos cargos para poner personas nuevas cuyos nombres verdaderos desconociera el enemigo. Pero eso no podía hacerse nunca de inmediato; cambios a tan gran escala tenían que realizarse de forma gradual para no alarmar a la población. Un paso detrás de otro. Desarticulación, renombración, periodo de transición y limpieza. Ese era el protocolo y también las órdenes que tenía.

Estaba releyendo los archivos secretos de las pocas modificaciones genéticas que sabían a ciencia cierta que estaban prohibidas o autorizadas en la Unión y mordisqueando un trozo de pasta de proteínas con sabor a carne de paghe, cuando una alerta en su interfaz, etiquetada como prioridad máxima en color azul, hizo que se distrajera una fracción de segundo, arruinando su memorización orgánica. Se tragó una maldición al mismo tiempo que el trozo de paghe y abrió el mensaje de inmediato. Habían adelantado su cita para la extracción de todos sus implantes. A hoy. Dentro de una hora.

«¡Por todos los nombres! ¿Y cómo quieren que llegue a tiempo en el Te-SEM? ¿Me van a pagar ellos el Aev, el recargo por exceder la velocidad estándar y el extra por contaminación?».

—No, claro que no —masculló entre dientes, al mismo tiempo que se ponía en pie, llamaba a un Aev, corría a su habitación para cambiarse de ropa y salía a la misma velocidad por la puerta de su casa, no sin antes configurarla para identificación física en vez de órdenes de interfaz. No quería quedarse fuera cuando volviera limpia de tecnología interna.

Control de clima había programado para ese día una suave brisa con un leve olor a tierra mojada que le daba a la ciudad subterránea de Aeni el toque primaveral de los planetas con atmósferas respirables y estaciones marcadas.

Inhaló hondo y se permitió fluir de una identidad a otra con discreción, sin salir del portal de su edificio, hasta que encontró una que simplemente se estabilizó un poco más que las demás. Eligió esa. El cabello se le tornó verde, largo y rizado. Tenía la piel bronceada,

los ojos negros y la nariz ancha, con una constitución robusta y bajo de estatura. Era un hombre trans con barba que se había sometido a terapia hormonal sin operarse. La ropa de nanobots se ajustó de inmediato a su estructura corporal creando un vestido largo y vaporoso de colores metalizados que variaban de tono con la luz.

Carele se miró a sí mismo de arriba a abajo y sonrió. Perfecto. Estaba perfecto: guapo, atractivo y elegante. Le encantaba ir a la moda, y esa ropa representaba la última tendencia en las pasarelas del planeta. Además, era práctica, bonita y le permitiría correr y moverse con comodidad si lo necesitaba.

«Me gusta. Tal vez debería adoptar más a menudo este nombre…».

Pero él mismo sabía que no lo decía en serio. O quizá sí. Carele lo creía, lo creía de verdad. El problema era que, en cuanto dejara de concentrarse en mantenerse como Carele, dejaría de desear aquello… O quizá no. En cualquier caso, tarde o temprano se convertiría en otra persona con otros gustos, otras inquietudes, otra apariencia y otras ilusiones. Había pocas constantes en sus identidades y todos esos gustos y emociones no formaban parte de ellas. Lo único que nunca cambiaba era su fidelidad a la agencia y a su patria y su amor por el cambio, por serlo todo y nada; por ser Carele y Oschir y Amnaashalla y Aghive y Attie y Nekan. También estaba su gusto por la moda y por la comida, por supuesto. Eso también era una constante.

«Y la soledad. También me define la soledad».

Sus ojos, ahora verdes como el cabello, se desviaron una fracción de segundo hacia sus brazos y frunció el ceño. Su piel se había oscurecido hasta ser casi terracota y ya no hacía juego con el tono del vestido. Estaba nervioso. Inhaló hondo y trató de serenarse.

Tal vez la personalidad de Carele no era la ideal para enfrentarse a una operación en la que le hurgarían en el cerebro hasta extraerle todo el cableado. Era alguien demasiado superficial, demasiado frívolo. Y, sin embargo, apretó los dientes, se renombró a sí mismo otra vez para recobrar su aspecto inicial y continuó como Carele. Quería ser él en aquel momento, no quería cambiar. Alejó todos los pensamientos intrusivos sobre su soledad, ilusiones y ambiciones y se aferró a su misión. De ahora en adelante, eso era lo único que importaba. Lo demás… Podía prescindir de ello.

No tardó en llegar un aerovehículo de color malva y, antes de subir a él, miró su reflejo en el cristal tintado de la cabina de pasajeros e hizo una mínima corrección en el cabello y el color de sus ojos. Ahora sí, ahora sí que estaba perfecto una vez más.

La portezuela del cubículo se deslizó a un lado para permitirle el paso y se sentó en un mullido asiento de espuma. La puerta se cerró de nuevo con un suave siseo.

—Al Departamento Gubernamental de Bienestar Social. Necesito estar ahí en menos de cincuenta minutos. Prioridad Azul. Código de ciudadanía 25369157. Nombre Carele —le dijo a le inteligencia artificial que dirigía aquella unidad de transporte.

El identificador brillaba en azul sobre el panel que separaba la cabina de pasajeros de la del conductor, pero Carele no le prestó atención. Nunca había sido capaz de pronunciar en voz alta el amasijo de símbolos, letras y números que daban nombre a les inteligencias artificiales y no quería ofender, así que se limitó a enlazar su interfaz con le IA para que pudiera cobrarle el trayecto.

—¿Está segure, ciudadane Carele? —La voz de le IA llenó la cabina, suave y neutra, sin asociar un género binario a nadie, ni a sí misme ni a nadie, tal y como les gustaba a elles—. El importe del trayecto ascenderá bastante.

—Sí, estoy seguro, llévame al departamento. También quiero que me envíes una factura a mi identificador con toda la información de los requisitos del trayecto, mi hora de solicitud y la hora de recogida. —«A ver si puedo cobrársela a Errgan, por las molestias, por las prisas, por todo». Se reclinó en el asiento y añadió—: ¿Llegaremos a tiempo?

—He validado la Prioridad Azul, ciudadane. Por supuesto que llegaremos a tiempo.

Carele sonrió, se abrochó las sujeciones de seguridad al pecho y cerró los ojos. El viaje iba a ser rápido y movido.

La súbita aceleración estuvo a punto de hacer que se mordiera la lengua. El estómago se le subió a la garganta para luego bajarle a los pies. Todo a la vez.

«Menos mal que no soy de los que se marean», pensó con ironía, al mismo tiempo que el vehículo hacía un quiebro brusco que casi le hizo tragarse sus palabras.

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
01 de Anukra de 2794. 14:15.

—Departamento Gubernamental de Bienestar Social, ciudadane Carele.

La voz de le IA le trajo casi de vuelta a la vida. No se había mareado, no; algo positivo tenía su identidad actual, al menos. Sin embargo, sí que había estado a punto de quedarse inconsciente en el giro que había precedido al picado de varios cientos de metros hasta la plaza que había delante de las puertas de la agencia. No había podido ni gritar en la espantosa caída desde los sistemas de control lumínico que había en el techo de la gruta hasta el suelo, mientras

todos los indicadores de tráfico se ponían en verde y detenían a cualquier otro vehículo en tránsito.

Cuando pudo volver a respirar, dejó de ver borroso y se le calmó el corazón, trató de balbucir un agradecimiento o cualquier otra cosa, pero fue incapaz. Así que, se limitó a dejar escapar un gemido, sin poder soltarse del asiento, y mucho menos levantarse. Un suave fulgor iluminó la pantalla de separación del Aev y ante sus ojos empezaron a desfilar, línea tras línea, todos los cargos por exceso de velocidad y contaminación, además del importe del trayecto en sí. Quiso atragantarse y toser del susto. Tampoco pudo; todavía tenía el cuerpo tieso y entumecido.

«¡Por todos los malditos nombres! Sí que asciende, sí. Más le vale a Errgan pagarlo. Yo no pienso hacerlo, ni que fuera rico».

Amablemente, le IA dejó que terminara de recuperarse antes abrir la puerta del compartimento de pasajeros e instarle a abandonar el vehículo.

—Gra… gracias —consiguió graznar al final, haciendo una inclinación de cabeza en dirección a donde imaginaba que estaba el panel de control en el que vivía aquella fracción de le IA que controlaba muchos otros Aev además de aquel.

—Ha sido un placer, ciudadane Carele. Morgens le envía saludos. Espero que tenga muy buena tarde.

—Gracias, que pases buena tarde igual…

Pero le IA no llegó a oírle. La puerta se cerró con rapidez y Carele suspiró resignado mientras el aerovehículo desaparecía en el tráfico. Revisó su aspecto, se aseguró de que todo seguía igual y se arrastró por la escalinata, con las rodillas aún flojas, hasta la entrada de la Agencia de Renombradores de la Federación de Planetas o, como se la conocía oficialmente, Departamento Gubernamental de Bienestar Social. Un nombre como cualquier otro, aunque un tanto irónico.

Sin embargo, antes de cruzar la puerta, se detuvo en seco y se volvió con brusquedad para intentar localizar el Aev del que acababa de bajar. No había ni rastro de él entre el tráfico elevado. El corazón le empezó a latir tan rápido en el pecho que hasta le dolió en las venas del cuello. ¿Morgens? ¿Quién era Morgens? Un súbito helor se le alojó en las entrañas.

Él no conocía a nadie llamado Morgens.

— oOo —

Faltaban cinco minutos para la intervención y Adele seguía buscando en la net planetaria información sobre le IA que la había llevado a la agencia. Siendo Carele no había retenido el maldito identificador, pero tenía el trayecto, la hora de recogida y el recibo, y ahí sí que figuraba todo lo que necesitaba para encontrarle. Se descargó todos

los datos que pudo en el implante y solicitó con prioridad máxima al departamento de Errgan para que le enviaran el nombre verdadero de aquelle IA, tanto el que tenía en el momento del trayecto, como el de la versión anterior más reciente. Necesitaba estar segura de que no había sido renombrade.

En paralelo, mientras las altas esferas decidían si le daban lo que pedía o no, buscó «Morgens» en los archivos. Podía ser un error, una confusión de le IA. También podía no serlo y ser el indicativo de algo más.

«No, no estoy siendo paranoica, solo precavida».

Sentía una picazón dentro de su cabeza; metafórica, por supuesto. Una sensación incómoda, como cuando intentaba recordar algo que no estaba segura de haber memorizado siquiera, y que, aun así, le sonaba muchísimo. Incapaz de ubicar la fuente de su desasosiego, sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos y se los frotó con fuerza.

Tal vez era solo una coincidencia, algo que funcionaba mal en le IA.

«¿Nos movilizan y luego esto? No. Hay algo más. Intuición. Corazonada. No sé lo que es, pero es algo».

Chasqueó los labios y ordenó otra búsqueda más, «Carele», vinculada a la primera. Tal vez solo se trataba de eso, de otra persona con el mismo nombre y aspecto que Carele y que era amigo de un tal «Morgens». No sería la primera vez que le pasaba algo así.

Tres minutos para la intervención. Aquella frase pareció superpuesta a su campo de visión. Miró a su alrededor, todavía en la puerta de entrada de la agencia, y masculló una retahíla de insultos.

Entró en el edificio, dispuesta a solicitar un pequeño aplazamiento hasta que tuviera toda la información que necesitaba para estudiar aquel misterio. Ni que fueran las veinticinco horas que faltaban hasta la fecha original de la operación. No iba a pasar nada por retrasarlo un día.

—Al final ha llegado puntual, agente. Y sí, claro que voy a pagar esa factura del Aev. —La voz grave de Errgan la sacó de golpe de su ensimismamiento. Alzó la vista y lo vio justo ante ella, con su atildado uniforme, sus galones y las manos enlazadas a la espalda.

No había nadie más en recepción. Ni un alma. Estaban solos. Adele puso los ojos en blanco, comprendiendo de pronto lo que ocurría. Claro. Obvio. Era de esperar. Transfusiones antes de irse. No anunciadas. Como siempre. Había estado tan ocupada preparándose para la misión que se le había olvidado.

Suspiró.

—Entiendo, señor. Deduzco que mi cita para la extracción del interfaz sigue programada para mañana y que lo de hoy es otra reunión.

Errgan casi hasta sonrió. Casi.

—No, no, su intervención se ha adelantado, agente, tal y como indicamos en la alerta. Pero hemos decidido aprovechar su visita para mantener una reunión cara a cara y tratar de paso algunos temas delicados sobre su próxima misión.

Adele hizo una mueca. Su jefe podía llamarlo como quisiera y fingir que estaban allí para cualquier cosa que gustara: reunión, visita… Daba lo mismo. Eran las transfusiones, siempre lo eran. Asintió y siguió a Errgan edificio adentro, en dirección a las salas del tercer piso.

— oOo —

La habitación esta vez era mucho más grande de lo habitual, una de las grandes salas de conferencias, ni más ni menos. Habían retirado la mesa y todas las hileras de sillas, dejando tan solo dos sillones ergonómicos de aspecto cómodo separados por una máquina pequeña sobre una mesita. Entrando y saliendo de ella había tubos y catéteres cuyos extremos habían sido dispuestos con cuidado sobre los brazos de los sillones. Tres personas con credenciales médicas colgando del cuello, a las que no conocía, aguardaban al fondo de la sala vestidas de blanco, junto a una mesa rebosante de comida y bebida. Demasiada para unas horas. También había demasiado personal médico, por no mencionar la cama plegable situada en una esquina, apartada de todo.

Pep se giró hacia Errgan, alzando el rostro mofletudo para poder mirarlo a la cara, ahora que era bastante más baje que su jefe, y frunció el ceño.

—¿Cuántos días voy a estar aquí?

—Hasta que salga su nave en dirección a Xhing-an, con un día de retraso, por desgracia. —Pep estuvo casi a punto de creerse la cara de contrición de Errgan. Casi—. Acaban de notificarnos que una tormenta solar ha aplazado los viajes espaciales. Estará aquí hasta unas horas antes del despegue. Las suficientes para que pase por su casa y empaquete sus cosas, agente. No se olvide de despedirse de sus madres, por cierto, y de darles recuerdos de mi parte.

Pep solo pudo asentir; le parecía que era lo único que había hecho desde que cruzó por la puerta de la agencia. Odiaba que le cambiaran los planes. Lo aborrecía. Estuvo tentade de soltarle una grosería a Errgan, de decirle que estaba harte de mentiras y medias verdades o como le gustara llamarlas. En vez de eso, se renombró a sí misme para no soltar ningún improperio y dejó de concentrarse en mantener una identidad estable.

—¿Cuántos esta vez? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta del traje y se la tendía a Errgan. Su jefe la cogió con una media sonrisa antes de pasársela a une doctore con aspecto femenino y género

desconocido, que se alejó para depositarla sobre la cama.

Alesh le dio las gracias con una inclinación de cabeza y luego se dirigió al sillón de la derecha, se dejó caer sobre él y colocó el brazo de forma que se le vieran bien las venas de la cara interna del codo.

—Todos —contestó Errgan mientras se quitaba su propia chaqueta y la dejaba colgada en el respaldo de la silla de la izquierda, donde tomó asiento con una mueca de resignación.

Alesh frunció el ceño y se rascó la mejilla. Mal asunto.

—¿Tan grave es, señor?

—No estoy autorizado a darle más información. No tiene los permisos necesarios. Lo que sí puedo decirle es que tiene que asegurarse de completar su misión con éxito. Resuélvalo todo lo más rápido posible y vuelva antes de que esto —señaló la sala, la máquina, los doctores, todo lo que les rodeaba— deje de hacernos efecto y volvamos a ser vulnerables. Así que renómbrese lo más rápido que pueda, agente, y altérese para producir todos los vectores sanguíneos que vamos a necesitar hasta que se marche. Esto va para largo.

El personal médico se acercó sigilosamente y, sin mediar palabra, encendieron la máquina que había sobre la mesita, la programaron para que purificara los vectores y eliminara los problemas de incompatibilidad sanguínea y comenzaron a conectar los catéteres, tanto a su brazo como al de Errgan. Jehn abrió y cerró el puño un par de veces y se hundió más en el asiento, poniéndose cómoda. Tenía varias horas por delante solo con su jefe. Luego llegaría todo el resto del gobierno, uno a uno. Incluso la oposición. Les llevarían allí sin avisar siquiera a los propios implicados. ¡Vaya una mierda de nombres le esperaban en los próximos días!

La sangre comenzó a circular y Nkhele observó de reojo cómo Errgan contemplaba fascinado el líquido, como si fuera mágico, como si, igual que todas las otras veces que habían hecho eso mismo, hubiera esperado que fuera de otro color y no rojo. Mar sonrió de medio lado y no dijo nada, tan solo siguió fluyendo y fluyendo y fluyendo sin estabilizarse en ninguna identidad. Cambiando, cambiando, cambiando…

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
02 de Anukra de 2794. 13:00.

El leve pitido que indicaba que la búsqueda se había completado la, lo, le sacó del sopor en que había caído. Salió de él con un espantoso y horrendo dolor de cabeza, como cada vez que se quedaba traspuesta, traspuesto, traspueste desde que había empezado todo aquello. Le

había ocurrido casi con cada individuo al que le hacían una transfusión de su sangre. ¿O le pasaba con todos? No lo recordaba. Era molesto y agotador, un proceso muy exigente a todos los niveles. Siempre lo era, solo que jamás le había dolido antes la cabeza.

«La tensión. Es la maldita e innombrable tensión. Por todo esto. Nunca había hecho tantas transfusiones de golpe. Me quiero ir a casa».

Gimió en voz alta sin darse cuenta y se quiso humedecer los labios, pero tenía la boca demasiado seca y pastosa. Trató de tragar saliva sin éxito y, de pronto, la mano amable de una persona con credenciales médicas que no había visto hasta ese momento le acercó un vaso de agua. Bebió y luego dio las gracias con una voz quebrada por la fatiga, al tiempo que le preguntaba por su pronombre.

—Ella, por favor —la oyó responder con suavidad. Le llenó de nuevo el vaso de agua y lo dejó a su alcance por si necesitaba hidratarse más. Luego se alejó para que pudiera seguir con las transfusiones.

—Gracias, doctora —musitó con voz ronca.

Suspiró y apretó los párpados con fuerza, antes de retreparse de nuevo en el asiento, en busca de una postura algo más cómoda. Miró a su derecha. Ahora estaba con le ministre de Defensa, une persone bajite y robuste de facciones duras y ceño permanentemente fruncido. En ese momento lo tenía más arrugado que nunca. Pudo leer en elle preocupación, miedo y tensión. No le había dirigido ni una mirada, aunque tampoco le sorprendió. Le ministre era de esas personas que la, lo, le temían. Que la, lo, le veían como una herramienta útil pero peligrosa. Jamás lo había ocultado, y eso era de agradecer. No como la ministra de Asuntos Planetarios Extrasistema que, si no se equivocaba, sería la siguiente en someterse a la transfusión. Por lo que ella, él, elle sabía, aquella mujer había hecho campaña activa en contra de su ingreso en la agencia y hasta había abogado por meterla, meterlo, meterle en una institución para que experimentaran sin ningún límite ético con elle, ella, él.

Suspiró, dirigió sus ojos hacia el techo y dio la orden silenciosa a su interfaz de que le mostrara los resultados de la búsqueda que había programado antes de empezar las transfusiones. Miró los datos y contuvo una maldición, apretando con fuerza la mandíbula. No quería que nadie de allí se enterara de que estaba haciendo otra tarea, aparte de producir sangre y ser una, un, une buen agente. Nadie salvo Errgan, pero ya hablaría con él cuando tuviera algo más que sospechas y corazonadas.

Sin embargo, por el momento, aquello no era más que un innombrable callejón sin salida. Había millones de «Morgens» en el sistema, como nombre y como apellido. En los resultados de la búsqueda de «Carele» había bastantes menos y, aunque seguían siendo

demasiados para filtrarlos uno a uno, ninguno se correspondía a un aspecto como el que había tenido en el Aev. Ni se le parecían. La búsqueda cruzada también había dado algún resultado que otro, pero tras descartar a los Carele, las Carele y les Carele no tenía demasiado sentido seguir indagando por esa vía, al menos por el momento. Etiquetó los datos como prioridad alta y los guardó.

«Es poco probable que le IA me confundiera con otra persona».

Contuvo las ganas de tamborilear sobre el brazo del sillón y se puso a tararear, luego a mover el pie derecho con creciente inquietud y, al final, a juguetear con una esquina de su camisa. Sintió que le ministre de defensa le, lo, la miraba de reojo con desagrado, pero le ignoró.

«¿Un error de reconocimiento en los sistemas de une IA o una simple coincidencia? No, no, no, no. Me llamó Carele, tal y como le indiqué al subir a su Aev. Entonces ¿qué está ocurriendo?».

La misma doctora que le había dado el agua estaba una vez más junto a elle, él, ella. Con su sonrisa suave y sus manos frescas sobre su piel, extrayendo la cánula con delicadeza y sacándole, sacándolo, sacándola de su ensimismamiento. Era bajita, con rizos muy cortos y negros, facciones rechonchas y dedos gruesos, aunque de tacto delicado. Su piel era de un blanco tan pálido que parecía casi translúcida.

—Ya hemos acabado con le señore Gael. Tenemos que cambiar de brazo. ¿Quiere un descanso antes de proseguir, agente?

Tardó unos segundos en darse cuenta de a quién iba dirigidas aquellas palabras. Parpadeó, entreabrió los labios y dejó escapar despacio el aire de sus pulmones mientras apretaba un pequeño parche contra la herida que la cánula le había dejado en la cara interna del codo.

—Sí, sí, mejor. ¿A qué hora llega la siguiente persona? Era la ministra Prisha, ¿verdad?

—Sí, y ya está aquí, agente, pero mi equipo y yo controlamos los tiempos y todos estamos de acuerdo en que necesita descansar, comer y hasta dormir un poco. Ha estado usando sus propias células corporales para crear sangre nueva, renombrándolas. Ahora necesita energía. No sabemos mucho sobre cómo funciona su… su…

—¿Habilidad? —completó con una media sonrisa, al tiempo que se ponía en pie y le dirigía a le ministre Gael una inclinación de cabeza a modo de despedida—. ¿Particularidad? ¿Mutación genética? ¿Poder? ¿Magia?

Eso último hizo que la doctora se echara a reír a carcajadas y que Gael se volviera hacia ella con curiosidad antes de abandonar la habitación con un encogimiento de hombros y sosteniendo su propio trocito de gasa contra la piel.

—No lo sé, agente. Magia no, desde luego. Ciencia, sí. Una que no sabemos cómo funciona y que viola casi todas las leyes de conservación de la energía y la materia. Aun así, ciencia. ¡No se crea tan especial! —añadió dándole un golpecito con el índice en el pecho al percibir su desconcierto—. Ahora siéntese ahí y coma algo. Luego duerma un poco.

—Sí, doctora…

—Iracema, Iracema Jussara.

Asintió mientras dejaba de apretar el apósito contra su brazo y lo tiraba en el colector de residuos que había al lado de la mesita.

—Por cierto, doctora Jussara, gracias por el agua y el descanso, sé que va en contra de las instrucciones que le ha dado el agente Errgan. ¿La incomodaría si sigo sin estabilizarme en ninguna identidad? Para mí es más fácil no hacerlo salvo que lo necesite. Lo que puedo hacer es cambiar más despacio, si así se siente más cómoda.

Una fugaz mueca de aprensión cruzó el rostro de la mujer según su voz variaba de tono, registro y acento casi en cada palabra, al mismo tiempo que ocurrían otros muchos cambios a lo largo de su fisionomía. Vio con claridad cómo inhalaba hondo para intentar descartar las primeras palabras que le vinieron a la mente. Al final, se encogió de hombros, trató de sonreír sin demasiado éxito y suspiró.

—¿Después de más de dos horas viendo cómo ocurre? No… no demasiado. No quiero mentir, agente. Con lo que está haciendo… —volvió a suspirar—. Bueno, con lo que está haciendo aquí, para proteger a todo el gobierno de una renombración, la verdad es que por mí puede mostrarse como le plazca.

—Gracias. Gracias también por no usar ningún pronombre conmigo. Sé que es complicado —respondió y se acercó a la mesa de la comida, donde ya había una silla aguardando su llegada, aunque no se sentó. Después de horas y horas donando sangre, no sabía qué le dolía más, si el culo o la espalda—. Ya sé que no es magia, doctora. —Lanzó una mirada fugaz por encima del hombro mientras agarraba un bocadillo de proteínas enriquecidas con hierro y le daba un mordisco —. Pero yo tampoco sé cómo lo hago exactamente. Para mí es tan natural como respirar. Es algo que ocurre sin más. Si quiero permanecer constante, me tengo que concentrar. La estabilidad duradera exige más concentración. Hasta cuando mantengo el mismo aspecto físico —añadió tras tragar el primer bocado—, mi personalidad varía un poco, igual que mi genoma. Ahora mismo estoy demasiado cansade, cansado, cansada para hacer eso siquiera. Lo entiende, ¿verdad?

La doctora Jussara sonrió con incertidumbre, aunque luego asintió. Daba igual si comprendía o no lo que quería decir. Le dio las gracias de nuevo y siguió comiendo. Ahora ya no le apetecía hablar.

Necesitaba silencio. Necesitaba analizar los datos de le IA del Aev. Por desgracia, nadie había respondido a su solicitud todavía.

Frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo hacía que los había pedido? Consultó el reloj de su interfaz y se dio cuenta de que llevaba ya un día entero tratando con su sangre a un miembro del gobierno tras otro. Un día entero, durante el que, además, para mayor frustración y enfado, no había recibido la información que había pedido sobre le IA del Aev.

Se miró el brazo, donde aún se veía la punción de la cánula y, casi sin pensarlo, se renombró para curarla. Más le valía estar en la mejor forma posible, porque le quedaban varios días allí, ayudando en ese costoso y largo procedimiento médico que usaban para bloquear cualquier renombración en el gobierno durante tres o cuatro meses. Una protección temporal muy parecida a la que elle, él, ella tenía desde su nacimiento.

No pudo evitar rezongar para sí misme, mismo, misma y sentirse utilizade, utilizado, utilizada. Tanto tiempo allí equivalía a muchas horas perdidas sin repasar el expediente de su misión con eficiencia. Podía hacerlo, sí, pero perdía la concentración con demasiada facilidad, se dejaba llevar, era incapaz de retener bien los datos… Por no mencionar los innombrables dolores de cabeza. Sintió que empezaba a enfadarse, tanto que estuvo a punto de gritarle a todo el mundo. Sin embargo, esa oleada de personalidad violenta desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Le dio otro mordisco al bocadillo de proteínas y cerró los ojos, tratando de relajarse. Tan solo esperaba que siguiera con la interfaz instalada para cuando Inteligencia autorizara su solicitud sobre le IA porque no conseguía sacarse el tema de Morgens de la cabeza. Sentía que empezaba a obsesionarse y no estaba del todo segura, segure, seguro de por qué.

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
03 de Anukra de 2794. 09:15.

No hubo suerte.

Durante su breve descanso a la mañana del día siguiente, mientras la cabeza le martilleaba de dolor, Jussara le pidió que se estabilizara lo máximo posible y luego que pasara a una habitación contigua que habían habilitado como quirófano desde que empezaron con las transfusiones. Habían preparado hasta una cámara prequirófano donde cambiarse de ropa y prepararse de forma que no contaminaran el resto de la habitación.

Lo hizo como Djavan, hombre cis, asexual, rubio, alto, musculoso, con la piel de color marrón rojizo y los ojos azul grisáceos. Era tímido y tenía un ligero tartamudeo. No le gustaba mirar a la gente a los ojos.

—Do… doctora —dijo con la cabeza gacha mientras se desvestía detrás de una mampara en la precámara y se ponía una de aquellas ridículas batas de nanobots que lo monitorizarían durante toda la intervención y que, inexplicablemente, le dejaban toda la espalda y el trasero al aire—, ¿podré recobrar to… toda la información almacenada en mi interfaz cuando lo…lo extraigan? Qui… quiero decir…

—¡Claro! —le interrumpió la doctora, que ya había pasado al otro lado de las compuertas de aislamiento, mientras se sentaba en una silla cerca de la mesa de operaciones y cerraba los ojos. Djavan percibió con total claridad el instante en que se conectó al sistema quirúrgico y empezó a dar indicaciones en silencio a los medbots y les inteligencias artificiales que realizarían la intervención por ella—. El señor Mujtar nos ha ordenado que lo transfiramos todo a un proyector corneal vinculado a una L-graf que parezca una tarjeta personal. ¿O tal vez prefiere algún otro terminal externo, agente?

Djavan negó con rapidez mientras arrastraba los pies al interior del quirófano, pero al cabo de unos segundos cambió de idea y asintió. Errgan había propuesto el clásico material estándar para una misión en Xhing-an, donde solo se permitían las lentillas cosméticas, como las que llevaba Pelo Azul, salvo que las introdujeras camufladas. Él, en cambio, no quería nada de eso. Un mal golpe en la cara y podía acabar con una avería en el ojo. Esa sería la táctica que él emplearía para intentar inutilizar a un agente enemigo en Xhing-an. Un proyector bastaría. Aun así… Apretó los labios.

Una idea absurda y arriesgada se abrió camino en su mente como cuando se encendían cada mañana las luces que indicaban el amanecer en Aeni. Una trampa; se le había ocurrido cómo tenderle una trampa a quien quiera que fuera el propietario de aquella muestra extraña de ADN de Xhing-an.

—¿Podéis vi… vincular también un holoanillo de seguimiento co… como secundario, aislado e independiente? ¿Uno que responda a u… un marcador genético concreto y que además incorpore un dispositivo de extracción y un secuenciador?

Jussara se giró hacia él con curiosidad e intentó que sus miradas se encontraran. Djavan apartó el rostro a un lado y la eludió, al mismo tiempo que toda su sangre fluía hacia sus mejillas por estar casi desnudo en su presencia. Oyó que la mujer suspiraba, incapaz de comprender su súbito cambio de actitud ahora que se había estabilizado en una identidad.

—Claro. Envíeme la secuencia, agente. Imagino que ya tiene mis

credenciales en su interfaz. La necesitaré antes de empezar a extraerla si quiere que haga eso. No tengo autorización para acceder a la información que tiene almacenada, solo para copiarla, pero le IA LIST 19.29 sí que tiene los permisos necesarios y vamos a trabajar juntes en esta intervención. Yo me encargaré de transferírsela y elle hará el resto.

Djavan lo pensó un instante y luego extendió el brazo hacia Jussara. Lo mejor sería establecer una doble redundancia de seguridad con el anillo. Un activador, uno que solo él poseyera o pudiera generar.

—De hecho, quiero autorización para dos códigos. Los mitocondriales HV1 y HV2 de esta identidad como acceso de administración de sistemas. —Sonrió de medio lado y se renombró ligeramente a sí mismo para ser menos tímido, eliminar el tartamudeo y poder mirar a la doctora a la cara—. Y los mitocondriales que está recibiendo ahora como control para el análisis de muestras y la inyección de marcadores de seguimiento en caso de coincidencia positiva —añadió al tiempo que transfería la secuencia misteriosa no identificada que habían encontrado en Xhing-an—. Sé que mis muestras sanguíneas no permanecen estables durante mucho tiempo antes de degradarse. —Se señaló el brazo con un gesto de la barbilla —. Pero creo que bastará para que secuencie esos fragmentos.

—Recibidas. Pero las suyas no las sacaré así. Siéntese en la mesa de operaciones y manténgase todo lo estable posible, sobre todo en la región neural. Taladraremos, abriremos una pequeña ventana al interior de su cabeza y extraeremos el nanofilamento del interfaz y todas sus ramificaciones. Luego volveremos a cerrar. No le dolerá.

Djavan obedeció, al mismo tiempo que se modificaba de nuevo para añadir cinismo sobre la timidez, y se echó a reír.

—Eso me dijeron cuando lo instalaron. Y sí que dolió. —Se giró hacia la mujer y pudo ver el desconcierto en sus ojos de color negro, en la forma en que frunció el ceño y en la tensión de sus labios carnosos—. Duele con cada actualización que tienen que hacerme, doctora —le explicó—. Yo no puedo recibir anestesia, ya lo sabe, no cuando debo mantenerme estable para que me operen. Sé que lo ha dicho por costumbre, pero en mi caso no es cierto. Haga lo que deba, Jussara —añadió con rapidez, pasando casi a tutearla al ver que una expresión de creciente horror se extendía por las facciones de la mujer —. No se preocupe, conozco una mutación que me suele ayudar, aunque no me gusta nada usarla, pero lo haré por usted. Creo que lo necesita más que yo, se lo veo en la cara. Espere un momento antes de… —Se concentró una fracción de segundo y se renombró una vez más—. Ya está, cuando quiera.

Jussara articuló un silencioso «lo siento» y esbozó una mueca de

lástima y arrepentimiento mientras cerraba de nuevo los ojos y se sumía en el delicado contacto con LIST 19.29. Djavan se tumbó en la mesa y no tardó en notar cómo las delicadas patas de le IA le tocaban el cráneo, afeitaban el abundante cabello rubio, esterilizaban la zona y comenzaban a operar. Se concentró todo lo que pudo en no cambiar ni un ápice, con cada célula de su cuerpo sometida a una molesta y creciente tensión.

No sintió dolor. No sintió nada. Solo destellos de luz, algún movimiento involuntario, súbitas emociones extrañas que no podía controlar y cascadas de recuerdos fragmentados. Entre ellos, los rostros casi olvidados de sus madres cuando era un bebé, la cabina de una nave de tránsito que no reconoció con un fondo de estrellas tras la cristalera de observación, su primer encuentro con Errgan, su primer fracaso, la emoción de su primer amor. Un grupo de gente ya muerta a su alrededor, solo que todavía no lo sabían; pantallas holográficas donde se mostraban unos datos que le llenaron de horror. Una voz que no reconoció y que, al mismo tiempo, le inundó de calidez mientras le susurraba, rebosante de dolor: «No soy nada sin ti». Una sonrisa afectuosa; el rostro borroso de una persona joven, tal vez un hombre, tal vez una mujer, tal vez ambas cosas o ninguna. Unos ojos tan azules como el hielo antiguo de un glaciar, unos ojos que juraría haber visto antes, en algún sitio, en algún lugar, en algún momento. Y un nombre… Un nombre que no logró recordar.

— oOo —

Salió de aquella especie de nube con un espantoso agotamiento atenazando cada músculo de su cuerpo y con ganas de volver a su piso, a su cuarto, a su cama. A su soledad. A cualquier lugar que no oliera a quirófano y a desinfectante. A cualquier sitio donde pudiera fluir a su propio ritmo, sin forzarlo a ir más y más rápido para preparar los tratamientos con su sangre que evitarían que los altos cargos del gobierno, la oposición y la agencia pudieran ser renombrados durante unos cuantos meses.

Pero todavía le quedaban más de dos días allí. Suspiró y se dejó llevar de una apariencia a otra, de un género a otro, de una personalidad a otra. Abandonó la neuropatía congénita que se había causado para no sentir dolor.

—¿Cómo se encuentra, agente? —La doctora Jussara también parecía exhausta tras la larga operación; unos cercos oscuros le rodeaban los ojos y, por la forma de entrecerrarlos, parecía que estaba a punto de sufrir una migraña.

—Bien —susurró. Una mentira y una verdad a la vez—. Con ganas de que todo acabe. Es… —vaciló y frunció el ceño. Su piel clara se fue oscureciendo por momentos—. Es extraño no poder conectarme.

Es como si me faltara algo.

—Lo entiendo. Es curioso, ¿verdad? No somos conscientes de cuánto dependemos de estas interfaces hasta que nos faltan. Yo tengo la mía desde que mi cerebro terminó de configurarse tras la adolescencia. ¿Y… y usted, agente?

Hizo una mueca. A medio camino entre un «no lo recuerdo» y «no quiero contarlo», pero acabó suspirando. Estaba en su historial, después de todo. Ella tendría que saberlo mejor que nadie. Estaba claro que solo quería hablar, llenar el silencio y entablar un vínculo. Uno que él, ella, elle, ni ninguna de las identidades por las que fluía, quería en ese momento.

—He tenido varios —acabó por contestar, mientras se frotaba las palmas de las manos contra la bata de nanobots—. Me han quitado varios. Tardaron en encontrar un sistema que funcionase conmigo.

—Y… —Jussara cerró la boca y enmudeció de pronto.

«Hay algo que me quiere preguntar. Algo que no se atreve por si se inmiscuye demasiado».

Frunció el ceño y la miró fijamente mientras cambiaba, cambiaba y cambiaba. Quería que la médica se sintiera incómoda, violenta. Que dejara de preguntar e indagar. No quería ser descortés, pero tampoco quería empatizar. Azorada, la doctora desvió un instante la mirada, con la sangre tiñendo de grana sus mejillas, y luego apretó los labios en una fina línea antes de volverse hacia él, ella, elle. Vio que tomaba aire con decisión y miedo a la vez.

—¿Ha… ha sentido dolor? Durante mi intervención, quiero decir.

Ahí estaba. Personal. El «mi» destacaba en la frase como las lunas sobre el firmamento fuera de las cavernas de Aeni. Esa era la pregunta que la doctora llevaba todo el rato queriendo hacer; una que ocultaba preocupación, curiosidad y miedo a partes iguales.

«No puedo culparla por ser como es, por ser quien es. Por sentirse como se siente. No puede cambiar como yo. Es como el resto de la gente, casi invariable. Siempre igual, cada día de su vida».

Noura se obligó a sí misma a sonreír, en un intento de tranquilizarla. Se reconfiguró para ser un poco más extrovertida, para conectar con las personas. Se estabilizó levemente en esa identidad, como un favor para la doctora.

—No. No he sentido nada. Es que no me gusta mantener durante mucho tiempo la mutación en el gen PRDM12.

Jussara pareció quedarse en blanco un instante antes de empalidecer tanto que su piel adquirió una tonalidad gélida. Abrió los labios, alzó una mano casi como si fuera a tocar el cuerpo de Alexia en un gesto de consuelo al mismo tiempo que intentaba decir algo. Luego vaciló. Alexia percibió, en el cambio de brillo de sus ojos, en aquellas palabras no pronunciadas, el instante en que la doctora obtuvo la

respuesta a su búsqueda en la net planetaria.

Tragó saliva y apartó la vista con creciente vergüenza, sintiéndose mal por haberla preocupado, por haber buscado, en parte, hacerle daño. Le dio la espalda para dirigirse con paso inseguro hacia la cámara donde estaba su ropa. Oyó que la otra mujer se removía incómoda. La ignoró.

Ya era bastante malo sentir lo que sentía, ser quien era, cuando se renombraba para padecer de forma voluntaria una insensibilidad congénita al dolor. No quería su piedad. No quería su empatía. Tan solo recurría a la mutación en PRDM12 cuando necesitaban operarla o para misiones de campo donde sus heridas eran tan graves que la agonía le impedía concentrarse. A veces, muy pocas, los resultados habían compensado las infecciones y los problemas articulares derivados de aquel cambio genético. Otras no.

En una ocasión en concreto, hacía ya un par de décadas, durante su primera incursión en los sistemas de la Unión, había estado a punto de morir. Sole. Febril. Débil. Abandonade por el resto de sus compañeros. Con varias heridas gangrenadas. Acabó tirade en los pantanos de Ardelia I después de que su propio equipo de apoyo tiroteara su Aev para evitar que el enemigo le atrapara..

«Fue el protocolo estándar para las extracciones que salen mal. Borrar las huellas y todo rastro de mi existencia. Querían evitar otra guerra. No les reprocho nada. No sentir dolor me ayudó a mantenerme cuerde, aunque no sirviera para nada más. Eso es lo único que importa. Solo que fracasé, volví sin los nombres que había ido a buscar».

Zdya se vistió con movimientos metódicos y trató de no pensar. No tuvo éxito. Se maldijo por ello e intentó concentrarse, renombrarse, para dejar de sentir aquella avalancha de impotencia, soledad y dolor. No lo logró. A veces, los recuerdos eran demasiado vívidos y volvían una y otra vez por mucho que intentara alejarlos.

Aquel día en los pantanos, o días, no estaba segure, se había perdido casi por completo a sí misme. Había cambiado, cambiado y cambiado sin control, aferrade tan solo a la mutación PRDM12. No había logrado concentrarse siquiera lo suficiente como para cicatrizar o desinfectar las heridas con una renombración.

«No sé ni cómo sobreviví. No recuerdo casi nada de las tres semanas posteriores al tiroteo. Ni del rescate. Ni de cómo llegué a casa o al hospital».

Apretó los dientes, terminó de ponerse la ropa y volvió a la sala de las transfusiones. No había ningún paciente aguardando; no vendría nadie a por su tratamiento hasta dentro de ocho horas. O eso le había dicho la doctora. Algo era algo. Podía disfrutar de un pequeño descanso. Una pequeña tregua. La segunda desde que había

acudido a la agencia hacía unos días.

Marth se dejó caer en una silla en el centro de la sala, la reclinó hasta ponerla en horizontal y cerró los ojos. No prestó atención a la doctora Jussara, que salió del quirófano detrás de él, comentando que sus terminales externos estarían listos en dos horas y que sería mejor que se tumbara en la cama en lugar de allí. Ignoró sus palabras, sus frases, sus ruegos, sus consejos. Todo le daba igual.

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
05 de Anukra de 2794. 02:10

Vio un mar de diminutas estrellas, sin el titilar causado por la atmósfera. El resto era negrura.

Había alguien a su lado que le agarraba la mano con ternura, como si temiera que se fuera a romper. Y quizá fuera cierto, porque tenía miedo, un miedo frío y lacerante que, sin embargo, estaba envuelto en decisión, en inevitabilidad. Porque era lo correcto.

Algo parpadeó, se movió, rotó. La negrura dio paso al estremecimiento de una nave saliendo de la atmósfera. Luego notó la ausencia de gravedad y se embarcó en un viaje tan largo que apenas lo podía recordar. Hibernación. Pérdida de todo. Lejos, muy lejos hacia… Hacia… Allí.

Allí, donde había un sol desconocido. Un sistema desconocido. Decenas de ellos, centenares, miles. Otro lugar.

Descubrimiento, alegría, fascinación compartida.

Descubrimiento, miedo, horror compartido.

Enfermedad.

Cambio.

Huida.

— oOo —

Se despertó empapada, empapade, empapado de sudor en medio de la noche, con el corazón en la garganta y un grito en los labios. Miró confusa, confuso, confuse a su alrededor para encontrarse con que ya no había nadie en la sala de transfusiones. Habían acabado hacía… ¿Cuántas horas? Su primer impulso fue conectarse a la interfaz, pero ya no la tenía.

Se estremeció, con los restos de aquella pesadilla aferrándose con fuerza a su mente, y trató de calmarse. ¡Por todos los nombres! ¿Qué había sido aquello? Recordaba con claridad el pánico, el dolor, la pérdida… Y nada más, porque no había ninguna razón para sentirse

así. Además ¿hibernar? ¿Quién hibernaba hoy día para viajar por el espacio? Tragó saliva y sacudió la cabeza, luego se pasó una temblorosa mano por el rostro y cerró los ojos, buscando la calma en su interior.

«¿Por qué me ha afectado tanto? ¡Mierda! Debe de ser por el cansancio. Maldita sea, las dichosas transfusiones me han…».

Suspiró y se levantó de la cama al tiempo que cogía el proyector corneal y se lo colocaba detrás de la oreja derecha. Lo activó apretando con fuerza la mandíbula, como la doctora Jussara le había indicado, y consultó la hora.

—Mierda, joder. Podría haber dormido un poco más, no mucho, vale, pero al menos…

Aunque eso ya daba igual; veinte minutos arriba o abajo no iban a suponer ninguna diferencia. Como no merecía la pena volver a intentar conciliar el sueño, más valía que se dejara pesadillas y demás tontadas y centrarse en su misión. Por ejemplo, podía ponerse a aprender de memoria todos los datos relativos a su nueva identidad. Y a repasar los idiomas principales que se usaban en aquel sistema, ya que estaba. La mayoría los hablaba como alguien nativo, pero nunca estaba de más reforzarlos.

—Bien, vale. —Suspiró, se frotó la cara con fuerza y abrió el archivo que había recibido poco antes de acostarse, luego asintió—. Así que Zuri Barinaga-Makwanza. Veamos quién tengo que ser y qué acento tengo que tener.

Lanzadera orbital.
Planeta Nurul, sistema Central.
06 de Anukra de 2794. 19:55.

Sintió que la gravedad dejaba de tirar de elle justo cuando un mensaje parpadeó en rojo ante sus ojos, suspendido en el aire por el proyector corneal.

«Solicitud número 11286 denegada».

Zuri relajó los hombros con un suspiro, se reclinó en el asiento de la lanzadera orbital que le llevaría a la estación de tránsito y se pasó la mano por los ojos como si pudiera hacer desaparecer aquellas letras. Había recibido el mensaje mientras la lanzadera salía de la atmósfera, pero no pudo conectarse hasta hacía unos minutos. Y ahora lamentaba haberlo hecho. Volvió a leerlo, incrédule, y sintió que la rabia le subía en cálidas oleadas desde la boca del estómago.

«¡Oh, por todos los nombres!».

—¡Mierda! —acabó por mascullar en voz alta, haciendo que las mujeres de la familia que se sentaba a su lado se giraran para mirarle

con suspicacia.

Ya se habían fijado en elle cuando extendió el visor del proyector corneal ante sus ojos, como si fuera alguien salido de un mal psicoholo del siglo pasado, así que a saber lo que pensaban ahora de elle.

Les sonrió con afabilidad.

—Perdón, es solo que… Lo siento, no quería molestar.

En otras circunstancias no le hubiera importado seguir hablando con ellas durante el trayecto, ya que parecían simpáticas, pero no estaba de humor tras la noticia que acababa de recibir. Durante un instante, fantaseó con la idea de renombrarse un poco para ser algo más introvertide y que no le incomodara tanto aislarse. Sin embargo, no podía permitirse hacerlo. Tenía que mantener su aspecto e identidad como Zuri Barinaga-Makwanza, profesore de genética en la Universidad Kabemgelebu de El-Kab, del planeta Netrin-b. Zuri formaba parte de un proyecto de colaboración e intercambio de docentes con la Escuela de Alta Genómica de Sunce, en Jíguāng.

Ahora tenía la piel del color del cobre y llevaba los rizos negros y espesos recogidos en once trenzas divididas en tres grupos pegadas a su cabeza siguiendo casi una espiral para luego caer sobre sus hombros. Tenía los ojos azules y un cuerpo femeninode curvas muy generosas. Era, además, de género no binario y bisexual. La mayoría de las veces, su carácter era alegre, abierto y muy sociable. También era un poco bocazas. Aun así, o precisamente por eso, la mayoría de la gente le consideraría encantadore.

Solo que, en aquel preciso instante, se sentía cualquier cosa menos alegre y encantadore.

Volvió a mirar el mensaje en el proyector corneal. «Solicitud número 11286 denegada».

¡Malditos fueran todos los nombres! No le iban a dar el identificador de le IA del Aev. Ni ahora ni nunca. Caso insuficiente, no justificado. La respuesta a su solicitud llevaba la firma de un analista que no conocía y tenía adjunta una declaración de Errgan donde afirmaba que, al no estar relacionada con ninguna misión activa, suministrar esos datos «va en contra de la Ley de Garantía de Privacidad del Nombre».

«Como si a la agencia le importara la maldita ley. Solo la usan cuando les interesa. Como todo. Mierda. Joder. Hostia. Tal vez tendría que haberlo hablado con él y contarle mis sospechas. Explicarle por qué necesito esa información. Pero no, estaba demasiado cansade cuando acabé con las malditas transfusiones y me despacharon sin más. Coge tus cosas, haz el maldito equipaje. Aquí tienes los cacharros que nos has pedido. Ale, adiós, buena suerte, vuelve pronto, cumple con tu mierda de misión».

Eso y, aunque le doliera reconocerlo, que se había olvidado por

completo de la solicitud hasta que estuvo bien lejos de la agencia. Si tan solo se hubiera animado a llamar a Errgan entonces…

—Sí, claro, por supuesto —farfulló de forma ininteligible, cada vez de peor humor—. ¿Con qué pruebas? ¿Solo por una corazonada sobre une IA. que me ha dado recuerdos de alguien que ni siquiera conozco?

Vio por el rabillo del ojo que la pareja de mujeres y su hija intercambiaban una mirada y la más cercana se apartaba todo lo que le permitió el asiento de colisión.

Tuvo el impulso de gritarles que no estaba loque. En vez de eso, se mordió la cara interna del labio inferior, inhaló hondo, se cuadró de hombros y cedió, renombrándose ligeramente para ser un poco más comedide a nivel emocional sin renunciar a la identidad de Zuri.

Errgan estaba en lo cierto. No tenía nada. Solo era une estúpide IA que funcionaba mal. Suspiró y parpadeó tres veces con rapidez para desconectarse del sistema. Tuvo que intentarlo varias veces hasta que el sistema reaccionó y el visor se replegó. ¡Por todos los nombres, cómo echaba de menos su interfaz! Odiaba todos esos comandos físicos arcaicos y engorrosos.

«Bueno, tengo todo el viaje para ajustarlo y acostumbrarme. Algo es algo».

Toqueteó la L-graf que llevaba oculta en el bolsillo interno de la chaqueta y relajó el cuerpo cuando los altavoces de la lanzadera anunciaron que iban a despegar. Le esperaban trece horas hasta la estación de tránsito, una semana hasta el punto de salto y otra más de viaje hasta el sistema Xhing-an. Después, dos días hasta llegar a la superficie de Sunce.

Quizá le podía enviar ahora un mensaje a Errgan y…

«Mejor no. Olvídalo. Deja ese tema en paz y céntrate en la misión. Eso es lo único que te debe importar, Zuri. Lo único».

Primero debía encontrar a Pelo Azul y Pelo Plata, ya fueran un señuelo o algo más. Usaría a esas dos personas para intentar cazar al renombrador que había detectado en el parque de Zhinyu. Destruiría a todos esos agentes infiltrados de la Unión; si no conseguía sus nombres, los mataría. Luego renombraría a todo el gobierno. Restablecería el orden. Y volvería a casa.

¡Ah! Y descubriría qué relación tenía con todo esto la secuencia genética rara que procedía de la mancha de sangre y cuál era el origen o motivo de las desapariciones.

Suspiró, agotade con solo pensarlo, pero tenía razón. Necesitaba apartar de su mente el tema de le IA. Tenía que centrarse en el caso. Todo apuntaba a que iba a ser largo y complicado. Solo esperaba que las pocas pruebas iniciales que pudieran quedar en Xhing-an no se hubieran desvanecido para cuando llegara. La mejor pista que tenía en

su poder eran Pelo Azul y Pelo Plata. Ojalá pudiera encontrarlas pronto.

SEGUNDA PARTE

Pelo Azul y Pelo Plata

Habitación 1495, Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
21 de Anukra de 2794. 06:55.

Zuri no se vistió nada más salir del baño, sino que se dirigió con paso inquieto hacia el espejo de cuerpo entero que había en la habitación del hotel. Había llegado la noche anterior y apenas había deshecho el equipaje antes de meterse en la cama. La tensión de no haber podido dormir durante los últimos dos días de tránsito, desde la estación de salto hasta el planeta, había acabado por hacer mella en elle, dejándole agotade y sin ganas de hacer nada, excepto aquella imperiosa necesidad de acurrucarse entre las sábanas y olvidarse de todo. Ahora se sentía por fin repueste, fuerte de nuevo, alegre y optimista. Pero solo porque volvía a ser Zuri y esa personalidad era la que iba a tener que mantener estable durante gran parte de su misión, al menos de forma oficial y para cualquier actividad pública. Se aferró a ella y asintió mientras se contemplaba a sí misme en el espejo, girando con lentitud, para poder observar en detalle su anatomía.

Frunció el ceño y recorrió con la vista cada palmo de su identidad. Se detuvo primero en los ojos y luego en el cabello, pasando por su altura, constitución, musculatura, cantidad de grasa en los pliegues de su barriga, la forma en que se le marcaba la celulitis en los glúteos y en los muslos y en las estrías que los recorrían. En todo y en nada en concreto. Aún no. Se había renombrado con rapidez, usando sus propios recuerdos, y ahora tocaba afinar y arreglar todo lo que no estuviera bien.

Los parámetros de sexo y género eran los correctos. Los mentales que sustentaban su identidad aún no estaban del todo definidos porque le gustaba dejar eso para el final, cuando todo lo demás estuviera en su sitio, pero sí que estaban más o menos asentados. Su bisexualidad sí que estaba definida; al fin y al cabo, era sencilla de recobrar. En cuanto a los detalles que importaban de verdad y que hacían que todo funcionara de modo impecable en una misión… Tocaba ponerse manos a la obra.

Cogió el proyector corneal de la mesita de noche, se lo colocó detrás de la oreja derecha y lo conectó con solo apretar con fuerza la mandíbula. A los pocos segundos, el dispositivo accedió a la L-graf camuflada como tarjeta personal que había dejado sobre la cama. Zuri activó el visor con tres parpadeos rápidos y este se desplegó casi de inmediato ante sus ojos. ¡Por fin había logrado acostumbrarse a aquel innombrable sistema!

—Archivo presueño. Cargar —ordenó en voz alta, sin preocuparse de que nadie pudiera oírle, al menos por ahora. Al fin y al cabo, acababa de llegar y todavía era seguro hacer determinadas cosas.

Una proyección que solo elle podía ver apareció en pequeñito en una esquina de su campo visual. Era una reproducción exacta de su identidad actual, a cuerpo completo, sin ropa y tomada desde todos los ángulos. Si se concentraba en ella, crecía hasta mostrarle cualquier detalle anatómico que deseara. La había grabado antes de salir de Aeni tras recibir las credenciales falsas de su misión.

Se comparó con aquella imagen, palmo a palmo, y corrigió los elementos que no había renombrado correctamente. Cada vez que tenía que ser alguien en concreto y de forma constante durante sus excursiones, ese era siempre el paso crítico; volver a ser la misma persona que había sido antes de acostarse. Porque cada vez que dormía volvía a fluir y todos sus esfuerzos para mantenerse estable estando consciente se desvanecían en medio del constante cambio que era su naturaleza. Así que allí estaba ahora, comparándose a sí misme con la imagen pregrabada para asegurarse de que no cometía ningún error.

Los detalles solían ser siempre lo que estaba mal. Cualquier persona tenía una idea aproximada de quién era y qué aspecto tenía; esa parte era sencilla de recrear. Los detalles sin embargo… solían ser algo un poco más complicado. ¿Había un lunar aquí? ¿O era en el otro lado del cuerpo? ¿A qué altura tengo exactamente cada uno de los ojos? ¿Y cuál es el tono exacto de piel y la longitud del pelo? ¿Siempre se me ha visto tanto esa vena de la mano?

Giró frente al espejo y empezó a comprobar el número de trenzas que le recorrían la cabeza como espigas de trigo pegadas a su cuero cabelludo. Tres de ellas empezaban casi en la sien izquierda, le subían por la frente hacia el lado derecho y luego seguían su curso hacia la nuca para, finalmente, caer sueltas a su espalda. Otras ocho, distribuidas en dos grupos de cuatro, uno delante del otro, nacían justo detrás de la línea que formaban las frontales y le recorrían el cráneo de una forma que recordaba a los brazos de una espiral hasta unirse a las otras en la parte trasera de la cabeza. Cada una tenía un aro dorado engarzado en el pelo a una altura concreta. Fijó su posición en su memoria, alargó la mano hacia el escritorio que había junto al espejo, cogió la bolsita donde los había guardado la noche anterior y colocó los adornos en su lugar correspondiente.

Luego se acercó a su reflejo y jugó con el color de los ojos y los tonos de la piel hasta que fueron también idénticos a los del archivo pregrabado. Comprobó también la forma de las uñas y las hizo crecer un poquito para que se ajustaran al tiempo pasado desde que había tomado la imagen en Aeni e hizo lo mismo con las de los pies.

Después se dedicó a renombrar las marcas de nacimiento, las pequeñas verrugas, huellas dactilares, líneas de las manos, cicatrices, estrías, el trazado de las venas en la cara interna de los brazos y el dorso de las manos, la altura, la distribución de grasa y, sobre todo, la forma de moverse. Esto último era siempre lo más complicado de toda su rutina diaria en las misiones, recordar el lenguaje corporal exacto, todos esos movimientos inconscientes que formaban parte de la identidad de cada persona. Esos a los que la gente se acostumbraba y que apenas notaba, esos que si fallaban hacían saltar las alarmas de que algo no iba bien, aunque no supieran el qué.

Cuando todo estuvo ajustado, renombró sus patrones mentales de personalidad de forma definitiva y se asentó.

Volvía a ser Zuri Barinaga-Makwanza, profesore de genética de la Universidad Kabemgelebu de El-Kab, en Netrin-b. Le sonrió entonces a su propio reflejo y dio una vuelta sobre un pie, contemplando su cuerpo de formas redondeadas y maravillosas.

Por último, recogió la L-graf y la encajó entre el espejo y el marco justo por encima de su cabeza. Retrocedió dos pasos.

—Archivo presueño versión 2. Grabar.

Sintió con claridad que el proyector emitía un quedo zumbido detrás de la oreja y, en cuanto una luz verde parpadeó antes sus ojos, comenzó a andar de un lado a otro de la habitación, manteniéndose en todo momento en el cono de ciento veinte grados de grabación de la L-graf. Le llevó bastante tiempo porque tuvo que volver a almacenar toda la secuencia básica de movimientos para ajustarla a la gravedad más elevada de Jíguāng. Todo costaba un poco más, cansaba un poco más, y tendría que tenerlo en cuenta al día siguiente para que su organismo no pareciera adaptarse demasiado rápido al nuevo entorno.

El siguiente paso eran los gestos. Rio, sonrió, hizo muecas, se paró en seco, se pasó la mano por la cabeza, se toqueteó las trenzas como cuando estaba pensative o nerviose, sacudió los hombros. Luego arrastró una silla hasta el espejo y se sentó, se inclinó hacia adelante y fingió hablar un rato con alguien usando una secuencia preestablecida de frases que servían para determinar cómo pronunciaba Zuri. Primero lo hizo en la que habían decidido en la agencia que fuera la lengua madre de Zuri y luego en los tres idiomas principales de Jíguāng, marcando el acento que todo el mundo esperaba que tuviera. A continuación, mostró todos y cada uno de los ángulos de su cuerpo a la holocámara de la L-graf.

Cuando hubo terminado, almacenó aquella nueva secuencia de identidad en el archivo presueño sin sobrescribir la anterior. Siempre venía bien hacerlo cada día para así poder ajustar bien cosas como la evolución de sus ojeras o el crecimiento del pelo.

Al terminar, cuadró los hombros y dejó escapar una risa alegre.

«Bien. ¡Por fin perfecte! Ya está todo listo. Ahora sí que puedo vestirme».

Se dirigió al armario mientras empezaba a tararear una canción de moda en Netrin-b y se puso la ropa interior que había dejado preparada en un cajón la noche anterior. De uno de los percheros descolgó un traje de corte sobrio de acuerdo al estilo predominante en Sunce. Incluía una chaqueta llamada tangzhuang que le llegaba casi hasta las rodillas y que se cerraba en la parte frontal con una especie de cuerdas que se enlazaban a modo de botones. Tenía un intrincado estampado de flores llamado khokhloma, o al menos así lo había descrito el hombre que se lo había vendido, en tonos azules tirando a gris. La chaqueta iba acompañada de unos pantalones amplios, del mismo diseño y color. Por último, cogió del armario unas zapatillas negras muy suaves y cómodas, además de funcionales, que le permitirían correr si lo necesitaba.

Acarició la tela, fascinade por que el tacto real fuera tan similar al que emulaban los tejidos de nanos. Para su trabajo en la universidad, había decidido prescindir de su nanorropa habitual y había comprado en la estación de tránsito algo estático y de buena calidad que anunciaría a los cuatro vientos que tenía poco dinero, pero que no por ello descuidaba su aspecto. Todo formaba parte de su tapadera. Su objetivo era causar buena impresión y, sobre todo y ante todo, pasar desapercibide. Aunque sería un poco complicado con aquel aspecto físico tan vulgar para los estándares de Xhing-an.

Sin embargo, eso también era parte de su coartada; si iba a ser une extranjere, tenía que parecerlo, que todo el mundo lo percibiera con solo posar fugazmente sus ojos en elle. Así no le mirarían más de lo necesario. Unas prendas carísimas con las últimas innovaciones en nanodiseño no encajarían con une sencille profesore de genética de la universidad, ni allí ni en el sistema del que supuestamente procedía. Así que, además de ese traje de dos piezas azul grisáceo, había comprado otros cuatro conjuntos similares para poder variar su atuendo durante al menos unos días, hasta que se pusiera enferme y empezara a faltar a sus clases cuando tuviera que dedicarse a tiempo completo a su misión y no pudiera mantener la tapadera.

Se vistió prestando especial atención a que todos los botones de la chaqueta estuvieran bien abrochados, no fuera a ser que se le soltara alguno en medio de la reunión que tendría a primera hora con el decano y acabara enseñándole el pecho sin querer. No sabía cómo iba a responder un tejido tradicional con aquel tipo de cierre a sus movimientos y más valía prevenir. Se recogió con las manos las largas trenzas y las sacudió fuera de la tangzhuang. Y, por último, se calzó y volvió a mirarse en el espejo.

Se rascó una ceja, enarcó la otra y se guiñó un ojo a sí misme con

picardía. Estaba increíblemente atractive con ese atuendo, tenía que reconocerlo. Le quedaba muy bien, aunque no se ajustara a su forma física a la perfección como hacía la nanorropa.

«Discreta y funcional, justo como me gusta. Ya veremos lo que necesito durante el día y si para mañana tengo que cambiar de planes. Eso sí, hoy nada de alterarme, nada de renombrarme. Seré yo todo el tiempo».

Escuela de Alta Genómica y parque Arquei.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
21 de Anukra de 2794. 18:20.

Acompañar a la decana Liu durante todo el día de un lado a otro por la Escuela de Alta Genómica fue un suplicio. No por la gravedad y el cansancio que, tras unas horas, parecían tirar hacia debajo de todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, no, fue por tener que soportar a aquella maldita mujer.

La nueva decana había sido elegida durante el viaje de Zuri desde Aeni, de modo que al llegar no le había recibido el amable y anciano Georgiy, tal y como esperaba, sino la muy seca, muy seria y muy desagradable señorita Liu Aglaya.

Ya desde el primer segundo le quedó claro que no se había mirado su currículum falso antes de reunirse con elle. No le preguntó cuál iba a ser su plan docente durante su estancia allí; mucho menos a qué línea de investigación genómica deseaba incorporarse como parte obligatoria de los tratados de intercambio de la Federación. Por no preguntarle, no le había preguntado siquiera con qué pronombre debía dirigirse a elle, aunque Zuri sí que se lo había preguntado. La decana se había limitado a juzgarle por su aspecto físico y le había tratado en femenino hasta que Zuri la había corregido, momento en que le había mirado de arriba abajo con desdén, como si Zuri tuviera la obligación de llevar aquella información impresa en la frente. Luego había resoplado y había rectificado el trato, pero como si le costara, como si le profesore no lo mereciera.

Ese detalle le había cabreado tanto… Sin embargo, se había contenido con tal de no enrarecer el ya de por sí tenso ambiente. Porque, además de ese desplante y falta de educación, Zuri se había dado cuenta según los ojos de aquella mujer recorrían su cuerpo de cómo le despreciaba por su evidente falta de alteraciones genéticas, por ser une no alterade.

Ella era todo lo contrario, una genalt pura, igual que Pelo Plata. Llevaba más modificaciones encima de las que podía contar: desde los ojos de pupila vertical en medio de unos irises del color del fuego,

pasando por la piel de un tono rosa anaranjado en la que, a juzgar por su textura, habían insertado genes de algún tipo de crustáceo, hasta el cabello, que tenía la misma gama de ocres, rojos y naranjas que el resto de su persona. Parecía que le gustaba ir conjuntada. Hasta se había alterado los labios, que ahora eran de un vívido coral. Luego estaban los dientes, afilados como los de un depredador y mucho más grandes de lo normal. Sus músculos eran gigantescos también, fruto de más edición genética, y a Zuri le sacaba cerca de un metro de altura. No quería ni saber las modificaciones metabólicas que llevaría incorporadas.

Todo en ella aullaba las palabras peligro y violencia. Y así se comportaba: como si todo le pareciera mal, como si todo el mundo fuera inferior, como si cualquier persona con la que se cruzase le debiera la vida o incluso la existencia. Y, cómo no, la decana estaba en contra de la clonación.

Se habían caído mal de inmediato; lo contrario hubiera sido casi imposible. Incluso a Zuri, que le encantaba estar rodeade de gente, por muy diferentes a elle que fueran, Liu le había resultado insufrible. Había agriado su casi perpetuo buen humor y optimismo, recubriendo de amargura y desengaño lo que debería haber sido un día relajado y de contacto con la cultura de Xhing-an. En vez de eso se había ido enfadando más y más a cada hora que pasaba.

Había llegado a su límite durante la hora de comer, cuando se habían reunido con otros profesores de la Escuela. Al poco de estar allí, la decana había retomado lo que parecía una vieja discusión y había humillado e insultado a Aleks Gernier, un joven profesor de cabello como plumas de colores y piel de un suave azul claro, por el mero hecho de mostrar su apoyo a un alumno clónico. Incluso había amenazado con despedirle si no cambiaba de parecer y firmaba el manifiesto de expulsión del chico de una vez por todas. Cómo no, la innombrable decana quería echarlo de la escuela con la excusa de la nueva ley dictada por el gobierno, aunque todavía no fuera seguro si los clones iban a tener o no derecho a una educación superior. Aleks se había opuesto una vez más y se había negado a firmar, mirando a la decana a los ojos con mal contenida rabia; incluso había sugerido que, si la decana seguía en esa línea, promovería la distribución de un segundo documento en apoyo al estudiante.

Y ella lo había insultado y denigrado, amenazando con abrirle un expediente para que no pudiera encontrar trabajo en ningún lugar del sistema. Incluso había sacado a relucir información genética privada del entorno de Aleks. En concreto, antecedentes familiares sobre que había más no alterados de los deseables entre sus parientes cercanos, llegando a insinuar que tenía genes de clon. Todo ello ante la atónita mirada del resto de profesores, que se habían limitado a clavar la

mirada en la mesa, en las paredes más alejadas de la sala. Algunos habían abandonado la cafetería, no sin antes lanzarle una mirada de disculpa a Aleks por dejarle tirado.

A Zuri le había quedado claro que el profesorado no apoyaba la política de la nueva decana, pero que tampoco podía posicionarse en su contra porque, si lo hacían, sus puestos de trabajo peligrarían igual que peligraba ahora el de Aleks.

Ese había sido el punto en el que ya no había soportado más la arrogancia de Liu y le había soltado una grosería. Y ahora, mientras regresaba al hotel a través del parque que rodeaba el campus, no recordaba siquiera lo que le había dicho. Tan solo que, en respuesta, la piel de la decana había pasado del acero al rojo y luego se había puesto en pie todo lo alta que era, irguiéndose sobre elle como una mole de ira y furia. Incluso había alzado el brazo casi como si se dispusiera a golpearle y había abierto la boca para decir algo. Sin embargo, elle no se lo había permitido.

Se había levantado también y había mirado hacia arriba, directamente a los ojos de la señorita Liu, con mucha, mucha calma y frialdad.

—¿Tengo que recordarle, decana, que estoy aquí como parte de un intercambio de docentes de la Federación? ¿Que no pertenezco a su claustro y que hay acuerdos que debe respetar?

Eso lo había cambiado todo. La odiosa mujer había empalidecido, se había tranquilizado por fuera y había vuelto a sentarse. Zuri estaba segure de que por dentro había seguido ardiendo un buen rato, a juzgar por la tensión de su mandíbula y por la inquina con que no había dejado de mirarle durante el resto del día. Los pocos profesores que quedaban se habían excusado con rapidez y habían desaparecido de allí en menos de un minuto, dejándoles a solas de nuevo.

La tarde había transcurrido entre gruñidos y malos modos, mientras la decana Liu terminaba de enseñarle la escuela, su despacho, el horario con sus clases y las aulas.

Y, finalmente, se había librado de Liu en la puerta del edificio de cristal verde que daba acceso al ala principal de la escuela. Ni siquiera se había molestado en dirigirle la palabra para despedirse de ella, la había dejado allí, plantada en la entrada, mientras sentía su mirada despectiva en la espalda. Zuri no pudo respirar tranquile hasta que vio por el rabillo del ojo que la mujer desaparecía en el interior del edificio. Deseó no tener que volver a verla nunca más. Por desgracia, no era algo que se pudiera permitir, ya que debía fingir que trabajaba allí. Su misión era lo primero y, si tenía que volver a tratar con ella para resolver el problema de Xhing-an, lo haría.

«¡Malditos sean todos sus nombres! ¡Si tan solo pudiera renombrarla! ¡Si pudiera…!».

Tuvo ganas de gritar, pero había demasiada gente paseando a su alrededor; muchas personas le observaban con curiosidad o desprecio en cuanto se daban cuenta de que era alguien no editado. Apretó los dientes, ignoró sus miradas y se encogió un poco sobre sí misme mientras reducía el ritmo de sus pasos. Necesitaba calmarse. No podía enfocar ese problema llene de rabia. Respiró hondo, una y otra vez, hasta que sintió que el corazón le latía más despacio. Pero no quiso renombrarse para dejar de sentir esas emociones.

«Tengo que mantenerme estable como Zuri, y eso implica impulsividad y rabia ante las injusticias que me rodean. También tengo problemas para callarme las cosas. Es lo que hay. ¡Si tan solo esa innombrable de Aglaya no fuera tan déspota! ¡Es una mujer horrible! Y peligrosa, además», reflexionó mientras bordeaba el pequeño lago artificial que había en el centro de los jardines. «Tarde o temprano empezará una caza de clones ocultos en la escuela, porque no se limitará a los declarados. Moverá cielo y tierra hasta que no quede ni un solo clon entre sus muros. Luego irá a por Aleks y el resto de gente como él. Después a por cualquiera que no le guste. ¡Mierda! Todos los informes que teníamos sobre Georgiy le posicionaban justo en el bando contrario. Me podría haber ayudado si decidía investigar la maldita secuencia genética esa. Con Aglaya al mando ese plan se va a la mierda. Tal vez Aleks u otra persona del claustro…». Chasqueó los labios y se tiró con suavidad de una trenza. «Ya veremos. Además, Aglaya podría haber llegado al poder por culpa de alguna renombración y en ese caso…».

Durante un instante, sintió una punzada de optimismo en medio de la furia. Si esa hipótesis era cierta, Zuri estaría mucho más cerca de desarticular la célula de la Unión de lo que se había imaginado. Casi dio hasta un saltito de alegría. Casi. En vez de eso, negó con la cabeza y esbozó una sonrisa de medio lado y una pareja que pasaba por ahí se le quedó mirando, por si iba dirigida a ellos.

«Poco probable. Los agentes de la Unión no pueden estar detrás de cada cosa que no me guste en Xhing-an. Ni aunque supieran que iba a venir. Sea como sea, centrémonos. Lo más probable es que se trate de lo de siempre, que ahora toda la gente con esa ideología de mierda se siente libre y respaldada por el gobierno. Ya no tienen miedo y han dejado de esconderse. Ahora es lícito decir que los clones no son personas. Eso será todo, ya verás, Zuri, nada más que eso. Aun así, solo por si acaso, no le quites la vista de encima ni a la decana ni a la escuela. Más vale prevenir».

Cerró los ojos sin dejar de caminar, respirando con lentitud el aire que olía a hierba, a flores y a mar, y contuvo las ganas de dejarse caer en un banco del parque que separaba su alojamiento del campus. Estaba exhauste y le dolía el cuerpo del contínuo sobreesfuerzo para

moverse en aquella gravedad. Solo que no podía permitírselo, aún tenía mucho trabajo por delante. Justo esa noche iba a encontrarse con su contacto en la recepción del hotel Hú-li-jīng para que le proporcionara información actualizada sobre lo que estaba ocurriendo en el sistema. Con un poco de suerte, habría incluso alguna pista sobre Pelo Azul o Pelo Plata.

«¡Claro que sí, Zuri! ¡Soñar es gratis! En este trabajo no hay nada tan bonito ni tan fácil, como si no lo supieras».

Dejó escapar un resoplido, a medio camino de una risa carente de humor, y estiró los hombros hacia afuera, irguiéndose todo lo que pudo, al darse cuenta de que llevaba ya un rato andando encorvade. Oyó que algo crujía entre los omoplatos.

«Estoy demasiado tense. Relax. Relax. Si no, voy a acabar con algo en la espalda que tendré que renombrar».

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que cada vez había menos gente en el parque y que comenzaban a encenderse las luces medio ocultas entre los arbustos y los árboles. A su derecha, un muro bajo separaba la zona ajardinada del mar. Se oía ya el rumor de las olas por encima del sonido del tráfico. La gente se retiraba a cenar y a descansar, igual que elle.

«Seguro que los de Inteligencia ya estarán al tanto del nombramiento de lo de Liu y no tendré que informarles. Lo que no sabrán es lo que ha ocurrido hoy en el comedor con Aleks y los clones. Van a tener que cotejarlo por si se trata de una tendencia en otras facultades y escuelas o solo son casos aislados. Si es esto último, no significarán nada, pero si está pasando en todas partes, podría haber un renombrador de por medio».

Sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos de su mente, al menos por un rato, y siguió caminando en silencio, más sole a cada paso que daba. Las sombras comenzaron a alargarse y la tarde dio paso la noche. Los bloques de casas que jalonaban el parque a su izquierda se volvieron cada vez más esporádicas entre los árboles, hasta que desaparecieron casi por completo. Las luces se atenuaron tanto que le costaba ver por dónde iba.

Y entonces se detuvo.

Lo hizo justo en el punto donde la oscuridad se espesaba y las luces de la ciudad se tornaban más amarillentas y acogedoras. El parque desaparecía para dar paso al camino de piedras blancas que bordeaba la playa y que conducía hasta su hotel. Inhaló hondo y alzó la cara para contemplar el cielo estrellado por donde se desplazaban cedazos de nubes impulsadas por la brisa. Olía a mar, a salitre, a arena recalentada por el sol. A algo a lo que no sabía ni poner nombre. Y al bosque que se extendía montaña arriba, alejándose de la costa, y que cobijaba la urbanización. Distinguía también el aroma de la tierra

húmeda y el de las flores nocturnas que se abrían en el anochecer. Se quedó allí, muy muy quiete, contemplando el vacío del firmamento y su reflejo sobre el mar donde danzaba en oleadas de plata y negrura. Aspiró toda aquella amalgama de olores que le hacían vibrar y se dejó mecer por el sonido de las olas en la arena.

Era precioso, sobrecogedor. Tan hermoso que le robaba el aliento. Los entornos naturales como ese siempre le habían fascinado. Por muchos planetas que visitara, por muchos ecosistemas que viera, no podía evitar quedarse paralizade cada vez que anochecía y salían las estrellas. En momentos así, todo parecía cobrar sentido. La vida misma. La muerte misma. La infinidad del universo.

En Aeni todo el mundo vivía bajo tierra porque la superficie del planeta era inhabitable. Todo era artificial, medido, creado para emular lo que tenía ahora delante. Y no había ni punto de comparación. Lo único malo era que en Sunce no había lunas. La primera vez que vio una le había hecho sentir diminute, frágil, débil. Como si no fuera nada, como si todos los esfuerzos que hacía por la Federación fueran insignificantes al lado de la magnificencia que tenía ante sí. Eso mismo sintió cuando viajó al espacio por primera vez de niñe, acompañade de sus madres, y había contemplado el vacío.

Sonrió con ternura al recordarlo y una punzada de añoranza le apuñaló las entrañas. Tuvo de pronto muchas ganas de hablar con ellas, de estar a su lado. De invitarlas a cenar a un restaurante caro y de pasar juntes varios días. Pero en ese momento no podía ni enviarles un mensaje; estaba en medio de una misión y no podía ni debía distraerse. Aunque, claro, tampoco las añoraba tantísimo. Era solo que en aquel momento era Zuri, y Zuri era bastante sentimental.

Y, sin embargo… había algo más. Una añoranza más profunda en aquel mar de estrellas. Como si hubiera perdido algo preciado, como si tuviera el corazón roto. Recordó el sueño que había tenido el día que se marchó de Nurul, donde contemplaba el espacio con alguien a su lado. Alzó la mano y se la miró, desconcertade. Si se concentraba, podía sentir el recuerdo de esa persona cogiéndole la mano, lleno de afecto, amor, dolor y miedo.

«Tendrás que perderlo todo».

Se quedó inmóvil, incapaz de ubicar de dónde le venía ese pensamiento, pero conocía la respuesta.

—El sacrificio merecerá la pena —susurró en medio del silencio y un frío repentino le inundó las entrañas.

Se estremeció, tragó saliva de forma convulsa y se abrazó a sí misme, buscando un calor que no encontró. Siguió andando en dirección al hotel mientras trataba de arrinconar todos esos sentimientos en lo más profundo de su mente. Así que apretó los labios y sacudió los hombros. Eso era, tenía trabajo que hacer, no

podía distraerse con sueños y tonterías.

Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
21 de Anukra de 2794. 20:40.

Su contacto respondía al nombre de Perig. Según el primer informe de misión que le habían dado en la agencia, era un hombre cis alto, de piel oscura con manchas doradas, cabello largo de color crema y ojos de un azul desvaído y extraño. No un genalt puro, pero sí lo bastante modificado para tener un estatus sin llamar la atención. Uno más entre la multitud.

No tardó en identificarlo en el mostrador del extremo derecho en la recepción y se encaminó hacia allí. El joven alzó el rostro del proyector de sobremesa donde introducía datos con comandos manuales y le sonrió. En el pecho, prendida al uniforme, llevaba una identificación holográfica donde aparecían tanto su nombre como su pronombre de preferencia.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Por qué pronombre desea que me dirija a usted?

Zuri le devolvió la sonrisa. No sabía si le había reconocido ni qué tipo de información habían enviado a la sede local sobre la naturaleza de su misión, así que más valía ir con cuidado.

—Buenas noches. Elle estará bien, gracias. Llegué anoche y estoy alojade en la habitación 1495. Hoy, al salir para ir al campus, me he dejado mi identificador dentro y ahora no puedo volver a entrar.

Zuri se acodó en el mostrador sin dejar de sonreír y aguardó con calma. No había mentido. Era justo lo que había hecho antes de irse, tal y como indicaban las instrucciones del informe de misión para momentos como ese.

Perig asintió como si fuera lo más normal del mundo y pulsó varios comandos en la proyección holográfica con uno de sus dedos enguantados.

Zuri lo observó fascinade. ¡Era todo tan arcaico! En vez de una interfaz personal con la que conectarse al sistema central del hotel, en el Hú-li-jīng tenían esa especie de centralita holotactil que se activaba con unos guantes especiales. Se requería una interacción física real con la proyección para realizar cualquier trámite. Y, obviamente, hacían falta personas reales en lugar de avanzades inteligencias artificiales de gestión hotelera, lo más habitual en otros sistemas. En los barrios más pobres, donde no podían permitirse el lujo de contratar personal humano, sería seguramente todo lo contrario, allí sí que tendrían en nómina algún tipo sencillo de IA a le que enlazarse a

través de la net.

El sistema de interfaz humana era lento, costoso y mucho menos efectivo que todo a lo que Zuri estaba acostumbrade. Si su proyector y L-graf ya le parecían arcaicos, lo que estaba viendo los superaba con creces, pese al estatus que indicaban en Xhing-an. No se molestó en disimular su sorpresa, desconcierto e incluso cierto desdén; al fin y al cabo, era de esperar en cualquier extranjero que llegara por primera vez a ese sistema.

—¿Podría decirme su nombre, por favor?

—Zuri Barinaga-Makwanza.

Perig ni parpadeó, y sus dedos tampoco vacilaron al seguir introduciendo comandos. Su rostro no varió de expresión ni un ápice. Era bueno. Muy bueno.

—Sí, aquí está, señore Barinaga-Makwanza. Habitación 1495. Reserva para tres meses. Su permiso de trabajo también está en orden y le permite acceder a descuentos en largas estancias. Todo correcto. Espere un segundo y le prepararé un nuevo identificador. ¿Lo desea en una L-graf como el anterior o prefiere algún otro tipo de soporte?

—L-graf, por favor. Estándar.

Perig volvió a asentir y arrastró con fluidez algo hacia la parte inferior de la pantalla. Un fragmento de luz se separó de ella y se insertó en el mostrador. Algo emitió un trino y una L-graf translúcida y flexible, un poco más pequeña que la palma de su mano, salió de una rendija oculta, destellando levemente. Vio en la superficie su rostro holográfico en tres dimensiones, casi como si fuera un agujero en la realidad, aunque tan solo era un efecto óptico.

Perig la cogió y comprobó que su cara coincidiera con la de la tarjeta. Luego la depositó ante él y le dio tres golpecitos en el borde con el dedo índice izquierdo antes de deslizarla hacia elle con una sonrisa amable.

Zuri se fijó en que el guante que llevaba en aquella mano parecía distinto al de la derecha. Quizá era algo más grueso por la textura de los nanos. ¿Había también una leve variación en el color? Perig sonrió y apartó la mano con rapidez antes de que pudiera fijarse más.

—Aquí tiene, y no olvide, por favor, devolvernos la L-graf desactivada en cuanto pueda. Bienvenide de nuevo, señore Barinaga-Makwanza. Espero que su estancia con nosotros sea lo más agradable posible. Si vuelve a tener algún problema, no dude en dirigirse a mí. Si desea cenar en el restaurante, tan solo avísenos con media hora de antelación. También le podemos llevar la comida a su habitación, solo tiene que pedirlo. Pero hoy permita que le aconseje el servicio de habitaciones, sobre todo si desea descansar, ya que el restaurante está ya bastante lleno y puede resultar agobiante.

Zuri recogió la L-graf, se la guardó en el bolsillo y asintió mirando

a Perig a los ojos.

—Eso haré. Muchas gracias y buenas noches, Perig.

—Buenas noches.

Habitación 1495, Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
21 de Anukra de 2794. 21:00.

Zuri jugueteó con la L-graf que le había dado Perig en el trayecto hasta su habitación. Deslizó los dedos rechonchos sobre los bordes, la plegó una y otra vez sobre sí misma antes de desenrollarla de nuevo y tamborileó sobre su superficie cristalina repleta de datos. Incluso empezó a tararear una alegre cancioncilla mientras el elevador magnético le dejaba en la planta catorce. Se había asegurado, solo por si acaso, de que nadie le seguía desde la recepción y ahora comprobó que ninguno de los otros ascensores estaban activos. Al llegar a su puerta, volvió a escrutar el pasillo y solo se relajó cuando vio que no había nadie merodeando por el pasillo. Enseñó la cara al escáner que había insertado en el marco y la puerta se abrió al reconocer el holo de su rostro en la tarjeta.

Una vez dentro, estuvo tentade de dejarse llevar y abandonar a Zuri para volver a ser ella, él, elle de nuevo, pero se contuvo. No había revisado la habitación por si, aparte de los bots de limpieza, había entrado alguien en su ausencia o por si esos mismos bots, manipulados por agentes de la Unión, habían colocado cámaras ocultas o cualquier otro dispositivo. No quería ser paranoique; era poco probable que tuviera que tomar tan pronto esas precauciones, aun así, siempre era mejor asegurarse.

«Además, aún tengo que pedir la cena y no quiero volver a renombrarme como Zuri y cometer un error por ir con prisa. Y tengo trabajo, demasiado como para perder tiempo».

Ni siquiera se desvistió. Sacó la L-graf camuflada como su tarjeta personal, vulgar, rígida y opaca, y la colocó sobre la que le había dado Perig. A continuación, apretó la mandíbula y conectó el proyector corneal.

—Escaneo y análisis. Activar.

Le hubiera gustado subvocalizar aquella orden para evitar que alguien le escuchara, pero para hacerlo hubiera tenido que gastar una de las preciadas dosis de nanos ilegales que llevaba incorporadas al proyector y prefería guardarlas para cuando las necesitara de verdad. Si le estaban grabando en ese momento… Bueno, mala suerte.

El visor se desplegó ante sus ojos y toda la habitación comenzó a brillar con una tenue luminiscencia nacarada. Primero recorrió las

paredes, pasando ambas L-graf lo más cerca que pudo de ellas sin llegar a tocarlas. El radio del dispositivo de detección que tenía integrado en la suya era de unos tres metros; no tanto como le hubiera gustado, pero mucho para tratarse de una graf. Su visor iluminaría en un rojo intenso cualquier dispositivo externo que le hubieran colocado. Los cableados de la luz, la conexión al sistema central del hotel, el control del aire, los nanos de reciclaje ambiental, etc., se marcaban en naranja, salvo que estuvieran manipulados. Gracias a la tarjeta que le había dado Perig, ahora tenía acceso a los identificadores de los sistemas del hotel y podría detectar intervenciones externas. Eso si los agentes de la Unión no eran más listos que ellos.

Resopló y sacudió la cabeza de lado a lado.

«Espero que no. Vaya si lo espero. Mal vamos como hayan conseguido meter tecnología de contrabando en Xhing-an. Aunque llevan años en el sistema, tampoco sería tan raro».

Acabó con las paredes y las ventanas con rapidez y analizó el techo, las alfombras, cada rincón del suelo y todos los muebles de la habitación y del baño. No encontró nada fuera de lo normal. Todo estaba limpio.

Zuri suspiró y, con una sonrisa, relajó los hombros que había tensado sin darse cuenta.

—Desactivar escáner y análisis. Guardar patrón. Referencia 1495 versión 1 del 21 de Anukra —ordenó en voz alta, y el brillo que recubría toda la habitación se desvaneció. Entrecerró los ojos para ajustarlos a la visión normal y estiró la espalda, que crujió igual que en el parque—. Ay. Bien. Esto me va a pasar factura a la larga. Tengo que aprender a relajarme más siendo Zuri. Ay. En fin. Hora de trabajar en serio, ¿no? Pues venga, que esto no se va a solucionar solo.

Se sentó en el escritorio con un resoplido de agotamiento, colocó ambas L-graf delante de elle, una sobre la otra, y a la nueva le dio tres golpecitos con el dedo izquierdo como había hecho Perig. Tal y como esperaba, las dos se conectaron juntas al proyector y accedió a la información que el otro agente había volcado desde su guante al interior de la L-graf. El menú era sencillo y se desplegó ante elle en dos dimensiones.

«Ummm. Mmm… Listado de desapariciones. Avistamientos y seguimientos. Análisis genético secuencia HV1… Interesante. Índice empresas de edición solicitud Aeni. Bien, bien. ¿Sospechas renombración? ¡Vaya, esto sí que no me lo esperaba!».

Zuri frunció el ceño. ¿Más renombraciones de las que ya sabía? ¿Recientes? Se fijó en la fecha de ese archivo y se dio cuenta de que apenas tenía un par de días. Los datos que contenía venían, además, etiquetados como «en crudo». Eso indicaba que no habían sido

analizados en profundidad por nadie. Debía de haberlos obtenido algún agente de Inteligencia al cruzar información a gran escala y el resultado había llamado tanto la atención de alguien que se la habían enviado con rapidez. Curioso.

—Abrir archivo «sospechas renombración».

Abrió los ojos de par en par a medida que los archivos se desplegaron ante elle. Había casi diez mil. Todas las supuestas renombraciones estaban relacionadas con el personal de la administración de todo el sistema, desde Jíguāng a Zhinyu, e incluso de las pequeñas bases que había en las lunas del quinto planeta, Minardais, y también de la estación de tránsito. Gente sin importancia, la mayoría de las veces. Gente invisible a la que nadie hubiera prestado atención, salvo que renombraras a diez mil personas.

—Qué malditos nombres está pasando…

Pero lo más sorprendente era el tipo de cambio que había señalado Inteligencia. Toda esa gente había pasado de ser anticlonación a ser proclonación. Justo la tendencia contraria por la que le habían enviado a Zuri a investigar. Además, hacía menos de tres años, esas personas habían sido partidarias acérrimas de las modificaciones genéticas más extremas y ahora, sin embargo, eran aperturistas protecnología. En Xhing-an, ni más ni menos. La nota adjunta a ese archivo indicaba que no era obra de ningún renombrador indexado de la Federación. No era nadie de su bando.

—Pero tantísima gente… —Zuri se inclinó hacia atrás en la silla, jugueteando de forma inconsciente con una de sus largas trenzas.

Eran demasiados. Además, ¿de dónde habían sacado sus nombres verdaderos? ¿De dónde habían obtenido su código genético más reciente? Para ello tendrían que saltarse la Ley de Protección del Nombre y todas las medidas de seguridad de las empresas de edición genética. Una operación así implicaba pagar a un buen cracker, o a varios infiltrados, y disponer también de mucho tiempo. Muchísimo tiempo. Por no hablar de que deberían haber seguido a toda esa gente durante años para conocer a sus amistades, familia, contactos, trabajo, la percepción que tenían de ellos y acceder también en sus redes personales para saber cómo se veían a sí mismos.

«Los recursos que ha tenido que invertir aquí la Unión son... ».

—Aberrantes.

Ahora entendía por qué habían etiquetado esas renombraciones como meras sospechas. Porque, a nivel estadístico, que tanta gente vinculada a la administración cambiara de una idea a otra opuesta sin ningún tipo de influencia externa, y en apenas tres años, era muy poco probable. Sobre todo por la progresión que indicaba el archivo. Cien personas en el primer año, unas dos mil en el segundo y el resto durante el último año, la mayoría en los últimos seis meses. Y, por

último, aunque que tanta gente hubiera sido renombrada era improbable, hubiera podido entenderlo en Central, pero ¿en un sistema como Xhing-an?

«Sobre todo porque han hecho justo la jugada política contraria cuando han renombrado al gobierno».

Y entonces lo vio.

Se quedó inmóvil, mirando los nombres.

Uno.

Con un movimiento de los ojos, ordenó a la lista que retrocediera hasta el inicio y, con un parpadeo firme, la hizo avanzar despacio en modo automático.

Dos.

Tres… Cuatro. Cinco…

Ocho…

Todas estaban allí. Una tras otra. Catorce de las quince personas desaparecidas. El decimoquinto, que no figuraba en ninguna parte de aquella lista, era el político que había despojado a los clones de sus derechos. Ese mismo político que había cambiado también de parecer sobre la clonación dos años antes, aparentemente porque su marido se había clonado a sí mismo. Una magnífica tapadera. Y por eso no figuraba en la lista, pero Zuri se hubiera apostado una renombración en babosa a que deberían haberlo incluido.

—¿Por qué? ¡Por todos los nombres! ¿Qué está pasando aquí?

— oOo —

Dejándose llevar por una súbita intuición, abrió el archivo llamado «Avistamientos y seguimientos». Al ver lo que contenía, se le escapó una carcajada.

—¡Eso es! ¡Nombre correcto!

Eran varios informes sobre las actividades de Pelo Azul y Pelo Plata con una pequeña lista de gente a la que habían espiado. Dos de esas personas habían desaparecido, como ya sabía, y también podrían haber sido renombradas. ¿Y si había ahí otro patrón?

«Bien, bien, bien. Vamos a ver qué encuentro».

Mientras leía los diferentes expedientes, la sonrisa de sus labios se fue ensanchando. Tuvo que retroceder y avanzar varias veces, saltando de «Avistamientos» a «Sospechas». Incluso se atrevió a renombrarse a sí misme para poder procesar todos los datos con eficiencia. Aunque no le gustó demasiado tener que hacerlo, el resultado mereció la pena.

—¡Sí, sí, sí!

Saltó de la silla en cuanto vio que todo encajaba y se puso a bailar por la habitación, con las trenzas oscilando en el aire, alrededor de su cuerpo, mientras comenzaba a canturrear en voz alta una

melodía sin letra. ¡Lo tenía! ¡Lo tenía! ¡Lo tenía!

Pelo Plata y Pelo Azul, bien al mismo tiempo o por separado, habían estado siguiendo o mantenido contacto esporádico durante los últimos años con al menos cinco de las personas desaparecidas, puede incluso que más, aunque de eso no había encontrado pruebas. También con otras veinte que aún no se habían esfumado. Toda esa gente figuraba en la lista de posibles renombraciones. Según la información que le habían proporcionado, que podía ser parcial e incompleta, no habían aparecido en el entorno de ninguno de esos sujetos antes de su cambio de ideología.

Por supuesto, no todos los informes situaban a Pelo Azul y a Pelo Plata husmeando en la vida de alguien. Algunos solo eran avistamientos confirmados en diferentes puntos a lo largo y ancho del sistema Xhing-an. Pero en cuanto a su forma tan evidente de espiar aquella gente…

Zuri dejó de bailar en medio de la habitación y se quedó muy quiete, con la respiración entrecortada por el esfuerzo (ese cuerpo no estaba en forma, y menos en aquella innombrable gravedad, pero tanto le daba, no pensaba cambiarlo). A través de la ventana, miró la quietud del mar y el cielo cuajado de estrellas.

«Quizá forme parte de una estrategia renombradora para obtener datos que complementen la parte genética del nombre. No. No es eso. Empiezan a seguir a esa gente después de que los renombren. ¿Es lo que hacían en ese parque en Zhinyu? ¿O eran un cebo mientras otro agente más importante se encargaba del trabajo de verdad?».

—¿Y si esa lista de renombrados es mucho más importante de lo que me imagino?

«Pero allí, en el parque, sí que había un renombrador; uno muy bueno, además, haciendo vete tú a saber qué».

Suspiró y se dejó caer sobre la cama, al tiempo que la euforia que había sentido unos minutos antes se desvanecía por completo. Los datos que poseía seguían sin encajar. Cuanta más información analizaba, menos sentido tenía.

—Pero todo podría ser cierto, ¿no? Que siguieran a un renombrado y que fueran un cebo y que hubiera alguien detrás haciendo algo que no vemos —le susurró al techo—. No sé. No termina de cuadrarme del todo. Para empezar, ¿por qué siguen a los renombrados? Ahhh, mierda. Tengo la impresión de que se me escapa algo. ¡Malditos sean todos los nombres!

Masculló más maldiciones entre dientes y volvió a incorporarse con resolución. Allí tumbade mirando el techo no iba a averiguar nada. Regresó a la mesa y se sentó para leer de nuevo los archivos relacionados con los avistamientos de Pelo Azul y Pelo Plata. No podría analizarlos todos esa noche, así que decidió centrarse en los

más recientes: uno con fecha de hacía tres días y otro de dos semanas antes. Ya tendría tiempo para estudiar el resto en los ratos libres que le dejara su coartada en la escuela.

Abrió el más antiguo de los dos y volvió a juguetear con una trenza.

Dos semanas antes, Pelo Azul había subido a una nave en Laire, una de las lunas de Minardais, en dirección a Zhinyu, donde había visitado un museo antes de que los agentes le perdieran la pista en los estrechos callejones de una barriada pobre en la cúpula Meglica de Plava Rijeka. Había incluso un vídeo de esa visita. La calidad era buena y mostraba a un hombre acompañando a Pelo Azul. Se sorprendió al darse cuenta de que era un no editado, alguien que llamaría de inmediato la atención en Xhing-an. Era alto, de hombros anchos y con el pelo corto y canoso. Sin embargo, en ningún momento las cámaras captaban su rostro. Les daba la espalda a propósito o se mantenía detrás de los extraños artefactos que había en exposición. Parecía controlar todos los ángulos al milímetro, como si ya hubiera estado allí para analizar el terreno. Zuri memorizó la forma de moverse de aquel hombre, la fecha de la grabación y el nombre del museo para ver si podía obtener más información y cerró el vídeo.

«Tengo que pedir grabaciones de la entrada para estudiar horarios a ver si se le ve la cara al acceder al edificio o en alguna de sus visitas anteriores. También que vaya alguien ahí y pregunte a la gente del museo, alguien se ha tenido que fijar en él. Necesito saber quién es y por qué no lo han identificado ya en Inteligencia. ¡Por todos los nombres, que es un no editado! O es de fuera del sistema o alguien indexado. ¿Será el jefe de Pelo Azul? ¡Vamos! ¡No puede ser tan difícil! Ya tienen los nombres de todas las personas que han visto con Pelo Azul y Pelo Plata. ¿Qué ha pasado con este? ¿Por qué no hay nada más sobre él?».

El otro vídeo, el que tenía fecha de hacía tres días, era mucho más jugoso. Ubicaba a sus dos personas de interés en Wavrans, la segunda ciudad más poblada de Jíguāng, situada en el hemisferio sur. Lejos, muy lejos de donde elle se encontraba ahora. Y, al mismo tiempo, más cerca que nunca.

Escuela de Alta Genómica.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
22 de Anukra de 2794. 10:30.

La noche anterior, Zuri había pedido que le subieran la cena a la habitación, como le había sugerido Perig. Tras apartar el resto de informes sobre Pelo Azul y Pelo Plata, había echado un vistazo rápido

a la información sobre las personas desaparecidas. Ahora ya no eran quince, sino veintiocho, y los nuevos casos estaban también en la lista de posibles renombraciones, como esperaba. Sí, había un plan a gran escala ahí detrás, pese a lo improbable que le había parecido al principio. La Unión estaba invirtiendo recursos inimaginables en lo que quiera que estuviera haciendo.

Pero había más. En siete de los trece nuevos escenarios de desapariciones, habían encontrado una mancha de sangre, igual que en el Aev del político. De estas no habían logrado extraer fragmentos de ADN con la misma calidad. Tres muestras estaban demasiado degradadas para secuenciarlas, pero en las cuatro restantes se habían encontrado los mismos marcadores genéticos que en la primera. Por lo tanto, todo parecía indicar que esas personas se habían editado en la misma empresa. ¿Se habrían sometido entonces a la misma modificación o a una distinta?

También había información fidedigna que indicaba que todos los desaparecidos habían viajado a Zhinyu en algún momento antes de esfumarse, y siempre tras su cambio de tendencia política. El informe no detallaba cuándo había viajado cada sujeto, pero aun así era otra conexión más entre ellos, de modo que memorizó ese dato.

«Y Pelo Azul desapareció en una barriada de esa luna en... ¿dónde era?». Zuri volvió a abrir el archivo vinculado al vídeo del museo. «En la cúpula Meglica de Plava Rijeka. Bien. Bien. Parece que voy a tener que ir a Zhinyu tarde o temprano».

Tras encontrarse con todo eso después de cenar, no se había sentido con fuerzas para seguir analizando más datos. Todo era demasiado grande y extraño. Estaba cansade, abrumade y sufría un leve dolor de cabeza. De modo que se había ido a dormir, con la esperanza de que al día siguiente lo haría mejor. Con la cabeza despejada podría afrontar todos los misterios de esa misión. Se había equivocado. No había logrado descansar ni cinco horas seguidas con tanto enigma al que darle vueltas.

Se había levantado fluyendo de una identidad a otra, incapaz de quitarse las ojeras en la mayoría de ellas, así que había tenido que maquillarse. Hasta le había costado renombrarse, pero al fin había logrado arrastrarse fuera de la habitación siendo más o menos une Zuri funcional. Había desayunado con abundancia en el restaurante de la primera planta y, antes de salir del hotel, le había dejado a Perig la L-graf alterada con la excusa de que era la vieja desactivada. No habían anulado de verdad la primera que le dieron, claro, y la llevaba guardada en el bolsillo junto con su tarjeta personal.

Se aseguró de copiar todos los datos de la L-graf que le había dado Perig antes de devolverla y de insertar en ella una orden de máxima prioridad para que localizaran por todos los medios a su

alcance a Pelo Azul y Pelo Plata en Wavrans. También pedía que le organizaran un viaje a esa ciudad con cualquier excusa que se les ocurriera. Había añadido, además, dos solicitudes de información adicional, que intentaran identificar al hombre que acompañó a Pelo Azul al museo y que le enviaran cuanto antes una lista de las alteraciones genéticas autorizadas y prohibidas en el sistema. Aparte de eso, como ya tenía las empresas de edición genética de Xhing-an, había pedido que le remitieran con urgencia, en cuanto les llegara de Aeni, la información sobre las empresas de edición genética de la Unión que había pedido antes de salir de allí. Quería analizar todas sus patentes, las modificaciones permitidas y prohibidas, junto a sus respectivos marcadores comerciales, y compararlo con la secuencia del Aev.

Ahora estaba en su despacho de la escuela en un descanso entre clases y no podía dejar de darle vueltas a esas manchas de sangre, a cómo podían estar vinculadas con las desapariciones y a quién nombres pertenecerían. Porque, tras comparar los HV1, se habían dado cuenta de que no eran de la misma persona. Pero tampoco de las víctimas.

Suspiró y tomó un sorbo de té, caliente y extremadamente dulce, con un aroma a especias que no reconocía.

«Lo que tengo ahora mismo es sangre degradada y un código genético distinto en cada caso con los mismos malditos marcadores que no logro identificar. ¡A saber a qué innombrable empresa de edición pertenecen! Además, la sangre no se degrada de esa forma por sí sola. Es como si hubieran usado un acelerante para que se pudriera más rápido. ¿Cuál y quién?».

Lo único positivo de todo aquello era que ahora podía descartar una de sus primeras ideas. Las secuencias de ADN no podían pertenecer a ningún renombrador de la Unión. En varios de los nuevos casos, había tanta sangre en la escena como para que una persona se desangrara.

Zuri se mordió el labio y jugueteó con una trenza, pasando los dedos por el entramado de sus prietas espigas cilíndricas. Sus ojos se clavaron en el anillo que le había pedido a la agencia y que llevaba puesto en la mano izquierda. Si lo necesitaba, podría volver a renombrarse como Djavan y activar ese pequeño dispositivo de seguimiento genético. En su interior contenía un programa de secuenciación muy básico diseñado para reconocer esos marcadores comerciales misteriosos en cualquier muestra que insertara en la pequeña cavidad lateral. Si daba positivo, el anillo también disponía de una microlanceta cargada de nanobots que se unirían a esa secuencia y comenzarían a emitir una señal que podría rastrear una vez los inyectara.

Era un buen artilugio, pero de un solo uso, por desgracia. Había esperado que le fuera útil en algún momento; ahora, sin embargo, sospechaba que no iba a ser tan sencillo. Había más de una persona con aquellas alteraciones, así que tendría que meditar muchísimo cuándo, cómo y con quién ponía en marcha ese plan.

Zuri resopló, se tiró con una furia mal contenida de las trenzas y se reclinó hacia atrás en la silla para mirar el techo pintado de un suave color azul.

«Estoy dando vueltas una y otra vez a lo mismo sin llegar a ninguna parte. A ver si me envían de una innombrable vez a Wavrans y saco algo en claro. ¡Mierda! Pero tengo que tener paciencia. Esta es una misión a largo plazo, no va a resolverse todo de la noche a la mañana».

—Aunque ojalá lo hiciera —susurró, al tiempo que volvía a incorporarse para darle otro sorbo al té. Se dejó llevar por el embriagador aroma, en un vano intento de relajarse.

Tenía días, o incluso semanas, por delante antes de recibir respuesta a todo lo que había pedido.

«Que sea antes, por todos los nombres. No creo que pueda soportar tanto tiempo a Liu orbitando a mi alrededor como un meteorito de odio».

—«¡No son humanos! ¡Son un peligro!». ¡Ella sí que es un peligro! —masculló, mirando a la nada.

En fin. Más le valía centrarse en mantener su coartada y seguir con la vida de Zuri como si no pasara nada.

«Bueno, siempre me queda la opción de cambiar de identidad un día y presentarme en las oficinas locales de la agencia para apretar unos cuantos cuellos hasta que me den lo que quiero».

Zuri sonrió al pensarlo y hasta dejó escapar una risita. Si en una semana no tenía respuesta, iría allí y la obtendría por sí misme.

Dio un buen trago al té y asintió en la soledad de su despacho. Bien. Ya tenía un plan.

Escuela de Alta Genómica.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
25 de Anukra de 2794. 15:00.

A primera hora de la tarde, una fuerte vibración en el oído le hizo dar un respingo en medio de unas prácticas de laboratorio. Sus alumnos estaban sentados delante de sus terminales externos, programando alteraciones genéticas nuevas que luego simulaban para ver los efectos fenotípicos y genotípicos en organismos virtuales complejos. Luego los holoproyectaban sobre las mesas y analizaban el resultado. Sabía que

la mayoría sería un desastre y no lograrían pasar de las primeras divisiones embrionarias. Unos pocos conseguirían gestarse antes de sucumbir durante los primeros años de vida por complicaciones que los estudiantes no habían previsto. Con un poco de suerte, una o dos de aquellas criaturas falsas llegarían a la edad adulta.

Zuri sacudió la cabeza y maldijo por no poder conectarse a su visor sin llamar la atención. ¡Por todos los nombres, cómo echaba de menos su interfaz interna! Tendría que salir del aula si quería acceder al mensaje que le había llegado con prioridad azul, a juzgar por la intensidad de los zumbidos en el tímpano derecho. Sus comunicaciones personales no tenían ese código tan molesto, ya que solo lo había configurado para el improbable caso de que los agentes de Inteligencia se arriesgaran a enviarle una notificación directa.

Y ahí estaba, taladrándole la oreja y amenazando con provocarle una innombrable migraña si no lo atendía pronto.

Tendría que haber pasado algo muy grave para que contactaran así con elle. No debían de poder esperar las dos noches que quedaban hasta que Perig volviera a trabajar en el hotel y le pasara el siguiente paquete de datos con novedades.

Se tiró de una trenza con creciente incomodidad y se levantó de la silla, conteniendo las ganas de sacarse el proyector de detrás de la oreja y tirarlo lejos.

—Seguid con las simulaciones e insertad una variable de presión vírica al sistema —les pidió a sus estudiantes, con voz tranquila, aunque el corazón le estuviera latiendo con tanta fuerza que casi le dolía el pecho—. Quiero ver si vuestras creaciones pueden soportar una epidemia. Tengo que salir un momento.

Oyó los gemidos de protesta según abandonaba la sala. Que si era injusto, que ni siquiera sabían si su bicho sobreviviría en un entorno aislado. ¿Cómo iban a llegar al final si además entorpecían…?

El resto de las quejas se desvanecieron en cuanto la puerta se cerró a su espalda.

Miró a ambos lados del pasillo. Desierto. Bien. Ni siquiera había cámaras en esa zona, solo dentro del laboratorio para asegurarse de que nadie robaba el carísimo equipo que tenían allí.

Apretó la mandíbula, conectó el proyector corneal y dio la orden de desplegar el visor. Miró hacia el frente sin ver nada de lo que tenía delante, centrade en el nuevo mensaje. Sus labios se abrieron poco a poco fruto de la conmoción. Se pasó ambas manos por la cabeza, acariciándose las trenzas. Una de ellas le tembló un poco. La alerta era un código azul de verdad. Uno gordísimo, además. Pelo Azul y Pelo Plata no estaban ya en Wavrans.

Estaban en Sunce.

Acababan de verlas descender de un Aev transcontinental en el

aeropuerto, a tan solo ochenta kilómetros de distancia.

Zuri le sonrió de forma salvaje a la soledad del pasillo y movió los hombros al ritmo de una música que solo elle podía oír. Por fin iba a cazar.

— oOo —

Respondió al mensaje para que pusieran a Pelo Azul y Pelo Plata bajo vigilancia de inmediato con drones espía y para que intervinieran todas las cámaras que pudieran encontrar en su camino. Quería estar al corriente de cada paso que daban, de cada bocanada de aire que tomaban. En cuanto a elle, no le quedaba otra que seguir fingiendo. No podía arriesgarse a llamar la atención, así que volvió al aula y continuó con la clase como si nada. Zuri solo era le profesore de genética de intercambio. Nadie más. Inofensive y jovial, aunque de temperamento vivo.

Sonrió a los alumnos y siguió ayudándoles con las prácticas. Además, ya que estaba, memorizó el nombre de Mai, la única alumna que había conseguido acabar con un espécimen virtual adulto que había sobrevivido incluso a la variable vírica que les había obligado a insertar. Nunca se sabía si a la agencia le interesaría ficharla para trabajar en sus laboratorios de semiclones *in vitro* una vez se licenciara. Era muy, muy buena para ser tan joven.

Dio por terminada la clase diez minutos antes de la hora y les recordó que tenían que presentarle en una semana un informe con los resultados que habían obtenido y, sobre todo, razonar por qué sus modificaciones genéticas habían fallado o, en el caso de Mai, cómo y por qué habían funcionado.

Tras quedarse a solas en el aula, Zuri la cerró con rapidez y casi corrió de vuelta a su despacho. Por el camino se cruzó con Aleks y la profesora Lubov, a quien había conocido dos días antes. Hicieron ademán de pararle, como si quisieran contarle algo importante.

—¡Lo siento, no puedo! ¡Tengo una cita! ¡Llego tarde!

«¿Una cita? ¿En serio? ¿Eso es lo primero que se te ocurre?».

Bueno, no mentía. Era como una cita. Una que había esperado con ansia desde que leyó por primera vez el informe de su misión.

—¡De acuerdo! —oyó que Aleks gritaba a su espalda—. ¡Pero mañana ven a mi despacho en cuanto llegues! ¡No te vas a creer lo que ha pasado!

Asintió, sacudiendo una mano por encima de la cabeza, sin dejar de correr.

—¡Eh, Zuri! —Esa era la voz de Lubov—. ¿Y cómo se llama la persona afortunada?

Zuri se giró de espaldas y caminó hacia atrás un par de pasos, reduciendo la velocidad. Lubov, alegre, amable y simpática, era una

mujer trans sin alteraciones en el cromosoma Y, hormonada pero sin cirugía, que había resultado ser una cotilla increíble. No solo estaba al tanto de todos y cada uno de los rumores, confirmados o no, que había todo a lo largo y ancho de la escuela, sino también del resto de facultades que llenaban el campus. Le sonrió desde lejos, incapaz de evitarlo. Le caía muy bien.

—¡Morgens! ¡Se llama Morgens! ¡Y es un él! —Ni siquiera lo pensó. Dijo el primer nombre que le vino a la cabeza, uno como otro cualquiera. Solo que, en cuanto las palabras salieron de su boca, notó una leve incomodidad revolviéndose en su interior.

Casi había olvidado ya el incidente en el Aev de Aeni. Parpadeó con fuerza, tratando de deshacerse de esa sensación tan desagradable. ¿Por qué se sentía así? Sacudió la cabeza. Morgens. Otro nombre más. Uno para salir del paso y reforzar su mentira. ¿Qué más daba?

Chasqueó los labios y se giró para seguir trotando en dirección a su despacho. Tras elle, escuchó que Lubov reía a carcajadas.

—¡Pues a ver si nos lo presentas! ¡Y si no te va bien con él, yo siempre estoy disponible!

Esas palabras casi se perdieron entre la marabunta de alumnos que salieron justo en ese momento en tromba de las aulas. Zuri fingió que no la había oído y dobló una esquina hasta alcanzar la escalera que descendían al ala de los despachos. Una vez allí, no pudo evitar echarse a reír. Bueno, tenía que reconocer que Luvob era muy atractiva, con la piel velluda de suave color verde, los rasgos atigrados y el cuerpo menudo. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, Morgens no existía y, si tenía que pasar mucho más tiempo en Sunce…

«Pero ¿es que soy tonte o qué? No puedo pensar en eso ahora. ¡Malditos sean todos los nombres! ¡Eso me pasa por inventarme malditas mierdas innombrables!».

Aceleró el paso pese a que sabía que luego le costaría recobrar el aliento y, una vez en su despacho, recogió sus cosas a toda velocidad y volvió a salir con las mismas prisas.

Entre tanto resuello y las protestas de sus articulaciones por la gravedad de aquel planeta, casi ni se percató de que se cruzaba con la decana en las escaleras de la salida. La mujer le saludó con un amable gesto de la cabeza e incluso le sonrió, al tiempo que le decía algo que ni siquiera llegó a escuchar. Había un hombre con ella que…

Parpadeó. Un grupo de alumnos pasó a su lado, interponiéndose entre elle y la decana, y arrastrándole unos metros hacia el exterior, escaleras abajo. Se giró hacia la escuela y el sol le dio de pronto en los ojos, cegándole durante unos segundos y obligándole a cubrirse con un brazo. Lo vio todo blanco durante un instante y perdió la noción de dónde se hallaba. Para cuando recuperó la vista, ya no había rastro alguno de la decana ni del hombre que la acompañaba.

«¿Dónde han…? ¿Quién…?».

Una súbita punzada le atravesó la cabeza de parte a parte, como si se clavara en su cerebro a través de su pupila derecha. Agachó la cabeza y gimió sin atreverse a entreabrir los párpados.

«No, una innombrable migraña no. Ahora no».

Maldito sol, maldita luz. ¡Maldita tensión!

Esa vez no dudó. Se renombró a sí misme para quitarse de encima el dolor y se dirigió con paso rápido en la misma dirección que los estudiantes, hacia la ciudad. Tenía que encontrar a Pelo Azul y a Pelo Plata. Debía averiguar detrás de qué o quién andaban.

Sin embargo, en cuanto echó a andar con la intención de renombrarse tras alejarse unas manzanas de la escuela, se dio cuenta de que no podía hacerlo, no en ese momento. La ropa que llevaba no era la correcta. Era otro de los conjuntos que se había comprado al llegar al sistema, esta vez de colores verdosos y rojos oscuros, y no estaba hecho con el tejido de nanos que se adaptaba a sus cambios de identidad.

Maldijo en silencio, apretó los dientes y se dio media vuelta. ¡Tenía que volver al hotel a cambiarse! ¡Una maldita e innombrable pérdida de tiempo! Pero no le quedaba otra opción, salvo que quisiera arriesgarse a ponerse en peligro como Zuri, por supuesto.

«¡Mierda! ¿De cuántas horas estamos hablando?».

Se apresuró a hacer los cálculos. Tenía algo más de dos de camino andando. Luego debía cambiarse, volver a salir y dedicar las mismas para regresar. Un poco más, de hecho, dado que la escuela no estaba en el centro. Suspiró.

«Bien. Eso son cuatro y media, más o menos. ¡Y no puedo coger un innombrable Aev si quiero mantener mi innombrable coartada! ¡Mierda!».

Si Pelo Azul y Pelo Plata acababan de llegar al aeropuerto de Sunce… Volvió a maldecir para sí misme. ¡Cómo odiaba no tener una interfaz integrada con la que conectarse a plena potencia a una net planetaria! En Jíguāng había algo similar, sí, pero con los primitivos dispositivos que estaban permitidos no podía alcanzar ni de lejos la misma capacidad de procesamiento que tenía en Aeni.

Apretó las mandíbulas con fuerza, sintiendo crecer su furia, para conectar el proyector corneal y desplegó el visor.

—Horarios de los próximos aerotransportes desde el aeropuerto —ordenó en voz baja mientras apuraba el paso en dirección al hotel —. No, mejor no. Horario de todos los transportes desde el aeropuerto. Terrestres, aéreos, subterráneos. Horario estimado de llegada a todas las estaciones de Sunce.

Aquello era una locura. No podía monitorizarlo todo. No podía estar en todas partes a la vez. Se podían bajar casi en cualquier

innombrable sitio y elle no se enteraría hasta que fuera demasiado tarde.

«Mierda, mierda, mierda. Voy a tener que… ¡Mierda!».

Al menos la migraña se estaba desvaneciendo. Alzó una mano y se frotó los ojos mientras su proyector comenzaba a vomitar todas las búsquedas que le había pedido. Se le nubló la vista y caminó unos pasos con dificultad. Lo almacenó todo en su L-graf con dos fuertes parpadeos para futuras consultas, no sin antes pedirle al proyector que le mostrara cuál era el Aev más rápido que conectaba el aeropuerto con la capital y dónde paraba. Más valía ponerse en el peor escenario posible.

Las noticias no fueron buenas. Había un Aevbus directo que podía dejar a Pelo Azul y Pelo Plata en el centro en menos de media hora. Y ya había transcurrido ese tiempo desde que había recibido el mensaje de la agencia.

«Tocará confiar en que la gente de Inteligencia haga lo que les he pedido y me informen de dónde están. Ojalá no sean los incompetentes que creo que son porque, si han pasado por alto su existencia durante años, a saber qué…».

Ahora no tenía tiempo de cabrearse más. Sacudió la cabeza, haciendo oscilar las trenzas, y echó a correr por el parque. Sabía que empezaría a resollar y enseguida le daría flato, pero tenía que darse toda la prisa posible.

Durante un instante, se planteó renombrarse, para deshacerse de todas las limitaciones físicas de ese cuerpo, modificar su metabolismo para evitar cualquier tipo de molestia y ajustarlo a la horrible gravedad de Jíguāng. Sin embargo, no se atrevió a hacerlo, porque podría resultar sospechoso que una persona de su constitución empezara a esprintar sin ningún síntoma de cansancio, sobre todo teniendo en cuenta que claramente no era de ese sistema. Maldijo en silencio una vez más por no haberse puesto la ropa de nanos. No volvería a cometer ese error.

—Claro que… —resolló, deteniéndose en seco al cabo de un rato, con el sudor resbalándole por la frente, la espalda y entre los pechos, mientras apoyaba las manos en las rodillas y trataba de volver a respirar con normalidad. O, al menos, hasta dejar de sentir que los pulmones se le fueran a salir por la boca—. Podría… haberme… traído al trabajo el innombrable traje escondido en... la cartera…

Cerró los ojos, contuvo una arcada y un gemido de dolor y, finalmente, cedió. Se renombró. Al menos un poco. Alteró su código genético para no fatigarse tanto con el sobreesfuerzo y reforzó los músculos de las piernas. Era un cambio sutil y que pasaría desapercibido si nadie le prestaba demasiada atención. Y, ahora que lo pensaba, aunque lo hiciera, creerían que era una persona editada con

alguna modificación genética no visible.

Estuvo a punto de echarse a reír. Tenía que aprender a pensar también en esos términos, no solo en la apariencia externa. Bien. Era una buena opción. En ese caso, estaría a salvo siempre y cuando nadie la reconociera. Si se cruzaba con algún alumno o alguien del claustro sabrían de inmediato que había algo raro.

«Más vale que tenga cuidado».

Se incorporó y miró con disimulo a su alrededor, fingiendo que aún le faltaba el aliento.

Había mucha gente en el parque: alumnos recién salidos del campus, gente paseando a sus mascotas, familias disfrutando de las últimas horas de sol, con criaturas demasiado jóvenes para haber empezado a editarse, grupos de amigos… La mayoría llevaban encendidos los proyectores y los visores desplegados, pero nadie hacía nada sospechoso a simple vista. No encontró tampoco ningún sitio que la gente evitara de forma inconsciente. Y, sobre todo, no vio a nadie que pareciera estar siguiéndole.

«Bien. Haré un par de paradas más por si acaso. Vamos allá, no está el tema como para perder más el tiempo».

Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
25 de Anukra de 2794. 18:10.

Se renombró para volver a ser le Zuri normal nada más cruzar el umbral del hotel. Se apoyó en el marco de la puerta y cerró los ojos, mientras recuperaba el aliento y todo su cuerpo aullaba de dolor. Estaba empapade de sudor de la cabeza a los pies. O casi. Al menos hasta el culo. Había podido sentir, durante el último tramo de la carrera, cómo se escurría por la espalda hasta mojarle el pantalón e incluso la ropa interior.

«Menos… Menos mal que ya he… llegado. No puedo… No puedo ni pensar». Sintió una punzada en el costado y contuvo un gemido mientras se arrastraba hacia el elevador magnético.

Miró las notificaciones de su proyector y las encontró vacías.

«Pero, ¿qué esperabas, si no te ha zumbado en el innombrable tímpano en toda la carrera?».

Si hubiera tenido fuerzas, se habría enfadado, pero ya no le quedaba energía. Los inútiles de la agencia no le habían dicho ni una palabra de dónde estaban Pelo Azul y Pelo Plata, y eso que hacía ya más de tres horas desde que habían aterrizado en el planeta.

«¿A qué nombres esperan? ¿A que desaparezca alguien más?».

Se tragó un insulto y entró en el elevador para subir a la planta

catorce. Recorrió el pasillo arrastrando los pies y, una vez en la habitación, se desvistió tirando la ropa al suelo y se dejó fluir.

Por primera vez en horas, se sintió él, ella, elle misme, misma, mismo. Inhaló y exhaló. Cerró los ojos, disfrutando de ese momento como si fuera el último instante de fluidez en mucho tiempo. Sí, sí, cada día cuando dormía volvía a su ser, pero no era lo mismo: no era consciente ni percibía todos y cada uno de los cambios.

Fue hasta el armario sin estabilizarse en ninguna identidad, salvo para quitarse de encima el olor a sudor, y sacó el traje de nanos. Se vistió de nuevo y contempló en el espejo cómo su identidad variaba y variaba, con la ropa adecuándose a todos y cada uno de los cambios. Sonrió. Aquello sí que era paz.

—Venga. Déjalo ya. Deja de regodearte. No puedes perder más tiempo. Sal por la puerta, fluye y a ver quién eres cuando llegues al recibidor.

Se renombró como Zuri, tan solo para no llamar la atención si había alguien en el pasillo, aunque no lo hizo con el mismo detalle que todas las mañanas. Por suerte, no se encontró con nadie de camino al ascensor. Una vez dentro, en soledad, se dejó fluir de nuevo y se estabilizó con rapidez como Zef. Ahora era un hombre cis asexual de piel como la plata líquida, rostro lampiño, cabello corto de un llamativo verde esmeralda y ojos azules con la pupila horizontal que, además, cambiaban de color con la intensidad de la luz. Era joven, alto, delgado y musculoso. Perfectamente adaptado a la gravedad de Jíguāng. Todo un atleta. Audaz y sin miedo. Una persona a la que le gustaba meterse en líos, pero solo si tenía las de ganar. Obviamente, todo un genalt.

El traje se ajustó con suma rapidez a su nueva identidad. A Zef le gustaba la moda retro de Jíguāng, sobre todo la del continente meridional, así que ahora llevaba una falda vaporosa con muchísimas capas de tela de diferentes tonos cremosos que le llegaba hasta las rodillas y una chaqueta cruzada del mismo color llena de bordados de flores y frutas en verde, rojo y azul. La falda tenía además bolsillos, lo contrario hubiera sido ridículo. Unas botas altas negras, elegantes y cómodas completaban el conjunto. Si tenía que correr se ajustarían a sus pasos como el mejor calzado de carreras.

Zef suspiró, sumamente satisfecho consigo mismo, y contempló su aspecto en los paneles reflectantes del elevador. No era guapo según los estándares de Xhing-an, pero tampoco destacaría. Y la ropa... La ropa era sencillamente maravillosa. ¡Por todos los nombres, cómo había echado de menos los nanos!

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y salió a la recepción del hotel. Había más gente que antes, lo que era perfecto para perderse entre la multitud y no llamar la atención.

Avanzó con paso firme, mirando con disimulo a su alrededor por si alguien le había seguido desde el parque sin que se diera cuenta. No parecía ser el caso. No había recibido ni una sola mirada furtiva cuando las puertas del elevador se abrieron y nadie parecía prestarle tampoco la más mínima atención. Mala suerte si buscaban a Zuri. No aparecería hasta la mañana siguiente, cuando tuviera que volver a la escuela. Nadie sospecharía que se había transformado en Zef.

Paseó entre esas personas, para las que había dejado de ser alguien anómalo ahora que llevaba encima más modificaciones genéticas de las que podían contar. Fue consciente que Zuri se habría reído ante esa idea; ahora, en cambio, no le hacía gracia. Zef no tenía sentido del humor. Las cosas habían perdido parte del color que tenían antes, parte de la luz, aunque no lo echaba de menos. Le gustaba ser Zef, un hombre mucho más centrado y eficiente para la parte de la misión que le tocaba emprender.

No había llegado todavía a la entrada del hotel cuando le vibró de nuevo el proyector en la oreja, amenazando con taladrarle el tímpano. Tensó los labios en una fina línea recta y apretó los dientes para conectar el visor. Delante de él flotaba un nuevo mensaje de prioridad azul de la agencia local.

«Tarde y a tiempo a la vez».

—Abrir —ordenó en voz baja mientras se adentraba en el camino que conducía al parque bordeando la costa.

Eran buenas noticias, aunque algo inquietantes, porque Pelo Azul y Pelo Plata estaban en el mismo centro de Sunce. Frunció el ceño, se pasó la mano por el cabello verde cortado a cepillo y entrecerró los ojos.

«Habéis venido a seguir a alguien, ¿verdad?», aventuró, no demasiado convencido, aunque era lo más probable. «Sí, claro que sí, ¿qué va a ser si no? Y esta vez voy a ser yo quien os saque ventaja. Ya lo creo. ¡Os voy a cazar como la escoria de la Unión que sois!».

Sin pensarlo dos veces, envió de vuelta un mensaje a la agencia local pidiéndoles que buscaran cuántas personas de la lista de posibles renombrados vivían o trabajaban en el centro de Sunce y que, además, le enviaran en directo todos los sitios por donde pasaran sus presas. Encontraría la forma de que sus caminos se cruzaran por casualidad e iba a averiguar qué estaban tramando.

Parque Obere.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
25 de Anukra de 2794. 18:20.

Estuvo tentado de llamar a un Aev para que le llevara directo al

centro; al fin y al cabo, ahora era Zef y no tenía que aparentar que tenía problemas de dinero. Sin embargo, no lo hizo, su proyector corneal estaba programado para identificarle como Zuri y esa era la única identidad legal real que la agencia le había creado en Xhing-an. Los Aev no funcionaban como el transporte terrestre o subterráneo, donde podías pagar por terminales externos temporales que, una vez comprados, llevabas enganchados en la muñeca o colgados del cuello y en los que podías mentir sobre quién eras. Los Aev, pilotados por inteligencias artificiales, eran un caso distinto y solo permitían pasajeros con los que pudieran conectarse directamente.

Un inconveniente, aunque no demasiado grave. Ahora ya no iba a cansarse tanto por echar un par de carreras. Así que, aprovechó su nueva identidad y se lanzó parque a través. Durante todo el trayecto, no dejó de recibir decenas de grabaciones obtenidas a través de cámaras de seguridad.

Una nota de Inteligencia, junto a una dirección, le sirvió para saber que Pelo Azul y Pelo Plata se alojaban en un hotel llamado Krasnaya. Uno pequeño y no demasiado caro, cerca de uno de los parques más grandes de la capital. Habían llegado allí arrastrando dos pequeñas maletas, la de Pelo Azul de color fucsia y la de Pelo Plata a conjunto con su cabello.

Eso corroboraba sus sospechas, porque sugería que iban a quedarse allí una temporada para seguir a alguien. Una persona que, tal vez, luego desaparecería.

«Aun así, tengo que recordar que pueden ser un cebo y que podrían estar tendiéndonos una trampa mientras el verdadero culpable de todo esto hace sus cosas de renombrador vete tú a saber dónde». Apretó los labios en una fina línea recta y frunció el ceño. «¡Por todos los nombres! ¡Mejor! Así podré descartar una de las innombrables pistas y centrarme en lo importante».

Después de instalarse en el hotel, habían salido a pasear y llevaban haciéndolo desde entonces. Se habían detenido aquí y allá a comer o a tomar algo en un par de puestos elevados con vistas a la ciudad. Llevaban ya casi cinco horas así, e Inteligencia no había podido determinar todavía si seguían a alguien o no. Se limitaban a caminar sin rumbo fijo casi sin hablar.

Ahora estaban paseando por el parque Obere, situado sobre la colina más alta de Sunce, bastante cerca del Museo de Historia Antigua local, a poco más de una hora andando de la Escuela de Alta Genómica.

«Un parque otra vez. Vaya, parece que les gustan estos sitios. Tendré que estar atento a ver si veo al renombrador».

Con un cosquilleo de expectación ante esa posibilidad revoloteando en sus entrañas, se dirigió hacia el parque Obere,

moderando el paso hasta dejar de correr para poder llegar lo más fresco posible. Ya empezaba a anochecer, así que no dispondría de mucho tiempo antes de tener que retirarse de vuelta al hotel si al día siguiente quería volver a ser Zuri y cumplir con su papel de profesore. Pero ¿de verdad quería regresar cuando estaba tan cerca de sus presas, cuando podía cazarlas?

Zef gruñó con frustración y se rascó la nuca. ¡Por supuesto que no quería volver! ¿Quién querría? Sin embargo, tenía que hacerlo. No podía poner en riesgo la misión solo porque ahora era alguien impulsivo y que deseaba un poquito de acción.

No. Debía tomárselo con calma, enfocar aquello como un primer contacto y no como la maravillosa cacería que se había imaginado al salir del hotel. Así que sí, tenía poco tiempo, más le valía aprovecharlo. ¡Solo que hubiera estado tan bien poder cazar!

Se detuvo un momento cerca de la entrada del parque y miró a su alrededor con disimulo. Esperó a que hubiera un nutrido grupo de gente entrando y saliendo para pasar a través de él y poder aprovechar la confusión y renombrarse de nuevo y cambiar de identidad con mucha lentitud, aunque dejando la personalidad intacta. Le venía bien ser alguien observador, metódico y atrevido en aquel momento, aunque también tuviera alguna que otra obsesión. Además, ser otra persona a nivel físico también le convenía antes de entablar contacto con Pelo Azul y Pelo Plata, solo por si relacionaban a Zef con el mismo hotel donde se alojaba Zuri.

Cuando salió de la multitud, era Elaina, una mujer trans heterosexual que se había sometido a edición genética directa del cromosoma, de media altura, piel rosácea, doble párpado en los ojos de color morado, cabello largo, liso y blanco. Era alta y muy delgada, todo músculo y sin un ápice de grasa. El nanotejido de la ropa también se alteró, tornándose de un verde irisado muy reluciente con bordados de animales de color púrpura. Ahora llevaba una especie de túnica recta cruzada sobre el pecho que se ajustaba a sus caderas y llena de bolsillos. Tenía una edad indeterminada, y cualquiera que la mirara no sabría decir si acaba de llegar a la mayoría de edad o ya superaba los cuarenta.

Recorrió el parque con paso decidido, como si se dirigiera a un lugar en concreto para reunirse con alguien primero hacia el este y luego hacia el norte siguiendo los caminos principales. Después fue colina arriba por varios senderos estrechos que serpenteaban entre unos parterres de flores y a través de unos bosquecillos artificiales. Su objetivo era una explanada de hierba casi en el punto más elevado del parque. A juzgar por las imágenes de un minúsculo dron de seguimiento que le llegaban al proyector, Pelo Azul y Pelo Plata estaban allí arriba.

Los arbolillos se fueron despejando poco a poco, casi como si fuera un bosque de verdad, y se encontró bajo un cielo de un malva claro, en el que el sol se ponía ya tras las montañas. Unas luces tenues y doradas comenzaban a encenderse aquí y allá en altos postes de madera, dando un ambiente íntimo y romántico al lugar. Había parejas paseando y grupos de amigos sentados sobre la hierba, riendo y charlando. Algunas personas incluso se habían tumbado a mirar las estrellas que empezaban a aparecer en el firmamento según llegaba la noche. Y allí, en medio de todo aquello, hacia la derecha, en un banco bajo un dosel de enredaderas, como si fueran otra pareja más, estaban Pelo Azul y Pelo Plata.

Las reconoció por su forma de moverse nada más ver sus siluetas recortadas contra la tenue luminiscencia que tenían a la espalda. Por desgracia, habían escogido bien el lugar, no había asientos cerca ni tampoco más gente en los alrededores a la que Elaina pudiera unirse para escuchar su conversación con disimulo. Detrás del banco donde se sentaban no había nada más que hierba y no podía esconderse detrás de un dosel de enredaderas porque no era demasiado tupido.

Apretó los labios con disgusto y los puños con frustración. Acto seguido, sin vacilar ni un ápice para no llamar la atención, cruzó el claro, dirigiéndose justo hacia donde estaban Pelo Azul y Pelo Plata. Pasaría por delante, les echaría un buen vistazo y continuaría su camino como si nada. Después se sentaría a fingir que esperaba a alguien y, al cabo de un rato, fingiría que la habían dejado plantada y seguiría a sus presas. Tanto le daba si esa noche dormía poco o nada. No pensaba dejar que escaparan, no cuando estaba tan cerca de obtener información directa por una vez. ¡Su innombrable coartada como Zuri se podía ir a un pozo por lo que a ella respectaba!

Según se aproximaba, fue sintiéndose más y más nerviosa, más tensa. Tuvo incluso la sensación de que alguien la vigilaba. Alguien oculto en algún lugar. Quizá sentado entre la gente que había en el parque, tal vez tras los árboles de los bosquecillos que rodeaban la cima. Comenzó a respirar de forma un poco más superficial y se frotó las manos en la ropa. Procuró con todas sus fuerzas no mirar a su alrededor. Si lo hacía llamaría la atención, daría a entender que estaba buscando a alguien y no esperando a alguien. No podía delatarse de esa manera.

«A lo mejor no me están mirando a mí en concreto, sino analizando a todas las personas que se acerquen a Pelo Azul y Pelo Plata o a cualquiera que parezca fuera de lugar. Tranquilízate. Este es mi sitio. No es la primera vez que me enfrento a algo así».

Más relajada, y volviendo a respirar con normalidad, siguió andando con paso firme en esa dirección y, cuando ya casi estaba delante de Pelo Azul y Pelo Plata, se renombró ligeramente para

aguzar el oído. Estaba a la distancia justa para que pensaran que no podría oírlas, así que, con un poco de suerte, no dejarían de hablar.

No cometió el error de no mirarlas; como cabría esperar en un sitio como Xhing-an, clavó sus ojos durante algo más de una fracción de segundo en Pelo Azul, con sus implantes y sus intentos vanos de hacerse pasar por una genalt. Hasta se permitió arrugar los labios con un asco fingido antes de volver a apartar la vista y seguir su camino. Al hacerlo, sin embargo, algo llamó su atención, distrayéndola por un momento y haciéndola trastabillar.

Entrecerró los ojos.

Pelo Azul era de constitución mucho más robusta de lo que parecía en las grabaciones, quizá se encorvara al andar para parecer más menuda. Y su rostro… Su rostro…

Pelo Plata tenía, en cambio, las facciones más marcadas y la nariz más prominente de lo que pensaba. Era por su piel, por aquella piel tan oscura que parecía absorber la luz a su alrededor y que casi enmascaraba sus rasgos.

Había algo que…

Dio un respingo y dejó de prestar atención a su aspecto para volver a centrarse en lo que estaban diciendo, que era lo que realmente importaba. Pero ya se había alejado demasiado.

—¿… irá todo pasado mañana? —oyó que decía alguien a su espalda. Dedujo que era Pelo Plata. Tenía una voz bonita, profunda y grave—. Por no mencionar lo de mañana, ya sabes.

Apenas logró escuchar la respuesta de Pelo Azul. Algo similar a que «Rgiens ha hecho arte».

Sus susurros se perdieron en la distancia y no se atrevió a aflojar el paso. Se alejó unos veinte metros y luego se dejó caer sobre la hierba, mirando hacia la misma dirección que Pelo Azul y Pelo Plata, a la ya casi extinta puesta de sol. Sin embargo, no le prestó apenas atención; mantuvo en todo momento un ojo sobre sus presas, dándole vueltas y más vueltas a algo que no lograba precisar y que parecía resbalar de sus pensamientos cuando creía que ya lo tenía bien agarrado. Era incómodo e inquietante; creía que debería reconocer algo, pero se le escurría como un sueño nada más despertar. Tenía que ver con el aspecto de Pelo Azul y Pelo Plata, con su fisionomía.

¿Qué era? ¿Qué era?

«¡Malditos sean sus nombres! ¿Qué es lo que no veo?».

Cerró los ojos y vació la mente. A veces le funcionaba, cuando tenía tantas cosas en su interior que perdía por completo el foco. Inhaló y exhaló. Una vez. Dos veces. Tres. Lo almacenó todo en su memoria y lo dejó estar. Ya volvería a ello más tarde. A lo mejor su cerebro ataba cabos por su cuenta cuando menos se lo esperara. Por ahora, en cambio, más le valía centrarse en la misión. Apretó los

labios y se frotó el rostro con fuerza.

Antes había tenido la incómoda sensación de que alguien la vigilaba, así que bien podía empezar por ahí, mientras esperaba a que Pelo Azul y Pelo Plata se fueran del parque. No debía olvidar que esa persona podría estar, no solo observándola, sino también renombrando algo, igual que en Zhinyu.

Inhaló hondo de nuevo, fingiendo cierta molestia, y comenzó a mirar a su alrededor con el ceño fruncido, para seguir con la farsa de que esperaba a alguien que la estaba dejando tirada. Recorrió con lentitud los distintos grupos, intentando distinguir los rostros de la gente en la oscuridad, intentando averiguar si alguien miraba en dirección de Pelo Azul y Pelo Plata, o en la suya, más de lo normal. Solo distinguió alguna ojeada fugaz de una persona que estaba sentada en medio de un grupo grande, no demasiado lejos. Hubo incluso un momento en que señaló hacia Pelo Azul antes de volverse hacia el resto, enseguida se oyeron unas risas amortiguadas, acompañadas de varias miradas de reojo.

Elaina cerró los ojos con frustración durante varios segundos al comprender que solo se trataba de lo mismo que ocurría con Zuri. Que Pelo Azul era una persona no editada, extranjera o tan pobre que no podía permitirse modificaciones genéticas y que no se había arriesgado a pasar por algún matasanos barato para editarse.

No hubo nada más. Ni movimiento entre los arbustos, ni figuras sospechosas tras los árboles.

Aun así, en todo el rato que estuvo allí, no pudo sacarse de encima la sensación de que seguían observando sus movimientos. Todos y cada uno de ellos. Aunque, claro, siempre podía tratarse de un dron como los de la agencia, similar al que sobrevolaba el parque y seguía enviándole imágenes de vez en cuando, que tampoco le servían para ubicar a quienquiera que la estuviera mirando. Pero, de ser ese el caso, los agentes de Inteligencia que controlaban el dron que sobrevolaba el parque la hubieran alertado. No creía que fueran tan incompetentes como para no haber hecho un barrido en busca de dispositivos de la Unión en la zona.

Incluso tuvo la sensación, durante un momento, de que le había llegado otro mensaje de prioridad azul después de sentir el familiar zumbido detrás de la oreja. Sin embargo, cuando fue a abrirlo, nada parpadeaba en el visor. Le dio un par de golpecitos al proyector, por si estaba fallando, pero no volvió a vibrar.

«Malditos cacharros arcaicos, no te puedes fiar de ellos».

Gimió al notar un incómodo dolor de cabeza repentino, seguido de unas increíbles ganas de echarse a llorar y de una opresión en el pecho similar a una añoranza hacia algo que no logró precisar.

¿Qué nombres le estaba pasando? Se frotó los ojos y luego dejó

caer la frente sobre la palma de las manos.

«Es la maldita tensión. ¿Ahora empiezo a tener emociones descontroladas además de dolores? ¡Justo lo que necesitaba! Hacía tanto que no tenía una misión de campo que me está afectando más de lo que imaginaba. ¡Por todos los malditos nombres!».

Se renombró una vez más para quitarse la migraña, igual que había hecho unas horas antes en la entrada de la escuela, y luego hizo lo mismo con esos sentimientos tan incómodos. No los necesitaba. No podía permitir que interfirieran.

«Y eso de que me observan… Paranoia. La paranoia de siempre. Es la típica mierda de las excursiones. ¡Por todos los nombres! ¡Que no soy tan fácil de rastrear! La mitad de los de la Unión ni siquiera se creen que exista. ¿Alguien que no tiene nombre? ¿El, la, le agente de infiltración perfecto, perfecta, perfecte? Paparruchas y propaganda de la Federación. Eso piensan, ni más ni menos».

Estiró la espalda y volvió a mirar a su alrededor fingiendo que se iba enfadando más y más con quien la había dejado plantada. Buscó de nuevo indicios de comportamientos extraños o de sitios donde debería haber gente y no la había. Con los renombradores, nunca se sabía cuándo se podía poner fea una situación. Relajarse, sí; hacer oídos sordos a sus instintos, jamás.

«Al menos» se dijo, mirando de reojo en dirección al banco donde todavía estaban Pelo Azul y Pelo Plata, «venir aquí no ha sido del todo en vano. Ahora sé algo más que antes. Mañana van a hacer algo y pasado mañana también».

No tenía idea de qué sería, pero iba a averiguarlo, costara lo que costase. Igual que el significado de aquella palabra que había pronunciado Pelo Azul: «Rgiens».

«Más probablemente Rigiens o Regiens. O Ergiens, incluso».

Parecía ser un nombre; quizá estuviera entero o quizá solo fuera un fragmento. ¿A lo mejor sería el de esa persona que había estado con Pelo Azul en el museo en Zhinyu? ¿Y qué era lo otro, que había hecho arte? ¿Un artista, entonces?

¿O puede que algo más?

«Voy a tener que preguntar a Inteligencia si en algún sistema de la Unión se refieren así a los renombradores en la jerga local».

Suspiró y apretó los labios en una fina línea. Tenía mucho en lo que pensar y mucho por planificar. Había llegado el momento de organizarlo todo para no ir a la escuela los próximos dos días. Iba a necesitar todo ese tiempo para seguir a Pelo Azul y a Pelo Plata. Si iban a actuar de algún modo, tenía que estar presente. No podía dejarlo escapar.

Cerca del hotel Krasnaya.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
25 de Anukra de 2794. 23:10.

No fue hasta que no estuvo bien lejos del parque, fingiendo que hablaba con alguien a través del proyector corneal mientras observaba a Pelo Azul y a Pelo Plata entrar en su hotel desde una calle de distancia, que le llegó la información que había pedido antes de comenzar su persecución. Era la lista de posibles renombrados que vivían o trabajaban en Sunce y alrededores.

Waltraud Krupin, una mujer cis que trabajaba como agente de seguridad en el Congreso y que acababa de volver ese mismo día de Zhinyu, a donde había ido con toda seguridad a visitar a su padre; y Hsu Hanne, encargade de la limpieza de la Facultad de Historia. Waltraud vivía allí mismo, en Sunce, mientras que Hanne se desplazaba cada día en Te-SEM. La primera era una genalt y le segunde une simple editade. Y eso era todo.

«¿Dos? ¿Solo dos? Bueno. Eso facilita las cosas».

Había más buenas noticias. La gente de Inteligencia había aprovechado que Pelo Azul y Pelo Plata estaban bajo vigilancia y que todavía no habían empezado a seguir a nadie para inyectarles tanto a Waltraud como a Hanne nanos de seguimiento. Habían chocado accidentalmente con elles en el transporte público y habían hecho pasar la administración por picaduras de un insecto local, igual que hacían siempre.

Ru Xie sonrió. Eso también le facilitaría el trabajo. La agencia monitorizaría a esas dos personas mientras él se encargaba de Pelo Azul, Pelo Plata y del maldito renombrador para el que trabajaban. Eso si no eran todos renombradores, que también podía ser.

«Ojalá pudiera ponerles nanos, como a Waltraud y Hanne», pensó con frustración.

Pero ya sabía que era imposible. Cualquier agente, por muy malo que fuera, y fuera renombrador o no, llevaría siempre dispositivos de detección e inhibidores de nanos para analizar su organismo cada día y desactivarlos si los detectaba.

«Cualquiera salvo yo».

Una vez más, su naturaleza le daba una clara ventaja, porque podía detectar ese tipo de invasiones en su cuerpo con relativa rapidez. Al renombrarse, notaría que había algo que no respondía como debía, algo que no conseguía alterar. Ya le había pasado en alguna ocasión.

Ru Xie se frotó las manos y volvió a dirigir la mirada hacia al hotel de forma casual. Luego revisó las grabaciones de los últimos cinco minutos de la puerta trasera, y que obtenía en directo el dron

espía que tenían situado allí. Hizo retroceder las más recientes y las revisó en detalle, pero nadie había salido por allí desde el último cambio de turno de los trabajadores. Suspiró.

«Pues sí, parece que Pelo Azul y Pelo Plata se han ido de verdad a dormir, no me lo esperaba, aunque tampoco es que me vaya a quejar».

Volvió a retroceder la cinta y la hizo avanzar de nuevo muy, muy despacio, buscando cualquier cosa que pudiera estar fuera de lugar, desde gente moviéndose en la periferia a animales, otros drones o, simplemente, algo que alertara algo en su interior. Solo por si acaso. No encontró nada ni nadie al acecho, todo estaba en calma.

Aunque… Quizá, tal vez… No, no, ya no sentía la incomodidad que había notado en el parque. La sensación de que le vigilaban se había desvanecido en cuanto dejó de estar tan expuesto, tras adentrarse en las calles.

Lo malo era que si el renombrador que tenía la Unión allí era tan bueno como pensaba…

No, no podía ser eso. Si ese tal Rgiens que habían mencionado Pelo Azul y Pelo Plata era la persona detrás de todo lo que pasaba en aquel sistema, no actuaría hasta el día siguiente. Hasta entonces mantendría un perfil bajo para no llamar la atención, justo como ella haría de estar en su lugar. Suspiró, recorrió con la vista la ancha avenida del hotel y se dio cuenta de que estaba casi desierta. Miró la hora. Aún faltaban dos para la medianoche, pero tenía un largo camino de vuelta al hotel Hú-li-jīng. Debía acostarse pronto si quería encontrar una buena excusa para no ir al día siguiente a la escuela.

«Sí, la verdad es que necesito dormir. Esta tarde es sido un estúpido al pensar que no. Ahora mismo tengo demasiada información en la cabeza y me irá bien digerirla».

Habitación 1495, Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
26 de Anukra de 2794. 03:45.

Había unos ojos, extraños y familiares al mismo tiempo, en medio de la multitud. Apenas logró entreverlos mientras la gente de su alrededor la, le, lo arrastraban lejos, impidiendo que se acercara. Gritó. Quiso gritar, al menos. Sin embargo, ningún ruido salió de sus labios, de su boca, de su garganta. Tampoco podía oir. Solo había silencio y la imperiosa necesidad de retroceder, de acercarse a ver quién era, qué quería, qué hacía allí. Intentó atravesar aquel gentío que tironeaba de sus brazos, de sus piernas, de su ropa, de su cabello, alejándola, alejándole, alejándolo hacia la oscuridad.

Luchó de nuevo por volver, se renombró para ser más grande,

más fuerte, más… más…

La marea de gente se aferraba él, ella, elle.

Empezó a faltarle el aire a medida que todos esos cuerpos le, la, lo sepultaban. Comenzó a ahogarse. A ahogarse. A ahogarse. A ahogarse entre la gente….

Aulló de nuevo. Se debatió sin éxito. Y, mientras lo hacía, ya lejos, tanto que ya apenas distinguía nada entre la multitud, entrevió una vez más esos irises durante una fracción de segundo. Se sorprendió de lo fríos que eran. Gélidos como las profundidades de un glaciar.

Y, aun así, cálidos con los fuegos del sol.

Se hundió. Los ojos desaparecieron.

— oOo —

Rebulló entre las mantas, agitándose en sueños, atrapado, atrapada, atrapade, incapaz de despertar.

— oOo —

Había una sonrisa.

Había una promesa.

Había un reto.

Olvido. Años de olvido. Sueños a los que renunciar.

Y miedo. Un terror profundo enraizado en su vientre.

Ellos venían.

Amigos muertos, sacrificados.

Una vida que perder. Un amor al que renunciar.

Salvarlos a todos aunque…

Pero merecía el precio a pagar.

— oOo —

Más sueños aleteantes en la negrura detrás de sus ojos. Fragmentos inconexos a los que no lograba aferrarse.

— oOo —

Sus madres de jóvenes. Mirando en su dirección, sorprendidas, confusas, como si aquello no estuviera del todo bien, como si hubiera algo malo, algo que no esperaban, algo que...

Y, de pronto, un cambio. Unos ojos vidriosos durante una fracción de segundo. Luego amor en ellas, incondicional. Amor absurdo de madres. Algo que no hubieran sentido de no ser por…

Sintió calor. Tanto que quemaba. Tanto que tuvo la súbita necesidad de echarse a llorar. Porque había renunciado a mucho a

cambio de muy poco.

Donde antes había calor, ahora solo había frío, dolor, angustia e incertidumbre.

Nuevas certezas que desplazaban a las viejas. Nuevas creencias que borrarían todo cuanto había sido.

Una temeraria apuesta donde muchas cosas podían salir mal.

— oOo —

Dolor y soledad; los ojos le bailaban bajo los párpados y sus labios murmuraban inconsistencias sin cesar. Lágrimas que mancharon la almohada. Sueños inconexos… Recuerdos…

— oOo —

Había dos rostros en medio de la oscuridad de la noche. En un parque. En dos parques. Negrura y luz. Plata y Azul. Azul eléctrico y dorado. Dos siluetas rodeadas de verde y de sombras. Dos perfiles. Dos voces. Dos… que…

¡Dos personas! Dos personas que conocía y al mismo tiempo le resultaban extrañas.

¡Una! ¡No! ¡Dos que se superpusieron y pasaron a ser una!

Todo giró. Todo se estremeció. Un súbito dolor. Expectación. Revelación. Comprensión.

Iluminación.

Porque eran iguales aunque diferentes. Alteradas y, aun así, idénticas. Modificadas, pero... Ocultas, pero…

— oOo —

Se despertó con un grito en medio de la noche. Jadeando. Empapada, empapade, empapado en sudor, con los ojos desorbitados.

«Pelo Azul y Pelo Plata… ¡Son clones! ¡O gemelos, gemelas, gemeles, lo que quiera que sean! El mismo perfil, la misma innombrable nariz. ¡Maldita sea! ¡Tienen el mismo innombrable rostro!».

—¿Cómo no lo he visto antes? —musitó en el silencio de su habitación, con el corazón latiéndole desbocado mientras se aferraba la cabeza con ambas manos—. ¿Cómo no me he dado cuenta? Esta noche. Ayer. En el parque. ¡Al pasar por su innombrable lado! ¡Al mirar sus innombrables caras!

Se pasó una mano por la frente con una rabia mal contenida y se presionó los ojos con las palmas de las manos al tiempo que se renombraba para devolver a la normalidad su alterada respiración.

—Por eso me sonaban —masculló, poniéndose en pie y

empezando a dar vueltas por la habitación, incapaz de contener el nerviosismo—. Por eso tuve esa sensación en el parque cuando pasé por delante. ¡Maldita sea!

Pelo Plata. La culpa era de Pelo Plata. Era una persona tan llamativa que apenas te fijabas en ella de verdad. No mirabas nada más allá de sus alteraciones genéticas.

—Y esa piel de ese negro tan artificial...

Aquel tono tan oscuro, que parecía absorber la mismísima luz, hacía que fuera casi imposible distinguir sus facciones con claridad.

«No es solo genético. También hay cirugía. Seguro que se ha tenido que cortar huesos para reducir su tamaño y dejar de parecerse a Pelo Azul».

Se cubrió la boca con la mano y se quedó mirando al vacío.

O tal vez no.

Tal vez estaba ante uno de los mejores renombradores genéticos con que se había encontrado jamás.

Se estremeció. Se abrazó a sí misma, misme, mismo y trató por todos los medios de expulsar de su cuerpo el frío que parecía haberse instalado en su interior.

Si eso era cierto, si la Unión había enviado allí a un renombrador especializado en genética, igual que había hecho la Federación con ella, elle, él, la misión iba a ser mucho más complicada de lo que se había imaginado. Y peligrosa.

Resopló y sonrió con una mueca carente de humor.

«Bueno, ahora tengo más pistas que antes. No puede haber muchos agentes de la Unión que sean gemelos o clones. Y muy pocos, poquísimos, de sus renombradores estarán especializados en genética».

Debería enviar cuanto antes esa información a la agencia local y luego a Aeni.

«Pero puede esperar al próximo día que vea a Perig». Volvió a resoplar y luego sacudió la cabeza. «No. Mejor no. Cuanto antes ponga esto en marcha mejor. Y, visto lo visto, más vale que mañana siga yendo a la escuela como si nada. Necesito más información antes de lanzarme sobre Pelo Azul y Pelo Plata. Si tienen un renombrador tan hábil dirigiendo sus pasos, toda precaución es poca. Podría hacer daño a mucha gente».

Se pasó la lengua por los labios y se acercó a la mesita de noche, donde había dejado el proyector antes de acostarse. Lo conectó, desplegó el visor y abrió el programa de gestión de informes.

—Nuevo mensaje —susurró mientras se sentaba en la cama, con los brazos apoyados en las rodillas—. Prioridad azul. Informe de misión IN.00. Día —miró de reojo la fecha que brillaba con suavidad en una de las esquinas del visor— veintiséis de Anukra. Codificación de seguridad estándar. Solicito información sobre todos los agentes

clónicos o gemelos de la Unión de los que tenemos constancia o sospechamos de su existencia. Solicito nombres verdaderos, si están disponibles. Descripción en vídeo adjunto, se desconoce género. Codificados como Pelo Azul y Pelo Plata. También solicito información sobre un posible renombrador especializado en genética. Varón. Mediana edad. Descripción parcial adjunta. —Movió los ojos hacia una esquina de su campo de visión para abrir los archivos del caso y, con una secuencia de rápidos parpadeos, seleccionó el vídeo del museo de Zhinyu—. Reclamo de nuevo todas las grabaciones del museo de los días anteriores a este vídeo para poder completar el perfil descriptivo del renombrador.

»Enviar mensaje.

Dejó escapar el aire de sus pulmones con suavidad, se rascó una ceja y se quitó el proyector después de desconectarlo. Lo dejó de nuevo en la mesita y se tumbó en la cama, mirando el techo sin verlo.

Se frotó los ojos, dejó caer las manos sobre la almohada y sus dedos rozaron algo húmedo, justo a su derecha. Se giró para mirar la mancha con creciente desconcierto, la frotó con el índice y se lo llevó a la boca. ¿Lágrimas?

«¿He llorado? ¿Cuándo? ¿Por qué?».

Recordó entonces los sueños que había tenido justo antes del de Pelo Azul y Pelo Plata. Esa amalgama extraña, confusa y absurda de emociones y fragmentos de… de algo. Entreabrió los labios y se llevó una mano al pecho, sintiendo todavía el difuso eco de las sensaciones que esas imágenes habían provocado en su interior.

Como un dolor. Como una angustia a la que no lograba poner nombre.

«¿Qué ha sido… todo eso?».

Escuela de Alta Genómica.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
26 de Anukra de 2794. 08:40.

Aún no sabía cómo había logrado llegar puntual al trabajo.

Tras la revelación que había tenido, estaba tan excitada, excitado, excitade que había tardado en volver a dormirse. Aun así, se había despertado media hora antes de lo habitual cuando su proyector se había puesto a zumbar como loco por un mensaje de prioridad azul. Recordaba con claridad que se lo había puesto detrás de la oreja y había abierto la bandeja de entrada para encontrarse con el vídeo del museo que había solicitado. Solo que, en vez de verlo, se había limitado a quitarse el proyector, se había dado la vuelta en la cama y se había dormido de nuevo.

La siguiente vez que había abierto los ojos era ya una hora tarde. La alarma de su proyector corneal, o bien no había sonado, o bien la había apagado medio dormida, dormido, dormide sin ser consciente de ello. Tampoco había recibido ningún vídeo, por supuesto. Solo había sido un sueño.

Lo peor de todo no había sido el tener que correr, renombrarse y darse prisa saltándose el desayuno; no, lo peor había sido que, por culpa del estrés, volvía a tener un horrible dolor de cabeza.

Así que había encargado un antiinflamatorio a recepción mientras se renombraba. Luego había bajado a la carrera para recoger la pastilla y había contratado un Aev para que le llevara a la escuela. No le había gustado nada tener que hacerlo, pero al tratarse de una emergencia podría justificarlo. Ya fingiría otro día que no comía o algo para compensar. Y, gracias a todo eso, había llegado a la escuela puntual. Más o menos.

«Por suerte ya no tengo migraña. Aunque, con todas las que me están dando, voy a tener que comprarme una caja de antiinflamatorios y guardarla en la cartera para no tener que renombrarme todo el rato como hice ayer. Es demasiado arriesgado».

Lo que sí llevaba encima ese día era su traje de nanos, bien doblado y metido en la bolsa de trabajo. Solo por si acaso. No quería volver a perder varias horas corriendo de un lado a otro de Sunce.

Suspiró, se pegó un suave tirón de una de las trenzas y subió los tres peldaños que llevaban al interior del edificio de cristal con tanta rapidez que estuvo a punto de chocarse con la decana Liu. Contuvo justo a tiempo una mueca de asco y se las apañó para transformarla en una sonrisa amable, aunque fría.

—¡Decana! Buenos días.

«Cordial. Tengo que ser al menos cordial y rebajar la tensión. No gano nada llevándome mal con ella, aunque no la soporte».

La mujer le miró de arriba abajo, con cierto desprecio y desdén en los ojos, como siempre, pero también le sonrió. Tanto que se le vieron los dientes afilados. Fue casi aterrador teniendo en cuenta lo amable que intentaba ser. A su extraña forma de genalt, por supuesto. Igual que el día anterior, cuando se había cruzado con ella al salir para ir tras Pelo Azul y Pelo Plata. La decana se esforzaba, eso tenía que reconocerlo. Elle bien podía hacer lo mismo.

—¡Zuri, queride!

Aquello le hizo enarcar una ceja. ¿Qué…? ¿Desde cuándo…?

—Ayer estuvo por aquí un conocido tuyo de esa universidad de la que vienes en… Vaya, no recuerdo el nombre del planeta…

—Netrin-b —susurró, con la cabeza ladeada, mientras miraba a la decana con creciente suspicacia.

«¿Alguien de la agencia de Sunce? ¿Saltándose los protocolos?».

—¡Eso! —continuó Liu—. De esa universidad tuya. ¿No es una maravillosa coincidencia? Me dio recuerdos para ti. Había venido a dar una de las conferencias de unos cursos que organizan cada año en la Unidad de Física y se quiso pasar a saludar, pero saliste corriendo tan rápido que no lo viste. Y eso que intenté llamarte cuando nos cruzamos. Me pareció un hombre encantador pese a ser… —Los labios de la decana se arrugaron en un gesto de asco mal disimulado—. Bueno, ya sabes, como tú.

Zuri dejó pasar el insulto, porque aquello ya no parecía cosa de la agencia. Contravenía todos los protocolos de una misión encubierta. Ni siquiera lo hubieran hecho para organizar una extracción.

Tragó saliva, sintiendo cómo algo frío, muy frío, helado, se asentaba en su estómago, aferrándose también a su tráquea, con tanta fuerza que le dolió.

—¿Co… Cómo se llama? —dijo en apenas un susurro, con los labios súbitamente resecos.

—Morgens. Se llama Morgens. Dijo que, por desgracia, su lanzadera de vuelta salía hoy al amanecer y que era…

Dejó de oír. Dejó de sentir.

Dejó incluso de ver.

«Morgens le envía recuerdos, ciudadane Carele».

«Me dio recuerdos para ti».

Morgens.

La voz de Pelo Azul en el parque diciendo que Rgiens había hecho arte.

Rgiens.

No, Rgiens no, Morgens.

Morgens había hecho arte.

El frío se hizo más y más intenso en sus entrañas, entumeciéndole los brazos, las piernas, los pulmones. Empezó a tener problemas para respirar. Sintió que se le apagaba el cerebro una milésima de segundo. Creyó caer hacia un vacío que no existía salvo en su mente.

Luego todo volvió a la normalidad. Solo que nada era ya normal. Ni la luz de la mañana sobre su piel. Ni el reflejo del sol sobre el edificio de la escuela. Ni la decana ante elle, hablando, sonriendo, diciéndole cosas que ni siquiera lograba retener.

Su tapadera.

Su identidad.

Su coartada.

Sabían quién era. Sabían lo que era.

Sabían de Carele. Sabían de Zuri.

Sabían que no tenía nombre.

Sabían… demasiado.

Trató de respirar, respirar, respirar.

Se concentró en eso y en nada más.

Solo en eso.

Aire. Aire. Aire.

Una pausa. Buscó su voz.

—Claro… decana. Es un antiguo conocido. —Se forzó a pronunciar esas palabras una tras otra, con calma, sin dejar de sonreír. No podía perder el control. No podía fallarle a la agencia y poner en peligro su misión—. Gracias. Le llamaré para disculparme por no haber podido hablar con él. Ahora, si me perdona, decana, tengo que llegar a mi despacho y repasar algunas cosas antes de clase. Hoy me he dormido y…

La mujer sacudió la mano, excusándole.

—Por supuesto, por supuesto. Ve, ve. No dejes que te entretenga más.

— oOo —

Echó a correr. Corrió por los pasillos, tratando de dejar atrás todo aquello. Pero no pudo. Le perseguía. Aferrado a su vientre, a sus pensamientos, a sus piernas y manos. Le agarrotaba los músculos como la gravedad, sumándose a ella, agotando y drenando sus fuerzas.

¡Tenía que avisar a la agencia! ¡Tenía que…! ¡Tenía que solicitar una extracción!

«No, no, no. Eso no. Eso lo último. Calma, calma, calma. Yo también puedo jugar a esto. Según mis propias reglas. No las suyas. Cazar al cazador. Eso es lo que están haciendo. Buscan ponerme nerviose, y vaya si lo están consiguiendo».

Sus pensamientos iban tan rápido que apenas lograba seguirlos. Se obligó a calmarse, se detuvo ante la puerta de su despacho y se tiró con rabia de las trenzas. Necesitaba recobrar el dominio de sí misme.

¡Morgens! ¡Malditos fueran todos los innombrables nombres! Su corazonada de Aeni. Su maldita corazonada tras el incidente del Aev. Contuvo las ganas de aporrear la puerta.

«Tengo detrás de mi culo a un maldito espía de la Unión. ¡Infiltrado en pleno sistema Central! ¡En mi innombrable casa! ¡Y ahora aquí!».

Aquello le cabreó sobremanera. Apretó los dientes, sintiendo cómo la cólera que nacía en su vientre desplazaba el miedo con su fuego. Dejó que la furia ardiera allí, controlada, contenida, pero sin descanso.

Cerró ambos puños con tanta fuerza que sintió cómo las uñas se le clavaban en la carne y entrecerró los ojos.

«Quieren jugar conmigo. Pues bien, allá vamos. Lo primero es lo primero: informar a la agencia y enviarle un mensaje personal a Errgan para avisarle de que tal vez tienen un topo en la cama».

Inhaló y exhaló, mucho más calmade, aunque todavía furiose.

—¡Zuri!

«Lo bueno es que solo saben de Zuri. No vieron a Zef ni a ninguna otra de mis identidades. No pueden ni soñar con seguir a todas las otras personas que puedo ser».

—¡Eh, Zuri!

Una fuerte mano sobre su hombro le hizo dar un respingo y casi gritó. Se giró sobresaltade hacia la voz para encontrarse con Aleks, que le miraba ansioso y sonriente.

—¡Aleks!

—Claro, ¿quién si no? Ayer quedamos en que vendrías a mi despacho nada más llegar, pero como no lo hacías he decidido pasar a buscarte. De verdad que tienes que enterarte de lo que te tenemos que contar. Es la comidilla de la escuela. Me juego a que incluso de todo el campus.

Zuri se pasó una mano por la cabeza, acariciando las trenzas y asintió. Sí, lo había olvidado por completo. Aleks y Luvob. Se los había cruzado ayer en el pasillo cuando salía de las prácticas. ¿De verdad había sido ayer?

—Cierto. Perdón. Necesito un té. ¿Tienes té? ¿Estará Luvob?

—Sí y sí. Está deseando que le cuentes qué tal fue tu cita misteriosa con ese tal Morgens.

La sonrisa que empezaba a esbozar estuvo a punto de quebrársele en los labios, pero se recompuso con rapidez. También había olvidado aquello.

—Claro. Vamos.

Aleks se le adelantó por el pasillo y elle le siguió, aparentando que todo iba bien. Aquel solo era otro día más en la vida docente de Zuri Barinaga-Makwanza, profesore de genética de intercambio de la Universidad Kabemgelebu de El-Kab, en Netrin-b.

— oOo —

—¿De verdad que te dejó plantade? ¿Me lo estás diciendo en serio?

Luvob se aferraba a su té con mucha indignación, tanta que su velluda piel verde adquiría un tono extraño por la cantidad de sangre que se le agolpaba en las mejillas.

Zuri asintió, dándole un sorbo a su propia taza. Había mentido, claro que había mentido. Quería evitar cualquier rumor, cualquier cosa que pudiera hacer que la cotilla de Luvob siguiera indagando en su vida. Si no existía ninguna pareja, solo tendría que lidiar con sus intentos de cortejo y no con ambas cosas a la vez.

—Tendría que haber pasado a recogerme por el hotel y nunca se presentó.

—Y tampoco te avisó, ¿verdad?

—Hum, hum —murmuró sacudiendo la cabeza de lado a lado, al tiempo que bebía más té.

—Solo que ¿tú has visto, Aleks?

El interpelado asintió. Ya casi se había terminado su té y parecía querer subirse por las paredes, a juzgar por la expresión de su rostro y por cómo se movía su pierna derecha, arriba y abajo, como si le estuviera dando un espasmo. Estaba claro que se moría por contarle lo que había pasado y que necesitaba hacerlo en ese preciso instante. Sin embargo, Luvob había insistido en tomárselo con calma. Primero se había empeñado en preparar la infusión y luego había monopolizado por completo la conversación en torno a su misteriosa cita.

—Indecente. Totalmente indecente —se las arregló para murmurar Aleks, siguiéndole la corriente a Luvob, mientras tamborileaba en la taza con sus largos dedos.

No era que no le interesara indagar sobre su vida, no. Era solo que tenía la cabeza en otro sitio. Zuri había descubierto que Aleks también era considerablemente cotilla y que, si Luvob desconocía algo, seguro que Aleks lo sabría. La única diferencia era que él era más discreto y que no iba por ahí contándole a todo el mundo todo lo que descubría a la primera de cambio. Solo a la segunda.

—Pues ya. Eso es todo. Ahora os toca a vosotros. —Zuri se inclinó hacia adelante sobre la mesa, fingiendo una curiosidad que no sentía, deseando acabar con aquello cuanto antes—. ¿Qué querías contarme? Suéltalo ya, Aleks, sé que te mueres por decírmelo.

El otro profesor sonrió y se inclinó también hacia elle, sin soltar la taza de té.

—La decana Liu. No te lo vas a creer, Zuri. —Miró de reojo a Luvob que asintió, incitándole a seguir—. Resulta que ha aprobado una partida de becas y un programa oficial de integración de clones para la escuela. No solo no va a expulsar a Aadi, sino que va a incentivar que vengan más clones a estudiar aquí. Desde todo el sistema. No sé qué golpe se habrá dado en la cabeza, pero…

Zuri sintió que de pronto sus dedos perdían por completo la fuerza. La taza de té resbaló entre ellos y cayó al suelo, rompiéndose y derramando todo el contenido a sus pies.

«Renombrado. La han renombrado».

Y entonces todo encajó, como dos hebras de ADN, una sobre la otra, enroscándose en su danza eterna. Como un puzle, pieza, tras pieza, tras pieza. Todas a sus pies. Igual que se le había caído el té.

«Morgens. Él es el renombrador de la Unión, el que había en el parque en Zhinyu. El de le IA del Aev en Aeni. El que está detrás de las desapariciones. Me ha seguido, o igual ya estaba aquí. O ha ido y ha vuelto de un sistema a otro más de una vez. ¡Por todos los nombres! ¿De verdad están renombrando a miles de personas? ¿Por

qué?».

TERCERA PARTE

Quimeras

Parque Arquei.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
26 de Anukra de 2794. 13:15.

Zuri salió a pasear a la hora de comer y se mezcló entre las decenas de personas que habían aprovechado también el buen tiempo para disfrutar de los jardines. Saludó a un grupo de docentes que conocía y que hablaban sentados en la hierba y, cuando le invitaron a quedarse, se excusó diciendo que quería preparar un seminario para dentro de tres días y que necesitaba encontrar un sitio tranquilo para trabajar.

Se alejó hasta estar segure de que no había nadie de la escuela en las cercanías y se sentó en un pequeño banco debajo de unos arbolillos de hojas de brillante color dorado. Sus flores blancas desprendían una fragancia que ya había comprobado que le ayudaba a relajarse. Miró a su alrededor, fingiendo que contemplaba embelesade los bonitos jardines y aguardó a que un pequeño grupo de gente pasara de largo y estuvo por fin sole.

Analizó en detalle todo lo que le rodeaba como solo un renombrador podía hacer. Luego se conectó a la net planetaria y accedió a toda la información disponible sobre esos árboles del color del oro, desde el nombre de la especie, su metabolismo y sus ciclos reproductivos, hasta el origen del parque Arquei, cómo se había diseñado y quién había estado al cargo de plantar en aquella zona.

A continuación, entrecerró los ojos, posó los dedos sobre la corteza del árbol más cercano y se concentró, adentrándose primero en su estructura celular y luego en la molecular. Renombró un gen aquí y otro allá con delicadeza, solo en las zonas en contacto con su mano, y se apartó. Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, todo lo había hecho, porque ahora ese árbol en concreto emitía una vibración que resultaba desagradable para la mayoría de la gente. Se renombró ligeramente a sí misme para no percibirla. Luego, se reclinó en el banco que había bajo él y se puso a tararear. Esperaba que aquello bastara para alejar a todo el mundo de allí. Era un truco similar al que parecía haber hecho Morgens en Zhinyu, solo que mucho menos sutil.

Accedió a su L-graf, desplegó el visor y abrió el programa de envío y codificación de informes. No lo pensó dos veces y activó el sistema de emergencias. Notó enseguida que una lanceta oculta en el aparato le pinchaba la carne detrás de la oreja y le inyectaba una dosis de nanos para poder establecer una conexión mental muy rudimentaria con el sistema y poder redactar mensajes sin hablar. No

había esperado tener que usar tan pronto aquel recurso, pero no podía esperar más. Las circunstancias habían cambiado demasiado durante el último día; el peligro era mayor de lo que había imaginado.

Cualquier transeúnte que le mirase pensaría que estaba trabajando en su proyector, como tantas otras personas en el parque que conversaban con amigos, estaban de reunión o jugaban en la net. Pero lo que Zuri hacía era ilegal. Sintió una punzada de inquietud en las entrañas. Si le llegaban a descubrir con los nanos en su organismo, tendría serios problemas; pero, por suerte, eran de los que se degradaban al cabo de unos minutos tras su uso.

«Prioridad azul», subvocalizó y, sin darse cuenta, empezó a juguetear con una trenza. «Informe especial de misión IN.00. Día 26 de Anukra. Parte uno. Codificación de seguridad estándar. La decana Liu Aglaya ha sido renombrada en algún momento de los últimos dos días siguiendo el mismo patrón detectado en el informe PR.IN.00.21A. Añadir sujeto a las actividades de vigilancia locales.

»Parte dos. Codificación de alta seguridad. Mi coartada ha sido filtrada a un agente de la Unión que responde al nombre clave de Morgens. Dado que mi identidad ha sido comprometida y se desconoce el origen de dicha filtración, aconsejo extremar las precauciones e iniciar una investigación interna local. Revisar histórico de mínimo tres años. Continuaré con la misión como hasta ahora, pero comienzo protocolos de caza. Solicito plena colaboración y acceso a las bases de datos de nombres verdaderos de la net planetaria.

»Parte tres. Codificación de máxima seguridad. Código de apertura privado personal ID.Errgan». Zuri chasqueó los labios y, con una nueva secuencia de parpadeos, volcó de la L-graf un pequeño programa que se enlazó en el mensaje y que solo autorizaría a su jefe a abrir aquel archivo y a nadie más. «Posible agente de la Unión infiltrado en Aeni. Responde al nombre no confirmado de Morgens. Sin avistamientos directos, solo indirectos y a través de testigos. Está actualmente en Sunce. Mi coartada e identidad se han filtrado de algún modo a la Unión; no solo la de Zuri, sino mi naturaleza como agente IN.00. Tengo sospechas sobre su intervención en el incidente con le IA de un Aev en Aeni vinculado a la solicitud no autorizada 11286. Sugiero extremar las precauciones en la agencia y rastrear posibles agentes infiltrados o brechas de seguridad. Añado la solicitud de información cursada a la agencia de Xhing-an para su validación y aprobación a la mayor brevedad posible. Podría ser crítica para mi misión».

Zuri frunció el ceño, dudando sobre si presionar un poco más a su jefe o no, al tiempo que se tironeaba de una de las trenzas. Esbozó una leve sonrisa al observar que una pareja se desviaba de donde elle

estaba sentade con una expresión de rechazo en sus rostros.

Sacudió la cabeza y arrugó los labios, reprochándose la distracción, y volvió al informe que estaba redactando. Hizo memoria sobre la información que le debían desde antes de salir de casa y se dio cuenta de que era bastante. Aún no había recibido nada relacionado con lo que había pedido sobre las empresas de edición genética de la Unión, solo las de Xhing-an, ni tampoco sobre las alteraciones permitidas en ese sistema. Ni siquiera había tenido respuesta sobre los vídeos del museo que había pedido para ver si lograban obtener el rostro de Morgens. ¡Tan difícil no podía ser, por todos los nombres verdaderos!

«Además, reclamo con prioridad azul», añadió al final del informe, «todo lo pedido el día veintidós de Anukra a la agencia local junto a lo que ya había solicitado antes de mi partida de Aeni».

Entrecerró los ojos, sintiendo que empezaba a enfadarse, y cerró el mensaje, lo pasó por el codificador y lo envió a la agencia local con la esperanza de que no tardaran en responderle. Con un poco de suerte, le darían algo de lo que había pedido cuando se encontrara de nuevo con Perig al día siguiente.

Durante un momento, fantaseó con plantarse allí en persona y exprimirlos al máximo hasta que le dieran lo que quería, pero era consciente de los riesgos que entrañaba aquello. Era probable que agentes de la Unión, cuya existencia desconocía, vigilaran todo lo relacionado con la agencia local. Tenía claro, ahora más que nunca, que el dispositivo que tenían montado allí no era una pequeña célula, sino algo muchísimo mayor. Nadie renombra a miles de personas con solo tres agentes, uno de los cuales, además, se las había apañado incluso para hacer viajes a Aeni. Uno mínimo, aunque era probable que más.

No. Todo eso formaba parte de un plan enorme, con una cantidad de recursos invertidos tan grande que le abrumaba solo de pensarlo.

«Si mis sospechas son ciertas, voy a necesitar ayuda. No puedo encargarme yo sole de algo así. Voy a necesitar mínimo a dos renombradores más».

Zuri frunció el ceño. ¿Por qué no los pedía ahora?

Enarcó una ceja y resopló. Volvió a conectar el proyector y envió un segundo informe más completo, tanto a la agencia local como a Errgan, donde detallaba sus sospechas, listaba toda la información de que disponía y solicitaba refuerzos de forma inmediata.

«Sea como sea, eso de ir en persona a apretarles el pescuezo… ¿Por qué no? Ahora que saben qué y quién soy, ¿qué más da?».

Zuri dejó escapar una carcajada sin humor. No, no tenía nada que perder; quería acelerar las cosas y quizá esa fuera la mejor opción.

«Mañana. Esperaré a ver qué me da Perig mañana. Además, iba a

ocurrir algo, según Pelo Azul y Pelo Plata, y no puedo seguir moviéndome sin información. Es como ir medio ciegue y medio sorde por todo el sistema».

Más le valía extremar las precauciones de ahora en adelante. Morgens sabía demasiado sobre elle y, si él lo sabía, seguro que Pelo Azul y Pelo Plata también.

«Y si saben que puedo cambiar… Voy a tener que ser más cuidadose de lo que lo he sido en años».

Se puso en pie con un suspiro, se limpió restos invisibles de suciedad de los pantalones y renombró el árbol a su estado original antes de volver a la escuela.

Mientras lo hacía, tuvo la impresión de que aquel sería el último día tranquilo que tendría en mucho tiempo.

Habitación 1495, Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
27 de Anukra de 2794. 11:10.

Nada más levantarse de la cama, bastante más temprano de lo habitual, envió un mensaje a la escuela diciendo que se había puesto enferme por algo que había comido la noche anterior. La buena noticia era que le habían dado acceso a la base de nombres verdaderos y que ahora podría renombrar prácticamente a cualquier ciudadano del sistema Xhing-an. Durante un instante, se planteó devolver a Waltraud, Hanne y la decana Liu a su estado original, solo para entorpecer los planes de la Unión. Pero tenía que reconocer que el mundo era un lugar mejor si se quedaban tal y como estaban. Esa idea le había hecho reír. Jamás se habría imaginado que pudiera llegar a agradecerle algo a un agente de la Unión.

Claro que, por otro lado, habían renombrado a parte del gobierno convirtiéndoles en una panda de desgraciados que no respetaban los derechos humanos. Se le agrió el humor al recordarlo y se volvió a centrar en lo que de verdad importaba ese día, espiar a Pelo Azul y a Pelo Plata y dar caza a Morgens, de ser posible. Tenía que averiguar cuanto antes qué estaba pasando en Xhing-an. El plan de la Unión no consistía en hacer desaparecer a unas cuantas personas, de eso estaba segure, iba mucho más allá.

Tras levantarse, se había puesto a repasar la última información que le había llegado durante la noche. La agencia local no había esperado a que Perig se la pasara. Eso indicaba que estaban nerviosos, muy nerviosos.

«Les he dicho que mi coartada se ha filtrado, como para no estarlo».

Resopló y desplegó el listado de los archivos. Había varios vídeos de seguimiento de Pelo Azul y Pelo Plata del día anterior y el tan ansiado informe sobre las alteraciones genéticas permitidas en Xhing-an. Había también una nota vinculada a las grabaciones. A primera hora de la tarde del día anterior Pelo Azul y Pelo Plata habían empezado a seguir a Waltraud. Le informaban, además, de que no habían visto en ningún momento a nadie que coincidiera, ni remotamente, con la descripción que les había proporcionado sobre Morgens.

«Aún no, pero seguro que hoy se reúne con Pelo Azul y Pelo Plata. O mañana como muy tarde. Aunque espero que no cambien de objetivo y se pongan a seguir a Hanne o a Liu».

Zuri dio un respingo al sentir una fuerte punzada en las lumbares. Gimió y estiró los músculos de la espalda, mientras se masajeaba la zona dolorida. Llevaba ya horas mirando vídeo tras vídeo de Waltraud, Pelo Azul y Pelo Plata y empezaba a dolerle no solo la espalda, sino también la cabeza. Entrecerró los ojos y se puso de pie para dar un par de vueltas por la habitación, en un intento de desentumecerse.

«"Morgens ha hecho arte", eso fue lo que dijo Pelo Azul, y los tiempos cuadran a la perfección. Justo ese día Aleks me quiso contar lo del cambio de Liu. ¡Ja! Morgens haciendo su arte... Ya te digo. Malditos sean todos los nombres de la Unión».

Se había planteado no salir del hotel ese día y limitarse a monitorizar a sus presas a distancia a través de los drones y de los nanos que llevaban Waltraud, Hanne y, desde la noche anterior, también Liu. Pero si ya habían empezado a seguir a Waltraud…

«Puede que intenten secuestrarla y hacerla desaparecer. La pregunta es cuándo, si hoy o mañana, o si esperarán a que llegue Morgens para encargarse de todo. Lo malo es que puede ser una trampa. Pelo Azul y Pelo Plata casi seguro que esperan que vaya tras su rastro, así que Morgens intentará hacer lo mismo conmigo. Cazar al cazador. Usar a sus agentes como cebo para atraparme».

Lo rumió durante un rato largo, recorriendo de punta a punta la habitación, y finalmente tomó una decisión. No, no se movería de allí. Dejaría que los de Inteligencia hicieran su trabajo y monitorizaría la operación desde la cómoda distancia del hotel. Eso sí, estaría atenta, atente, atento a cualquier mensaje que le enviaran por si necesitaban refuerzos de una renombradora, une renombradore, un renombrador.

Asintió un par de veces, terminó de estabilizarse como Zuri usando como referencia el archivo presueño del día anterior y salió de la habitación ataviade con su traje de nanos, que por ahora simulaba sus ropas habituales. Cogió el elevador y bajó a desayunar a la primera planta. Necesitaba darse un homenaje, y el buffet del hotel

era la forma perfecta de mejorar su humor con rapidez. Solo había otras dos cosas que se le pudieran comparar, resolver aquel innombrable caso y destruir a la Unión, pero como no podía obtenerlas en un futuro inmediato, se contentaría con la comida.

Olió el fragante aroma del té y del café que impregnaba el aire en cuanto el cristal opaco de la puerta se apartó a un lado. Y, ahí, justo ahí, captó el dulce perfume de los dulces recién horneados. Se le hizo la boca agua.

Entró, se sentó en la primera mesa que encontró vacía y pidió lo de siempre: un té cargado con especias, un bollo dulce relleno de mermelada, una porción de la tarta del día y dos trozos de bizcocho, uno de ellos de semillas de kraghe y otro de té.

Tras cenar allí la primera noche, había descubierto que casi en cualquier sitio de Jíguāng tenían un ingente surtido de comida no sintética que no se parecía en nada a los complejos de nutrientes prensados de Nurul. Había decidido aprovechar ese lujo cada día. Después de todo, ese maravilloso cuerpo lleno de generosas curvas no iba a mantenerse solo.

Desayunó con calma mientras observaba por el rabillo del ojo, en la pequeña ventana derecha de su visor, la panorámica en directo del dron que seguía a Pelo Azul y Pelo Plata. No parecían estar haciendo nada interesante salvo compras, pasear de un lado a otro, visitar tiendas, detenerse a tomar algo. Pelo Azul por un lado y Pelo Plata por otro. Aunque, claro, eso no era del todo cierto. Seguían a Waltraud, que siempre parecía ir un par de manzanas por delante o a un par de tiendas de distancia, sin ser consciente de nada. Los vídeos iban acompañados de un mapa de la ciudad, en la esquina inferior derecha del visor, donde se podía ver el puntito rojo que representaba a Waltraud.

Lo observó todo más concentrade en los alrededores que en los actores de la escena, buscando cualquier rastro de Morgens, cualquier indicio de algún lugar que eludiera la gente con la que se cruzaban Pelo Azul y Pelo Plata. Sin embargo, no encontró nada. Tan solo vio, en una de las tomas, que Waltraud se detenía de repente delante de lo que parecía ser un parterre de flores, del que el dron solo captaba una esquina, y lo miraba con una expresión extraña en el rostro, como si le doliera algo. Tras un minuto muy largo en el que no movió ni un músculo, siguió su camino con un ligero temblor en las piernas, como si se hubiera hecho daño de verdad, aunque Zuri no lo hubiera visto.

Se chupó los dedos para quitarse el azúcar y se tiró un par de veces de una trenza sin apartar la mirada de las retransmisiones.

«Luego pediré que envíen a alguien a echar un vistazo a ver qué tiene de raro ese macetero o lo que quiera que sea. Ahora es arriesgado, con Pelo Azul y Pelo Plata por la zona».

Siguió observando la retransmisión, pero no volvió a ocurrir nada extraño. Tan solo aquel caminar vacilante en Waltraud y algo… ¿algo en la piel de su mano? Entrecerró los ojos.

—Adelantad el dron y hacedle zoom sobre la mano en cuanto sea posible. He visto algo raro —musitó a su proyector en voz muy baja y, con un parpadeo, envió el mensaje.

Sabía que podían tardar un poco en hacer lo que había pedido, así que siguió comiendo. Estaba dándole un mordisco a los últimos restos de su bollito dulce cuando el proyector corneal zumbó. Se lamió los dedos de nuevo y, con un guiño muy lento, dio la orden de abrir el enlace en cuanto vio de qué se trataba. Lo situó a la izquierda, para que no interfiriera con la otra ventana abierta y le permitiera ver por dónde iba al andar. Era la retransmisión en tiempo real de la posición de Hanne y de la decana Liu sobre un mapa de Sunce y alrededores.

Le dio un trago al té y comenzó a canturrear para sí misme mientras jugueteaba con él dentro de la boca y esperaba a que el operario del dron hiciera el zoom que había pedido. Y entonces se dio cuenta. Uno de los puntos no estaba donde le correspondía. Casi regó la mesa, el suelo e incluso a las personas que había sentadas a su lado con el té. Se las apañó en el último momento para tragar con dificultad y se secó la barbilla con el dorso de la mano, conteniendo una tos.

¡La decana no estaba en la escuela! Los nanos localizadores que le habían inyectado la situaban en el espaciopuerto. ¡A ochenta innombrables kilómetros de distancia! Dejó la taza vacía sobre la mesa, apuró el último bocado del bollito de mermelada, se levantó de un salto y corrió hasta el ascensor.

Zuri maldijo entre dientes mientras se limpiaba los dedos pringosos de saliva y bollito en la ropa. ¿Cómo era posible que no le hubieran informado antes de lo que estaba pasando con la decana? ¡Iba a renombrar a todos esos innombrables imbéciles!

Nada de mensajes, nada de informes, nada de nada. Se iba a plantar allí e iba a… Apretó los dientes y se forzó a respirar despacio; al tiempo que una fría crecía en su interior como una erupción solar.

«Calma, Zuri, calma. Estallando no vas a conseguir nada. Contenlo. Retenlo en el vientre. Que solo explote cuando lo necesites. ¡Cuando vayas a retorcerles el cuello a esa panda de inútiles!».

Justo cuando las puertas del elevador magnético se abrieron ante elle, se acordó. No, no iba a ir a la agencia. Tenía una forma mucho más rápida de aclarar las cosas sin moverse del hotel, Perig. Hoy volvía a ser su turno, así que iba a agarrarle por el pescuezo y hacer que escupiera todo lo que sabía y lo que no sabía. Iba a obligarlo a llamar a quienquiera que fuera su superior en la agencia y…

Su proyector corneal zumbó con una furia semejante a la que

sentía en su interior. ¡Otro innombrable mensaje de prioridad azul! ¡Más les valía que fuesen buenas noticias! Lo abrió sin pensárselo dos veces, lo descodificó y se quedó completamente paralizade.

Habían avistado a Morgens en el espaciopuerto, sentado al lado de la decana Liu en una de las salas de embarque con destino a Zhinyu. Si no era él, al menos era alguien que se le parecía muchísimo. Zuri reprodujo el vídeo que acababan de enviarle. Tenía el mismo pelo blanco, los mismos hombros anchos y parecía ser de la misma altura y corpulencia. Una vez más, sin embargo, no se le veía la cara.

Zuri sintió una oleada de frialdad que se extendía por todo su cuerpo, desplazando el fuego de su ira y cambiándolo por hielo. Los objetivos no eran ni Waltraud ni Hanne. Era Liu. Iban a sacarla del planeta y a hacerla desaparecer.

No se lo pensó dos veces. Solicitó a su proyector que se conectara a la net planetaria y pidió los horarios de las próximas lanzaderas. Comprobó que, por mucho que corriera, le iba a ser imposible llegar allí antes de que partieran hacia Zhinyu. Corrió en dirección al mostrador y le sonrió a Perig como une depredadore. Estaba harte, cansade y furiose. Alguien iba a pagar por aquello. Vaya que sí.

Ignorando lo que se le venía encima, Perig se limitó a devolverle la sonrisa con amabilidad.

—¡Qué casualidad! Justo iba a llamarle a la habitación, señore Barinaga-Makwanza. Ha habido un error en su reserva y tenemos que cambiarle de habitación. Tengo justo aquí su nueva tarjeta…

Aquel comentario hizo que perdiera la concentración. De modo que Perig sabía que había pasado algo y le daba pie para una reunión… Observó en silencio cómo el joven deslizaba en su dirección una nueva L-graf. Sus ojos se desviaron a la mano de Perig, por si esta vez también descargaba información en ella, como el primer día, pero el agente no lo hizo.

«Una tapadera. No hay información nueva esta vez. Vale, sigamos el juego».

Inhaló y exhaló. Se indignó. Golpeó el mostrador con furia, haciendo todo el ruido que pudo. La L-graf vibró sobre la superficie.

—No. Ni hablar. —Fulminó a Perig con la mirada y luego la holotarjeta—. Lléveme ahora mismo a hablar con su superior, Perig, porque no pienso tolerar un cambio de habitación por un error que ustedes han cometido. ¿Me ha entendido?

Perig se quedó paralizado y dejó de sonreír. Se puso muy pálido, recogió la L-graf y luego le hizo un gesto para que le acompañara hacia una puerta que había al fondo de un pasillo, a la derecha de la recepción.

—Señore Barinaga-Makwanza, si hace el favor de seguirme, le

llevaré a un despacho donde podamos tratar este tema en privado. No es necesario hacerlo aquí.

Zuri fingió resistirse, miró a su alrededor y confirmó que había llamado la atención de todas las personas en la recepción. Perfecto. Se irguió cuan alte era y frunció más el ceño.

—Olvídelo. No pienso moverme de aquí. Lo que quiera tratar su jefe conmigo bien puede hacerlo…

—Por favor.

Perig inclinó la cabeza ante elle y le miró a los ojos. Zuri apretó los labios, resopló y asintió a regañadientes.

—Está bien. Vamos.

Perig salió de detrás del mostrador y le acompañó hasta un pequeño despacho en la zona destinada al personal del hotel, mientras elle seguía hablando y hablando y hablando, protestando entre dientes por el trato recibido.

Hotel Hú-li-jīng.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
27 de Anukra de 2794. 09:50.

Perig cerró la puerta del despacho con discreción y le indicó en silencio uno de los sillones que había alrededor de una mesita redonda. Depositó un pequeño dispositivo silenciador de área sobre ella y, justo al lado, una holoplaca con el proyector apagado. La encendió presionando una esquina, y la placa emitió tres pitidos sordos. Después se apartó y se quedó mirando a Zuri.

—¿Qué mensaje desea transmitir? Esta línea segura se pensó para casos de emergencia como este. Es como la de su proyector, pero directa con mis superiores. La agente del otro lado ahora mismo, mi jefa, tiene permisos de nivel azul. Justo antes de que llegara a recepción me ha informado de que era probable que quisiera impartir instrucciones directas tras lo que le acaban de enviar.

Zuri asintió y se frotó la cara con ambas manos, luego se reclinó en el sofá y miró fijamente a Perig.

—¿Qué nivel de acceso tienes? —preguntó, pasando a tutearle ahora que habían dejado atrás la recepción del hotel y toda aquella pantomima.

El joven le sonrió.

—Rojo. Así que, si va a comentar algo que considera que yo no deba saber, dígamelo y esperaré fuera, señore.

—De acuerdo. Por ahora puedes quedarte. —Se giró hacia la placa e inhaló hondo. No había tiempo que perder—. Agente, necesito cualquier efectivo que pueda llegar al espaciopuerto y subirse a esa

lanzadera antes de que Morgens y la decana Liu embarquen en ella. ¡No podemos permitirnos perderles! Me da igual lo que tengáis que mover, pero lo quiero dentro. Ya.

Durante un momento solo hubo silencio. Después se escuchó una tosecilla incómoda y tensa en el otro lado de la línea. Le respondió una voz distorsionada.

—Lo… Lo… eh… lamento. Lamento decirle, agente, que va a ser imposible. Ya no tenemos margen.

En el vídeo que estaba recibiendo, Morgens y Liu se levantaron de las sillas de la terminal y se dirigieron hacia la puerta de embarque. Zuri se tragó una maldición. Tenía que pensar, y rápido. Necesitaba una solución, algo a lo que poder agarrarse.

—Zhinyu —susurró con los ojos clavados en la nada—. ¿Tenemos a alguien en Zhinyu?

—Sí, varios agentes. Están allí desde que solicitó los vídeos del museo y no los hemos hecho volver todavía. Por si los…

Zuri agitó la mano, como si así pudiera mandar callar a la mujer, que no podía verle.

—Vale —dijo en voz alta—. Ellos entonces. Que monitoricen a Morgens y Liu mediante los nanos que lleva la decana en cuanto aterricen. Quiero saber qué hacen y quiero…

Justo en ese momento, vio con claridad que la señal que indicaba la ubicación de Liu Aglaya sobre el mapa parpadeaba y desaparecía. En el vídeo de la terminal, Liu y Morgens cruzaron la puerta de embarque y los perdió de vista. Por el respingo que escuchó en el otro lado de la holoplaca, supo que quienquiera que estuviera allí también lo había visto.

Zuri dejó de hablar. Dejó de pensar. Aquello no podía estar pasando. No debería estar pasando. Los nanos no se desactivan al pasar los controles de…

«Solo lo hacen cuando se activa un inhibidor específico». Uno como el que todos los agentes de la Unión llevan consigo en las misiones de campo. Uno similar al que llevaban los de la Federación.

Tragó saliva y respiró hondo un par de veces. Pensando, pensando, pensando.

—Han anulado los nanos de Liu. Que los agentes vayan en persona a la terminal de llegadas. Que hagan lo que sea, pero que no los pierdan de vista. Si están tomando tantas precauciones igual también tienen algo que crea interferencias para que no les grabemos con un dron. Por no mencionar que los túneles que conectan las cúpulas de Zhinyu harán casi inútil su uso.

—Sí, agente. Lo… Lo haremos así. Transmitiré sus órdenes de inmedia…

—Bien —la interrumpió con tono seco—. Y ahora quiero ver con

quién estoy hablando, así que si es tan amable… Y no interprete esto como una petición, sino como una orden. Quiero saber quién está en el otro lado de esta línea.

—Sí, agente.

Hubo un parpadeo y el holo se conectó abriendo un cono de luz sobre la mesa. No tardó en aparecer un torso sobre él, uno femenino de mediana edad, tal vez cis, tal vez trans, o quizá intersexual; era imposible saberlo sin acceder a su nombre verdadero. La mujer tenía la piel cerúlea cubierta de un vello corto y espeso y llevaba la cabeza rapada. Sus ojos eran similares a los de un gato, con una pupila con forma de huso y de un intenso color dorado. Zuri asintió, sintiéndose mucho mejor ahora que podía mirar a la jefa de Perig a la cara. Aun así, la rabia borboteó en su interior; casi no podía contenerla, ardiente, fría y afilada como cuchillas. Abandonó cualquier intento de ser educade.

—Escúchame bien, te llames como te llames, porque solo lo preguntaré una vez y más vale que me des una buena respuesta o esto quedará reflejado en tu innombrable expediente. ¡¿Cómo es que nadie me ha avisado antes de que Liu se había saltado todas sus rutinas y había ido al espaciopuerto?! ¡Toda esta mierda innombrable se podría haber evitado!

Zuri golpeó la mesa con tanta furia que la holoplaca traqueteó sobre su superficie y el dispositivo silenciador emitió un zumbido eléctrico que le hizo arrugar el rostro con desagrado.

Por el rabillo del ojo, vio que Perig daba un respingo y palidecía. Intentó alejarse de elle todo lo que le permitió la pequeña habitación. Zuri lo ignoró.

—Agente, eso no es justo —objetó la mujer, tensando la espalda y convirtiendo sus ojos en meras rendijas rebosantes de indignación.

Zuri estuvo a punto de atragantarse. ¡No podía creerse lo que estaba escuchando! Aquellos desgraciados no solo habían logrado que Morgens prácticamente se le escurriera de entre las manos, ¡sino que, además, se estaban excusando! Habían estado a punto de perder al que podía ser el maldito renombrador de la Unión ¿y su única respuesta era que estaba siendo injuste?

Sintió que se ahogaba en su propia rabia y se obligó a inhalar de forma entrecortada, tratando de contenerse. Apretó los dientes. Se tiró de las trenzas con tanta fuerza que le dolió. Las siguientes palabras que salieron de sus labios lo hicieron en un susurro frío y colérico.

—¡Cómo podéis ser tan incompetentes! ¡Por todos los malditos nombres! ¿Es que no sois conscientes de lo que está en juego? ¿Es que mis informes no han bastado para haceros entender que…?

—¡Agente! ¡Pero si ha sido usted misme quien nos ha dado la orden de no hacer nada! —La voz que le llegaba a través del

comunicador se elevó una octava—. ¡Esta misma mañana, cuando le hemos informado sobre el paradero de Liu! ¡Eso es lo que nos ha dicho!

El mundo pareció detenerse de pronto a su alrededor.

Vértigo.

Falta de aire.

Un vacío que se abrió de pronto bajo sus pies.

Todo se oscureció durante una fracción de segundo.

¿Que elle había hecho qué?

La jefa de Perig siguió hablando. Zuri, sin embargo, apenas la escuchó.

—¡Nos hemos limitado a seguir sus órdenes! ¡Pensábamos que tenía un plan! ¡Que lo tenía todo bajo control! ¿Es que no se acuerda? Por eso le hemos enviado el vídeo en cuanto ha aparecido Morgens en el espaciopuerto, porque creíamos que estaba dándole caza.

Zuri se sintió mareade. Sintió una súbita oleada de ácido en la boca del estómago. Apoyó una mano en la mesa y se inclinó sobre ella.

«Piensa, piensa, piensa. No es posible. Esta mañana no he recibido nada sobre Liu. Tampoco he respondido a ningún mensaje. El proyector corneal y la L-graf deben de tener algo mal. Eso es, no funcionan bien. Seguro».

Se enderezó, con el rostro ceniciento, y sus ojos se cruzaron con los de Perig, que le observaba totalmente paralizado.

—Creo que necesito una revisión técnica de mi dispositivo externo —susurró encarando la holoplaca con apenas un leve temblor en la voz—. Creo que no va bien. Yo no he enviado nada, agente.

Otro momento de silencio antes de que la jefa de Perig hablara de nuevo, llena de dudas.

—Podemos hacer el diagnóstico ahora mismo, si quiere. Coloque su L-graf sobre la placa y nuestre IA local se conectará y realizará un análisis. Le aconsejo que cierre cualquier archivo que pueda estar ejecutando.

—Claro. Voy.

Y así lo hizo. Cerró el directo de Pelo Azul y Pelo Plata; el mapa de seguimiento, donde ahora solo aparecían Waltraud y Hanne, y el vídeo del espaciopuerto, donde ya no había nada que ver.

Sacó la L-graf y la depositó como le habían indicado. Luego cerró los ojos. Sintió que la tarjeta y el proyector corneal zumbaban durante unos treinta segundos..

—Diagnóstico terminado, agente Zuri. —La voz de le IA llenó el aire durante un segundo—. No se han detectado fallos en el sistema. Todo funciona correctamente y según los parámetros establecidos, así que puede estar tranquile. Si desea que le envíe el informe, solo

hágamelo saber.

Zuri abrió los ojos, sintiendo cómo de pronto su cuerpo se quedaba sin fuerzas. Trató de volver a encontrar la furia que le había lanzado a aquella carrera hacia la recepción, sin embargo, ya no fue capaz de encontrarla. De ese fuego abrasador solo quedaban frías cenizas. Agachó la cabeza y se frotó el cuero cabelludo entre las trenzas. Se sentía muy cansade.

Su dispositivo estaba bien. Pero no era posible. No había contestado a nada relacionado con Liu. Porque no lo había hecho… ¿verdad?

Tragó saliva y se conectó de nuevo a su L-graf. Ordenó con una secuencia de parpadeos que abriera los mensajes más recientes que había recibido y enviado.

Ante sus ojos desfilaron todos los relacionados con Waltraud, Hanne y los del espaciopuerto. Los de Pelo Azul y Pelo Plata, tanto los vídeos en directo de hoy como los del día anterior. El acceso a la base de datos de nombres verdaderos y la lista de las alteraciones genéticas permitidas en Xhing-an.

Y allí, justo allí, un pequeño mensaje donde, efectivamente, la agencia local le informaba sobre la situación excepcional con la decana. También encontró su propia respuesta. Esa donde les decía que no hicieran nada, que no hacía falta. Que no intervinieran. Que lo dejaran estar.

«Por todos los nombres…».

De nuevo esa sensación de vértigo, de incomprensión. Sintió una súbita tensión detrás de los ojos. Los cerró con fuerza, incapaz de creer lo que estaba viendo, del mismo modo que era incapaz de recordar nada de todo aquello. Nada. Cero. No pudo articular ni una sola palabra.

—¿Agente?

La voz del holograma, temerosa, llena de dudas. Tenía que responder, decir algo, excusarse. Dar alguna explicación. No pudo. No podía pensar. Estaba en blanco.

«Algo va muy mal».

—Ah… Agente. —Su interlocutora siguió adelante, con vacilación, sin comprender su silencio—. Aprovechando que está aquí, hay algo que nos gustaría comentarle sobre las solicitudes de información que nos hizo llegar ayer en su informe. Si pudiéramos…

No recordaba haber recibido el mensaje, ni leerlo ni responderlo. Pero sí se acordaba de los de Pelo Azul y Pelo Plata, y todos estaban enlazados.

Tragó saliva, con los ojos clavados en el vacío entre sus pies. Luego alzó el rostro casi como une autómate. Miró a Perig, que parecía querer fundirse con las paredes y desaparecer de allí. Lo

estuvo mirando durante una eternidad. En silencio, incapaz de articular una sola palabra. Luego algo dentro de elle tomó el control.

—Sal de la habitación, Perig. Espera fuera —musitó con el rostro totalmente inexpresivo. En su interior había un vacío que no lograba abarcar ni llenar y cuyas profundidades no podía ni siquiera atisbar.

Había algo que iba muy, muy mal en esa misión y no sabía el qué. Pero iba a averiguarlo. Solo tenía que… pensar. No ahora. Más tarde. Cuando recuperara el control de sí misme.

Perig asintió en silencio, abrió la puerta y la cerró de nuevo a su espalda.

Zuri se volvió hacia la holoplaca.

—Adelante, agente. ¿De qué quería hablar?

Poco a poco. Resolver aquello como si fuera un puzle. Reconstruir el escenario a partir de las piezas sueltas. Sin pausa. Sin prisa. Una tras otra. Buscar dónde encajaba cada una. Tenía que haber una explicación para todo.

—Ah… Verá. Ayer nos volvió a pedir de nuevo las grabaciones obtenidas de las cámaras del Museo de Historia Prehumana de Zhinyu. Solo que… Bueno… ya se las hemos enviado. Dos veces. Siempre que las ha pedido. ¿De verdad desea que lo hagamos de nuevo?

«¿Cómo…?».

—Su sistema nos remite los acuses de recibo correspondientes, así que no sabemos qué está pasando, si los archivos llegan corrompidos o si hay algún otro problema. Le IA acaba de confirmar que está todo bien con su unidad externa. Sabemos que no tiene demasiada capacidad, pero como insistía en que fueran de la mayor calidad posible, así lo hicimos. ¿De verdad no los tiene? Pasa lo mismo con el listado de empresas de la Unión que solicitó hace tres semanas y que ya le enviamos hace dos días, justo después de que nos llegara de Aeni.

Todo se tambaleó de nuevo

Le habían enviado la información. Varias veces. Y nunca la había recibido.

«No, eso no es cierto».

No recordaba haberla recibido, más bien.

Volvió a rastrear la L-graf, pero esa vez no encontró nada. Borraba casi todo lo que le llegaba después de haberlo memorizado porque no quería conservar ningún tipo de pruebas por si los agentes de la Unión le atrapaban. Era el protocolo básico y la principal razón de que le hubieran enviado a elle a Xhing-an, porque podía memorizarlo todo sin ayuda tecnológica. Y ahora, de pronto, ¿era incapaz de recordar?

«Pero sí que recuerdas algo. Fragmentos de algo».

Un zumbido detrás de la oreja en el parque y luego un sueño

donde se despertaba de madrugada y volvía a dormirse sin haber visto el vídeo que le habían enviado. Solo que lo primero había sido un fallo de su proyector y lo segundo no había sido real. ¿Verdad?

El vacío en su interior se expandió, insondable. Se sintió caer. Los labios se le secaron. La garganta se le secó.

Pero su dispositivo funcionaba bien. Le IA lo había analizado y no había encontrado nada anómalo.

«¿Y si es le propie IA?».

Nada más articular esa idea, supo que era imposible. Alguien de la agencia lo hubiera notado, ¿no?

«No si Morgens se ha infiltrado y está jugando conmigo y con le IA, igual que en la escuela y en Aeni. Falseando mensajes, mandándome saludos y haciendo que crea lo que no es. Salvo que… Salvo que…».

Sintió una súbita punzada en el pecho y se quedó muy quiete, mirando a la nada. Porque había otra opción. Una que le aterraba.

«Salvo que sea yo».

Tragó saliva, o lo intentó. Solo logró toser.

«Porque respondiste a ese mensaje, Zuri. Contestaste. Diste esa innombrable orden y no recuerdas nada, absolutamente nada».

Parque Arquei.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
27 de Anukra de 2794. 11:00.

Zuri se detuvo a contemplar el mar, las olas, el destello del sol sobre el agua. Se detuvo a aspirar el aroma a salitre mezclado con el de la hierba y las flores. Se detuvo a pensar.

Había vuelto a pedir que le enviaran toda la documentación una vez más. La lista de empresas de la Unión la había dejado para estudiarla más adelante, pero el vídeo del museo sí que lo había visto.

¡Y malditos fueran todos los nombres! ¡Para lo que le había servido! Una pérdida de tiempo. Una vez más, a Morgens apenas se le veía el rostro.

El hombre había entrado en el museo por la puerta principal mirando el suelo. Solo había alzado un poco la cabeza de medio lado para comprar una entrada, no lo suficiente para que se le viera bien. Durante un segundo, Zuri se había imaginado que el hombre miraba fijamente hacia la cámara y sonreía, casi como si esperara encontrarle allí, acechando días, semanas después, en otro planeta, desde un despacho en un hotel. Y, durante esa fracción de segundo, había sentido que conocía a Morgens, que lo había visto antes en algún lugar que no lograba recordar. Pero solo había sido eso, su imaginación. O

tal vez fruto del dolor de cabeza que se le había empezado a poner en ese mismo momento.

No habían conseguido nada, salvo otra toma parcial de sus facciones; una en la que solo se podía apreciar la forma de su barbilla, el cabello cano y la piel oscura, con un matiz dorado. Nada que no hubiera descubierto ya por las otras grabaciones que había de él.

Así que, completamente saturade por todo lo que le estaba pasando, había cogido el dispositivo silenciador y la L-graf y se los había metido en el bolsillo. Luego había salido de la habitación para reunirse con Perig con una migraña plenamente instalada detrás de los ojos.

Después de despedirse del otro agente en recepción, había salido a pasear junto al mar. Y justo en el instante en que había pisado la arena había sabido qué hacer. Era un impulso, sí, pero merecía la pena seguirlo, estaba convencide. De modo que había hecho una llamada y ahora solo le quedaba esperar.

Respiró hondo varias veces el fresco aire de la mañana, al mismo tiempo que jugueteaba con una trenza. La verdad era que empezaba a tener miedo, miedo de verdad por primera vez en su vida. Porque, si no podía confiar en su mente, ¿en qué podía hacerlo?

«Pero hay más posibilidades, ¿verdad? No puedes descartar nada. ¿Qué otras opciones hay en las que todo esto encaje, en las que todas las piezas del puzle estén también en su sitio y todo tenga sentido?».

Exhaló con lentitud y vació la mente. ¿Y si alguien de la Unión había hackeado su dispositivo externo y respondido por elle? No, imposible. El proyector y la L-graf tenían dispositivos de seguridad muy avanzados.

Zuri dio un par de tirones de una de sus trenzas y entrecerró los ojos.

— oOo —

«Sí, podría ser. Al fin y al cabo, Morgens podría estar infiltrado en la agencia, y recordemos que mi coartada ya no sirve. Así que podría haberlo hecho renombrando a le IA, que a su vez podría haber falseado todo el contenido de mi L-graf».

Después de todo, había pedido el análisis de su dispositivo externo antes de comprobar si lo que la jefa de Perig estaba diciendo era cierto o no.

«¿Qué hubiera encontrado si hubiera mirado antes?». Zuri dejó escapar una risa sin humor. «Nada, probablemente nada».

Solo que, para hacer eso, Morgens tenía que tener acceso a la base de datos de nombres verdaderos de Xhing-an.

«Eso explicaría cómo han podido renombrar a todas esas personas. Aunque sigue habiendo cosas que no me encajan. Porque, si

tiene tanto poder, ¿por qué solo lo ha usado para eso? ¿Por qué no ha renombrado a toda la agencia para convertirla en una filial de Unión? ¿Por qué ha sido tan sutil?».

Un leve zumbido a su espalda le indicó que el Aev que había pedido ya había llegado, así que sacudió la cabeza mientras se daba media vuelta para alejarse de la costa y subir al vehículo rosado. La puerta se cerró con un siseo y Zuri conectó su proyector corneal al sistema de le IA que lo pilotaba para que pudiera cobrarle el trayecto.

—Al espaciopuerto, por favor.

—Sí, ciudadane Zuri.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos para poder pensar con más claridad.

«Porque Morgens no tiene acceso a la base y lo están haciendo todo a la vieja usanza. Solo ha podido renombrar a le IA local, igual que hizo con le IA del Aev en Aeni. Al fin y al cabo, son un poco más sencilles de manipular que los sentientes orgánicos, ya que no nos hace falta tanta información para descubrir sus nombres. Y una vez tiene a le IA de la agencia a su servicio, puede controlar casi cualquier mensaje y sus respuestas. Puede hasta crearlas. Puede evitar incluso que me llegue la información que no quieren que sepa. Y así me debilita y siembra mi camino de pistas falsas. Me manipula».

Zuri volvió a sentir crecer la ya familiar ira en su interior. Pues bien, aquello se iba a acabar. Si Morgens había logrado influir de ese modo en la agencia, se había acabado confiar más en ella. Trabajaría como lo haría en un sistema de la Unión, sole y sin apenas apoyo.

O tal vez no. Tal vez…

«Tal vez deberías renombrar a alguien, Zuri. Crear tus propios agentes de confianza. Eso sí que no se lo esperarán. Se pensarán que no les harías algo así a los tuyos, pero vaya si puedes, no saben de lo que eres capaz. Sobre todo ahora que tienes acceso a todos los nombres verdaderos de Xhing-an».

Nave crucero Tikan.
Sistema Xhing-an.
29 de Anukra de 2794. 14:15 hora de la nave.

Sin dejar de fluir, relajado, relajada, relajade por primera vez en muchos días, se reclinó en el catre de su camarote privado. Con un suspiro, conectó el proyector corneal y accedió a la base de datos de nombres verdaderos para memorizar el de Liu Aglaya, por si llegaba a necesitarlo en cuanto diera con ella y con Morgens en Zhinyu. Más le valía prever cosas así, porque nunca sabías las dificultades que te podrías encontrar una vez sobre el terreno. A continuación, desplegó

en su visor la lista de modificaciones genéticas prohibidas en Xhing-an por un lado y la de empresas de edición genómica de la Unión por el otro. Pensaba analizar toda la información, memorizarla y borrarla antes de llegar a Zhinyu.

Entrecerró los ojos con placer y suspiró. Tras dos agobiantes días de viaje, primero en la lanzadera desde Sunce hasta la estación de salto y luego el transbordo hasta embarcar en la Tikan, por fin podía descansar. Por fin podría permitirse dormir sin que nadie lo, la, le viera. Pero primero necesitaba terminar de revisar toda la información que le habían dado en la agencia antes de dejarlos tirados.

No se había llevado nada del hotel en Sunce antes de coger el Aev al espaciopuerto. No había avisado ni a Perig ni a su superiora. Pelo Azul y Pelo Plata, fueran quienes fueran en realidad, apenas merecían ya su atención. Que la agencia siguiera su rastro y monitorizaran lo que quiera que estuvieran haciendo con Waltraud. Que se encargaran ellos de ese asunto.

Además, no dudaba de que, a esas alturas, pese a haber bloqueado la entrada de mensajes en su proyector corneal, ya sabrían dónde estaba y qué pretendía hacer. De hecho, contaba con ello. No se había ocultado ni fluido durante el viaje hasta la nave. Quería hacerlo oficial, que no pensaran más allá. Porque tenía planes una vez llegara a Zhinyu y no pensaba compartir ni una décima parte de ellos con nadie.

Comenzó a repasar la lista de empresas y sus marcadores patentados en busca de alguna coincidencia con las muestras genéticas que habían encontrado en los sitios donde habían desaparecido ciudadanos de Xhing-an. No hubo suerte. Ninguna de ellas parecía ser la responsable, al menos según la información que había logrado extraer la Federación durante décadas de espionaje.

«Eso no quiere decir que no lo sean. No tenemos datos sobre lo que pueda estar haciendo su gobierno en secreto. Iré con cuidado, aunque esto me lleva de nuevo a la primera casilla. Si no es algo oficial, solo queda el mercado negro».

Asintió para sí, alargó la mano hasta el globo de agua que tenía en el hueco de la mesita de noche y le dio un buen trago. Cerró los archivos y se centró en el de las modificaciones prohibidas en Xhing-an. La lista era un extracto del Reglamento RP-XAN-1066/2693 y era corta. Muy corta.

—Nada que me sorprenda —musitó, al mismo tiempo que las hacía pasar lentamente ante sus ojos con un leve parpadeo—. En este sistema autorizan de todo. Cualquier cosa que puedas querer. O casi cualquier cosa.

Al igual que en el resto de la Federación, estaba prohibida toda alteración que indujera una enfermedad, las que te hacían sintético-

portador inmune de vectores víricos o bacterianos con el fin de impedir que una persona se pudiera convertir en un arma andante. También estaban vetadas modificaciones de las células germinales, dado que estaba prohibido alterar el genoma de futuros seres sentientes en contra de su voluntad, salvo para curar enfermedades congénitas y, sobre todo, cualquier tipo de edición genética que pudiera llevar a la creación de renombradores completos.

Qamar se echó a reír en voz alta sin poder evitarlo. ¡Era todo tan irónico, hipócrita y mezquino! Necesario, sí, pero también todo lo demás.

Porque lo que allí no se mencionaba era que la síntesis de semiclones no funcionales sí que estaba autorizada, solo que eso solo lo sabían el gobierno central de la Federación y la agencia. Los permisos para este procedimiento eran una pesadilla burocrática, según le habían contado, pero todos los planetas tenían al menos un laboratorio donde decenas de técnicos usaban esa técnica para intentar obtener el nombre genético verdadero de agentes enemigos o de personas importantes de la Unión. Creaban un ser incompleto y luego llamaban a un renombrador para que hiciera pruebas con aquella cosa. Celebraban cualquier logro a la hora de encontrar el nombre, ya que solo les faltaba la parte social para completarlo.

Nairi intentó seguir analizando la lista, pero no tardó en dispersarse. Todo eso le hacía sentirse un poco incómoda, pese a ser consciente de que los semiclones no eran humanos de verdad y que no alcanzaban a desarrollar un cuerpo como tal. Solo eran un amasijo de células y órganos parcialmente formados que ayudaban a ver si iban por el buen camino en la búsqueda de nombres verdaderos. Aun así, no dejaba de resultarle inquietante.

«Pero no se puede clonar a un renombrador, recuérdalo. No de verdad, al menos. No son estables y se degradan al cabo de un tiempo. Muchos no llegan siquiera a controlar sus habilidades antes de perderlas».

Ese era el principal problema de la renombración, que no era solo una cuestión genética. Nadie había logrado aislar aún todos los factores que convertían a una persona en alguien como ella. No solo ocurría a la hora de clonarlos, ya que la edición de personas normales usando genes renombradores tenía el mismo problema.

«Si fueran estables, haría ya décadas que tendríamos ejércitos de ellos y a nadie le preocuparía perder a uno o dos a manos del enemigo».

Sacudió la cabeza y volvió a la lista de modificaciones prohibidas, aunque no había mucho más que mirar. Tampoco estaban autorizadas las técnicas de traspaso de material genético entre personas; se consideraba una violación del nombre, ya que implicaban eliminar

parte de la identidad de alguien para otorgársela a otro. Pero sí que estaba permitida la réplica exacta de un gen mediante técnicas retrovíricas, de CRISPR, con nanos…

El último punto de la lista indicaba que era ilegal crear clones para experimentación humana. Sin embargo, había una nota del agente que le había enviado el reglamento donde se mencionaba que acababa de aprobarse un adendo donde se revocaban estos derechos y pasaba a estar permitido experimentar con ellos. Para cualquier tipo de uso, además.

Al leer aquello, no pudo evitar que una expresión de profundo asco se reflejara en sus facciones en constante cambio. Era repugnante e inmoral. Suponía una regresión en el tiempo a épocas en las que una parte de la población humana no era considerada como tal. Era terrorífico ver cómo en cuestión de unos pocos meses o años se podía deshumanizar a alguien hasta ese punto y pasar a cosificarlo.

Sus dedos tamborilearon sobre la pierna y miró de nuevo el epígrafe. Frunció el ceño. ¿Cualquier tipo de uso? ¿Incluida la renombración? Lo dudaba, porque justo más arriba, en ese mismo escrito oficial, se prohibía expresamente toda edición genética que condujera a crear renombradores. Aun así, era muy extraño que no se indicara explícitamente con un «salvo en los casos mencionados en el artículo…».

«No sabes cómo quedará escrito en la versión final. Espera un poco antes de empezar a hacer cábalas sobre el tema».

Y eso era todo. No había nada más. En Xhing-an se permitía de todo, salvo las mayores atrocidades genéticas.

Cerró los ojos, apagó su proyector corneal y a continuación se cubrió el rostro con el antebrazo, sintiéndose de pronto muy cansada, cansade, cansado.

—Eso no deja demasiado margen para el mercado negro biológico —susurró—. A saber qué pueden haberles hecho a los dueños de esas innombrables secuencias de ADN para que necesiten ocultarlo.

Lo malo era que sí se lo podía imaginar.

Enfermedades. Vectores de contagio. Armas víricas o bacterianas. Todo experimentado en clones, como si no fueran seres humanos.

Nave crucero Tikan.
Sistema Xhing-an.
32 de Anukra de 2794. 01:15 hora de la nave.

Viajaba en una nave a través de las insondables profundidades del espacio. Contemplaba las estrellas desde un mirador que había en la sala de descanso con Zhong-Mao a su lado. Sentía la frialdad de su

mano en la suya, en sus dedos entrelazados. Percibía con claridad sus ojos oscuros y cálidos sobre su rostro, como si prefiriera contemplarlo más que las mismas estrellas. No hablaban, no hacía falta que lo hicieran, casi podían leerse los pensamientos de tanto tiempo que llevaban juntos.

Solo que aquello no era del todo cierto, porque apenas habían compartido un año de sus vidas. Pero, era solo un sueño, así que todo era posible. Estaba lleno de amor, de cariño, de añoranza. También había dolor y una separación que llegaría pronto, empañando su felicidad. Y miedo, un miedo frío y profundo al que no se atrevió a mirar a la cara y que le palpitaba detrás de los ojos, en la mente, en lo más hondo de su consciencia.

«El sacrificio merecerá la pena».

Una voz, su voz, resonando en el silencio y las manos de Zhong-Mao cálidas sobre las suyas, sobre su rostro. Sus labios sobre los suyos… Y el dolor en su corazón. Como si fuera a perderle y a no volver a verle jamás. Como si, justo en aquel sitio, en aquel lugar, mientras miraban las estrellas, hubiera tomado una decisión que cambiaría su vida para siempre.

— oOo —

No, aquello había ocurrido mucho antes… Con la misión y el viaje hacia otra galaxia. Un viaje que nunca había existido, que jamás había hecho, pero que, de algún modo, podía recordar. Hibernación. Despertar. Habían sentido alegría, gozo; gritaron de júbilo por el descubrimiento de que… de que… de que no…

Miedo. Horror ante lo que veían, ante lo que habían encontrado, ante lo que… lo que… lo que los había… Tocado. Visto. Conocido.

Enfermedad. Muerte. Gritos. Holopantallas vomitando datos mientras las miraban con espanto y todo cobraba sentido.

Luego el cambio, la enfermedad, la vuelta y el dolor, la pérdida, la muerte. Porque nadie les había hecho caso. Porque nada volvería a ser igual.

Terminal de llegadas del espaciopuerto.
Cúpula Svemirski, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
32 de Anukra de 2794. 19:00.

Tras pasar casi cinco días sin renombrarse como Zuri durante su viaje en la Tikan, prestó especial atención a su cambio antes de abandonar el camarote. Aún tenía frescos en la mente los recuerdos fragmentados de los sueños de esa noche, eran muy parecidos a los de hacía unos

días, aunque en esta ocasión no había llorado al menos. Volvió a sentir ese dolor lacerante, confuso, igual que el miedo de la pesadilla.

Ahora que lo pensaba, ¿no había soñado algo así también antes de salir de Aeni? Tenía esa impresión, solo que… no lograba… aferrarla. Además, ¿por qué se le clavaban tanto en el corazón? ¿Por qué parecían tan importantes? Tragó saliva y se llevó la mano al pecho como si aquel gesto pudiera ayudarle a recordar algo que estaba… que creía... Entrecerró los ojos, tratando de dar con la palabra que buscaba. ¿Perdido, tal vez?

Cerró los párpados pocos segundos y suspiró, luego sacudió la cabeza con frustración y alejó esos pensamientos. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Había llegado por fin a Zhinyu y el día iba a ser largo y complicado si no quería que Morgens y Liu le sacaran más ventaja de la que ya tenían.

Dos horas antes había reactivado la recepción de mensajes del proyector corneal y, como esperaba, se había encontrado uno de los agentes locales diciendo que le estarían esperando en la terminal de llegadas del espaciopuerto. Lo importante ahora era el plan, no los estúpidos sueños y las pesadillas incómodas. Mientras descendía los peldaños que conducían hacia la sala, encantade de volver a encontrarse en una gravedad más o menos normal, aunque un poco menor que la de Nurul, comenzó a escrutar la multitud en busca de las personas que habían venido a «ayudarle».

«No seas cruel, lo están haciendo con toda su buena intención. Se creen que me van a ser útiles de verdad. No tienen ni idea de que Morgens los está manipulando».

Dos personas no tardaron en llamar su atención. Eran anodinas y vulgares para los estándares de Xhing-an, justo lo que esperaba encontrar. Pero había algo en ellas que… Su forma de moverse, tal vez, o el modo en que miraban a su alrededor todo cuanto las rodeaba. No sabría indicar qué las diferenciaba del resto, solo que algo en su interior le decía que podían ser quienes buscaba.

Ya desde la distancia veía que tenían alguna modificación genética barata que afectaba al color del pelo y de los ojos, poco más. Puede que tuvieran además algo en la piel o incluso el sistema respiratorio, ya que estaban en Zhinyu, una luna con hábitats controlados que podían sufrir una despresurización durante una avería.

«Alteraciones básicas por aquí, lo que se espera que se haga todo el mundo a la mínima que se lo puedan permitir».

Zuri miró a su alrededor, al alto techo en forma de cúpula transparente a través de la cual se distinguía el negro del espacio exterior.

«También es probable que se hayan hecho algo en el circulatorio.

Yo lo haría si viviera en Zhinyu. Sería lo primero que me cambiaría, visto lo que tengo encima».

Lo que no creía que tuvieran, desde luego, era ningún tipo de aumento genético como la decana Liu. La mujer, en su obsesión genalt, se había agudizado los sentidos y hasta poseía metabolismo de regeneración, como había descubierto tras analizar su nombre verdadero.

«Ese es el problema con toda esta gente, que solo ves lo que quieren que veas, cuando lo más caro, lo más costoso y espectacular seguro que está por dentro».

Suspiró y siguió estudiando a las dos personas sin dejar de andar. Cuanto más las analizaba, más segure estaba de que eran quienes buscaba. Entonces ocurrió. Sus ojos se cruzaron, y vio con claridad que sus rostros se llenaban de reconocimiento, aunque no hicieron nada más.

«Bien, ha llegado la hora de jugar».

Se ajustó la ropa, tirando de los bajos de su chaqueta, y se internó entre la multitud de la gran terminal sin quitarles la vista de encima. Los agentes echaron a andar hacia su dirección, así que elle también fue a su encuentro. Conectó el proyector corneal, accedió a la L-graf y entró en la base de datos de nombres verdaderos. No tenía indexados absolutamente a todos los habitantes del sistema, pero casi. Siempre había gente que no estaba en los registros oficiales, como en todas partes, aparte del gobierno o los renombradores, que nunca aparecían por ningún lado, por supuesto.

Allí, a diferencia de lo que pasaba en otros sistemas, el número de ciudadanos indexados era abrumador. Con la cantidad de gente que se sometía a alteraciones, la agencia solo tenía que hackear los informes clínicos privados de las diferentes empresas para obtener el nombre genético vigente. Averiguar el nombre de alguna persona sin indexar que les interesase solo requería tiempo y dedicación. Bastaba con entrar en las cuentas personales del sujeto, y de todos sus familiares y conocidos, y someterlo a un buen escrutinio durante unos meses. Y listo, nombre conseguido.

Así que, buscó los rostros de esas dos personas en la base y no tardó en dar con una coincidencia. Zuri sonrió de medio lado. Según parecía aquellas personas no estaban tan arriba en la jerarquía como para estar protegidas. Bien, perfecto.

Lufsa Otebei, hombre trans sin alteraciones en ninguno de los cromosomas X ni tampoco tratamiento hormonal o cirugía, gay, poliamoroso, treinta y cinco años; piel de un marrón tremendamente oscuro, cabello como plumas irisadas de color verde; licenciado en Derecho. Meticuloso y poco impulsivo, abierto, sociable. Padres fallecidos, pero tenía una hermana en… Lo memorizó.

Ebesh Ratner, también varón, cis, heterorromántico y asexual; veinte años, muy pálido, ojos amarillos sobre una esclerótica verde oscuro, cabello de un azul tan intenso que parecía negro; doctorado en Historia. Serio, con un sentido del humor irónico. Fiel a sus principios, sensible y amable de trato. Familia numerosa que vivía repartida por… Lo memorizó.

Zuri entrecerró los ojos y se preparó. Se detuvo delante de ellos y sonrió. ¿Podría haberlo hecho desde lejos? Sí. Podría haber estado en cualquier punto de la luna y le habría dado igual siempre que hubiera tenido acceso a un vídeo en directo con la ubicación de sus víctimas. Sin embargo, a elle le gustaba hacerlo cara a cara siempre que podía.

Miró al primer agente a los ojos.

—L U F S A O T E B E I.

Lo pronunció como solo un renombrador lo haría, en un susurro perfectamente articulado cargado de significados, al tiempo que buceaba en el interior del hombre, entre sus genes, en las profundidades de su mente, entre todo cuanto el otro era. Y lo cambió. Fue casi como ejercer su voluntad desnuda contra un huracán, contra la inevitabilidad de una marea o la fuerza de un incendio desbocado. Pero elle se escurrió entre esas energías primordiales como si no existieran, pese a que amenazaban a cada instante con arrastrarle y arrasar su consciencia. Le pareció que el proceso duraba horas. Solo fueron unos segundos. Aferró las convicciones de su víctima entre los dedos de su mente y las reestructuró con el cuidado de une cirujane, de forma sutil y delicada, cambiando solo lo que le interesaba. Ahora ya no era leal a la agencia ni a nadie salvo a Zuri, a IN.00. El resto quedó intacto.

Con la respiración entrecortada por el esfuerzo, se giró hacia el otro agente justo cuando este retrocedía.

«Se ha dado cuenta de lo que hago. Ja, pues claro. No es idiota».

Zuri volvió a sonreír y no se movió. No necesitaba hacerlo.

Tampoco le dejó huir.

—E B E S H R A T N E R.

Le hizo lo mismo que a su compañero. Un toquecito aquí, otro allá y ya era suyo. Una eternidad para elle. Un segundo para él.

Sintió de pronto que le fallaban las fuerzas. Jadeó, apoyó una mano en el brazo de Lufsa y observó, con los ojos entrecerrados por el agotamiento, que Ebesh volvía sobre sus pasos para ayudarle a mantenerse en pie.

Lo apartó con un gesto antes de que se acercara demasiado. Hubiera sido un error, hubiera llamado la atención, y eso era lo que menos le convenía. No sabía si habría por allí algún agente de Morgens, o el propio Morgens, observando.

«Si está por aquí, se habrá dado cuenta de lo que he hecho a

simple vista. Aun así, mejor ser todo lo discrete posible».

—¿Se encuentra bien?

—¿Necesita algo?

Ebesh tenía una voz profunda, llena de resonancias y tonos graves que harían estremecer a cualquiera. Lo que no tenía de llamativo su aspecto, lo tenía su voz. La de Lufsa, en cambio, era ligeramente nasal y aguda, aunque sin ser desagradable.

Zuri alzó el rostro para poder mirarlos a los ojos y asintió.

—Un hotel, uno barato y sencillo. Discreto. Y no informéis a nadie de nada, salvo a mí. ¿Lo habéis comprendido?

Habló en voz muy baja para que ninguna de las personas que les rodeaba pudiera escucharles.

Lufsa y Ebesh asintieron, intercambiaron una mirada y con un gesto Lufsa le indicó a su compañero un túnel secundario que conducía a otra cúpula, lleno a reventar de gente. Fueron en esa dirección y Zuri aprovechó para renombrarse a sí misme y quitarse el cansancio de encima y que no le costara mantener el ritmo de los dos agentes, mucho más altos y en mejor forma que elle. Al menos allí no tendría los mismos problemas que en Jíguāng, donde la alta gravedad hacía que todo supusiera un esfuerzo adicional, incluso respirar. En aquella luna era algo menor que en Nurul, pero no tanto como para tener que vigilar al caminar o como para que le dificultara correr llegado el momento.

Aun así, no se relajó; se mantuvo atente a cualquier cosa fuera de lugar que pudiera detectar durante el trayecto. Podía ser algo o alguien que tan solo le provocara una sensación extraña en el fondo de la mente o un detalle minúsculo entrevisto por el rabillo del ojo que haría que le molestaran las palmas de las manos sin razón aparente. No vio nada. No parecía haber agentes enemigos a la vista.

«O puede que sí y que sean demasiado buenos incluso para mí. Como ese Morgens. Pero no, no es mejor que yo, solo ha tenido más suerte, más apoyo y más tiempo para prepararlo todo. Me apuesto mi no nombre a que es metódico hasta la obsesión. Alguien con una paciencia de años para sacar adelante un plan. A mí, en cambio, se me da mejor improvisar».

Zuri se echó a reír por lo bajo, incapaz de contenerse, porque era justo lo que estaba haciendo. Seguía sus instintos y se dejaba llevar. Si la cautela no le había servido para acercarse a Morgens, tal vez aquello lo haría. Al fin y al cabo, allí estaban ambos ahora, ¿no? A tan solo doce horas de distancia. Una nadería, una pequeñez. Daba igual si les separaba una pared o media luna.

La suave risa se convirtió en una ristra de carcajadas que hicieron que Lufsa, junto a mucha otra gente, se volvieran hacia elle. Ebesh, en cambio, escrutó a su alrededor con cierta paranoia. Zuri negó con la

cabeza en dirección a Lufsa, mientras se tapaba la boca con una mano, tratando de tranquilizarse, y le hizo un gesto para que dejara de prestarle atención.

—Me acabo de acordar de un chiste, nada más —dijo en voz alta, más para los posibles curiosos que para el otro agente.

«Solo espero que no sea media luna. Lo bueno es que Morgens carga con Liu y, quizá, con un poco de suerte, eso me dé la ventaja que necesito para cazarle».

Hotel Shway-hkone.
Cúpula Zvezde, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
32 de Anukra de 2794. 19:20.

Estaban sentados alrededor de una mesa apartada en el bar del hotel después de haber reservado una habitación. Aquel sitio era de bastante peor calidad que donde se había alojado en Sunce, pero era justo lo que había pedido. Había mucha gente de otros sistemas, así que alguien como elle no llamaría la atención. También estaba situado en un nodo de cruces entre cúpulas, lo que le ayudaría a entrar y salir con discreción. Y justo por eso no se iba a alojar de verdad allí. Si Morgens quería encontrarle, buscaría primero en sitios como aquel. Pero Lufsa y Ebesh no tenían por qué saberlo.

—Muy bien —dijo en voz baja, al mismo tiempo que se sacaba del bolsillo el diminuto dispositivo silenciador que le había robado a Perig en Sunce y lo dejaba sobre la mesa—. Vamos a hablar. —Los miró uno a uno y lo conectó—. Sé que habéis estado siguiendo a un hombre llamado Morgens que ha llegado de Sunce acompañado de una mujer alta, de piel roja, dientes afilados, ojos y pelo como el fuego y que se comporta como una depredadora.

Ambos asintieron sin dudarlo siquiera.

—La decana Liu Aglaya de la Escuela de Genómica Avanzada de Sunce, ¿verdad? —dijo Ebesh.

—Exacto. ¿Dónde están y quiénes de los nuestros están siguiéndoles? —Casi sin darse cuenta, comenzó a pasar los dedos por una de sus trenzas, recorriendo una y otra vez el familiar diseño de espigas redondeadas.

Lufsa y Ebesh intercambiaron una mirada que no le gustó nada. Luego Lufsa le dio un trago a su bebida y se pasó la lengua por los labios.

—Lo estaba haciendo Asja, es la mejor de los que estamos aquí para este tipo de cosas. Han pasado la noche en un hotel a dos cúpulas de distancia y esta mañana han cogido una vía rápida a Plava Rijeka. Asja los ha seguido en un Aev, pero le han dado esquinazo entre el

tráfico y… bueno… No han llegado a Plava. Su Aev sí, pero ellos no. Han desaparecido, hace apenas cinco horas en algún lugar a medio camino.

Los dedos de Zuri se detuvieron a mitad de la trenza y se contuvo para no empezar a gritarles por lo inútiles que eran. En vez de eso se tragó las palabras como si fueran bilis. No ganaría nada enfadándose con los únicos agentes cuya lealtad tenía asegurada; si se comportaba como une estúpide, los volvería en su contra. No había querido forzar una renombración extrema en ellos porque siempre era mejor influir lo menos posible en las personas si une no quería que acabaran por convertirse en peones inservibles, bien porque se volvían demasiado temerarios, bien porque se convertían en locos fanáticos. Era mejor conservar lo más posible a la persona que habían sido antes de la alteración.

Le costó mucho contenerse. Zuri no se contenía. Zuri soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza. Pero pronto dejaría a Zuri de lado y volvería a ser IN.00. Quizá le vendría bien renombrarse para ser un poco menos… impulsive. Cerró los ojos un segundo y lo hizo.

—Bien. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Lufsa alzó una de sus manos de seis dedos a modo de disculpa antes de seguir hablando.

—No sé si sabes cómo funcionan las vías rápidas…

Zuri negó.

—Pues que no debería haber pasado —añadió Ebesh con suavidad, contestando él en vez de su jefe—. Es imposible. O debería serlo, al menos. La cosa es que te acercas a ellas y le indicas tu destino a tu Aev antes de acceder. Si no hay un destino válido, las vías no se abren. Entonces, le IA que controla los trayectos programa tu transporte de forma automática para partir hacia donde has dicho que vas. Nadie choca, nadie varía su rumbo. Nadie se detiene. Todo se monitoriza desde un nódulo central con une IA y varios técnicos. Los vehículos tienen un localizador integrado en su sistema que permite hacerlo, un poco diferente a los que hay en otros planetas. El Aev en que viajaban esos dos tenía como destino Plava sin paradas intermedias, lo comprobamos. Sin embargo, no han llegado allí.

»Obviamente, tampoco puedes abrir las puertas del Aev ni bajarte a medio camino sin que salten varias señales de alarma. Tampoco es que nadie quiera arriesgar su vida así, ¿sabes? Se circula a velocidades altísimas y la mayor parte del trayecto es por la superficie del planeta, es decir, sin atmósfera. Los Aev de las vías rápidas son especiales y tienen algo parecido a los asientos de colisión de las lanzaderas orbitales.

Lufsa miraba a Zuri con preocupación.

—No solo eso, el localizador integrado de su Aev dejó de emitir

poco después de que Asja lo perdiera de vista y ha estado en blanco durante treinta y dos minutos. Cosa que tampoco es posible salvo que abras el panel de control, lo saques, lo destroces y lo vuelvas a recomponer. Y eso hace que salten varias alarmas más en el sistema de tráfico entre las ciudades.

—Cuando decimos que es imposible, es que lo es, salvo que lleves encima un tipo de inhibidor muy concreto, con códigos de anulación específicos —dijo Ebesh—, que no son nada fáciles de conseguir.

Zuri asintió, recordando los restos de sangre y las modificaciones genéticas cuyo origen seguía sin localizar.

—¿Se pueden comprar en el mercado negro?

Ebesh miró a Lufsa y este se encogió de hombros antes de contestar.

—Muy probable. Aquí en Zhinyu es bastante grande y… fructífero. Si quiere volver a tener algún implante, este sería el lugar ideal para… Ya sabe.

—Hay uno en cada cúpula, como quien dice —añadió Ebesh—, pero el central, el más grande, está en Plava. Ya indagamos en él cuando empezó todo esto porque, si la Unión quería meter tecnología prohibida en el sistema, esa era la mejor forma, pero no encontramos nada. Eso no quiere decir que no lo hubiera, solo que nosotros no lo vimos. Tengo varios contactos allí, si quiere que los ponga en marcha…

—Entiendo. —Zuri se reclinó en la silla y clavó los ojos en el techo, mientras paladeaba el nombre de la ciudad hacia la que Morgens y Liu se dirigían antes de desaparecer. Le sonaba de algo, pero no terminaba de caer de dónde—. ¿Y modificaciones genéticas ilegales? —inquirió, sacudiendo la cabeza para centrarse en lo que estaban tratando—. ¿También se hacen?

Tanto Ebesh como Lufsa pusieron cara de extrema repugnancia.

—Sí —acabó por contestar Lufsa, aferrando con fuerza su vaso ya vacío, como si añorara que volviera a estar lleno—. Sí. Si encuentras a la persona adecuada y tienes dinero suficiente te hará cualquier cosa que le pidas.

Zuri se sumió en otro largo silencio y tiró con suavidad varias veces de la trenza que tenía entre los dedos. Bien. Aquello era poco y mucho al mismo tiempo. Poco porque no tenía demasiado a lo que aferrarse y mucho porque indicaba que Morgens apenas le sacaba unas horas de ventaja.

«Y encima está lo de Liu. Con ella han actuado de forma distinta. No la han puesto en seguimiento, sino que se la han llevado sin más después de renombrarla. Liu es experta en genética médica, quizá vayan a reclutarla como asesora o directora de algún proyecto de síntesis de armas biológicas humanas. Pero, por muy mala persona

que sea, no me cuadra que vaya a colaborar en algo así sin oponerse. Según su nombre, es una mujer con principios». Golpeó con suavidad la superficie de la mesa con los dedos de la diestra y dejó escapar un ruidito reflexivo, luego exhaló con lentitud. «Si la han renombrado para cambiar sus ideas sobre la clonación, ¿por qué no le han destrozado también la moralidad?».

—Huuummmm...

Lo malo era que nada de eso encajaba en lo más mínimo. Porque si estaban usando los clones como sujetos experimentales, las nuevas tendencias de Liu le impedirían implicarse en algo así.

«Salvo que se lo estén ocultando, por supuesto. O quizá la usen como cobaya, que también es posible. ¡Por todos los nombres, sigue habiendo demasiados cabos sueltos!».

Se dio un fuerte tirón en la trenza y se levantó, se sacudió unas motas invisibles de la ropa de nanos y sonrió a los otros dos agentes. Había llegado la hora de ponerse en marcha. No tenía más tiempo que perder. Se dio cuenta de que Lufsa alzaba la mano, como si tuviera algo más que contarle, y se detuvo en seco. Zuri apretó los labios con frustración y se volvió a sentar.

—Vale, Lufsa, ahora. Dame un momento antes de que se me olvide. Cuando acabemos aquí, voy a investigar en el hotel donde estuvieron alojados. Necesito que me enviéis una copia de la nueva edición del Reglamento RP-XAN-1066/2693 que incluya las nuevas modificaciones autorizadas en Xhing-an. También quiero la ubicación exacta del Aev de Morgens y Liu cuando su localizador dejó de emitir y la que tenía cuando volvió a hacerlo. Enviadme, además, todas las grabaciones que tengáis de esos dos desde que llegaron. Me imagino que Asja lo habrá monitorizado todo, ¿no? —Lufsa se apresuró a asentir—. Pues mandádmelas de inmediato. Por cierto, ¿Liu parecía ir a la fuerza con él?

Fue Ebesh quien respondió.

—No, parecían unos amigos que viajaban juntos.

«Eso tampoco quiere decir nada. ¡Por todos los nombres! La ha renombrado para cambiarle las ideas políticas, hacerlo para que vaya voluntariamente con él es mucho más sencillo. Además, "me pareció un hombre encantador". Eso fue lo que dijo Liu, literalmente. Puede que no haya tenido ni que hacerlo».

Le fue a hacer un gesto a Lufsa para que le contara lo que sea que tenía que decirle, pero se detuvo al darse cuenta de que había algo más que podía pedirles a los agentes.

—¿Le habéis visto la cara a Morgens? Le habéis seguido en directo, alguien tiene que habérsela visto.

Lufsa frunció el ceño, extrañado por la pregunta, y Ebesh le miró como si no estuviera seguro de si Zuri iba en serio o no.

—Claro. Asja la debe de tener grabada y todo. Lo miramos.

Zuri sintió que la esperanza crecía un poco en su interior, débil como una llama, leve como una brisa de primavera simulada en Aeni.

—Ahora sí, Lufsa, dime, ¿qué ocurre?

—Eh… —El otro agente intercambió una mirada con su compañero y luego carraspeó—. Hay otra cosa de la que queríamos informar. Eh… Hace menos de un día recibimos un informe de Sunce sobre Pelo Azul y Pelo Plata.

Zuri sintió que se le tensaba el cuerpo y sus dedos se cerraron con fuerza sobre un puñado de trenzas.

—¿Y? —preguntó al ver que Lufsa abría y cerraba la boca como si no encontrara las palabras adecuadas.

Lufsa volvió a mirar a Ebesh y este abrió las manos en un gesto como si quisiera indicar que esa responsabilidad recaía en él, como jefe que era. A Zuri le dieron ganas de arrancarles la cabeza. Se contuvo y les dedicó una sonrisa torcida, achicando los ojos.

—¿Y? —repitió.

—Waltraud ha desaparecido. —Zuri tan solo se quedó muy quiete y cerró los ojos durante unos segundos. Ya esperaba esa noticia, aunque no tan pronto—. El día treinta y uno salió de su casa para ir a trabajar, pero no llegó a presentarse en el Congreso. Entró en una cafetería con Pelo Azul y Pelo Plata a la zaga y, antes de desayunar, se dirigió al baño ella sola y ya no volvió. —Lufsa clavó los ojos en la mesa y abrió y cerró las manos una y otra vez, al tiempo que se frotaba las palmas con los dedos—. Por lo que nos han dicho desde Sunce, caminaba de forma rara, como si le doliera algo. Los agentes que la grababan desde un dron pensaron que simplemente era una indigestión, hasta que transcurridas dos horas empezaron a alarmarse. Fue cuando Pelo Azul y Pelo Plata abandonaron el local sin más, después de intercambiar una mirada y decir algo que no lograron captar.

Zuri se humedeció los labios y luego se tiró de una de las trenzas al tiempo que contenía un escalofrío.

«Ya parecía dolerle algo el otro día, justo antes de que pasara lo de Liu», recordó.

—¿Dos horas? —Tragó saliva tratando de humedecer la garganta que se le había quedado seca de pronto—. ¿Estuvo ahí dentro dos horas y no se alarmaron en todo ese tiempo? —Ebesh se encogió de hombros y asintió con reticencia—. ¿Y luego entraron? ¿Con drones o con lo que fuera? ¿Había alguna salida en la parte trasera?

Lufsa se apresuró a negar con la cabeza.

—Solo un ventanuco de un palmo de ancho y otro de alto y la puerta que daba a la cafetería y que Waltraud cerró por dentro. Sobre lo otro… Sí, entraron tras forzar la puerta del baño después de que

Pelo Azul y Pelo Plata se fueran de allí. Lo único que encontraron fue una mancha de sangre gigantesca en la taza del váter y por todo el suelo. Parecía una matanza, según dicen, solo que sin ningún cadáver.

Zuri se tragó un exabrupto. ¡Otra vez el mismo innombrable patrón! Desapariciones, sangre, Pelo Azul y Pelo Plata detrás de todo aquello… ¡Y ni una sola pista más! La cólera le ardía en el interior. Así que apretó los dientes con furia y descansó la frente sobre las palmas de las manos mientras apoyaba los codos en la mesa y mascullaba un insulto tras otro en silencio.

«¡Malditos sean todos los malditos nombres! ¡Malditos sean! ¡Mierda! ¡Por todos los…!»

Inhaló y exhaló de forma convulsa y se mordió la cara interna del labio inferior con rabia. Tenía que pensar, pero en aquel innombrable momento no se le ocurría nada. Tan solo la ridícula y estúpida idea de Waltraud licuándose mientras meaba.

Resopló, se frotó el rostro con ambas manos y luego miró a Lufsa y a Ebesh con expresión taciturna, al borde del agotamiento mental.

—Bien, gracias. Enviadme una copia del informe para que pueda verlo. Imagino que estarán secuenciando las muestras de sangre, ¿verdad?

Ebesh asintió.

—Se la enviaremos en cuanto esté.

—Bien. Que sigan también a Pelo Azul y a Pelo Plata, que no dejen de vigilar todo lo que hacen. Ah — dijo, acordándose de pronto —, una cosa más. Durante el primer día de seguimiento de Waltraud, hay un momento en el que se detiene delante de un macetero o algo así. Quiero que vaya alguien allí y lo estudie, que busquen también cualquier cámara que pueda haber en esa calle, que consigan el metraje y que analicen qué ocurrió desde todos los ángulos posibles. Pasó algo raro y me gustaría saber qué fue, o si solo son imaginaciones mías. Y ahora voy a investigar el hotel donde estuvieron Morgens y Liu. No esperéis a tener toda la información para enviármela, hacedlo según la recibáis, ¿de acuerdo?

Zuri se incorporó, apagó el dispositivo silenciador, se lo guardó en el bolsillo y salió del bar. Luego abandonó el hotel con rapidez de modo que ni Lufsa ni Ebesh pudieran ver lo que iba a hacer.

Se mezcló rápidamente entre la multitud que llenaba el cruce que había frente al edificio y se dejó fluir muy despacio, una característica cada vez, escondiéndose entre la gente, variando de identidad, de aspecto, de género, de sexualidad. Zuri, Niloofar, Abdel, Yanila, Alex, Oder, Yung-tao, Nakali, Dagmar, Amir…

Él, ella, elle. Baja, delgade, gordo, rubio, morene, pelirroja, con la piel más clara, más oscura, negra como las profundidades del espacio, blanca como la luz de una nova, verde, azul, con escamas, con pelo,

brillante como el acero, como la plata, como el bronce; irritable, plácido, agresive, agradable, simpática, educade, serio; cis, trans, intersexual, asexual, homosexual, heterosexual, lesbiana, homorromántique…

Transitó del cruce al economato de agricultura que había a la izquierda, de ahí a un pequeño parque que se encontraba a dos cúpulas de distancia, de este al Museo de Tecno Central de Zemlju. Cambio tras cambio, alteración tras alteración, identidad tras identidad. A veces permanecía constante durante minutos, otras apenas unos pocos segundos. Alternó todas las identidades que se le ocurrieron, todas las personalidades que pudo, programando la ropa de nanos acorde a cada una de ellas para que se acomodara a las múltiples formas corporales y características mentales por las que fluyó, mientras se dirigía no hacia el hotel de Morgens, sino hacia un acceso a la vía rápida de Plava Rijeka.

Entrada de la vía rápida Zemlju-Plava Rijeka.
Cúpula Ogledala, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
32 de Anukra de 2794. 21:45.

Mientras se tomaba algo en una terraza cercana al acceso de la vía rápida, se acordó por fin de dónde había oído el nombre de aquella ciudad, Plava. O dónde lo había leído, más bien. Había sido en el primer informe sobre el vídeo del museo donde se decía que Pelo Azul había desaparecido justo en una barriada de mala muerte en la cúpula Meglica de Plava Rijeka. Y ese era, precisamente, el sitio al que se habían dirigido Morgens y Liu antes de desaparecer. No podía tratarse de ninguna coincidencia.

«Voy por buen camino, sí señor», pensó Ekaitz mientras sonreía para sí y, sin poder evitarlo, comenzó a mover el cuerpo como si estuviera escuchando su canción favorita.

Tal y como se lo habían prometido, Lufsa y Ebesh le habían enviado la información sobre dónde había dejado de emitir el localizador del Aev de Morgens y dónde había vuelto a aparecer. Por fin tenía algo sólido con lo que trabajar. Con los ojos entrecerrados, conectó su proyector, desplegó el visor y accedió a los mapas públicos de las vías rápidas. Una vez los tuvo delante, como un holograma en dos dimensiones de todas las rutas que cruzaban la luna, ordenó que se centraran en el sector donde se encontraba y que resaltase la que unía Zemlju con Plava. A continuación, pidió toda la información que hubiera sobre ella. Treinta y dos minutos de trayecto, casi cuatrocientos kilómetros y cinco desvíos a otras ciudades entre ellas, teniendo en cuenta la velocidad a la que iban aquellos vehículos.

Los dedos de Ekaitz tamborilearon sobre la mesa mientras examinaba los datos, tanto el mapa como el panel que tenía a la derecha de su visión.

«Eso son muchos kilómetros sin atmósfera. Y los cinco desvíos son los oficiales, claro. Puede que haya alguno en desuso que ahora emplee alguien del mercado negro para llegar a algún almacén en medio de la nada».

Apoyó los codos sobre la mesa y, pensative, descansó los labios sobre los dedos entrelazados. Ordenó al programa que calculara a qué hora había salido el Aev de Zemlju y a qué hora había llegado a Plava. El resultado no le sorprendió. No había habido ningún retraso. Algo que sus amigos agentes ya sabrían y que tampoco podían explicar. Pero elle sí, o al menos tenía una idea. Ninguno de ellos, al fin y al cabo, pensaba como un renombrador.

«Están en Plava. En algún lugar de esa ciudad o en un laboratorio oculto muy cerca de sus cúpulas. Seguramente en la Meglica y probablemente subterráneo para no llamar la atención. Me apostaría mi no nombre a que Morgens ha renombrado el localizador y lo ha apagado para despistarnos y crear una distracción. Así no nos fijaríamos en nada más y perderíamos tiempo en averiguar qué ha ocurrido en esos cuatrocientos kilómetros de polvo y rocas». Era tan elegante que sintió un leve pinchazo de admiración. El plan era delicado y exquisito. Ekaitz asintió y sonrió. «Entonces ¿dónde se han bajado?».

Dio la orden a su proyector de ampliar el mapa en las inmediaciones de la zona de acceso de la vía rápida a Plava y se frotó la parte superior del labio pensative. Luego ordenó a su sistema que hiciera otro cálculo, la velocidad de entrada y el tiempo de desaceleración hasta la parada en la estación local. También le pidió el tiempo que habría tardado el vehículo de Asja en hacer lo mismo.

«Vaya, vaya, vaya. Un minuto de diferencia. Eh, eso es bueno. Y la velocidad… Claro. Suficiente para poder bajarte sin demasiado riesgo si abres las puertas entre ahí y… ahí». Sus ojos recorrieron el mapa y los marcó en rojo con un guiño. «Si se bajan más tarde, los ven desde el interior de la cúpula; si lo hacen antes, no hay atmósfera. Pero ahí, justo ahí… están dentro de las paredes, en pleno túnel de acceso, donde apenas hay cámaras. ¡Je! ¡Una nueva renombración de todos los sistemas asentientes del Aev para que no suene ninguna alarma al abrir las puertas y listo! Lo habrá camuflado como un fallo del programa y ni siquiera habrá necesitado alterar a le IA».

¡Por todos los malditos nombres! Era sublime en su sencillez. Cada vez estaba más convencide de que Morgens tenía una mente brillante y meticulosa. Todo aquello le habría llevado meses de planificación y de trabajo, pero era algo que, una vez lo tenías en

marcha, podías usarlo cada vez que lo necesitaras, siempre que no te excedieras y no llamaras la atención.

Ekaitz frunció el ceño. «¿Lo habrá hecho más veces durante los últimos años con otras personas desaparecidas?».

Sí, recordaba que todas habían viajado a aquella luna, pero ¿también a Plava? ¿A la cúpula Meglica?

Era muy posible, pero aún no tenía pruebas. Aún. Nada que Lufsa y Ebesh no pudieran obtener, estaba segure. Ekaitz resopló con suficiencia y regresó al problema del Aev. Cada cosa a su tiempo; ya se lo pediría más tarde.

—Bien, pues allá voy. Voy a encontrarte, Morgens, estés donde estés. Puede que tú seas bueno en lo tuyo, pero ¿Liu? Ella seguro que ha dejado un rastro que no habrás podido cubrir del todo.

Se puso en pie, se alisó la bonita falda plisada que llevaba puesta y se ajustó bien los botones de la chaqueta para tener el mejor aspecto posible. Luego recorrió con la vista la cola de gente que aguardaba para coger un Aev en busca de alguien a quien convencer para compartir vehículo y no tener que volver a ser Zuri. No pensaba dejar ningún rastro de que había abandonado Zemlju.

Cercanías de la terminal de la vía rápida Zemlju-Plava Rijeka. Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an. 33 de Anukra de 2794. 04:25.

Había una enorme barriada de callejones estrechos y edificios en mal estado pegados a la pared exterior de la cúpula. A diferencia de las zonas más altas, allí los muros que separaban la ciudad del exterior no eran transparentes, sino opacos y feos, sin apenas iluminación. Eran también muy gruesos y estaban jalonados a intervalos regulares con entradas de mantenimiento que conducían al interior de la pared. Por eso no podían regularse para crear una simulación de falso cielo o mostrar la superficie de la luna; solo servían como anclaje y protección, de ahí que fueran densos, anchos y se internaran a gran profundidad bajo tierra.

Había muchísimas personas recorriendo hacinadas todo aquel barrio que no parecía dormir pese a ser madrugada. Estaba tan lleno que a Rié le parecía que bien podía ser primera hora de la tarde. A su alrededor había obreros de lo que seguramente eran turnos de trabajadores de la cúpula junto a otros poco o nada cualificados que malvivían de cualquier cosa que pudieran encontrar en la zona. Había también decenas de vendedores ambulantes y proveedores de servicios que, por su comportamiento furtivo, no tenían pinta de ser del todo legales. Por último, las callejas estaban atestadas de cientos de

ciudadanos que dormían allí mismo, acurrucados en el suelo sobre planchas plásticas o trozos de tela vieja, y que no tenían ingresos ni para pagarse una habitación en alguna de las casuchas que había a ambos lados. Sus alteraciones genéticas se limitaban a chapuzas en el color de la piel o el pelo que se perdían con los años o que habían salido mal causándoles malformaciones o problemas de salud aún mayores.

No era bonito de ver. No era tampoco nada que no hubiera esperado encontrar. En cualquier ciudad, por muy luminosa y próspera que pareciera a simple vista, siempre había lugares como aquel, donde vivían los marginados, los pobres y aquellos de los que nadie se preocupaba.

Rié agachó la cabeza y encorvó los hombros, haciéndose todavía más pequeña de lo que había sido al entrar allí hacía poco más de cuatro horas. Intentaba mantenerse estable como Rié, persona intersexual que usaba el pronombre femenino, bajita, regordeta, bisexual, de cabello corto lleno de mechones blancos similares a plumas y piel con unos parches irregulares de escamas. Si necesitaba fluir para algo, como en aquel momento, lo hacía muy despacio, casi de forma imperceptible, tratando de no llamar la atención de las decenas de ojos que examinaban a cualquier persona desconocida.

Era lógico, después de todo, salvo que vivieras en la zona o pasaras de forma regular por allí, eras un extraño, alguien a quien vigilar. Alguien sospechoso. Rié sentía sobre ella muchas miradas, la mayoría curiosas, algunas hostiles. Otras solo la evaluaban por si podían robarle algo de forma fácil y rápida, sin armar demasiado escándalo o si, por el contrario, merecía la pena que la arrinconaran en algún callejón para quitarle hasta la ropa. Por eso no había tardado en hacerse con una camisa de manga larga mugrienta y unos pantalones medio rotos de una de las tienduchas y se lo había puesto todo encima de la ropa de nanos. De ahora en adelante, debería ir con cuidado de no fluir más allá de los límites de esas prendas y de robar otras en cuanto fuera a cambiar de identidad por completo. También había ocultado su proyector dentro del sujetador. De esta guisa, Rié parecía una pordiosera más. Una nueva, sí, pero igual de miserable que todos cuantos la rodeaban. Nadie a quien mirarían dos veces.

No como a Liu.

Había descubierto muy pronto que Morgens tenía unas extraordinarias dotes para el disfraz que iban más allá de camuflar su aspecto. Seguramente se debería a la forma de mirar a la gente que, combinada con su lenguaje corporal, le harían parecer que pertenecía a aquel lugar, que merecía estar allí. Eso y, con toda probabilidad, un rostro anodino que la gente apenas recordaba. Con la decana, sin embargo, no había ocurrido lo mismo. Una genalt pura, alta, robusta y

con tantas modificaciones tan caras llamaba mucho la atención.

Mientras continuaba andando, repasó lo que había confirmado durante su viaje a Plava. Había compartido un Aev con una señora mayor muy parlanchina a la que había convencido para que le dejara ir con ella.

Los vídeos de Asja que había recibido al poco de subirse al vehículo habían resultado ser inútiles. Ninguno había captado el rostro de Morgens al completo, aunque a base de planos parciales empezaba a hacerse una idea de cómo podría ser. Ya sabía que era un hombre algo mayor, ancho de hombros, pelo cano bastante corto y piel oscura. No tenía una mandíbula ni demasiado ancha ni demasiado afilada, al igual que la nariz. Sus facciones eran más redondas que ovaladas y no se le marcaban los pómulos. Tampoco era muy entrado en carnes, pero la edad hacía que la piel se le descolgara ya un poco de los huesos. Probablemente tendría arrugas en torno a los ojos, aunque no había logrado verlos en ninguna grabación.

Analizar y memorizar todas las grabaciones antes de borrarlas y tratar de reconstruir a Morgens como si fuera un puzle le había vuelto a provocar una terrible migraña. Eso sin mencionar la cháchara de la anciana que, por muy simpática que fuera, no había ayudado precisamente. No le había quedado más remedio que volver a renombrarse a medio viaje para quitarse el dolor de encima. Empezaba a estar más que harta de aquello, pero a juzgar por lo tensos que tenía todo el rato los hombros le iba a costar. No sabía qué ocurría con esa misión, pero le resultaba casi imposible relajarse.

En cualquier caso, de tanto imaginarse la cara de Morgens una y otra vez, tenía la sensación de que lo conocía de antes, de algún momento de su pasado que no lograba recordar con claridad. Tal vez lo había visto años atrás en alguna de sus misiones en planetas de la Unión, por poco probable que fuera. Para su sorpresa, además, se había descubierto intentando pensar cómo sería su sonrisa; como si aquello bastara para disparar algo en su interior que le diera la pista que necesitaba para identificarlo de una vez.

Durante el viaje también había podido confirmar su teoría de que los Aev reducían la velocidad antes de llegar a la terminal. Una persona entrenada se podía dejar caer sin hacerse demasiado daño. Morgens seguro que cumplía con esos requisitos y Liu, con sus capacidades regeneradoras, se habría curado cualquier herida en cuestión de minutos. Había visto, además, una explanada amplia y oscura por la que estaba prohibida la circulación de Aevs y, al fondo, varias puertas que daban a unos pasillos de mantenimiento que se adentraban en la pared de la cúpula. Abundaban más a la izquierda que a la derecha, de modo que había ido en esa dirección nada más llegar a Plava y tras despedirse de la adorable ancianita.

Rié le lanzó una mirada amenazadora a una mujer malcarada que se le acercó demasiado y dejó escapar un gruñido gutural, al tiempo que le mostraba su nueva ristra doble de dientes afilados. La mujer retrocedió de inmediato y la dejó en paz. Por si acaso, lanzó varias miradas por encima de su hombro para asegurarse de que no la seguía. Una vez satisfecha, se metió las manos en los bolsillos, encorvó los hombros y agachó la cara.

El paso de Liu por allí había sido tan llamativo que cinco horas después todavía hablaban de ella. Decían que era una mujer rica en busca de un buen chute de algo ilegal. Al parecer, no era la primera vez que alguien de su nivel social se paseaba por la zona. Había oído incluso que, desde hacía un año, se veía a mucha más gente rara, que «no era de allí». Algunas veces esos ricos genis venían a buscar sus drogas sin intermediarios y sin protección, «como si este barrio también les perteneciera cuando es nuestro».

Había escuchado todo eso sin tener que esforzarse porque la gente lo comentaba a gritos, indignada, al mismo tiempo que dejaban claro que ellos, lo que se dice ellos, no iban a hacer nada por ponerlos en su sitio. Pero que, por supuesto, alguien debería hacerlo. Luego llegaban los susurros y las exhortaciones a la calma al alborotador de turno porque «ya sabes cómo es la gente esa, no quieres problemas».

Una sensación de victoria le inundó el cuerpo al oír esas noticias. ¿Gente de fuera durante el último año? Coincidía con el último pico de personas desaparecidas. ¿Y si todas habían pasado por ese barrio? Pelo Azul, desde luego, se había escondido allí. Y Waltraud…

«Acababa de volver de esta luna cuando Pelo Azul y Pelo Plata empezaron a seguirla. A diferencia de Hanne, que no había viajado fuera de Jíguāng recientemente».

¿Habría pasado Waltraud también por el barrio? Esos datos estarían en los registros de viajes intrasistema y en los de los Aev de las vías rápidas. Les pediría a Lufsa y Ebesh que lo analizaran. Y no solo el caso de Waltraud, sino con todo el resto de desaparecidos.

Luego estaba lo otro. El temor. Los susurros. ¿Ya sabes cómo es la gente esa, no digas nada, no alces la voz, no te metas en problemas? Morgens. Era muy posible que se refirieran a él y a su célula de espías. Por supuesto que nadie quería problemas con renombradores.

Tuvo que contenerse para no acercarse a ellos e interrogarles hasta sonsacarles todo lo que sabían. Había descartado renombrarlas sin más para que fueran amigables y le dijeran lo que quería saber. Después de todo, allí nadie estaba indexado tal y como había comprobado. Por no mencionar que tenía que disimular, ahora era una vagabunda indefensa que solo pensaba en la siguiente comida. Y vaya si tenía hambre, mataría por un mísero trozo de pasta de proteína aunque estuviera en mal estado. Hacía meses que no comía

bien y se le notaban todas las costillas y los huesos de la cara y de las manos. Puede que incluso tuviera que robar para llevarse algo a la boca.

Estuvo tentada de cambiar para que esa sensación dejara de distraerla, pero no podía hacerlo, tenía que ceñirse al plan. Contuvo sus impulsos y se centró en la misión. Por desgracia, el rastro de Liu se enfriaba más y más según se adentraba en los estrechos callejones llenos de desperdicios. Empezaba a estar convencida de que Morgens había hecho algo al respecto.

«Tal vez tenga el nombre de algunas de las personas que viven aquí y pueda hacerles olvidar que lo habían visto. No a todas, pero sí a las suficientes para complicarme la vida». Se mordió los labios y los chasqueó. «Aunque también podrían ser buenas noticias. A lo mejor me estoy acercando a su guarida».

— oOo —

Perdió el rastro por completo poco después. O casi. O lo hubiera hecho de no ser porque ya había visto algo así con anterioridad.

Mientras doblaba una esquina, atenta a cualquier susurro fuera de lugar y prestando atención por si oía menciones veladas sobre sus presas, se acordó de un callejón que había dejado atrás hacía ya bastante rato. Uno del que se había alejado todo lo rápido que pudo, ya que emanaba un fuerte hedor a orines, heces y desperdicios podridos muchísimo más intenso que el del resto de la zona.

Se detuvo en seco y contuvo una sarta de insultos y maldiciones. Se mordió el labio inferior con fuerza y luego se apretó el puente de la nariz al tiempo que cerraba los ojos. ¡Malditos fueran todos los nombres! Ella había hecho algo similar en Sunce, con un sonido en vez de con olores. Morgens también, en el vídeo de los jardines en esa misma maldita innombrable luna.

Se apoyó con cansancio en la pared más cercana y se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo. ¡Mierda! ¡Había caído como si fuera una novata! Ahora tendría que retroceder y ver qué tenía de especial ese sitio para que Morgens quisiera alejar a la gente de allí. Y no podía hacerlo con esa identidad, habría resultado sospechoso. Tendría que cambiarla.

Permaneció un par de horas allí acurrucada, fingiendo dormitar, hasta que, ya cerca del amanecer, se puso en pie y siguió su camino. Se renombró en cuanto encontró a un grupo de gente lo suficientemente nutrido y salió de él siendo Ehab, un hombre cis robusto y fibroso, bajito y con la piel de la cara llena de marcas de color negro por una alteración genética que no había salido bien. Homosexual, callado y circunspecto al que no le gustaba la gente. Aprovechó el cambio para sacar el proyector de entre los pechos y

metérselo con disimulo en el bolsillo.

Frunció el ceño y, tras dar una vuelta a la manzana más cercana, retrocedió hasta que se encontró de nuevo ante el callejón apestoso. Hedía tanto que daban ganas de vomitar, pero no estaba ni de lejos tan sucio como para tener aquel olor. Contuvo una sonrisa, entrecerró los ojos y, sin un ápice de duda, se internó en él. No tardó en encontrarse con un motel cochambroso con una puerta carmín llamado Rdeče Zlato. Oro Rojo.

Pasó de largo evaluándolo con la mirada, pero sin prestarle demasiada atención. Al cabo de un rato se detuvo, fingió que pensaba, metió la mano en el bolsillo y sacó el proyector corneal. Se lo colocó detrás de la oreja y se concentró en la L-graf vinculada a él. A continuación, adentró su mente en sus circuitos y navegó entre sus fibras y los nanomateriales que la componían hasta llegar al mismísimo programa que la controlaba. No tardó en dar con la secuencia que indicaba que la persona que usaba aquel aparato era Zuri y la alteró. Fue fácil y rutinario; antes de salir de Aeni le habían dado el nombre verdadero de todos sus dispositivos por si tenía una emergencia como aquella.

Eso sí, antes de realizar el cambio, memorizó todos los patrones base para cuando volviera a ser Zuri; al fin y al cabo, Ehab era un «inmigrante ilegal», dado que nunca había entrado de forma oficial en el sistema. No le gustó demasiado tener que hacer esa modificación, pero era la mejor opción si quería llegar hasta el fondo de su investigación. Y, para ello, debería alojarse en el mismo motel en que parecían haberlo hecho Morgens y Liu.

Solo entonces volvió sobre sus pasos, se detuvo ante la puerta roja, la miró con el ceño fruncido y se rascó la cabeza afeitada. Luego arrugó los labios de medio lado como si aquel sitio le pareciera tan bien como cualquier otro, y abrió la puerta con decisión.

Motel Rdeče Zlato.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
33 de Anukra de 2794. 06:10.

Dentro no había ni rastro de Morgens ni de Liu. Tampoco se lo esperaba; al fin y al cabo, le sacaban horas de ventaja y era más que probable que estuvieran durmiendo. Detrás del mostrador no había nadie, solo un terminal de registro automático.

«Bien pensado. Cero testigos de los que obtener información».

Ehab resopló con sorna porque él también hubiera elegido un lugar como ese si se hubiera infiltrado en la Unión. Además, seguro que era relativamente fácil borrar cualquier información de la

memoria del sistema de reservas, a diferencia de lo que ocurría con los cerebros sentientes.

Le hubiera gustado poder renombrarlo, pero no conocía el aparato y tendría que investigar en profundidad el motel si quería averiguar su nombre verdadero. Quizá tuviera integrade une preinteligencia artificial básique de gestión que no solo controlara el acceso al motel sino algún que otro sistema más como el reciclado del aire y del agua.

Se acercó al terminal, se registró como Ehab y cogió la tarjeta de acceso que le escupió tras procesar los datos suministrados por su proyector. Con ella en la mano, subió a la primera planta, consciente de las decenas de nanocámaras que debía haber instaladas por doquier. Casi podía sentirlas como insectos invisibles sobre la piel, como un cosquilleo que no podía aplacar. Puede que no las hubiera. Puede. Solo que no era probable si aquel lugar era lo que sospechaba que era; la puerta de acceso al innombrable laboratorio de genética de Morgens.

«Nadie deja un sitio así sin vigilancia. Lo malo es que no tengo nanos inhibidores para anular nada ni tampoco forma alguna de saber por qué habitación se entra. Salvo que renombre las puertas, claro. Pero llamaría demasiado la atención. ¡Mierda!».

Caminó con fingida calma hasta su habitación, que se abrió en cuanto reconoció el código de acceso, y entró sin demorarse más. Se arrepintió de haber devuelto la primera tarjeta que le dio Perig en Sunce y que valía para detectar dispositivos de escucha en las habitaciones. No hubiera funcionado tan bien como allí, pero de algo le hubiera servido. Se pasó la lengua por los labios, luego se acarició la cabeza rapada y desplegó el catre integrado en la pared para poder sentarse.

«Tengo que pedir refuerzos otra vez. No puedo hacer esto yo solo, al menos no todo lo rápido que me gustaría. Necesito nombres o más tecnología de la que llevo encima para poder abrirme camino en este sitio».

Lo malo era que ese motel no podía ser el único acceso a las instalaciones secretas de la Unión. Una infraestructura como la que sospechaba tenían montada allí habría necesitado muchas más.

«Pero parece que esta es la entrada que han usado Morgens y Liu, así que es la que me interesa ahora mismo».

Se conectó de nuevo a la L-graf y desplegó el visor. Tenía un mensaje que enviar. O más de uno. Antes de hacer nada, comprobó que ya le hubieran cobrado el alojamiento y luego renombró sus datos para que volvieran a ser los de Zuri. Activó el sistema de emergencia una vez más y se inyectó los nanos que le permitían subvocalizar en vez de hablar.

«Codificación de alta seguridad. Destinatarios: Lufsa Otebei y Ebesh Ratner. Prioridad azul. Primera parte. Activad vuestros contactos en el mercado negro o cualquier IA que tengáis. Necesito saber dónde está Morgens y cómo acceder a un posible laboratorio de edición genómica ilegal cerca de esta ubicación». Descargó de la net lunar un mapa de la cúpula Meglica, pidió la localización del Rdeče Zlato y, en cuando apareció señalado sobre él, lo adjuntó al mensaje. «Hay un acceso en algún lugar del motel, pero dudo mucho que las instalaciones se encuentren justo debajo. Lo más probable es que esté del otro lado de la cúpula. Creo que se trata de algo grande, donde habrán invertido de forma clandestina muchos recursos cuyas transacciones tal vez hayan dejado un rastro. Mirad también las fechas, debe llevar algo más de tres o cuatro años en marcha. Tienen que haber contratado a alguien para construirlo y para dirigirlo. Los trabajadores tienen que entrar por algún lado, que claramente no es este motel, igual que todo el material que necesitan para experimentar. Alguien tiene que comprarlo, traerlo y luego deshacerse de los residuos. Es probable que muchos de los sistemas internos los controle une IA: aire, luz, temperatura, las operaciones quirúrgicas, los nanos, todo. Y esa información tiene que estar en alguna parte. En la red privada de alguien, casi seguro, aislada de la net lunar. Encontradla.

»Segunda parte. Quiero toda la información que podáis encontrar sobre los expedientes médicos de las personas desaparecidas. Sabemos que estuvieron en esta luna, así que necesito saber si se les vio en la cúpula Meglica de Plava. Averiguad también cuánto tiempo pasó entre su visita y su desaparición. En cuanto tengáis cualquier pista, por pequeña que sea, enviádmela.

»Tercera parte. Si tenéis algún proveedor o contacto de máxima confianza en la zona, necesitaría inhibidores de nanocámaras o cualquier otro dispositivo que me permita investigar sin ser viste. Decidme dónde quedar para la entrega y allí estaré. Cerrar. Enviar».

Ehab se cubrió los ojos con las manos durante unos segundos y suspiró con rabia. ¡Odiaba perder el tiempo! Pero no podía hacer nada más, salvo tal vez recorrer la zona en busca de más pistas mientras esperaba a que sus agentes hicieran lo que le había pedido. Seguro que alguien se había ido de la lengua en algún momento sobre aquel laboratorio y, tarde o temprano, Lufsa y Ebesh descubrirían quién.

«Porque no hay nada que sea perfecto ni secreto eterno».

Motel Rdeče Zlato.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
33 de Anukra de 2794. 07:20.

Finalmente, decidió salir de su habitación en un intento de descubrir si Morgens y Liu estaban en aquel motel o no. Al final, había entrado en la net lunar y había investigado todo lo posible sobre el local, intentando hacerse una idea de su nombre verdadero. No lo completaría, porque para ello habría necesitado descubrir quiénes lo habían construido, cuándo, los planos, el tipo de preinteligencia artificial o sistema que lo gestionaba y, sobre todo, si daba acceso o no a un laboratorio secreto. Sin embargo, lo poco que obtuvo le bastó para deducir cuál podría ser el de las puertas de las habitaciones, mucho más sencillas y básicas.

Mientras recorría el pasillo, jugueteó con la tarjeta de acceso entre los dedos al mismo tiempo que volcaba su mente en ella, familiarizándose con el tipo de sistema de apertura que tenía.

Frunció el ceño. No podría renombrar su tarjeta para que abriera todas las cerraduras, aunque quizá pudiera hacerlo a la inversa. Era un viejo truco que había aprendido en una de sus misiones y que no siempre salía bien, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Se detuvo frente a la puerta más cercana a su habitación y se concentró en la cerradura. La analizó y descubrió que estaba desactivada. No la habían programado para nadie y no estaba asignada a ningún cliente. Bien. Solo tenía que preocuparse de las cámaras que pudieran estar grabándole y no de molestar a nadie. Era muy arriesgado, sí, y, a pesar de todo, mejor que quedarse sentado en la cama mirando al infinito hasta que Lufsa o Ebesh respondieran a sus mensajes. No era un hombre paciente.

Se concentró en todo cuanto aquella cerradura era y recordó los patrones de la de su habitación, esos que reconocían su tarjeta y le permitirían entrar al acercarse. El identificador del fabricante estaba grabado en el interior junto a un número de serie, así que lo buscó en la net, luego indagó sobre las propiedades de los materiales que la componían y contrastó las diferencias que había entre la suya y esta. Acto seguido, cogió un nombre y lo sustituyó por el otro, poco a poco, pieza a pieza, formándolo a imagen y semejanza del de su propia tarjeta.

Hubo una vibración, un zumbido apenas perceptible, y la puerta se abrió. Ehab contuvo una sonrisa de satisfacción y siguió caminando por el pasillo. Bien. Funcionaba. Ahora debería probar en una habitación ocupada. No esperaba encontrar muchas, dada la técnica disuasoria de Morgens en el callejón, pero siempre había alguien con quien esas cosas no funcionaban por completo.

Según se acercaba a la siguiente puerta, oyó un ruido a su espalda, leve, como un paso que se detiene a medio camino. Inhaló y exhaló, al mismo tiempo que el corazón comenzaba a acelerársele en el pecho. Se giró como lo haría cualquiera al oír a otro cliente en el

pasillo de un hotel, solo por curiosidad. Vio a una persona anciana y arrugada que le miraba con sorpresa, como si no hubiera esperado encontrarse a nadie allí a esas horas. Era bajita, con un cuerpo aparentemente femenino, el cabello de deslustrado color fucsia, la piel de un marrón artificial parcheada de verde y que caminaba encorvada. Observó que arrugaba los labios y cerraba la puerta de su habitación antes de echar a andar en su dirección camino de las escaleras. Él también se dirigió hacia allí para no llamar su atención. Según avanzaba, fue tocando con la mente todas y cada una de las cerraduras con las que se cruzó para encontrarse con que solo dos tenían una configuración activada.

«Bien. Bien, bien. Esto reduce mis problemas. En este piso solo tendré que encargarme de esas dos. No creo que Morgens se haya alojado más arriba, no cuando va a tener que ir a un laboratorio que estará al otro lado de la cúpula o en el subsuelo. Casi seguro que lo tienen todo montado para que sea lo más sencillo posible».

Descendió hasta la entrada del motel y se detuvo en seco, envarándose de golpe. Resopló y se frotó la cabeza fingiendo furia. Masculló una maldición y se dio la vuelta como si se hubiera olvidado algo en la habitación. Se cruzó con la persona anciana en las escaleras y le hizo un gesto con la barbilla a modo de saludo que esta no le devolvió. No le pareció extraño, no después de lo que había visto en las calles de Meglica, así que siguió subiendo y, una vez la perdió de vista, se centró en las puertas que acababa de identificar.

Una a una, las renombró y las abrió con suavidad para echar un vistazo en su interior, sin importarle las cámaras que pudieran estar grabándole. Era ahora o nunca.

En la primera había una persona gigantesca durmiendo, así que la cerró y le devolvió su nombre anterior. La segunda, en cambio, estaba vacía. Desierta más bien, no había ni rastro de equipaje, olía a limpio y la cama integrada en la pared seguía precintada. Como si nadie la hubiera usado en días o semanas.

Ehab sintió que el vello de los brazos se le ponía de punta y un cosquilleo le recorrió la nuca y se le alojó entre los omoplatos. Las manos se le entumecieron y contuvo el impulso de frotarse las palmas con los dedos. Respiró hondo varias veces, casi como si le faltara el aire, y retrocedió para que la puerta se volviera a cerrar. Luego se dio la vuelta y casi corrió hasta la entrada del motel.

Una vez fuera, se dio cuenta de que llevaba un rato conteniendo el aliento. Lo tenía. Lo tenía. ¡Había encontrado el innombrable acceso! y aquello era sencillamente maravilloso! Aunque hubiera perdido a Morgens y a Liu.

«Ahora saben que estoy aquí. ¿Ha merecido la pena? Claro que sí. Aunque es probable que vengan a por mí».

Motel Rdeče Zlato.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
33-34 de Anukra de 2794. 18:50.

Casi no salió del motel durante todo ese día y gran parte del siguiente. Solo abandonó su habitación lo justo para comer y poco más. Tampoco durmió ni descansó.

Aunque sí creyó soñar.

Fue el mismo sueño extraño que ya había tenido antes, el que no dejaba de repetirse.

Se vio a sí mismo contemplando las estrellas desde el mirador astronómico de una nave. En silencio. Con los dedos de su mano derecha entrelazados con los de la única persona a la que había amado de verdad en toda su vida. Zhong-Mao, con su piel marrón y sus ojos oscuros. Solo que ya no eran oscuros, sino azules como el hielo viejo y fríos en lugar de cálidos. Sin embargo, su sonrisa era la misma de siempre, triste y dolorosa, por todo cuanto había significado para él en el pasado y que ya nunca más volvería ser.

Una voz en su memoria, en sus sueños, rezumando pesar, porque algo se acababa y tal vez no podría recuperarlo jamás. «Eres consciente de eso, ¿verdad?».

Y su propia voz, respondiendo, «Sí, lo soy. Aun así, si sale bien…».

Volvió en sí con los ojos llenos de lágrimas al sentir en el pecho la súbita y lacerante punzada de la soledad, más intensa que jamás había sentido. Notó cómo escurrían por sus mejillas y se las secó con furia. Porque no, no era posible que echara de menos a Zhong-Mao. Y, sin embargo, algo dentro de él aún lo añoraba.

«Ya he tenido antes este sueño, este… recuerdo. ¿Por qué me duele tanto? Nunca he estado en una nave como esa, no puede ser un recuerdo. Y, además, no es por Zhong-Mao, no siento esto por él. ¿Y por qué tiene los ojos azules? No conozco a nadie con ese color de ojos tan… intenso, tan… azul, como…».

—Como el hielo de las profundidades de un glaciar.

Se estremeció y jadeó un par de veces, buscando el aire que parecía faltarle. Apretó los dientes y se renombró hasta que aquellas emociones no fueron sino una molestia sorda en el fondo de su corazón y de su mente. De forma inexplicable, no quiso dejar de sentirlas, hacerlo habría sido como… como…

—Renunciar a una parte importante de mí mismo —dijo en voz alta, aunque no supo siquiera por qué.

Se pasó las manos por la cabeza, frotando el cuero cabelludo con frustración, y luego se secó los ojos de nuevo.

«Ojalá pudiera dormir, a lo mejor así dejaría de sentirme tan mal.

¿Qué me está pasando, malditos sean todos los nombres? Las migrañas, los sueños raros, el dolor… ¿Por qué sigo con ganas de llorar?».

Volvió a inhalar hondo, tratando de serenarse, y se sentó en el borde de la cama.

«Tal vez debería haber cambiado de alojamiento y no quedarme aquí».

Desde que había hecho el truco con las puertas día y medio atrás, sentía que le vigilaban. Si antes las nanocámaras que pudiera haber en su habitación habían estado apagadas, ahora estaban encendidas. Lo notaba, aunque no sabía explicar cómo. Era una especie de comezón, una inquietud. Algo fuera de lugar que hacía que se le entumecieran las palmas de las manos y que le provocaba un picor entre los homoplatos. Y por eso no podía permitirse dormir. No podía permitirse fluir.

Había decidido quedarse allí para ver si podía provocar que la gente de Morgens fuera a por él. Hacer de cebo para cazar. Le había parecido una buena idea, pero ahora, después de no haber dormido en... ¿Cuánto? ¿Dos días? ¿Desde la lanzadera que le había traído a Zhinyu? Sí, creía que sí. Entonces eran casi tres. En fin, tras no haber dormido en todo ese tiempo, empezaba a pensar que quizá no había sido tan buena idea.

Sintió cómo su proyector zumbaba de pronto detrás de su oreja y suspiró. Con un gruñido, se volvió a secar con furia las lágrimas de la cara y conectó el dispositivo, accedió a la L-graf y abrió el archivo que acababa de recibir de Lufsa y Ebesh.

Por un lado, le adjuntaban el informe de la desaparición de Waltraud, donde se detallaba que no habían logrado sacar nada en claro de la muestra de sangre. Una vez más, estaba demasiado podrida y descompuesta, como si llevara allí semanas en vez de un par de horas. No había nada más que fuera relevante. El supuesto macetero por el que había preguntado resultó ser, efectivamente, un macetero de flores de colores a las puertas de una tienda y no tenía nada de peculiar. Había varias grabaciones del mismo y solo pudo deducir que cambiaban las plantas con frecuencia. Del día en que Waltraud había pasado por allí no habían encontrado ni un registro fiable donde se viera con claridad qué miraba la mujer, aparte de las flores. El vídeo más claro procedía de una cámara del interior de la tienda, y solo se apreciaba su rostro inclinado y su ceño fruncido, como si estuviera muy concentrada en algo.

Por otro lado, le enviaban la nueva versión del reglamento que les había pedido, publicada ese mismo día, y que confirmaba sus peores sospechas. En Xhing-an habían autorizado cualquier tipo de uso para los clones. Eso incluía los de renombrador mediante manipulación

genética. La prohibición específica de crear renombradores seguía allí, pero ahora incluía un punto nuevo donde se decía que se autorizaba el uso de clones completos con el único propósito de investigar la creación de renombradores. El mensaje incluía varias notas de sus agentes donde se escandalizaban por el tema y adjuntaba también las reacciones de las directoras de la agencia local donde se posicionaban abiertamente en contra de las nuevas leyes.

Las consecuencias de esa ley serían catastróficas. Horribles. Porque implicaba que podría haber renombradores no indexados al alcance de cualquiera que los pudiera pagar y que, además, serían inexpertos e incapaces casi de controlar sus poderes antes de perderlos. Eso en el mejor de los casos. En el peor, serían funcionales y se venderían en el mercado negro como meras mercancías de lujo, al menos hasta que se desestabilizaran y dejaran de funcionar, momento en que los matarían para borrar todo rastro de su uso. Después de todo, los clones ya no eran seres humanos a los ojos de esa gente, solo armas, vulgares herramientas.

Ehab sintió que se ponía enfermo y contuvo las ganas de vomitar. Cerró el reglamento y se tumbó en la cama para mirar el techo.

No supo cuánto tiempo pasó allí, quieto, incapaz de hacer otra cosa que no fuera tratar de apartar de su mente todas las espantosas implicaciones de lo que acababa de descubrir. Porque, además, nadie clonaría tal cual a un renombrador ya existente. No, primero producirían clones normales que luego editarían para obtener un nuevo individuo con esas habilidades. Era la mejor forma de asegurar un nombre verdadero no indexado…

Algo le rozó la mente, una idea, una… Entreabrió los labios…

«Eso…».

Sintió de pronto una punzada de dolor que le atravesó el cerebro. Gimió y se acurrucó sobre sí mismo con un espasmo mientras la sangre le palpitaba con furia detrás de los ojos. Quiso gritar, pero ningún sonido salió de sus pulmones. Apenas podía respirar. ¡Otra innombrable migraña no! Hacía días que no las tenía. ¿Por qué habían vuelto?

«Mierda, mierda, mierda…».

Esta vez ni se lo pensó y se renombró para que dejara de molestar y, de paso, aprovechó para quitarse el cansancio de encima.

Se concentró solo en inhalar y exhalar. Lentamente. Poco a poco. Una tras otra. Tragó saliva y se apretó los ojos con las palmas de las manos mientras aguardaba a que la renombración restaurara sus procesos fisiológicos e hiciera desaparecer el dolor. Al poco rato, volvió a respirar con normalidad y se sintió mejor, como si hubiera descansado durante varias horas seguidas; sin embargo, sabía que no era real. Lo máximo que había aguantado con aquel truco habían sido

un par de semanas sin dormir, luego había colapsado. Le servía para ganar tiempo, sí, pero poco más.

Un doble zumbido detrás de la oreja le alertó de dos nuevos mensajes de prioridad azul, así que los abrió. El primero, corto y conciso, era de Ebesh. Consistía en una tabla sobre el tiempo que había pasado entre la visita de las personas renombradas a Plava y su desaparición. Porque sí, tal y como había supuesto, todas habían estado allí. En los primeros casos habían transcurrido muchos meses, en uno de ellos incluso casi un año; sin embargo, a partir del sujeto número quince, el político, el periodo se había acortado a días o semanas como mucho. El político se había esfumado apenas siete días después de su viaje, mientras que el último había tardado dos semanas en hacerlo. Era muy raro, ya que sugería un cambio en el patrón de alteraciones genéticas que tal vez obligaba a los investigadores a sacarlos rápido de circulación.

Ehab se quedó muy quieto durante unos segundos. Muy, muy quieto. Porque entonces comprendió.

«¡Eso es lo que hacen Pelo Azul y Pelo Plata! Monitorizan. Siguen a los sujetos tras las alteraciones para observar cómo evolucionan. Eso fue lo que hicieron con Waltraud. Luego los hacen desaparecer, por supuesto que sí, para borrar su rastro. Pero si los convierten en vectores humanos de enfermedades, ¿no suponen un riesgo para la población? ¿Por qué dejarlos pasear e interactuar con la gente? ¿No temen que se descubra todo antes de tiempo? ¿O es que tienen algún tipo de disparador? ¿Un activador en algún gen que solo lo transcribe en determinadas circunstancias?».

Ehab se puso en pie y comenzó a pasearse por la habitación. Un paso, dos, tres, cuatro, media vuelta. Uno, dos, tres cuatro, vuelta… Más y más rápido, siguiendo el ritmo de sus pensamientos.

«Sí, sí, sí. Un arma controlada. Una que pueden activar primero y luego desactivar y convertir en una pulpa sanguinolenta cuando ya no les son útiles. Así es como los anulan. Los matan porque… No, no tan rápido, no. Hay algo más que no veo. Es demasiado arriesgado. Si algo sale mal, si el mecanismo de control no funciona o se activa cuando no quieren…».

Ehab inhaló hondo y volvió a frotarse la cabeza rapada con nerviosismo, antes de apartar esa idea de su mente. La dejaría macerar a la espera de tener más datos o de que algo disparara otras conexiones en su cabeza.

Abrió el segundo mensaje. Este era de Lufsa y le enviaba información sobre el laboratorio que buscaba. Confirmaba su existencia y le decía que era una antigua instalación subterránea bajo Plava, perteneciente a la Federación, y que había estado activa en la época de la Guerra Total. La habían usado para experimentar con

varios tipos de armas biológicas y diferentes enfermedades antes de que prohibieran los vectores humanos de contagio. Había sido clausurada y desmantelada hacía ya varias décadas. O eso es lo que aparecía en todos los documentos oficiales de Xhing-An.

«¡Malditos sean todos los nombres! Está claro que no lo hicieron pese a los tratados interplanetarios».

Sin embargo, según seguía leyendo, se dio cuenta de que aquello no era del todo cierto. Cinco años antes, una compañía fantasma había comprado las instalaciones y otra distinta había adquirido luego el edificio en ruinas que ahora era el motel. Lufsa había reunido suficientes pruebas para demostrar que ambas empresas eran realmente la misma, a través de varias sucursales, tapaderas y otras asociaciones. No había logrado identificar al dueño real, porque se extendía a través de varios paraísos fiscales fuera de Xhing-an e incluso de la Federación, momento en que le había perdido el rastro. A Ehab no le hizo falta que le dijera que el último escalón de todo aquello estaba en algún lugar de la Unión.

Se frotó de nuevo la cabeza y luego la cara y se dejó caer otra vez en el catre al darse cuenta de la magnitud de todo aquello.

«Es peor de lo que creía. Llevan aquí cinco años, no tres, organizando esta operación y nosotros solo lo hemos descubierto ahora».

Ese dato le provocó una horrenda sensación de vértigo e indefensión. Porque ahora entendía cómo habían logrado infiltrarse incluso en la agencia por todo el sistema. ¿Hasta dónde llegaba la Unión?

Se cubrió la boca con las manos y, finalmente, se acurrucó en posición fetal deseando que todo volviera a su sitio y que nada de aquello hubiera sucedido.

Al cabo de un rato, se sintió de nuevo con fuerzas para continuar leyendo el informe de Lufsa y volvió a sentarse envuelto en desánimo y tristeza. Y, de pronto, lo vio. ¡Su maravilloso agente renombrado había encontrado el acceso principal al laboratorio! Se hallaba a una hora de distancia, en el sótano del hospital Nayeli Haryo, el más grande de Plava Rijeka, o, al menos, allí había estado durante la guerra. Ahora… Ahora…

«Un sitio donde entran sanitarios cada día para ir a trabajar, un sitio donde es habitual recibir suministros médicos y reactivos. El lugar ideal para camuflar un centro de experimentación. Solo que…».

Solo que aquel centro estaba bajo el control directo del gobierno de Xhing-an.

«Otra prueba más de hasta dónde ha llegado la infección de la Unión. ¡Malditos sean todos los nombres verdaderos!».

Inhaló hondo y exhaló. Necesitaba refuerzos. Necesitaba que la

agencia le enviara los renombradores que había pedido antes de abandonar Sunce de una maldita vez. Había llegado el momento de atacar.

Callejuelas.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
34 de Anukra de 2794. 19:35.

Ehab salió del motel, tras pagar por un par de noches más, solo por si acaso, y, tan pronto como pisó la calle, buscó un grupo de gente hacia el que dirigirse para poder renombrarse y cambiar de identidad. Durante todo el camino se sintió observado, como si alguien le estuviera acechando y siguiendo sus pasos, aunque no vio a nadie.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón, encorvó los hombros, agachó la cabeza y vagó un rato por el barrio. A esas horas, la población se transformaba en grupos esporádicos de marginados; los más pobres de entre los pobres, esos cuyo único sustento eran desperdicios sacados de la basura y cuya cama era cualquier rincón de la calle.

Se arrastró entre aquella gente y salió convertide en una criatura lamentable de género fluido, envuelta en harapos y llena de malformaciones, llamada Mwikiza.

Bajo esa identidad simulaba no ser capaz de balbucir dos palabras inteligibles en medio de decenas de frases que tenían más de sonidos animales que de humanos. Era alguien desagradable, grotesco y, sin embargo, allí, durante la noche, no llamaría apenas la atención. En esta ocasión, solo había renombrado su aspecto físico y género, manteniendo la mente despejada para poder trabajar. Le habría gustado poder fluir un poco más antes de estabilizarse como Mwikiza, pero no había suficientes personas por la calle para poder hacerlo de forma eficaz.

Sin dejar de mirar disimuladamente a su alrededor, atente a cualquier cosa que pudiera alertarle sobre quién estaba al acecho, enfiló sus pasos hacia el exterior de la barriada. Tenía que llegar al hospital cuanto antes y ver qué podía descubrir. Aprovecharía ese rato por la calle para reclamar los refuerzos que ya había pedido unos días antes y de los que no tenía noticias.

Como Mwikiza, se había hecho crecer los arcos superciliares de forma que, entre eso y el pelo encrespado y sucio, pudiera ocultar el proyector corneal. Lo conectó de nuevo en el modo seguro y se inyectó los nanos para poder establecer una conexión mental. En cuanto lo hizo, se encendió una alerta en rojo en el borde de su visión. Solo le quedaba una dosis más. Mwikiza cerró los ojos y farfulló unas

cuantas incoherencias a modo de maldición. Esperaba no tener que necesitarla o que, si al final la usaba, fuera la última.

«Activar. Codificación de alta seguridad. Destinatarios: Lufsa Otebei y Ebesh Ratner. Prioridad azul. Reuníos conmigo en el hospital Nayeli Haryo a la mayor brevedad posible. Necesito permisos de acceso completo a sus instalaciones y a cualquier sistema informático, tanto del motel Rdeče Zlato como del hospital. Poned en marcha al mejor cracker que tengamos disponible. Necesito poder acceder a los registros de todo cuanto están haciendo allí abajo. Cerrar. Enviar».

Luego se puso a redactar un nuevo informe, esta vez para Errgan. En este caso decidió enviarlo camuflado como un mensaje ordinario en la siguiente lanzadera que saliera del sistema y no a través de la agencia. No podía fiarse de nadie que no fueran Lufsa y Ebesh. Era consciente de que tardaría una semana y media como mínimo en obtener respuesta, y eso si decidían que era tan importante como para enviar un transporte de salto ultrarápido.

«Codificación de máxima seguridad. Código de apertura privado personal ID.Errgan.

»Primera parte. Toda mi investigación indica que la Unión está trabajando en la creación de armas biológicas ocultas en vectores humanos en un laboratorio de genómica ilegal situado en el subsuelo de la cúpula Meglica, en la ciudad de Plava Rijeka, en la luna Zhinyu. Son unas antiguas instalaciones de la época de la Guerra Total que pertenecían a nuestro gobierno, pero la Unión parece haberlas adquirido las adquirió a través de intermediarios fantasmas hace cinco años. Adjunto toda la información recabada hasta la fecha. Eso sitúa la infiltración en nuestros sistemas mucho antes de lo que creíamos y pone de manifiesto una enorme brecha de seguridad en la Federación, que creo que se debería de investigar. Estoy recabando pruebas de que esta célula de la Unión está usando clones para crear armas biológicas aprovechando los recientes cambios legales en el sistema de Xhing-an. Sospecho que el espía conocido como Morgens trae aquí a los sujetos que desaparecen para clonarlos y someterlos a programas de edición de ADN ilegal. Luego testa su estabilidad en público antes de deshacerse de ellos, con el riesgo que esto implica para nuestra población. Si todo esto es cierto, es probable que en un futuro cercano los libere para atacar a la Federación. Mi investigación sigue en curso sin apenas soporte local. Reclamo el envío inmediato de los refuerzos de renombradores ya solicitados para tomar esas instalaciones a la fuerza. No confío en las autoridades locales.

»Segunda parte. Posible infiltración en la agencia local de Sunce. Tengo sospechas de renombración de le IA que trabaja allí debido a reiterados errores a la hora de enviarme información. Además, es posible que este IA esté manipulando mis respuestas a sus agentes y

mi dispositivo externo. Aconsejo iniciar una investigación a la mayor brevedad posible. Cerrar. Enviar».

Parpadeó con fuerza para desconectar el sistema y echó a andar con paso cansado e irregular al tiempo que la sensación de ser observade iba en aumento. Era tan acuciante que tuvo la impresión de que, si se giraba, se encontraría cara a cara con su perseguidor. Sin poder contenerse, echó un vistazo a su espalda y luego otro al cabo de un trecho largo y girar por dos callejones. No vio nada ni a nadie. Sus ojos vagaron hacia las paredes de los edificios, hacia sus ventanas y soportales. Nada.

Siguió caminando, murmurando, susurrando incoherencias, más nerviose a cada paso que daba. Le picaba la nuca, notaba entumecidas las palmas de las manos y una incomodidad creciente entre los omoplatos.

«Debe de ser Morgens. O él o algún agente suyo. Y uno muy bueno, además. Sé que está ahí y no lo encuentro. ¡Por todos los nombres! No bajes la guardia, tarde o temprano cometerá un error. Solo tienes que esperar».

Frotó los dedos contra las palmas de las manos, tratando de aliviar el adormecimiento sin demasiado éxito.

Recorrió varias manzanas más y, de pronto, un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Miró a un lado. Miró al otro. Volvió a observar con disimulo por enésima vez las ventanas de los edificios, escrutó los callejones más cercanos, se fijó en todas y cada una de las personas que le rodeaban y le pareció ver algo. Un movimiento, un aleteo en el límite de su percepción. Alguien que había vacilado cuando sus ojos habían pasado por donde se encontraba. Sin embargo, cuando volvió a mirar se dio cuenta de que solo era alguien abriendo la puerta de una casa, demasiado borracho para andar recto.

«Es como en el parque en Sunce. Hay alguien aquí y no lo maldito veo». Se humedeció los labios y se los mordió con suavidad. «Aunque igual no hay nadie y solo estoy paranoique. La falta de sueño…». Empezó a canturrear como lo haría une loque, deseando poder fluir para intentar dar esquinazo a quien le estuviera siguiendo. «Da lo mismo, saben que eres IN.00. Recuerda el encuentro con Liu. Aun así, no deberían poder seguirme tan bien. ¡Malditos sean todos los nombres!».

La sensación de persecución fue en aumento… ¡Y seguía sin ver a nadie! ¡En ningún sitio! No podían ser tan perfectos esos agentes, era imposible. Hacía ya rato que tendría que haber… Salvo que…

«¡Eso es! Tienen que estar usando drones». Miró hacia arriba de golpe, pero no vio nada. Aunque allí la cúpula no era tan alta como en el centro, lo era lo suficiente para usar uno muy pequeño para rastrear a una persona, siempre que no se metiera en un túnel. «Pues vamos a

buscar uno».

El súbito zumbido detrás de la oreja estuvo a punto de hacerle dar un salto del susto. Se tragó una maldición y comenzó a canturrear más alto. Abrió el mensaje prioritario.

Era de Lufsa y le informaba de que acababan de recibir una transmisión de Sunce y se la adjuntaba sin abrir, dado que venía protegida con su ID. Mwikiza la abrió con desconfianza y la leyó. No había cambios respecto a Pelo Azul y Pelo Plata tras la desaparición de Waltraud; no seguían a nadie y parecían estar esperando algo. Una de sus mejores agentes, sin embargo, había logrado acercarse el día anterior lo suficiente al sitio donde estaban comiendo y había grabado su conversación. El contenido en sí no era nada interesante, pero ahora tenían al menos el registro de sus voces, además de los pronombres y las identidades que usaban. Femenino para las dos. Pelo Azul se llamaba Busarakham y Pelo Plata, Sunstra.

Mwikiza resopló. Casi seguro que ambos eran falsos.

«Menos es nada. ¿Y Errgan a qué espera para darme algo? ¡Vamos, no puede haber tantos agentes clónicos o gemelos en la Unión! Hace ocho días que se lo pedí. Un transporte de salto ultrarrápido para ir y otro para volver. Eso no debería tardar más de seis días; uno extra para hurgar en las bases de datos. ¡Por todos los nombres! ¡Que no tienen que ir en una nave de pasajeros ni hacer transbordo de dos días en Netrin-b para disimular! ¡Y eso por no mencionar que le pedí renombradores de refuerzo y tampoco me ha contestado! ¿A qué nombres está esperando?».

Tuvo que reprenderse a sí misme por pensar así. Igual habían necesitado más tiempo de búsqueda o algún idiota de las oficinas había traspapelado los resultados. Lo de enviarle renombradores ya era un asunto más complicado. Desconocía cuántos se habían quedado en casa tras la asignación de misiones y tal vez eso llevara algo más de tiempo.

«En cualquier caso, no debería tardar en enviarme algo».

Se frotó los ojos con una mano llena de costras y sonrió a una persona con la que se cruzó para espantarla. Luego volvió a balbucir un par de incoherencias mientras sacudía la cabeza de arriba abajo hasta que la persona se alejó casi corriendo de allí. Memorizó la nueva información sobre Pelo Azul y Pelo Plata, la borró y se recostó un segundo contra la pared de una casa al tiempo que trataba, una vez más, ubicar el dron o a la persona que le estaba espiando. Se había alejado ya casi quince calles del motel y esa solía ser la distancia a la que un agente no experimentado bajaba la guardia, sobre todo si su presa se detenía de sopetón.

Y entonces, justo entonces, mientras comenzaba a mecerse de lado a lado, alguien dobló una esquina a tres edificios de distancia

para, tras vacilar un segundo, dirigirse justo en dirección contraria.

Era la decana Liu Aglaya.

Mwikiza no pudo evitar que sus ojos se abrieran como platos. ¿Qué estaba pasando allí?

CUARTA PARTE

Morgens

Callejuelas.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
34 de Anukra de 2794. 20:05.

Mwikiza contuvo el impulso de incorporarse y salir corriendo detrás de la figura ataviada con ropa raída y que caminaba un poco encorvada. Pese a que no podía verle el rostro ni tampoco un solo ápice de piel, habría reconocido aquel cabello rojo en cualquier parte, aunque la decana lo llevaba muchísimo más corto que cuando había salido de Sunce. También poseía la particular forma de andar de Aglaya, incluso en la gravedad de Zhinyu, con ese peculiar movimiento de caderas que recordaba a un animal de cacería. Aunque había algo raro, parecía como si le estuviera doliendo algo.

«Como a Waltraud… No… ¡Por todos los nombres!», jadeó. «¡No la querían como asesora genética sino como…!».

Se estremeció y apartó ese horrible pensamiento de la mente, prometiéndose a sí misme que lo analizaría todo más adelante. ¿Por qué no había visto a Liu hasta ese momento? ¿Por qué era tan buena espía? No, no lo era. Lo sabía por su nombre verdadero. La mujer podía parecer una depredadora, sí, sin embargo, era todo fachada.

Mwikiza frunció el ceño al tiempo que sentía cómo se le aceleraban tanto el pulso como la respiración. Una súbita tensión se alojó en sus músculos, tras las rodillas y en los omóplatos. Quiso correr tras ella, pero vaciló. Tuvo miedo de moverse, de alertar a cualquier persona que pudiera estar observándole. Porque aquello apestaba a trampa. Hedía a Morgens dándole justo una de las cosas que quería.

«Puede que Liu haya huido. Solo que, si es así, ¿por qué no ha venido corriendo hacia mí? No, no, no, un buen agente nunca hubiera permitido que escapara. La habría renombrado para que trabajara cómoda y feliz el resto de su vida. ¿La han soltado entonces, como a Waltraud y los demás?».

Hizo un amago de ir tras ella y luego vaciló de nuevo, aguardando por si alguien más giraba en esa esquina. Nadie sospechoso lo hizo, solo un montón de gente normal y desarrapada, sin nada que le pusiera los pelos de punta.

«¿Va sola?».

Sin terminar de estar segure de estar haciendo lo correcto, se separó poco a poco de la pared y echó a andar en la dirección que había ido Liu. Mientras lo hacía, notó cómo un nudo se le instalaba en las entrañas, doloroso, lleno de fuego, que apenas le permitía andar

erguide. El pánico creció tanto en su interior que amenazó con impedirle pensar con claridad. Comenzó a jadear, hiperventilando. Las manos empezaron a temblarle.

Era esa identidad. Era Mwikiza. Era observadore, atente, con una mente que analizaba lo que veía al detalle, pero no valía para aquello; le podía la presión.

«Calma, calma, calma. Renómbrate. Toma el control. Te has lanzado tras Liu demasiado rápido».

Inhaló y exhaló. Miró de reojo a derecha e izquierda con la cabeza gacha para que no se le viera el proyector corneal, al tiempo que se tambaleaba y farfullaba incoherencias. Entonces, poco a poco, se dejó fluir.

Primero fue la ropa, de la que se deshizo poco a poco, dejando al descubierto la otra muda que llevaba debajo, sin revelar su traje de nanos. Después la cojera y los espasmos. Luego, mientras se abría camino a través de un grupo de gente que empezaba a pelearse por una mísera barrita de proteína prensada, alteró el pelo, la piel y la cara. Ahora era Simiyu, una mujer cis bajita, delgada y de piel del color de la terracota con ojos de gato, birromántica y asexual. Era una persona calmada y austera que disfrutaba del silencio, y a la que le gustaba cazar. Cogió el proyector con disimulo y se lo guardó en el bolsillo.

Se dirigió tras la decana caminando con lentitud, manteniéndose en todo momento a tanta distancia de ella como le era posible sin llegar a perderla. Se mantuvo también atenta a cualquier atisbo de una persecución que no fuera la suya.

Sin embargo, según observaba a Liu, empezó a percibir pequeñas incoherencias, pequeños detalles que no encajaban. Cosas raras que no acertaba nombrar siquiera. No parecía ella misma. La notaba distinta. Como cambiada. Como… como… Como si hubiera algo que no había estado antes ahí y que no coincidía con lo que sabía de ella. Algo que no acertaba a aferrar pero que aparecía y desaparecía, molestándole como una letra fuera de sitio que no conseguía ubicar.

Siguiendo un impulso, probó a renombrarla. Solo un poquito. Algo insignificante. Su preferencia por el color rojo, por ejemplo. Clavó los ojos en su espalda, que entreveía entre la gente que las separaba, y se adentró entre sus células, entre sus pensamientos, entre todo cuanto era…

—L I U A G L…

El nombre se le escurrió de la mente como el agua entre los dedos. Era incapaz de sentir su identidad. Había algo… incompleto, fragmentado. ¡Faltaban partes! ¡Sobraban partes!

No podía renombrarla.

Desconocía su nombre verdadero.

Simiyu trastabilló en medio del horror y, una vez más, le pareció ver cómo un nuevo montón de piezas caían al suelo, encajando en sitios donde antes no lo habían hecho.

«La entrada del motel. Tú misma lo has dicho antes. Por ahí mete Morgens a los sujetos con los que experimentan. Los trabajadores del laboratorio entran por el hospital. ¡Morgens no ha traído a Liu para ayudarles con la creación de quimeras! ¡La ha traído para experimentar con ella! Para clonarla. Para editarla genéticamente. Para convertirla en… Como con Waltraud. Por eso el dolor. Por eso ya no sé su nombre verdadero. Ahora… es una quimera. Otro tipo de quimera, más bien. La dejan libre, la testan y luego…».

Sangre. Mueren desangrados.

Abrió mucho los ojos de golpe cuando la comprensión le golpeó con la fuerza de una estrella transformándose en nova.

«¡Por eso las innombrables muestras de ADN! ¡Esos HV1! ¡Maldita sea! ¡Son de los desaparecidos! Quimeras. Tienen nuevos framentos de ADN dentro, víricos, bacterianos. ¡Les están cambiando todo el metabolismo energético mitocondrial!».

Trató de hacer memoria de todas las funciones que tenían las mitocondrias además de la síntesis de ATP, pero no logró acordarse de ninguna en ese momento. Poseía conocimientos de genética muy amplios, sí, sin embargo, ahora estaba en blanco, paralizada. Ningún dato sobre transcripción, expresión, supresión o modulación asomó a su mente.

Tragó saliva y se obligó a seguir andando. Aceleró el ritmo. Más y más rápido cada vez. Empujando a la gente con la que se cruzaba. Atrayendo miradas indignadas, rabiosas, desconcertadas, mientras sus pensamientos seguían enroscándose como un ciclón.

Porque Waltraud había desaparecido, dejando solo un montón de sangre, pero ni Pelo Azul ni Pelo Plata habían entrado en el baño para borrar su rastro. Se habían ido sin más, como si ya hubieran obtenido de ella todo lo que querían.

Tropezó y estuvo a punto de embestir a alguien que tenía delante. Se agarró en el último momento a la pared para no caer y continuó avanzando casi a la carrera.

El macetero. Las flores del macetero. Flores que… que… que no eran iguales en todas las grabaciones… Flores que…

Empujó con fuerza a una figura que se interpuso en su camino y se renombró para poder correr más rápido. Se había olvidado por completo de las precauciones, solo deseaba alcanzar a Liu, agarrarla, mirarla a los ojos y…

Entonces, algo llamó su atención en el cabello de la decana. Lo llevaba tan corto que apenas le cubría las orejas, pero no era eso. Era algo que… Entrecerró los ojos. Redujo el paso a un trote vacilante.

El pelo de Liu cambió de color. Fue como ver una ola llegando a la costa, barriendo lo viejo para dar paso a lo nuevo. Primero viró hacia el naranja, un poco a trompicones; luego hacia el amarillo y, finalmente, volvió a ser rojo de nuevo. Si hubieran estado al aire libre, bajo el sol, habría pensado que se trataba de un efecto óptico, pero no allí, bajo las cúpulas de Zhinyu.

Simiyu sintió de pronto cómo se le cerraba la garganta, con tanta fuerza que le dolió. Porque había visto ocurrir eso mismo cada vez que se dejaba fluir delante de un espejo. Siempre era como el agua, como un líquido, como el roce de la marea.

«No son enfermedades», comprendió de pronto. «Están creando renombradores. Renombradores como yo». Dio un paso. Luego otro. Se detuvo. «La sangre de las desapariciones. No desaparecen. Mueren. Fluyen de forma inestable y luego se… descomponen. ¡Por eso se aceleraba el tiempo de desaparición! Los no fluyentes duraban meses, incluso un año. Los hacían invisibles mientras los testaban y luego los mataban cuando perdían sus poderes».

Ahora entendía el vídeo de los jardines de Zhinyu. Pelo Azul y Pelo Plata, sentadas en el banco, mientras, ahora estaba segura, monitorizaban a alguien que renombraba algo en el borde de la grabación. Alguien a quien Morgens ocultaba haciendo que la gente eludiera aquel sitio. Un renombrador ocultando a otro renombrador. A uno novato. A uno que no sabía muy bien lo que hacía.

Alguien la empujó. Lo ignoró y se apartó para apoyarse en la pared de la casa más cercana mientras sus ojos seguían contemplando el vacío.

«Luego pasaron a clonar innombrables. Mismo cambio de tendencia política, mismo lavado de cerebro para que colaboraran. Y esos se descomponen. No pierden la capacidad de renombración, mueren solos. Eso llama la atención, con toda esa sangre podrida y degradada. ¿Puede que al principio quedaran cuerpos y luego ya no? Con Waltraud sabían que no quedaría nada y por eso se fueron. ¿Han matado ya a tanta gente que sabían que…?»

Sintió el pulso de bilis en la garganta y se obligó a sí misma a tragar, incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de la mujer descomponiéndose, sola, sin ayuda, en el baño, licuándose después de que hubieran experimentado con ella.

«La maceta, las flores. Se detuvo delante, las miró y… Las renombró. Consiguieron lo que querían, vieron que podía hacerlo y…». Sus pensamientos se aceleraron, enlazando hechos a los que antes no les había encontrado sentido. «Y Waltraud ya no les valía para nada».

El horror de aquello estuvo a punto de hacerla vomitar. Se llevó una mano a la boca. Se mareó. La cabeza comenzó a darle vueltas y su

visión se transformó en un torbellino de colores marrones, verdes, rojos, dorados, ocres, azules. No podía… No podía… No… respirar.

Cerró los ojos. No. No. No. Había visto atrocidades así antes. Lo que tenía delante no era peor que alguna de las brutales renombraciones genéticas que había presenciado en el pasado. Lo que ocurría era que ahora todo la había pillado por sorpresa.

Aprovechó un cruce de calles donde se agolpaba bastante gente para renombrarse buscando frialdad y autocontrol, una identidad que le permitiera centrarse en lo que de verdad importaba. Cuando logró abrirse paso a codazos hasta el otro lado, era Tehya, une intersexual de mediana edad que prefería el pronombre neutro. Tenía la piel de color marrón amarillento, cabello largo del mismo gris que la plata y unos ojos azules rodeados de arrugas. En su caso, no habían funcionado bien algunas de las mutaciones musculares y no tenía casi carne sobre los huesos. Era fríe como el espacio profundo, dure como la piedra. Nada podía penetrar su coraza de rabia y odio hacia todo lo que la gente de Morgens estaba haciendo.

Apretó los dientes y buscó a Liu hasta dar con ella, ya casi indistinguible en la distancia. A continuación, retomó la cacería y, justo en ese instante, cuando apenas había dado un par de pasos en su dirección, sintió como si una descarga eléctrica recorriera todos y cada uno de los nervios de su cuerpo.

¡Alguien le estaba observando! ¡Muy cerca! Le subió una bola de ácido a la garganta y la hizo bajar tragando saliva. Sin dejar de caminar, sus ojos recorrieron el callejón como un animal enjaulado, pero no vio nada ni a nadie una vez más.

«¡Por todos los nombres! Siento como si me fueran a atacar, pero ¿desde dónde? ¿Cuándo?».

Sus pasos vacilaron un instante al tiempo que rumiaba ese pensamiento con mucha lentitud, como quien pasa un dedo por una costra, tanteando si podía arrancarla. Una trampa, sí. Solo que no del todo. Un cebo, más bien. Tal vez para alejarle, en vez de atraerle.

Frunció el ceño.

¿Le estaban apartando del hospital?

«No, no, no. Hay algo más que no logro… Es como si se… diluyera. Está ahí y luego no. Pero ¿qué es? ¡Piensa! ¡Piensa! Por muy mal que te caiga, la vida de Liu está en juego. Morgens la ha renombrado, así que trabaja para ellos y al mismo tiempo es la víctima…».

Hizo una pausa a medio pensamiento y luego se aceleró una vez más mientras se escurría entre la gente, con los ojos clavados en la espalda de la decana.

«Espera, espera, espera. Renombrada. Liu está renombrada como esas otras miles de personas del informe. Siempre el mismo cambio. A

favor de la clonación, a favor de la tecnología. No puede ser solo para que colaboren y luego transformarlos en renombradores. ¡Malditos sean todos sus nombres! A la mayoría ni siquiera los traen aquí. ¿Invierten ingentes cantidades de tiempo y recursos en algo que no van a usar? Así solo consiguen… Solo…».

Tehya se detuvo en seco.

Y entonces comprendió.

Lo que la Unión había logrado con toda esa puesta en escena había sido llamar la atención. Llamar su atención. Que en la agencia se fijaran en lo que ocurría en Xhing-an. Que…

«Que viniésemos aquí. Que yo viniera aquí».

Porque en pocos sitios de la Federación, además de en Xhing-an, habría tenido sentido poner en marcha un plan como aquel, con clones y alteraciones genéticas ilegales de forma que resultara creíble. Un sistema, además al que solo une, una, un renombrador, renombradora, renombradore aceptaría ir en persona.

Elle, ella, él. Agente IN.00.

—Un cebo —susurró de modo apenas audible—. Pero solo para mí. Todo lo que han hecho hasta ahora no han sido más que pruebas. Necesitan que sean más estables. Necesitan mis genes para su ejército de clones.

Callejuelas.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
34 de Anukra de 2794. 20:30.

—Exacto, Fluyente...

Casi gritó al escuchar aquella voz a su espalda. Se dio la vuelta de un salto, con el corazón acelerado, pero no había nadie allí. Ni a su lado. Ni acechando en ninguno de los edificios cercanos. Ni en los callejones. Sin embargo, habría jurado que…

Tragó saliva. ¿Quién había hablado? ¿Qué había sido esa voz? ¡La había escuchado tan clara, tan intensa! Además, hubiera jurado que la conocía, que ya la había oído antes. ¿Dónde?

«En un sueño, en el Rdeče Zlato».

Solo que no podía haber sido un sueño porque no se había atrevido a dormir. ¡Por todos los nombres! ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué era esa imagen de la sala con el mar de estrellas que no dejaba de ver? Eran como sueños y al mismo tiempo…

Pero no, lo de ahora no lo había sido. ¡Lo había oído con tanta claridad! Aunque tampoco descartaba que se estuviera imaginando cosas.

Notó cómo comenzaba a temblarle la mano derecha y la escondió

en el bolsillo del pantalón, aferrando con fuerza el proyector corneal.

«Olvídate eso. ¡Olvídalo! Céntrate de una vez en lo que estás haciendo. Deja de distraerte, por todos los nombres».

Quizá solo fuera Morgens jugando con elle de una forma que no lograba identificar, forzándole a cometer un error. Incitándole a que se acercara a Liu.

Todos sus instintos le aullaron entonces para que retrocediera, que saliera corriendo de allí. Al mismo tiempo, la lógica le decía que no podía dejar que la decana escapara. Sencillamente, no podía hacerlo. Tenía en su cuerpo, en su mente, todas las pruebas que necesitaba para destapar el complot de la Unión.

«Pero seguirla sin más es demasiado arriesgado. Piensa, piensa, piensa. No dejes que el miedo te bloquee».

Se le puso todo el vello de los brazos de punta, igual que el de las piernas. Apretó los dientes, frunció el ceño y, poco a poco, retomó el mismo paso rápido sin variar la dirección.

«No llames la atención. Sigue como si nada. ¡Ojalá Morgens no hubiera desactivado en Sunce todos los nanos de seguimiento que le metimos a Liu! ¡Ojalá tuviera más innombrables nanos para meterle dentro!».

En cuanto llegó al primer cruce, dobló hacia la izquierda casi sin pensarlo, adentrándose en una nueva maraña de callejuelas estrechas que olían a orines y donde se acumulaban los desperdicios que nadie limpiaba. Allí había mucha menos gente, así que se olvidó de renombrarse para cambiar de identidad.

«¡Ja! ¿Y de dónde voy a sacar nan…?». Y entonces se acordó. Apenas le había prestado atención desde que se lo había encargado a la doctora Jussara, pero aún lo llevaba encima. «¡El maldito anillo de secuenciación! Si la decana tiene ahora las mismas modificaciones genéticas que el resto de desaparecidos, muertos, lo que sea, los que hay en el anillo servirán. Reconocerán los marcadores, se pegarán a su ADN y ¡ya la tendré marcada!».

Solo que… Eso ya no valía para nada. ¡Liu se había convertido en una maldita innombrable! Igual que elle. En cuanto cambiara lo más mínimo, sentiría los nanos en su interior como algo ajeno e invariable y sabría de inmediato lo que estaba pasando.

«¡Mierda! ¡Mierda!».

Jamás había tenido que pensar en esas cosas hasta ahora porque nunca se había tenido que enfrentar a sí misme. Más le valía hacerse a la idea antes de que fuera demasiado tarde.

«Venga, piensa. Si no vas a por la decana, ¿qué más puedes hacer?».

Respiró hondo un par de veces y se frotó los brazos como si intentara entrar en calor.

Desaparecer. Eso era lo que tenía que hacer. No podía salvar a Liu. O tal vez sí. Tal vez era una misión perfecta para Lufsa y Ebesh.

«Sabemos lo que va a pasar. Sunce, Pelo Azul y Pelo Plata, testarla y luego…».

Cerró los ojos

Luego la dejarían morir.

«Salvo que intervengamos y detengamos el cambio. Salvo que la renombre de vuelta. Pero no tengo tiempo y es demasiado peligroso. Si me capturan… Además, una vida no puede… no puede… Tengo que detener a la Unión. Encontrar a Morgens. Acabar con todo. Después, si aún estoy a tiempo…».

Sacudió la cabeza de lado a lado y se mordió la cara interna del labio sintiéndose sucie y miserable, egoísta. La rabia borboteó en su interior debido a la frustración. Dejó escapar un suspiro entrecortado y se dio la vuelta para adentrarse en la barriada, alejándose de Liu y del peligro que suponía. Que Lufsa y Ebesh se encargaran de capturarla y detenerla antes de que abandonara Zhinyu, ya les mandaría un mensaje más tarde, acordando también otro punto de reunión. Con todo lo que había descubierto, no era prudente ir al hospital, tal y como había quedado con ellos. Tendría que buscar otro sitio. Uno donde Morgens no esperara encontrarle.

Se perdió entre las calles y se renombró una y otra vez, a cada oportunidad que tuvo, hasta que perdió la cuenta de todas las identidades por las que transitó.

En ningún momento dejó de sentir los ojos de alguien sobre él, elle, ella, así que no dejó de caminar hasta que llegó a una zona buena de la ciudad, a muchos kilómetros de donde le habría gustado estar.

Galería comercial Strieborné Záhrady.
Cúpula Suknovci, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
36 de Anukra de 2794. 10:00.

Oier se metió las manos en los bolsillos del pulcro traje e intentó caminar con paso desenfadado mientras sus ojos multicolores escrutaban la multitud. Había decenas de personas a su alrededor recorriendo los boscosos jardines llenos de pequeñas tiendas que formaban aquel peculiar centro comercial.

Intentaba disimularlo, pero apenas lograba mantenerlos abiertos y pensar con claridad. Porque cada sonido, cada foco de luz, incluso cada movimiento de cabeza y cada paso, le taladraban el cerebro como si fueran hierros al rojo. Trataba de fingir que todo iba bien, que no pasaba nada y, sin embargo, apenas podía andar recto y mucho menos concentrarse. Hacía ya bastante rato que tenía una migraña

espantosa. Se había tomado un antiinflamatorio, pero no había servido de nada.

Hacía ya muchos días que no tenía una tan intensa, solo menores como la del motel del día anterior. ¿Cuánto hacía que le dolía? No podía recordarlo. Quizá desde que había salido de las callejuelas de Meglica unas horas antes. O tal vez no.

«No sé por qué esta innombrable misión me está destrozando tanto, nunca había tenido estos problemas. Maldita sea».

Cerró con fuerza los ojos ante un súbito destello de luz entre los árboles y dejó escapar el aire en un ronco gruñido. Se llevó la mano derecha a la cara, tratando de protegerse de algo que solo estaba dentro de su cráneo.

«¡Malditos sean todos los nombres! ¿Por qué no se va?».

Se detuvo en seco, incapaz de aguantarlo más, y decidió renombrarse. Cuando era Zuri evitaba hacerlo, pero ¿ahora? ¿Por qué no? No tenía tiempo para esperar a que el fármaco funcionara. La renombración fue rápida y no tardó en sentir un fresco alivio extendiéndose desde las sienes hasta el fondo de su cabeza, pasando por los ojos. Fue casi como volver a nacer. Los ruidos y la luz dejaron de dolerle. Pudo volver a pensar. Pudo volver a ser él mismo.

Suspiró, relajando los hombros que no había sido del todo consciente de tener en tensión y parpadeó con deleite. Sin embargo, seguía de mal humor. Lufsa y Ebesh no habían respondido todavía al mensaje que les había enviado la noche anterior para cambiar el lugar de reunión y para pedirles que capturaran a Liu.

«Hace ya horas que tendrían que haberlo hecho».

Se acordó de pronto de lo que había ocurrido antes de irse de Sunce y se detuvo a medio paso, arrugando los labios en una mueca. Estuvo tentado de revisar sus mensajes para comprobar si había vuelto a pasar lo mismo, pero descartó la idea; después de todo, no se había vuelto a conectar a ningune IA, salvo a la del Rdeče, y aquella no tenía ni de lejos la potencia necesaria para manipular su L-graf.

«¿Y si te equivocas y ni te has dado cuenta?».

Sacudió la cabeza y apretó los dientes y se tragó una maldición, con una rabia ardiente hirviendo en su interior. ¡Malditos fueran todos los nombres, no podía empezar a dudar de todo! No podía dejarse arrastrar así por la paranoia cuando tenía cosas más importantes de las que ocuparse, como pensar en qué instrucciones debía darles a Lufsa y Ebesh cuando se encontraran. Seguro que habían recibido su mensaje y seguro que acudirían y seguro que tenían un buen motivo para no responder en ese momento.

Inhaló y exhaló, buscando centrarse y aplacar su furia. Lo primero era lo primero. Tendría que volver a ser Zuri, y eso era un riesgo.

«Aunque ¿qué más da una identidad que otra? Morgens sabe que

soy IN. Cambie lo que cambie, sea quien sea, se las apaña para localizarme y seguirme. Da igual si soy Zuri, Oier o Ehab».

Quiso gritar de rabia y apenas logró contenerse. Oier era una persona con muy poca paciencia y de cólera rápida, aunque no demasiado explosiva, y ya le parecía bien. Casaba con la situación aunque no fuera lo más sensato del mundo. Así que inhaló y exhaló una vez más, y trató de recobrar siquiera un poco de calma.

«Lo que ocurre es que estoy cansado, eso es todo. Necesito dormir un año entero».

Esa noche tampoco había pegado ojo, no solo porque no había encontrado un sitio donde guarecerse, sino porque no había dejado de sentir en ningún momento que le vigilaban. Había optado incluso por tratar de dar esquinazo a los posibles drones cambiando de cúpula a través del túnel más bajo y más estrecho que había encontrado, aunque para ello había tenido que caminar durante horas. No había servido de nada. Continuaba notando que algo iba mal; que alguien acechaba cada uno de sus movimientos.

Lo más raro era que se limitaban a eso y nadie había hecho el más mínimo intento de capturarle. Y eso no tenía sentido. Frunció el ceño ante la nueva idea que aleteó en su mente.

¿Y si desde el principio todo había sido una trampa para atraparle? Pero, si eso era cierto, ¿por qué dudaban ahora? ¡Se podrían haber aprovechado perfectamente de su migraña!

Aunque…

«¿Cuántos días llevo sin dormir? ¿Desde el Rdeče? No, desde antes, ahí no dormí, solo soñé. Desde que llegué a Plava, desde la Tikan. ¿Casi cuatro días? No son tantos como para sentirme tan mal. No puede ser solo paranoia, ¿verdad?».

Suspiró otra vez y miró a su alrededor, tratando de encontrar de nuevo a quien parecía estar observándole, sin dejar de caminar. Si se estaba imaginando todo aquello por culpa de la tensión…

No. Alguien le seguía. Estaba seguro. Solo que…

Las últimas horas había creído entrever algún que otro movimiento a su espalda. También había vuelto a oír los susurros de esa voz que le resultaba tan familiar. Una vez, incluso, había vislumbrado una silueta un poco más delante de donde se encontraba, entre las sombras de los árboles, acompañada del destello de unos cabellos blancos. Tal vez era alguien que se movía de forma parecida al Morgens de los vídeos, tal vez no. Sin embargo, nada de eso duraba más de unos segundos antes de esfumarse. Y nunca había nada allí. No de verdad. Solo los fantasmas que su mente parecía estar recreando, una y otra vez.

Definitivamente necesitaba ayuda. ¡Dormir aunque fueran cinco minutos! El apoyo de la infraestructura que la agencia le podía prestar

y a la que ya no se atrevía a recurrir.

Salvo por sus dos agentes renombrados.

«¿Y si no han contestado porque les ha pasado algo? Venga, sí, ¿por qué no llamarles y ver dónde están? Además, ¿qué pasa con Errgan? De él tampoco sabes nada, ni de los refuerzos ni de lo que le has pedido. ¡Jamás me había dejado tan tirado, por todos los nombres!».

Sintió cómo la furia se empezaba a acrecentar en su interior, burbujeante, cálida, contenida. Cerró la mano derecha con tanta fuerza que se clavó las uñas en la palma.

Siguiendo un impulso, cerró los ojos un segundo y conectó el proyector corneal. Redactó con rapidez un mensaje para Lufsa y Ebesh, exigiendo saber de inmediato dónde estaban. A continuación, envió otro a la agencia preguntando por toda la información que le debían. Luego envió ambos y siguió paseando entre los frondosos árboles y sobre la suave hierba genéticamente alterada para ser de color dorado. No dejó de mirar hacia todas partes, observando con atención cuanto le rodeaba. No pudo apartar de su mente la sensación de que, una vez más, había algo que se le escapaba, algo a lo que no lograba poner nombre.

Apenas habían pasado unos minutos cuando su proyector corneal le vibró con fuerza detrás de la oreja.

Solo que esta vez no era un mensaje, sino una llamada.

Un fuerte escalofrío recorrió su espalda al ver que era Lufsa. ¿Cuándo les había dado a sus agentes su conexión personal?

—¿Va algo mal, agente? ¿Cómo que por qué no hemos ido? Si nos vimos ayer cuando vino a Zvezde tras cancelar todo lo demás.

¿Ayer? Oier sintió cómo la boca se le quedaba seca de pronto y se le aflojaba de golpe la tensión de todos los músculos de la cara.

—Dijo que ya venía usted, que no hacía falta que hiciéramos nada, ni que avisáramos a nadie ni que capturáramos a Liu. Fue raro, pero...

Sunce, el hotel, Perig y su jefa. Le IA. Su proyector. Su L-graf…

Comenzó a jadear.

—Así que estamos haciendo justo lo que nos ha dicho, lo de le IA en el motel ese. Ya sabe, para ver qué encontrábamos. Eso y seguir con lo de las empresas que financian lo del laboratorio. También seguimos a la decana Liu, por supuesto, para usarla como cebo para capturar a Pelo Azul y Pelo Plata si empiezan a seguirla y luego hacernos también con ella. Tres en uno. No podemos dejar que siga caminando a sus anchas y sin vigilancia con todos esos secretos en su genoma y en su mente. La cantidad de información que vamos a perder…

«No. No. No. No, no, no, no, no…».

Sintió casi como si su tráquea se cerrara de golpe. No podía respirar. No podía recordar. No les había dicho nada de eso. Igual que no había dado aquellas órdenes en Sunce.

Jadeó. Incapaz de llevar aire a sus pulmones. La vista se le nubló.

—Por cierto, íbamos a llamarle igualmente, como nos pidió que hiciéramos si encontrábamos algo y en caso de emergencia…

¡No! ¡Él nunca habría dado esa orden! ¿Poner en peligro una misión pidiéndoles que le llamaran por un canal poco seguro? ¡Por todos los nombres! ¡Que no era un agente primerizo! No. No. No…

¿Y ayer?

¿Hacía dos días?

¿Qué…?

«Pero si ayer yo… Yo… Yo ayer estaba en Meglica…».

—Ahora mismo Liu está cogiendo un transporte a Jíguāng de nuevo, tal y como sospechaba. Ya hemos contactado con Sunce para que envíen a alguien a esperarla en el espaciopuerto y que la sigan cuando aterrice. Será más rápido que intentar subirnos nosotros a su nave.

Oier ni siquiera oyó sus palabras. Buscó con desesperación la fecha que aparecía en una esquinita de su visor, justo sobre su ojo derecho. Hoy era…

«Treinta y seis de Anukra».

Eso era imposible.

«Ayer era día treinta y cuatro. Hoy no puede ser treinta y seis».

Se lanzó a mirar, desesperado, el histórico de su L-graf. Y ahí estaban de nuevo, igual que en Sunce, todo lo que había hecho, todos los mensajes que había enviado y de los que no se acordaba. Estaba incluso su registro de viaje por la vía rápida de Plava a Zvezde siendo Zuri. Y, a diferencia de los mensajes, aquello era imposible de falsificar.

Revisó los mensajes del treinta y cuatro. Eran tal cual los recordaba. Les pedía a Ebesh y a Lufsa que vinieran a esa galería comercial de Suknovci con suma discreción. Solo que también había otros. Dos. Del día anterior, del treinta y cinco. En el primero les decía que mejor iba elle a su encuentro. Ese mensaje hizo que el estómago se le hundiera hasta los pies. El segundo… El segundo le llenó de terror.

En él enviaba sus credenciales de acceso a la base de datos de nombres verdaderos a una dirección que no conocía y de la que le había llegado un acuse de recibo de que el mensaje no se había entregado debido a un error en el servidor. Uno claramente falso si sabías dónde mirar; de esos que podías programar para hacer saber a tu topo que habías recibido la información de forma anónima. Ya había usado aquel truco antes, estando justo en el otro lado.

Notó cómo de pronto se le iba la cabeza, comó su visión se emborronaba y todo se esfumaba a su alrededor. Lo vio todo negro durante una fracción de segundo y se sintió caer.

«No recuerdo… No me he conectado a ningune IA, ¿verdad? Solo a la del motel. Solo a esa. Pero no es posible que ese IA haya podido… Haya podido… Nadie ha manipulado mi L-graf. ¿O sí? ¿Cuándo? Pero yo no he dado ninguna orden. Yo no he dado acceso a nadie a la base de nombres. Es una violación de seguridad gravísima. No. No... Yo no… No he sido yo. Alguien me ha renombrado la L-graf. Además, ¿quién ha renombrado a Lufsa y Ebesh para que recuerden algo que no es cierto?».

Y sin embargo…

Había viajado a Plava por la vía rápida, ¡estaba en los registros oficiales! ¿Y por qué era treinta y seis y no treinta y cinco?

Alargó una mano para apoyarse en un árbol cercano cuando sintió que las rodillas le fallaban. Se conectó desesperado a la net lunar y buscó allí también la fecha estándar de la Federación. El resultado fue el mismo. Era treinta y seis de Anukra.

Sintió vértigo y se dejó resbalar muy lentamente hasta el suelo, a los pies del árbol, sobre la hierba dorada.

Había perdido un día entero.

Alguien estaba jugando con sus recuerdos. Con su mente.

Jadeó.

Morgens.

¿Le estaba renombrando?

No podía respirar.

¿A él, ella, elle?

Imposible. Era innombrable.

Y, sin embargo… Sin embargo…

El aire… No le llegaba el…

«¿Qué me… está… pasando?».

Galería comercial Strieborné Záhrady.
Cúpula Suknovci, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
36 de Anukra de 2794. 10:20.

Sintió una mano sobre el brazo. Sombras a su alrededor. Voces. Todas preocupadas. Una voz en su oído. Apenas lograba distinguirlas, diferenciarlas, identificarlas, nombrarlas.

—¿Se encuentra bien?

—¿Le ocurre algo?

—Creo que necesita ayuda.

—¿Está bien, agente Zuri?

—Conectar con servicios de salud de la cúpula…

—Respire despacio, respire, ¿me oye?

—¿Agente Zuri? ¡Agente!

—Creo que tiene un ataque de ansiedad.

—Pero ¿aún hay gente que no se ha editado para dejar de tenerlos?

—¿Qué está pasando? ¿Necesita ayuda? ¿Refuerzos? ¿Es una situación de emergencia? ¡Responda, por favor! ¡¿Es Morgens?!

El nombre le hizo volver en sí, volver a ver, volver a enfocar. Se miró las manos, donde la piel se oscurecía poco a poco, cambiando, fluyendo. Lo detuvo en seco. Se concentró. Era Oier. Oier. No Zuri. Estaba en público. Delante de gente.

Alzó la vista y se encontró con cuatro personas que le miraban con expresión apurada. Había pieles de color plata, azul, verde, irisada. Había cabellos de texturas extrañas, plumosos, como de corteza e incluso cabezas calvas cubiertas de escamas. Se centró en esas pequeñas señas de identidad y en su interior. En quién era. En lo que era. En la voz en su oído. La de Lufsa.

Abrió la boca para hablar y se detuvo en seco. Había estado a punto de olvidarlo. Zuri. Lufsa no sabía nada de IN.00., para él solo era le agente Zuri. Se renombró a sí mismo con rapidez para darse la voz correcta, con la esperanza de hacerlo bien a la primera, porque no tenía tiempo de compararse con ningún archivo presueño.

—Estoy bien —dijo todo lo alto que pudo, de forma que tanto las personas que le rodeaban como el otro agente pudieran escucharle con claridad. Luego tragó saliva al tiempo que intentaba normalizar su respiración—. Estoy bien, solo me he mareado, no he dormido mucho hoy. Pero estoy bien. Muy bien. Gracias.

Se zafó con amabilidad de las manos que le asían y se puso en pie. La gente se apartó para dejarle aire y espacio. Se forzó a sonreírles y asintió, indicando que de verdad no necesitaba ayuda. Todo iba bien.

Solo que no era cierto.

—Si necesita algo…

—No es una molestia si…

Eran dos personas que parecían mayores y ser pareja, una de voz grave y profunda y la otra dulce y suave. Le miraban con el ceño fruncido por la preocupación.

Sacudió una mano y volvió a sonreír.

—Estoy bien, de verdad, muchas gracias. Ya puedo seguir. En serio.

Dio un paso. Luego otro. Después un tercero. Alejándose poco a poco de allí. Con lentitud. Con la mente en blanco.

Lo que le pasaba era grave. Puede que hubieran renombrado su L-

graf, puede que hubieran borrado e insertado archivos falsos, puede que hubieran falseado sus mensajes o incluso une IA hubiera crackeado todo el sistema. Era hasta posible que hubieran recreado todo su viaje por la vía rápida.

Pero nada de todo eso explicaba qué estaba ocurriendo con su memoria.

Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Poco a poco. Tenía que centrarse y desenredar aquel nuevo misterio. Una cosa cada vez. Miró por encima del hombro para asegurarse de que no le observaba nadie y se dirigió hacia la salida del centro comercial. Se metió la mano en el bolsillo y activó el dispositivo silenciador.

—¿Lufsa? —susurró.

—¡Agente! ¡Menos mal! ¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien? De verdad, quiero decir.

—Sí. Ha sido un mareo. Siento el malentendido de mi último mensaje. Te va a parecer raro, pero necesito que me envíes, si las hay, las grabaciones de nuestro encuentro de ayer. Creo que alguien me sigue y necesito verlas —mintió, esperando que no hiciera más preguntas.

—¡Claro! Veré qué puedo hacer. Sobre lo de Liu…

—Ah… Sí. Liu. —Trató de recordar qué le había dicho sobre la decana. Algo sobre si la seguían o no—. ¿Podrías repetírmelo? Ha sido justo cuando me he empezado a sentir mal.

—¡Claro! Está volviendo a casa, de vuelta a Sunce, y ya hemos dado la orden de que la gente de allí la siga. ¿Hemos hecho bien?

Oier-Zuri lo pensó un momento y luego asintió. Aunque no recordase haber ordenado nada de todo aquello, sin duda era lo que él-elle habría hecho.

—Sí… No… —respondió en una voz baja y llena de dudas—. Es decir, si cuando llegue a Sunce Pelo Azul y Pelo Plata comienzan a seguirla, quiero que ignoréis lo de ayer y… y… que se limiten a capturar a la dec…

Justo estaba mirando por encima del hombro de nuevo, volviendo a asegurarse de que ninguna de las personas que se habían acercado a él-elle le prestaba atención, cuando lo vio.

Estaba apoyado en un árbol un poco más allá de donde había estado a punto de derrumbarse. Era un hombre alto, mayor, de cabello entrecano y rostro ancho de color oscuro. Las sombras que proyectaban las ramas de los árboles lo ocultaban casi por completo y no podía verle bien por la cantidad de gente que se interponía. Aun así, tuvo la impresión de que sonreía. De que le sonreía. De que incluso le guiñaba un ojo.

Tragó saliva. Sintió como si un rayo recorriera todo su cuerpo y ni siquiera lo pensó.

—Corto —logró farfullar para Lufsa antes de desconectar el proyector y echar a correr.

Alrededores de Strieborné Záhrady.
Cúpula Suknovci, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
36 de Anukra de 2794. 10:20.

En cuanto se puso en marcha, la expresión del hombre pasó de la calma a la sorpresa y de ahí al miedo en cuestión de segundos. Se dio la vuelta y huyó.

Oier apretó con fuerza los dientes hasta hacerlos rechinar y se renombró a sí mismo para que sus músculos fueran más fuertes, para que su corazón latiera más lento pese al esfuerzo y para que su respiración fuera más eficiente. La gente empezó a gritar a su alrededor, pero los ignoró. Apartó a una persona que se interpuso en su camino, esquivó a otras dos, saltó incluso por encima de una que estaba tumbada bajo un árbol junto a su familia y siguió corriendo sin parar. Sus ropas no tardaron en adaptarse a la situación y se transformaron en algo cómodo para una persecución.

Morgens se abría paso con torpeza entre la gente, lanzando fugaces miradas por encima del hombro, intentando darle esquinazo. Salió del centro comercial, empujó a un grupo de personas que le cortaban el paso, tirando a varias al suelo, y se adentró en las estrechas calles flanqueadas de casas de paredes pintadas de colores intensos que emulaban flores y plantas.

Oier contuvo un exabrupto y dio un rodeo para evitar a la gente furiosa que lanzaba maldiciones en dirección a Morgens, insultándolo y amenazando incluso con denunciarlo por agresión. Aquello le hizo perder unos valiosos segundos y tuvo que renombrarse para poder recuperarlos. Se adentró en las calles y el caos lo envolvió. Estaban atestadas de ciudadanos que compraban, vendían, paseaban y que ahora trataban de apartarse de él con la misma rapidez que lo habían hecho de su presa. Algunos no lo lograron y tuvo que empujarlos.

«Sabes que puede ser una trampa, ¿verdad?».

¡Claro que lo sabía! Pero tanto le daba. Lo tenía ahí, a su alcance. Si lo atrapaba, si lo capturaba… Todo iría bien. Lo llevaría a la agencia. Lo interrogaría. Le sacaría todo lo que había en su interior, empezando por su genoma y acabando por su nombre verdadero.

Además, ya casi lo tenía. Morgens giró en una esquina y él hizo lo mismo poco después. Saltó por encima de un banco y él también. Corrió, adentrándose en una galería comercial que atravesaba un bloque de edificios y lanzó plantas, ropa y otras cosas que no logró identificar a sus pies, tratando de entorpecerle, pero Oier se limitó

renombrarse más y más y más, haciéndose más rápido, más fuerte, más ágil a cada paso que daba.

Los gritos de la gente se difuminaron en sus oídos. Las maldiciones, el ruido, el hilo musical del local también lo hicieron. Hasta una alarma. Tal vez habían avisado a las autoridades. Daba igual.

Esquivó a una persona que salía de un cubículo lateral con un quiebro del cuerpo y se lanzó de nuevo hacia adelante, empujándose en una columna. Morgens estaba casi ahí, al alcance de su mano. Un poco más, un poco más… Lo tenía. ¡Lo tenía!.

Un fogonazo de luz procedente de lo alto de la cúpula les recibió en el otro lado de la galería cuando dejaron atrás la penumbra que reinaba en el interior. Morgens resbaló en algo que había en el suelo y estuvo a punto de caer. Oier quiso gritar de alegría. Por desgracia, el hombre consiguió apoyarse a tiempo en la mano derecha y se impulsó de nuevo hacia adelante, trastabillando, con el equilibrio algo afectado, pero sin dejar de correr, de saltar, de…

¡Ahí!

Oier lo vio casi en el último segundo. Un grupo de gente cargada de bolsas acababa de salir de una callejuela lateral y no tardarían en bloquearle el paso por completo. Justo a la izquierda había un banco en una buena posición que Morgens estaba esquivando en ese instante. Si llegaba a tiempo, si saltaba sobre él, si se impulsaba en su superficie, si aumentaba su peso corporal para compensar la baja gravedad y calculaba bien el ángulo…

Entrecerró los ojos y… Un… Dos… Tres… Pasos… Salto. Impulso.

El banco pasó bajo él casi como una exhalación. Sintió cómo la gente le miraba alarmada mientras gritaba y retrocedía en medio de la conmoción general, tropezando unos con otros en un intento de apartarse de él.

Morgens miró hacia atrás y hacia arriba. Sus ojos se encontraron; negros contra los suyos irisados con las mil tonalidades del arcoíris. Y, en ese instante, Oier supo que se había equivocado, aunque ya era demasiado tarde. Su presa abrió la boca, tratando de decir algo justo cuando Oier cayó sobre él, aferrándolo por el brazo con una mano y por el hombro y el cuello con la otra. Hubo un crujido y un aullido de dolor. Golpearon contra el suelo con fuerza y la reverberación de la caída estuvo a punto de robarle todo el aire de los pulmones. La persona que tenía debajo gemía de dolor, como si se hubiera roto algo.

Oier se quedó muy quieto, mirando fijamente al otro hombre... A la otra persona que, desde luego, no era Morgens. Su piel estaba recubierta de escamas del mismo color cobre que la polvorienta superficie de aquella luna y sus ojos eran negros como el espacio en vez de… de…

Sacudió la cabeza, consternado. ¿En vez de qué? Nunca había logrado ver los ojos de Morgens, ¿cómo podía estar tan seguro de eso? Pero no, su rostro tampoco se parecía en nada al de las decenas de grabaciones que había memorizado, por mucho que se lo hubiera parecido bajo los árboles. Y de pronto sintió que algo se rompía en su interior. Un fuerte dolor pareció atravesar todo su cuerpo, como si un punzón de hielo y llamas se le hubiera clavado en el corazón, en el vientre, en la médula, en el alma. Una brutal añoranza se apoderó de él y un ansia a la que no sabía ponerle nombre le constriñó los pulmones, haciendo que le costara respirar.

Luego llegaron las lágrimas, ardientes, agónicas, que resbalaron por sus mejillas hasta llegar a su barbilla para después caer sobre la persona que tenía atrapada.

«¿Qué me pasa? ¡Por todos los malditos… malditos…!». Un sollozo estuvo a punto de escapar de sus labios, pero lo contuvo a tiempo, sustituyendo aquella emoción por la rabia. «¡Por todos los malditos nombres! ¿Por qué… me siento así? Como si… como si hubiera perdido algo. Como si me faltara algo. ¡¿Y quién es este… esta persona?!».

Dejó de llorar con la misma rapidez con que había empezado a hacerlo, al mismo tiempo que la furia y la incomprensión desterraban todo lo demás. Se sorbió los mocos. Inhaló, exhaló, volvió a inhalar, muy hondo esta vez, y apretó los dientes con tanta fuerza que le rechinaron. Se dio cuenta entonces de cómo les miraba la gente, escandalizada, confundida y hasta asustada. Trató de sonreírles, sin embargo, solo le salió una mueca.

—Un ladrón —improvisó—. Ha robado a une amigue.

Una risa llamó su atención. Una perlada de dolor y recubierta de cinismo. La persona que había bajo él estaba casi carcajeándose a pesar de que se sostenía una mano con la otra como si se la hubiera roto. También había lágrimas en sus ojos, aunque totalmente diferentes a las suyas.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿eh? Tampoco tienes idea de lo que estás haciendo, ¿verdad, agente?

Oier se quedó paralizado y encendió su proyector de inmediato para conectarse a la L-graf y acceder a la base de datos de nombres verdaderos. Escaneó el rostro de esa persona y lo buscó de inmediato. El corazón empezó a latirle tan fuerte en el pecho que incluso le dolía mientras el sistema buscaba y buscaba lo que le parecieron horas, aunque solo fueron unos segundos.

Doctora Xué Biyu. Experta de primer nivel en edición por la Escuela de Alta Genómica de Sunce y jefa de enfermedades genéticas en el hospital Nayeli Haryo.

Oier resopló. No podía ser una coincidencia. Aquella mujer,

porque era una mujer y no un hombre, como había presupuesto solo porque había visto lo que había querido ver, trabajaba en el hospital que daba acceso al laboratorio ilegal de la Unión. Y le miraba socarrona, cínica, como si se estuviera riendo de él, ignorando a todos cuando les rodeaban. Muchos de los cuales habían empezado a grabar la escena con sus dispositivos externos.

Oier sintió cómo empezaba a costarle respirar otra vez. Miró a su alrededor, a la gente que se estaba acercando más y más, curiosos, asombrados, indignados, divertidos…

—No, ¡no sabes nada! —La risa de la mujer reverberó bajo su cuerpo y volvió a centrar su atención en ella—. Igual deberías hablar con quien te ha enviado aquí, ¿eh? Ahora resultará que no eres ni patriota, ni leal, ni…

—¿Por qué me espiabas? —no pudo evitar susurrar con furia entre los dientes apretados—. ¿Por qué estabas ahí, en el centro comercial, siguiéndome? ¿Por qué has huido?

Cuchicheos a su alrededor, rumores. Súbitas inhalaciones que indicaban sorpresa. Palabras medio escuchadas sobre avisar a las autoridades. Sobre que no había de qué preocuparse, que ya estaban de camino. Sobre que alguien va a tener que pagar los desperfectos de mi tienda. No les hizo caso; no podía. En su mente no había espacio para nada más que para la doctora que se reía de él.

—¿Que por…? —comenzó contestar la doctora y entonces hizo una pausa y sus ojos perdieron enfoque, pareció quedarse en blanco unos segundos. Entrecerró los párpados, como si tratara de recordar—. Yo… yo… No… No lo sé —concluyó, desconcertada, al tiempo que lo miraba de hito en hito—. Tenía que seguirte porque… y luego sentí miedo al ver que me habías visto porque tenía que… —Sacudió la cabeza de lado a lado, más, y más y más confusa a cada instante que pasaba.

Entonces Oier comprendió. La habían renombrado. Le habían insertado unas órdenes a seguir y eso era lo que había hecho, ni más ni menos. Pero sus palabras… La agarró de la ropa y la sacudió de arriba abajo, con violencia, haciendo que su cabeza rebotara en los adoquines de la calle, furioso como no lo había estado en días.

—Y todo lo otro, ¿qué? ¿Qué quieres decir con que no soy patriota? ¿Quién te ha ordenado que me lo digas? ¿Para quién trabajas?

Un ruido en la lejanía. Alarmas. No tenía mucho tiempo. Le dio una sacudida más a la doctora y acercó su rostro al suyo hasta que sus narices casi se tocaron.

—Habla.

De nuevo esa sonrisa en la cara escamosa de Xué.

—Para los mismos que tú. ¿Para quién si no? En serio, no tienes

ni idea, ¿eh? Algo había oído ya, sí.

Parecía tan fascinada con eso que volvió a echarse a reír y Oier sintió que algo se congelaba en su interior. ¿Qué era esa sensación? Como si estuviera a punto de agarrar algo y se le volviera a escapar. Casi podía paladearla.

Las alarmas sonaron más cerca y la gente comenzó a mirar hacia la dirección en la que se acercaban. Oier tragó saliva. Tenía que irse de allí. No podía dejar que le atraparan.

«¿Atraparte? ¡Pero si es la policía de tu propio gobierno!».

O quizá no. Si la Unión estaba tan infiltrada en Xhing-an como para haber jugado con su proyector, comprar el laboratorio de su gobierno y montar una misión a esa escala, renombrar a la policía para que no interfirieran era una nadería. Sobre todo ahora que Morgens tenía acceso a la base de datos de nombres verdaderos. Y había sido el propio Oier quien se lo había dado.

Se estremeció. Tenía que hacer algo y hacerlo ya. Pero ¿qué?

«Ya lo sabes. Renombrar. Lo que mejor se te da».

Miro a las decenas de curiosos que había en torno a ambos. ¿Cuántos eran? Movió los ojos con rapidez, contando. Trece incluyendo a la doctora Xué. Muchos. ¿Demasiados?

«Quizá».

Pero el cambio sería el mismo y eso siempre facilitaba las cosas. Un borrado burdo y rápido sería suficiente. Además, toda esa gente no trabajaba para la agencia, no habrían visto a un renombrador en su vida.

«Bien».

Pero hacerle aquello a civiles iba en contra de todas las leyes de la Federación y tampoco es que tuviera autorización para intervenir de esa forma. Sintió cómo le volvía a molestar detrás de los ojos anticipando una nueva migraña.

«No tengo otra opción. ¡Por todos los nombres, no me queda otra salida! No puedo fiarme de nadie. Ni de las autoridades, ni de la agencia».

—Ni de ti mismo, misma, misme, ¿verdad?

Casi creyó oír esa voz a su espalda, como cuando había perseguido a Liu en las callejuelas de Meglica. Pero sabía que no era real, que no había nadie allí. Solo su propia mente que…

Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

«No hay tiempo. Renómbralos a todos. YA».

La policía ya casi había llegado, estaría a dos calles de distancia, tres a lo sumo. Oier se humedeció los labios y se concentró en las caras de las personas que le rodeaban. Xué ni siquiera se había movido, tampoco es que hubiera podido hacerlo con facilidad con su peso encima, y le miraba fijamente, expectante, con el rostro lleno de

dolor y los dedos de la mano izquierda cada vez más morados.

Escaneó las facciones de aquella gente y las buscó en la base de datos. No tenía tiempo para memorizar todos los nombres, así que iría uno a uno, renombrando al tiempo que leía.

Empezó a pronunciarlos uno tras otro, significado tras significado, tocando sus almas, sus mentes, sus cuerpos como nadie lo había hecho antes. Profanándolos uno a uno en contra de su voluntad, violando su intimidad, alterando todo lo que recordaban sobre lo que acababa de pasar para emborronarlo como quien pasa una mano sobre un lienzo recién pintado.

«Siempre es fácil cuando es reciente y aún no se ha fijado, sobre todo si sé exactamente lo que busco. Es burdo, pero al menos no dañaré nada más. No tengo tiempo para sutilezas».

Y renombró, renombró y renombró, hasta que perdió la cuenta de las personas a las que alteraba para siempre, sintiendo cómo cada vez le costaba más, cómo cada vez era menos preciso, cómo la última estuvo a punto de escurrírsele del todo.

Fue a borrar también a Xué, solo que con ella… Con ella dudó. Tenía demasiada información dentro que le podría sacar si hacía un trabajo mejor, convenciéndola de que eran aliados y haciendo que quisiera contarle hasta el más mínimo detalle de todo cuanto sabía.

La soltó, se apartó y miró a su alrededor, a la gente que contemplaba estupefacta cómo la policía doblaba la esquina justo en ese momento.

«Date prisa, ahora o…».

Entonces, mientras su visión se nublaba por el agotamiento y empezaba a sudar y a tener espasmos, tocó a la doctora Xué Biyu y se adentró en su mente para alterarla de forma que solo le fuera leal a él, igual que había hecho con Lufsa y Ebesh...

—X U É B I Y…

Y de pronto la sintió, una alteración justo bajo sus dedos mentales, como un soplo, como un temblor, como la súbita caricia del viento sobre su piel. Una presencia y luego una súbita ausencia. Donde antes había algo, dejó de haberlo y solo quedó un páramo estéril y yermo que le heló el corazón.

Alguien acababa de borrar todo lo que había dentro de la cabeza de la mujer. Todo. Sin piedad. Sin límites. Sin delicadeza alguna. Los ojos de Xué Biyu se vidriaron y un hilillo de baba se le escurrió por los labios. Oier contempló horrorizado cómo la mujer que había sido dejaba de existir en cuestión de segundos y luego alzó el rostro como un resorte para mirar a su alrededor, buscando, buscando, buscando, al mismo tiempo que la rabia y la furia crecían imparables en su interior.

«¡Ni siquiera he sentido que me observaba! ¡Estúpido

innombrable! Estaba demasiado centrado en Xué. ¡Malditos sean todos los nombres! ¡Cómo he podido ser tan descuidado!».

La policía llegó y se abrió paso entre la marea de gente confusa que no recordaba nada ni sabía qué había pasado.

De pronto, el cansancio le golpeó con tanta fuerza que sus rodillas amenazaron con ceder bajo su peso. Tenía la cabeza tan embotada que apenas lograba concentrarse. Tragó saliva y se renombró, tratando de alejar esa debilidad, aunque sin demasiado éxito. Contuvo las ganas de golpear a alguien, a quien fuera, y sus ojos recorrieron con frenesí las callejuelas, el paseo con bancos y árboles, las tiendas que lo jalonaban, llenas de curiosos que se empezaban a asomar para ver qué estaba pasando.

«No. No. No…».

—¿Qué ha ocurrido aquí? Hemos recibido el aviso de un asalto. ¿Es esa persona del suelo la…?

Ignoró a la policía. Tenía que dar con Morgens. ¡Tenía que estar en alguna parte! ¡Cerca! O no… No tenía por qué, bastaba con que tuviera acceso directo a las cámaras de vigilancia y podría hacerlo a varias ciudades de distancia. Y, sin embargo, algo le decía que estaba cerca, estaba convencido de que le gustaba hacerlo cara a cara, igual que a él, que esa era su forma de actuar.

Miró a izquierda y derecha. Ahí no. Miró hacia atrás. Ahí tampoco. Tienda tras tienda, calle tras calle, entre las decenas de personas que le rodeaban y se movían como una marea. Había mucha gente y mucha más que comenzaba a acercarse arrastrada por la curiosidad. Bloqueaban su visión, le impedían ver con claridad más allá de la muralla que formaban sus cuerpos, y eso que ahora era bastante alto.

Durante un instante, sus ojos se cruzaron con los de una persona rubia y bajita que le produjo un escalofrío y a la que apenas logró distinguir antes de que se desvaneciera. Le miraba de forma extraña, tal vez con demasiada atención, tal vez con demasiada fijación, pero no era Morgens. Y, de repente, notó una comezón en las palmas de las manos. Se giró con rapidez hacia la esquina por la que acababa de llegar la policía.

Y allí estaba, con su cabello cano y el rostro oscuro con tintes dorados. Lo vio justo cuando le daba la espalda. Los hombros anchos y fuertes, la constitución robusta. Pero, sobre todo, la inconfundible forma de andar, desenfadada, elegante, llena de confianza. Esta vez era él. Morgens.

Resistió el impulso de perseguirle, de apartar a todas esas personas que lo rodeaban, de empujarlas al suelo, hacer lo mismo con la policía, y luego correr, correr y correr hasta atraparlo y arrancarle cada secreto que pudiera albergar. Sin embargo, no podía.

Sencillamente no podía. Otra vez no. Estaba agotado tras las renombraciones que acababa de hacer, tanto que apenas podía tenerse en pie. Perseguirlo sería una imprudencia. Eso por no mencionar que tenía la sensación de que estaba cayendo constantemente en su juego, fuera cual fuera. Morgens le llevaba años de ventaja y él ya había cometido demasiados errores.

Miró hacia el despojo que había sido Xué y quiso gritar de frustración. ¡Había estado tan innombrablemente cerca! Apretó los puños mientras observaba cómo la policía recogía el cuerpo de la doctora y se lo llevaba, casi seguro camino del mismo hospital en que trabajaba, y se sintió miserable y abrumado por la situación.

«No tiene sentido. ¿Por qué darme a Xué para luego quitármela? Me la sirve en bandeja, la pone en mi camino, la renombra para que haga de cebo. ¿Y todo para qué? ¿Para decirme lo que me ha dicho? Y luego me la arrebata antes de que descubra nada más».

Le habían traído a Xhing-an para usarlo como fuente de material genético y, sin embargo, no parecían estar haciendo un esfuerzo real por capturarle. ¿Por qué? Sembraban su camino de migas para que las siguiera y, si se desviaba, le ponían un nuevo cebo. Si les seguía el juego, le dejaban hacer. Así una y otra y otra vez.

«Es lo que yo haría si quisiera guiar a alguien hacia algún lugar. La cosa es ¿a dónde me llevan y por qué? ¿Quiero seguir su juego? ¿Tengo otra opción?».

El público que le rodeaba comenzó a dispersarse y, pese a lo agotado que estaba, pese a sentir que no podría dar ni dos pasos seguidos sin derrumbarse, fingió hacer lo mismo. Poco a poco, con andar tambaleante, centrándose solo en poner un pie delante de otro, enfiló la calle por la que había desaparecido Morgens.

Primero se dirigió hacia un nutrido grupo de personas y aprovechó para fluir y cambiar de nuevo con muchísima lentitud. Era consciente de que dejaba atrás un registro de todo lo que había ocurrido y de que las autoridades no tardarían en dar con él una vez revisaran las grabaciones. Sin embargo, ya no le quedaban fuerzas para buscar y renombrar las cámaras del paseo. Optó por lo más sencillo. Oier dejó de existir y pasó a ser Ku Jie, una persona no binaria con la piel de un profundo color negro punteada de constelaciones, nebulosas y estrellas. Sus ojos eran ahora verde claro y no tenía pelo en ninguna parte del cuerpo. Era bajite, pero de cuerpo robusto y músculos bien definidos, taciturne, arromántique y asexual.

Aquel cambio le agotó más todavía, tanto que apenas podía andar erguide. El estrés, la falta de sueño y el sobreesfuerzo que había hecho para renombrar a toda aquella gente se le echaron encima de golpe. La vista se le emborronó de nuevo, pero esta vez no se despejó. La cabeza empezó a darle vueltas y vueltas y vueltas. Todo a su alrededor

se movió y osciló, como sacudido por una enorme tela. Dio un paso. Dio otro más y se dejó caer en el banco más cercano. Si tan solo pudiera cerrar los ojos. Si tan solo pudiera dormir…

Solo que no era posible. Se obligó a sí misme a renombrarse de nuevo, alterando su metabolismo para que aguantara un poco más, para que resistiera unas cuantas horas más, y, con un esfuerzo sobrehumano, volvió a levantarse. Metió las manos en los bolsillos del largo vestido irisado en que se había convertido su traje de nanos y se adentró más y más en esa zona comercial llena de calles estrechas y concurridas.

Justo según lo hacía le vinieron a la mente las últimas palabras de la doctora Xué Biyu y un fuerte escalofrío le recorrió la espalda.

«¿Para quién trabajas?», le había preguntado. «Para los mismos que tú. ¿Para quién si no?». Había sido su respuesta.

Restaurante Bílá Hvězda.
Cúpula Suknovci, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
36 de Anukra de 2794. 12:45.

Ku Jie se sentó en la mesa del pequeño local y pidió un plato de proteína estofada con sabor a verduras para comer. Estaba famélique y los ojos amenazaban con cerrársele del cansancio. Se los frotó y a continuación los presionó con las palmas de las manos. Respiró hondo varias veces y le dio un largo trago a la botella de agua que tenía delante. La sensación de que alguien le vigilaba no se había desvanecido, pero ya estaba cansade de huir y de cazar. Necesitaba aclarar la mente antes de hacer nada más. Eso y dormir. Pero eso último todavía tardaría en poder hacerlo, era demasiado arriesgado.

Solo que, ¿por qué no dormir? Ese Morgens parecía ser capaz de encontrarle fluyera lo que fluyera, de todos modos, así que... Su mirada se perdió en el vacío. Lo malo era que no se atrevía, tenía miedo de que le capturaran aprovechando su indefensión. Estando despierte, al menos, podría resistirse, buscar sus nombres y...

Estuvo a punto de echarse a reír.

«Claro, porque estando como estoy soy eficiente y rápide de reflejos».

Suspiró con cansancio, se reclinó en la silla que crujió levemente bajo su peso y clavó los ojos en el techo pintado de un intenso color azul, pensando en lo que había dicho la doctora Xué. ¿Hasta qué punto era verdad? ¿Podría fiarse de ella?

La respuesta era no. Seguro que solo era un burdo intento de hacerle dudar de su propia gente. Solo que… Solo que todo parecía indicar que la Unión había renombrado al gobierno local de la

Federación en Xhing-an, incluidos algunos de los agentes y también a sus inteligencias artificiales, para ponerlos a su servicio.

«Pero eso no quiere decir que ella y yo trabajemos para las mismas personas. Su Federación no es mi Federación».

Aun así, no podía sacárselo de la cabeza. Había algo allí que le molestaba sobremanera, como un picor en la espalda al que no lograba llegar y que, por mucho que se dijera a sí misme que no era real, no dejaba de escocer.

Le camarere del restaurante, que respondía al nombre de Gael y que, según la tarjeta que llevaba prendida del uniforme, usaba el pronombre neutro, le dejó el plato de proteína sobre la mesa y se alejó. El olor que desprendía estuvo a punto de dejar a Ku Jie inconsciente del gozo. Ahora que lo pensaba, tampoco recordaba haber comido nada en los últimos dos o tal vez tres días, no estaba segure. Cogió el tenedor y lo atacó con ansia, tanta que los ojos se le llenaron de lágrimas con el primer bocado. Tuvo que contener incluso un gemido de placer para no quedar en evidencia. Por desgracia, aquello no alivió la opresión que comenzaba a sentir en la boca del estómago.

Porque lo que le irritaba de las palabras de Xué era que, si las tenía en cuenta, todo cobraba sentido, aunque de una forma retorcida y horrenda. Todas las trabas que se estaba encontrando, les IA falseando sus mensajes, la incompetencia de las personas de Inteligencia…

«No tienes idea. No eres ni patriota ni leal».

La doctora Xué había dicho algo así, ¿no? Un escalofrío le subió desde las axilas a los hombros para bajarle luego por la espalda. El vello de todo el cuerpo se le puso de punta y el trozo de comida que tenía en la boca le supo a podrido. Estuvo a punto de escupirlo.

«¿Y si nunca ha sido la Unión? ¿Y si es la Federación? Creando clones, renombrándolos y… y…». Inhaló hondo y se obligó a tragar. «Y haciéndome venir aquí para experimentar conmigo. Sabían que tenían que engañarme porque yo nunca, jamás, estaría a favor de algo así. Aunque me hubieran ordenado servir. Pero no, no es posible. Nunca haríamos algo así, a diferencia de la Unión. Somos mejores que ellos, ¿verdad?».

Solo que igual no lo eran. Quizá a los grandes líderes les empezaba a dar igual qué tenían que hacer para derrotar al enemigo. Tal vez buscaban desencadenar una guerra definitiva, una con ejércitos renombradores, para exterminar a la Unión de una vez por todas, tuvieran que pagar el precio que tuvieran que pagar. Aunque este fuera su propia moral, sus propios principios.

Sintió que el estómago se le constreñía más y más y le asaltaron unas horribles ganas de vomitar. Pero se obligó a seguir comiendo,

bocado tras bocado, trago de agua tras trago de agua. Sin dejarse llevar por la absoluta repulsa que crecía en su interior. Tenía que alimentarse, por mucho que le costara y aunque luego le doliera el estómago. No podía seguir como hasta ahora, sin comer y sin dormir, o enfermaría. De ser necesario, se renombraría para eliminar los nervios, la angustia creciente, con tal de no vomitar, aunque supusiera un nuevo cambio de identidad. Solo lo haría si no era capaz de controlarse como Ku Jie. Solo como último recurso.

«No eres ni patriota ni leal».

«¿Por eso Morgens siembra mi camino de pistas pero sin atraparme? ¿Me va contando poco a poco la verdad esperando que la entienda, que cambie de opinión y me ofrezca voluntarie?». Tragó saliva de forma convulsa y vio que la mano derecha comenzaba a temblarle. Dejó el tenedor y se la agarró con la otra, ocultándola en su regazo. «¿Trabaja Morgens para la Federación y por eso ha sabido en todo momento quién soy? Todo encaja. Por eso Errgan tampoco contesta a mis mensajes».

Contuvo una arcada. Luego otra.

No, no, no. La Federación, su Federación, no podía ser así. ¡Era imposible!

Apretó los dientes con fuerza y se obligó a respirar hondo, con mucha, mucha lentitud.

Inhalar y exhalar. Inhalar y exhalar. Una vez más.

«Aire. Piensa solo en el aire, no en eso, no en eso...».

Al cabo de un minuto de concentrarse solo en respirar, logró, por fin, despejar la mente.

«Solo quieren hacerme dudar de todo, nada más. De mi gobierno, de mi misión, de mis propias creencias. Incluso de mi mente. Y lo están logrando, ¡por todos los nombres! ¡Que casi me he creído lo que me ha dicho una doctora renombrada por la Unión!». Tuvo de pronto ganas de reír de lo ridícule que se sentía.

Eso era, le estaban manipulando. No podía ser de otra forma.

Apretó los dientes y entrecerró los ojos. Pues bien. Iba a atacar. Iba a hacerlo con tanta fuerza que lamentarían haber intentado siquiera algo así.

«Voy a ir a ese hospital y voy a renombrar a quien sea con tal de llegar al fondo de todo. Me da igual que no sea prudente y que me sigan y sepan con antelación que voy a ir. Si Xué estaba indexada, el resto de trabajadores de ese innombrable laboratorio también lo estarán. También voy a llamar a Lufsa y a Ebesh para que vengan como refuerzos. Vamos a detener toda esta locura de una vez por todas. Ellos y yo. Les tres».

Se disponía a conectar el proyector cuando algo encajó de pronto en su mente. Se quedó completamente inmóvil.

«Seguirme… Morgens siempre me encuentra. Cambie lo que cambie, fluya lo que fluya, da conmigo. Sabe lo que soy, eso está claro. Aun así, no debería ser tan fácil. Hay algo más».

Se llevó una mano al proyector y otra a la L-graf que tenía en el bolsillo. No, eso no debería ser posible, en la agencia se cuidaban mucho que todo lo que daban fuera irrastreable, pero en su caso…

«Le IA de Sunce». Suspiró y se cubrió los ojos con la diestra durante unos segundos. «Mi dispositivo está comprometido. ¡Por todos los nombres! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?».

Agachó la cabeza, mirando sin ver el plato vacío que tenía delante. Un nuevo estremecimiento le recorrió de arriba abajo. Los nanos no hubieran funcionado con elle, así que ¿por qué no hacerlo a la vieja, viejísima usanza insertando un programa malicioso de rastreo en su L-graf? Sintió ganas de echarse a reír al darse cuenta de lo estúpide que había sido.

«Con razón no veía a nadie salvo cuando a ellos les interesaba».

Cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios. Tenía el estómago revuelto así que no creía que le fuera a sentar bien un postre. Así que, renombró la L-graf una vez más para que encajara con su identidad actual y pagó la comida. Aquello sería lo penúltimo que haría con ella. Solo le quedaba una cosa más.

Asintió con decisión y se levantó de la mesa; todos los músculos del cuerpo protestaron por el esfuerzo y se dio cuenta de nuevo de lo cansade que estaba. Contuvo un suspiro y se dirigió al servicio con paso tambaleante. Tenía que ir a mear, sí, pero también había otra cosa que debía hacer. Entró en el baño mixto, se encerró en uno de los cubículos y activó el proyector. No dudaba ni por un instante que quien quiera que fuera el que había crackeado su dispositivo recibiría el mensaje que se disponía a enviarles a Lufsa y Ebesh, igual que había recibido, manipulado y jugado con todos los demás.

«Solo queda resolver lo del día perdido. No debo olvidarlo. No debo. Pero estoy tan cansade...». Sacudió la cabeza, sintiendo que se le cerraban los ojos, y se mordió los labios, en un intento de despejarse. «Paso a paso, una cosa después de otra; primero esto, luego lo otro».

Justo se disponía a redactar el mensaje cuando el proyector comenzó a vibrarle detrás de la oreja. Era otra llamada de prioridad azul de Lufsa. Contuvo una maldición, activó el dispositivo silenciador y desplegó el visor. Se renombró para adoptar la voz de Zuri y luego dio paso a la llamada, decidide a ser lo más ambigüe posible y no decir nada que los agentes de la Unión no supieran ya.

—Abrir. Conectar. ¿Qué ocurre, Lufsa? ¿He cambiado de idea otra vez y os he ordenado capturar a Liu antes de embarcar o qué?

—¿Qué?

—Da igual —suspiró—. Ignora lo que he dicho. Justo iba a

escribiros para deciros algo importante.

—Ah… La verdad es que… tenemos otra cosa que contarle. —La voz del otro agente sonaba tensa, como llena de miedo—. Varias, de hecho. Hemos seguido investigando y…

—¡Lufsa, para! —le interrumpió de golpe. Aquello era nuevo. Lo mejor sería que no se enterase nadie más.

—¿Agente?

—Mejor quedamos en persona como ayer. —Ku Jie-Zuri vaciló unos segundos antes de proseguir—. Puede que tenga un código negro entre manos.

Y, con esas palabras, cortó la llamada.

Lo que acababa de hacer había sido arriesgado. Tal vez demasiado. Pero tanto daba, iban a darse cuenta en cuanto saliera del restaurante, después de todo.

«Código negro. Dispositivo comprometido y en seguimiento. Volver al origen». Solo esperaba que Lufsa y Ebesh recordaran la vieja jerga y se dieran cuenta de a qué se estaba refiriendo.

Con una mano temblorosa, se quitó el proyecto corneal, lo miró durante unos largos segundos, completamente inmóvil. Volvió a colocarlo en su sitio y dio la orden de apagado completo, incluyendo la L-graf. No se limitó a desconectarlo, lo apagó. Luego volvió a retirarlo y, tras hurgar un poco en uno de los laterales, extrajo la finísima placa de la batería. La guardó junto a la L-graf. Era consciente de que lo más sensato habría sido tirarlo por el retrete, sin embargo, nunca se sabía cuándo podría volver a necesitarlo. Para tender una trampa a Morgens, por ejemplo. O para volver a casa una vez hubiera acabado todo.

Después de orinar, salió del baño con aparente tranquilidad, siendo del todo consciente de que, en algún lugar, en algún cubículo, en el terminal externo de alguien, una alarma habría empezado a sonar. Sonrió a pesar del agotamiento que le invadía, embotando su cabeza y haciendo que le costara caminar.

«Pues me parece bien. Que se desesperen un poco. Que sufran. A ver si son tan buenos como para seguir mi rastro sin ayuda».

Una vez en la calle, miró a ambos lados y luego a su espalda. No vio nada raro, todo estaba tranquilo aunque había mucha gente. A continuación aceleró el paso buscando las calles más concurridas, una tras otra, renombrándose sin pausa, cambiando, cambiando, cambiando, en un intento de desaparecer. Luego ya vería cómo se las arreglaba para «volver al origen», al primer sitio donde se había encontrado con Lufsa y Ebesh, la sala de llegadas del espaciopuerto de Zhinyu.

Parque Stanice, cerca del espaciopuerto.
Cúpula Svemirski, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
37 de Anukra de 2794. 05:40.

Esa noche no durmió, igual que no lo había hecho el día anterior ni ya no recordaba cuántos antes que eso. Lo que sí hizo fue soñar. O eso creyó.

Volvía a estar en una nave en el espacio, contemplando el mar de estrellas que se abría más allá del enorme mirador de aquella sala. A su lado estaba Zhong-Mao en silencio. Podía sentir con claridad el calor de su mano en la suya. Solo que no era Zhong-Mao, él siempre tenía las manos frías y elle se reía a menudo de eso. Pero el hombre que había a su lado las tenía tibias y agradables, y elle siempre le decía que esa era la sensación que más le gustaba en el mundo.

Ese día no hablaron, no les hacía falta, aunque pronto, muy pronto, todo se esfumaría y no quería que pasara. No quería dejarlo. No quería que terminara porque era consciente de que podría perderlo para siempre. Necesitaba su compañía casi como respirar. Igual que él la suya, aunque había tratado de no pensar en eso durante los muchos meses que llevaban planeando aquello. La separación iba a doler y a cambiar muchas cosas. Cosas que quizá no lograrían recuperar jamás.

Sin embargo, por ahora contemplarían las estrellas. Allí, quietos, el uno junto a le otre. Agarrados de la mano.

— oOo —

Soñó con sus madres. Que eran dos desconocidas y, al mismo tiempo, las mujeres a las que más había querido nunca durante lo que le parecieron muchos años y otra vida. Estaba llene de remordimientos por el daño que les iba a causar, pero tenía que hacerlo, no había otra solución y ellas eran sencillamente perfectas. Las necesitaba para completar el plan que había trazado junto a… a…

— oOo —

Soñó con una habitación similar a un laboratorio en un lugar cuya ubicación no podía recordar. Tal vez una nave. Tal vez durante un viaje. Tal vez en otra galaxia muy muy lejana. Tal vez no. Tal vez ya de vuelta. Había estado allí hacía tantos años que le parecían otra vida. Tal vez incluso lo era.

Había un terminal externo sobre una mesa de trabajo que proyectaba dato tras dato en un holo gigantesco que parecía una pared. Cuanto más leía, más miedo sentía. Al principio había sido diferente. Aquel descubrimiento había estado lleno de alegría y de emoción, sin embargo, ahora… Ahora el terror latía en la sala como si

estuviera vivo.

A su alrededor había una treintena de personas a su alrededor, expertas en sus respectivos campos que apenas hablaban. No les hacía falta, llevaban años viajando juntas, entre los restos de aquella misión. Habían superado la atrocidad de una guerra y el largo viaje y el frío de la hibernación para adentrarse en otro horror muy diferente, aunque al principio no lo había parecido.

Lo habían traído de vuelta y nadie les había creído. Muchos habían muerto por el camino. Enfermedad. Cambio. Fallos en todos los sistemas. Huida sin esperanzas. Otros se habían sacrificado por la clandestinidad, para que al menos algunos pudieran evitar el encierro, para no ser acusados de traición, para no ser…

Ahora estaban en otro sitio. En una casa que no conocía, en una habitación que no conocía y que al mismo tiempo le resultaba familiar. Apenas eran ya seis personas. El resto… El resto… Se habían perdido. El aire estaba impregnado de la inequívoca certeza de que tenían que hacer algo, lo que fuera, porque no había nadie más dispuesto a escuchar.

Todo había cambiado de pronto. A peor. Llegó el dolor de nuevas pérdidas y la gente de esa casa también dejó de existir.

Desaparecida.

Asesinada.

Renombrada.

Suicidio.

Se habían quedado solos. Y Ellos venían.

La sensación de que ya no podían esperar más, de que había que detener aquella locura de un modo u otro, costara lo que costase, tuvieran que pagar el precio que tuvieran que pagar. El convencimiento de que todo lo que habían descubierto no podía ser sepultado por el odio, la intolerancia o la arrogancia. Tampoco por el miedo. Tenían que salvar todo lo que se pudiera salvar aunque supusiera… supusiera… perder…

Después un plan.

Después el olvido.

— oOo —

Estaba sentade delante de Ebesh en una cafetería y le miraba a los ojos mientras le renombraba. Al mismo tiempo, elle jamás había estado sentade allí y era Morgens quien lo hacía mientras observaba desde la distancia. Lufsa, en cambio, sí que se encontraba allí y se levantaba sobresaltado, llevándose la mano al bolsillo como si buscara algo con lo que defenderse. Elle quería gritar, advertirles, decirles que huyeran, pero ningún sonido le salió de los labios. Entonces les alteraba la memoria y los renombraba. Aunque era Morgens quien lo

hacía. Como en el espaciopuerto. Pero allí no había sido Morgens, solo elle. No podía diferenciar qué ocurría, todo era real y falso a la vez.

Lufsa no llegaba a sacar el arma antes de que lo renombrara, así que volvía a sentarse, con la mirada vidriosa, al tiempo que sus recuerdos eran alterados y su lealtad cambiaba.

Pero elle no había estado jamás en una cafetería como aquella. Solo que sí aunque luego lo había olvidado. ¿Cuántas veces había renombrado a Lufsa y Ebesh en realidad? Una vez sí, dos veces sí, muchas veces sí. Aunque también dos veces no, muchas veces no.

Algo le decía que se equivocaba, que aquello estaba mal, que no tendría que haberlo hecho. Y, al mismo tiempo, era lo correcto, lo que debía hacer porque no había otra salida, porque necesitaba agentes leales, porque no se podía fiar de la agencia. Porque era lo que debía hacer si no quería que todo saliera mal, si quería recuperar…

Ya no les quedaba mucho tiempo. No si querían sobrevivir a lo que se avecinaba. No si querían salvar a la humanidad.

— oOo —

Ekatya cabeceó con un sobresalto, tratando de mantenerse despierta, y volvió a la realidad. No se había dormido caminando, ¿verdad? ¿La había visto alguien fluir? ¿Había llegado a hacerlo? Miró de nuevo a su alrededor, como llevaba haciendo las últimas horas, aunque la sensación de que la vigilaban había desaparecido. Y por eso mismo no tenía un instante que perder. No sabía de cuánto tiempo dispondría antes de que los agentes de la Unión volvieran a encontrarla.

A pesar de todo, soñaba, imaginaba, o algo similar. Tal vez eran microsueños, momentos fugaces de desconexión mental donde, aunque fluyera un instante, apenas se notaría. O quizá eran otra cosa.

Porque en ellos se mezclaban recuerdos y hechos que jamás habían pasado, gente a la que no conocía. Solo que sí lo hacía, todo a la vez.

Como el de la nave y las estrellas, que cada vez le inquietaba más porque la hacía llorar de una añoranza que no podía comprender. O ese otro, el del grupo de gente y las pantallas de holos; ese que hacía que un miedo frío invadiera todo su cuerpo hasta paralizarla por completo. Y eso por no mencionar las extrañas palabras entremezcladas con el terror. Ellos venían.

Solo recordarlo hizo que el corazón se le encogiera, que tuviera ganas de gritar y de vomitar y que le costara incluso respirar. Era irreal y al mismo tiempo tenía la impresión de que podría tocarlo con solo alargar la mano. Lo había tenido antes, pero no lograba recordar cuándo ni dónde había sido.

Lo mismo ocurría con lo de Lufsa y Ebesh, donde todo era una amalgama de recuerdos raros en los que no acertaba a discernir qué

era real y qué no. Y eso le daba más miedo todavía.

Tragó saliva con un espasmo y parpadeó varias veces con fuerza para obligarse a mantener los ojos abiertos. Se concentró en respirar, como venía haciendo cada día últimamente, y obligó a sus emociones a retroceder, a replegarse donde no molestaran, hasta que casi se esfumaron como arrastradas por la marea o por el viento.

«Estás alucinando. Eso es lo que te pasa. Necesitas dormir. Sí. Anda que no lo necesitas. Tal vez, si te renombras otra vez…».

Por alguna razón, sin embargo, eso ya no bastaba. Lo intentaba, una y otra vez, pero solo lograba unas pocas horas de claridad antes de volver a caer en la paranoia y las alucinaciones.

«Ayer funcionaba. Porque fue ayer, ¿verdad? No he vuelto a perder otro día, ¿no?».

Tuvo la tentación de conectarse a la net lunar para comprobarlo y se reprendió en cuanto el pensamiento pasó por su cabeza. Sin embargo…

«No, no, no…».

Se frotó la cara con creciente rabia e impotencia y notó cómo una de las manos comenzaba a temblarle, así que la apretó en un puño y se la metió en el bolsillo, donde nadie pudiera verla.

«No puedo perder todo lo que he conseguido desde que apagué la L-graf, por todos los nombres. No después de coger la vía rápida, convencer a ese chico de que me pagara el viaje y llegar aquí sin que me siguieran. Y sin renombrarle siquiera. Debería estar orgullosa».

Solo que no lo estaba. Detestaba haberse aprovechado así de alguien, sobre todo ahora que era Ekatya, una mujer trans de mediana edad con el cromosoma Y editado que era extremadamente curiosa, cotilla, observadora y de férreos principios morales. Había adquirido esa identidad tras llegar a la cúpula Svemirski y ahora aguardaba en los alrededores del espaciopuerto a la espera de que aparecieran sus dos agentes.

Estaba un poco apartada de la entrada, sentada en un banco donde pudiera verles llegar sin que ellos lo notaran. No se terminaba de fiar, no después del hackeo de su dispositivo, de lo que había ocurrido con Xué Biyu y de los fragmentos de recuerdos, sueños, o lo que fueran, donde veía cómo Morgens los renombraba.

«Voy a esperar aquí y, en cuanto aparezcan, los volveré a renombrar y serán míos de nuevo. Solo entonces iré como Zuri y hablaremos».

Parque Stanice, cerca del espaciopuerto.
Cúpula Svemirski, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
37 de Anukra de 2794. 09:25.

Primero apareció Ebesh, ataviado con un cómodo vestido largo de color verde y las manos metidas en los bolsillos. No miró en ninguna dirección, sino que se encaminó hacia la entrada del espaciopuerto como si fuera a recoger a alguien. Ekatya se dio cuenta de que algo le preocupaba. Tenía los músculos de los hombros tensos y los labios demasiado apretados. Fuera lo que fuera lo que él y su compañero tuvieran que contarle parecía ser grave, muy grave.

Mientras lo veía caminar, Ekatya arrinconó el súbito ataque de miedo que le aferró las entrañas y se concentró en él. Se adentró en su mente, en su cuerpo, en todo cuanto era. Lo aferró, lo analizó y...

—E B E S H…

Sintió de inmediato cómo una punzada candente atravesaba sus sienes, obligándola a cerrar los ojos con fuerza y a contener un gemido. Con un esfuerzo casi titánico, terminó de renombrar a su agente y, casi abrumada por el dolor, observó cómo se perdía de vista en el interior del edificio de llegadas. Toda su cabeza comenzó a palpitar al ritmo de su corazón de forma tan dolorosa que le entraron ganas de llorar.

«¡Otra maldita migraña no! ¡Ahora no!». Hurgó en sus bolsillos en busca de un antiinflamatorio, pero no encontró ninguno. Ni siquiera podía recordar cuándo se los había tomado todos. Había comprado más el día anterior, seguro que sí. ¿O quizá no? ¿Se había limitado a renombrarse? No lo sabía, no podía... Sacudió la cabeza y un nuevo latigazo de fuego le atenazó el lado derecho del cráneo. «¡Da igual! ¡Renómbrate de una vez!».

El alivio no tardó en llegar como una oleada de agua fresca que alejó todo el sufrimiento. Jadeó, tragó saliva y volvió a abrir los ojos. Tenía la mente embotada, aunque al menos ya no dolía.

«Ahora… Ahora a esperar a Lufsa. No puede tardar. Solo quiero que esto acabe. Solo quiero un rincón donde dormir».

Se recostó en el banco y alzó la mirada hacia la cúpula. El techo se había vuelto opaco, ocultando el cielo, para indicar que en breve llegaría o despegaría una lanzadera orbital hacia la estación de tránsito. Deseó poder dejarlo todo atrás durante un breve instante, entrar en el espaciopuerto, comprar un pasaje y volver a casa. Sin embargo, no podía hacerlo.

Parpadeó, luchando de nuevo contra el sueño, y se frotó la cara y los ojos casi con ira mientras repasaba su plan.

Renombrar a Lufsa y Ebesh. Hablar con ellos. Convencerles de que tenían que atacar el innombrable laboratorio de la Unión. Entrar allí, ya fuera sola o con ellos, y acabar con todo de una vez. Y a Morgens… A Morgens iba a matarlo. Nada de capturarlo, nada de interrogarlo, nada de buscar su nombre verdadero, nada de intentar averiguar qué más tramaba. Renombraría un objeto cualquiera para

convertirlo en un disruptor neural y lo destrozaría igual que él había destrozado a la doctora Xué Biyu. Luego limpiaría el sistema hasta que todo volviera a la normalidad. Y entonces sí, entonces podría volver a casa.

Suspiró, sintiendo como una leve modorra comenzaba a arrastrarla más y más, y más lejos, a medida que su cuerpo se relajaba, y volvió a alterarse una vez más, en busca de estabilidad y alejando la bruma del sueño de su cabeza. Duraría poco, lo sabía, pero era mejor que nada.

— oOo —

Tal y como esperaba, Lufsa apareció al poco rato, por una dirección completamente distinta a su compañero, y vestido con un traje azul oscuro. Caminaba como si algo le doliera algo por dentro. A juzgar por la tensión que transpiraba, estaba tan preocupado como Ebesh. Puede que más.

Ekatya se frotó las palmas de las manos contra las perneras de los pantalones, tratando de calmar el súbito hormigueo que sintió en ellas. ¡Por todos los nombres! ¿Qué habían encontrado?

No esperó más.

—L U F S A O T E B E I.

Clavó sus ojos en él, se adentró en su consciencia, en el centro de su mente, y lo renombró, reforzando su lealtad hacia Zuri, afianzándola en lo más profundo de su ser y erradicando cualquier fidelidad que existiera en su interior.

Ekatya era consciente de que no podía garantizar que si Morgens estaba por allí no estuviera renombrando de nuevo a los dos agentes, pero había hecho todo lo posible por evitarlo. Miró con disimulo a su alrededor, analizando todo cuanto la rodeaba y cuanto estuvo segura de que nadie sospechoso le prestaba atención, se puso en pie con un suspiro de cansancio y caminó hacia la terminal. En ningún momento se sintió observada en ningún momento ni como si alguien la estuviera siguiendo.

Sonrió. Por fin sentía que todo era como debía ser.

Sala de llegadas del espaciopuerto.
Cúpula Svemirski, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
37 de Anukra de 2794. 10:00.

Ekatya se mezcló con la gente que llenaba la terminal y se dirigió hacia los baños para fluir y volver a ser Zuri sin llamar la atención. Mientras lo hacía, buscó a sus agentes y dio con ellos en la cafetería

que había en un rincón, casi del otro lado de donde ella estaba. Lufsa ya se había sentado en una mesa y Ebesh llegaba en ese momento con un par de bebidas que dejó sobre ella antes de sentarse al lado de su compañero. Comenzaron a hablar de forma relajada, como si no ocurriera nada extraño. Lufsa incluso se echó a reír en un momento dado.

Ekatya resopló; tenía que reconocer que no eran malos del todo, aunque seguía notando en ellos la misma tensión que había percibido cuando habían entrado. Asintió y se dio la vuelta para entrar en los servicios. Una vez allí, aguardó hasta que uno de los cubículos estuvo vacío, se metió en él, fluyó hasta volver a ser Zuri, aunque esta vez sin preocuparse de ser tan minuciose como en Sunce. No tenía tanto tiempo y, además, dudaba que Lufsa o Ebesh recordasen cómo se movía Zuri ni tampoco cuál era su tono de voz concreto. Salió cuando consideró que había pasado el tiempo suficiente para que las personas que aguardaban fuera no se dieran cuenta de que de uno de los baños salía una persona distinta a la que había entrado.

Caminó con paso desenfadado y alegre por la terminal de llegadas del espaciopuerto. No se preocupó por eludir las cámaras. No tenía ni idea de dónde estaban y, aunque lo hubiera sabido, su aspecto físico sin alteraciones quedaría registrado y sería fácil de reconocer. Además, aunque no le hubieran grabado, la gente que le rodeaba ya estaba fijándose en elle y cuchichearían sobre una persona no alterada en la zona. Después de aquello, Morgens y su gente sabrían dónde buscar casi de inmediato, estaba segure. Aunque, bueno, también lo sabrían en cuanto atacara el hospital ese mismo día, así que tanto daba.

Se acercó a la mesa donde estaban sentados sus agentes y apoyó una mano en ella con una radiante sonrisa en la cara.

—Siento llegar tarde, me he despistado. ¿Me invitáis a un té? Me he dejado el proyector en el hotel.

Se sentó ante ambos y los miró, primero a Lufsa y luego a Ebesh. Metió la mano en el bolsillo y activó el silenciador.

—Podemos hablar con seguridad. Pero de verdad que antes necesito un té.

Lufsa fue a levantarse, pero Ebesh lo detuvo con un gesto y se puso en pie en su lugar.

—Ve contándole tú, ya voy yo.

Le dio una palmada en el hombro a su compañero y se alejó, con el largo vestido aleteando en su espalda.

Zuri asintió en agradecimiento y enarcó una ceja en dirección a Lufsa. Este inhaló hondo, miró disimuladamente a su alrededor y le dio un sorbo a su bebida de intenso color verde. Pareció paladearla un rato con expresión extraña y luego suspiró.

—Asja ha desaparecido. Eso lo primero. Se ha esfumado y no somos capaces de encontrarla, así sin más. Hace dos días que no tenemos noticias suyas y ya nos tememos lo peor. Además, no la podemos rastrear porque ha desconectado todos sus dispositivos externos. —Lufsa enarcó una ceja en su dirección, como si le preguntara si elle había hecho lo mismo.

Zuri se puso a juguetear con una de sus trenzas, pasándola por entre sus dedos y no contestó.

—¿Dónde la visteis por última vez?

—El día treinta y cinco, a última hora de la tarde, en una grabación de la entrada de la vía rápida en dirección a Plava.

Zuri frunció el ceño, acordándose de pronto de la persona rubia y bajita que le había parecido entrever espiándole el día del incidente con Xué Biyu.

—¿No iría a vuestro encuentro? Ese día Ebesh y tú también estuvisteis en Plava, conmigo.

Lufsa negó con el semblante ensombrecido y lanzó una mirada por encima del hombro para ver dónde estaba su compañero. Este todavía se encontraba en la barra. Pudo ver con claridad cómo el hombre fruncía el ceño. ¿Acaso desconfiaba de Ebesh? Zuri tomó nota de ese detalle, pero mantuvo el gesto neutro.

—A esa hora ya habíamos vuelto. Nos vimos a media mañana, ¿no se acuerda? —preguntó con extrañeza, y Zuri tuvo que hacerle un gesto con la mano, quitándole importancia, para indicarle que siguiera hablando—. No sabemos a dónde iba y tampoco le dijo nada a nadie, que nosotros sepamos.

—Bien. ¿Podrías decirme cómo es? Físicamente, quiero decir.

Lufsa enarcó las cejas, desconcertado.

—Rubia, bajita, con los ojos grises y la pupila vertical. Tiene la piel como con escamas doradas debajo.

Zuri sintió que una bola de bilis le trepaba por el esófago e hizo un esfuerzo por tragarla sin alterar su expresión. Asja había estado vigilandole en Plava. ¿Por qué? ¿Y a espaldas de la Federación?

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea».

—Bien —se las apañó para contestar, dándose un suave tirón tras otro de la trenza que tenía en la mano—. Alertad a la agencia de que puede haber sido renombrada por la Unión y…

Se paró en seco. Lufsa tenía un gesto agrio en los labios y había alzado la mano para cortarle. Zuri frunció el ceño.

—¿Qué es lo otro que me queríais contar?

Lufsa volvió a mirar por encima del hombro y pareció asentir para sí al ver que Ebesh ya volvía. Luego dio un nuevo trago a su bebida, casi como si buscara fuerzas para hablar. Se rascó una mano y el cuello y sus ojos se desenfocaron durante un segundo. Parpadeó

como si buscara aclararse la vista y carraspeó.

—Investigamos más la red de empresas fantasma que había comprado el laboratorio. —Zuri se fijó en que el agente bajaba la voz de forma instintiva, aunque con el dispositivo silenciador activado no hiciera falta—. Nos ayudó une IA de confianza, une vieje, de les antigües. Hemos visto lo que se hace allí dentro y es… —El rostro de Lufsa se desfiguró fruto del horror—. Es espantoso lo que hacen con los clones, con genes de renombración y los informes de las muertes de los que desaparecen. No… No habíamos tenido tiempo de decírselo porque… porque… Por lo otro que encontramos unas horas después. Pero usted ya lo sabe, ¿verdad? Por eso nos pidió asaltar el hospital, ¿no?

Zuri no dijo nada, pero sintió que todas sus sospechas cristalizaban ante sus ojos. Agachó la vista y le hizo un gesto a Lufsa para que siguiera hablando.

—La cosa es que ese IA es amigue mía y no pertenece a la agencia. El día de su llegada, usted desapareció sin decirle nada a nadie y ya sabíamos que había venido de Sunce sin decirle tampoco nada a nadie, así que pensamos que igual había alguna filtración. Por eso tomamos precauciones y recurrimos a ese IA externe.

Zuri no pudo evitar abrir los ojos de par en par y asintió con admiración. Sí, sus agentes eran buenos sin duda.

Ebesh llegó en ese momento y depositó delante de elle una taza de té negro ya servido y sin tetera, lo que le hizo arrugar el rostro de desagrado. ¡Sin tetera! ¿En serio se lo traía así sin más? Bueno, al menos olía bien y parecía listo para beber, por raro que fuera. En cualquier caso, lo necesitaba, así que aferró la taza y se la llevó a los labios para darle un buen trago. El calor y el fuerte sabor especiado le reconfortaron de inmediato. Suspiró con placer y entrecerró los ojos. Ebesh se sentó a su diestra y asintió hacia Lufsa para que siguiera hablando. El otro agente se humedeció los labios y volvió a poner cara rara, luego se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—No son buenas noticias, agente. No sé ni cómo… —Abrió la boca y tomó aire con fuerza, como si intentara reunir la energía necesaria para continuar. Empezaron a temblarle las manos—. El propietario… El propietario final de ese laboratorio no es nadie de la Unión. Es nuestro gobierno, la Federación. Somos nosotros los que estamos experimentando ilegalmente con clones.

— oOo —

Zuri sintió que todo su mundo se desmoronaba. La taza de té estuvo a punto de caérsele de las manos. La dejó sobre la mesa con un temblor. Sus ojos miraron al vacío.

No había querido creer en las palabras de Xué. ¿Cómo confiar en

alguien renombrado? Comenzó a respirar de forma entrecortada, sintiendo que se asfixiaba. De horror. De espanto. De incomprensión. Su Federación. ¡Experimentando con seres humanos! ¡Creando renombradores clónicos!

¡Morgens trabajaba para la Federación! Trampas dentro de trampas una vez más.

Empezó a hiperventilar y sintió que se mareaba. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

«¿Cómo voy a combatir a mi propio gobierno? ¿Debo? He hecho cosas horribles para ellos, sí, pero siempre habíamos sido mejores que la Unión. Derechos humanos para todos, igualdad. Y ahora… ahora… ¿En qué nos hemos… convertido? No puedo… No puedo seguir».

Lufsa se derrumbó sobre la mesa con un golpe sordo que le hizo volver de pronto a la realidad.

—¿Qué? ¡Lufsa!

Hizo amago de levantarse para lanzarse sobre él, preocupade, pero antes de poder hacerlo, Ebesh atrapó su brazo con la fuerza de una tenaza, inmovilizándolo de forma dolorosa. Sintió de pronto cómo algo se le clavaba en el dorso de la mano y sus venas ardieron. Entonces, su estómago pareció incendiarse también, como si de una respuesta se tratara.

Miró a Lufsa, que parecía haber dejado de respirar. Luego hacia la bebida que el agente había estado consumiendo. Recordó sus gestos, sus muecas, la forma en que se había frotado los ojos.

A continuación, se volvió hacia Ebesh que sacudía la cabeza como si algo le apenara, mientras dejaba ir su brazo. Después hacia su propia taza de té. De sabor fuerte, especiado, listo para tomar.

Por último se miró la mano, donde ahora tenía algo pegado y clavado a la carne, una especie de dispositivo dosificador donde una ventanita en la parte superior que rotaba, rotaba, rotaba…

Intentó alargar la otra mano para arrancarse esa cosa que le había colocado Ebesh a traición, pero no logró que su cuerpo respondiera.

¿Algún virus? ¿Veneno? ¿Toxinas?

¿Cuáles? ¿De qué tipo?

¿Por qué?

No lo sabía.

No lo… No…

Le empezó a doler la cabeza como si todas sus terminaciones nerviosas se estuvieran calcinando. Se renombró. Los músculos se le aflojaron y estuvo a punto de orinarse y hacerse caca encima. Se renombró. Se le cerraban los ojos. Se renombró. Comenzó a ahogarse. Se renombró. Sintió como la sangre empezaba a coagulársele en las venas. Se renombró.

Se sintió caer. Un golpe. Su cabeza contra el suelo. Dolor en el

brazo, en el hombro, en las entrañas, en todas partes.

No era solo uno, sino varios. Uno tras otro. Toxinas, venenos, virus de acción rápida… Se renombró, se renombró, se renombró. Combatiéndolos. Intentando hacerlo. Sin cesar, sin cesar, sin cesar, si no quería morir.

Ebesh estaba ahora sobre elle, ella, él, mirándole, mirándola, mirándolo. Sacudía la cabeza de lado a lado, mientras la gente gritaba a su alrededor. Estaba fluyendo, fluyendo, fluyendo.

—¡Llamad a emergencias!

—¿Qué le pasa?

—¡No lo sé!

—¡Que alguien busque ayuda!

Escuchó cómo la voz de Ebesh se alzaba por encima de todas ellas en medio de una creciente neblina. Se había arrodillado a su lado como si estuviera preocupado de verdad. ¿Cuándo se había movido?

—¡Ya he avisado yo! ¡Vendrán pronto! ¡No sé qué le ha pasado!

¿Estaba en el suelo? Todo fallaba en su interior, los riñones, los pulmones, el cerebro.

No quería morir. No quería morir. No quería morir.

Notó cómo sus tejidos se licuaban. Se renombró. Cómo su corazón se empezaba a parar. Se renombró, se renombró, se renombró…

—Qué lástima llegar a esto, agente —le susurró Ebesh al oído—. Habría sido más sencillo si hubieras sido leal, si hubieras sido patriota de verdad y no solo de palabra. Pero tu cara cuando Lufsa te lo ha contado todo… —Chasqueó los labios y negó con la cabeza—. Errgan ya me advirtió ayer de que esto podía pasar, de que tu integridad pesaría más que tu lealtad, y por eso me dio instrucciones sobre qué usar para dejarte fuera de combate. ¿Qué pensabas? ¿Que la Federación no habría investigado cómo pararte los pies? Lo siento, pero no nos has dejado otra opción. Debes servir. Necesitamos que sirvas.

Todo pareció desvanecerse, deshilacharse, deshacerse. No pudo pensar más. Tan solo tenía las fuerzas justas para sobrevivir.

Instalaciones subterráneas secretas de la Federación.
Luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
37 de Anukra de 2794. Hora desconocida.

Primero percibió luces detrás de los párpados cerrados. También sombras. Oyó algo que se movía. Pasos, crujidos de ropa.

Tenía la cabeza espesa, llena de algodones, como si todo estuviera amortiguado. Como si fuera demasiado denso como para pensar en ello. Le dolía todo el cuerpo, le quemaba. Y, al mismo tiempo, lo

sentía frío, helado. Temblaba y se estremecía. Sudaba.

No recordaba dónde. No recordaba qué. Recordaba una traición. Recordaba un té fuerte y especiado. Recordaba… Recordaba… ¿Lufsa muerto? ¡Ebesh!

De nuevo oscuridad. Sobrevivir. Renombrarse. Renombrarse. Renombrarse.

Movimiento. Presión en los brazos, en las piernas, en el cráneo. Manos y más manos recorriendo su cuerpo. Voces. Un rumor, algo arrastrándose, rodando. Luces fugaces aleteando más allá de sus párpados. Un zumbido de aire.

Trató de gemir, de moverse, pero el mero hecho de respirar ya le suponía un esfuerzo. Intentó despejar la mente, solo eso aunque fuera. Le daba igual el riesgo, tenía que saber, tenía que descubrir dónde estaba, qué había ocurrido. Probó a renombrarse y logró cierta claridad. Las palabras de Ebesh volvieron a ella, elle, él. El horror del descubrimiento previo. El espanto de lo que decía. La incomprensión.

¿Cómo había podido traicionarle? ¡Le había renombrado antes de reunirse con él! Porque lo había hecho, ¿verdad? ¡No podía recordarlo!

Jadeó. Buscó aire. Se asfixiaba. Una nueva toxina, un nuevo veneno que le paralizaba el sistema nervioso. Se renombró. Las sustancias entraban más despacio en su organismo, pero estaba cansada, cansade, cansado.

«Sobrevive, sobrevive».

Con un esfuerzo sobrehumano, logró entreabrir los ojos. Solo distinguió manchas de luz y formas vagas de colores que se fueron aclarando poco a poco. Había una persona a su lado, con el rostro andrógino y pelo corto. Iba vestida de blanco. Había otra más a su izquierda, la oía respirar. Trató de girarse hacia ella, pero no pudo. El cuerpo le pesaba demasiado y no le respondía.

—Oh, parece que ha medio vuelto en sí, por fin —dijo la segunda, con una voz profunda y grave. Parecía divertida y encantada, como si le gustara lo que tenía delante. Sintió ganas de escupirle en la cara—. Bueno, ya te tenemos, ¿verdad? Ha costado un poco, pero aquí estás.

—Lo que no entiendo, Morgens —dijo la primera persona, la del pelo corto, provocándole un escalofrío de terror—, es por qué no has capturado antes a esta cosa. Lleva ya días dando vueltas por el sistema. Tendríamos que haberla atrapado en cuanto puso un pie en Jíguāng. Todas tus dudas han retrasado muchísimo el proyecto. En Nurul no van a estar nada contentos si no llegamos a tiempo. Si era algo tan sencillo como poner su organismo hasta arriba de drogas, toxinas y venenos…

A través del dolor, a través de la confusión, a través del odio, pudo escuchar claramente como Morgens reía.

—¡Eres tremendamente divertide, doctore!

Quiso girarse, volverse hacia él y verle por fin la cara… Sin embargo, todo parecía cortado y desconectado más allá de su mente. Solo podía renombrarse, renombrarse y renombrarse, manteniéndose con vida, aunque al borde de la muerte. Cerró los ojos. Perdía la consciencia otra vez.

«No, no, no».

Intentó luchar. Un momento más, un instante más. Tenía que ver a Morgens, dudaba que fuera a tener otra oportunidad.

—No te rías de mí, Morgens. No eres tú quien tiene que rendir cuentas a todos esos estirados de Central.

—Oh, pero deja que te explique, doctore. La cosa es que entonces no era el momento adecuado. Cada cosa tiene sus tiempos y debe ocurrir justo en el instante preciso. Y ese instante es ahora. Sea como sea, ya puedes comenzar. Como tú misme has dicho, ya casi es el día y no podemos permitirnos más retrasos. Eso sí, usa el transfusor que te he dicho, quiero ese modelo y no otro.

—Ese es otro tema que quería tratar contigo. ¡Como si no tuviéramos aquí! Vaya gasto de dinero traerlo de tan lejos…

—¡Chist, doctore! Estoy al cargo de este proyecto, ¿no es así? —Una pausa, un momento de silencio—. Pues dame entonces el placer de elegir.

No pudo hablar, no pudo gritar. No pudo resistirse. Sintió cómo le insertaban una vía en el brazo y luego varias más en las venas del cuello, también cómo colocaban algo sobre la cabeza que le presionó el cráneo y le perforó la piel hasta llegar hueso.

Los pensamientos se le empezaron a escapar por entre los dedos, difusos y etéreos como la niebla. Era como un túnel donde había sombras por los bordes y un punto de luz al fondo, al final y en el centro.

Con un esfuerzo que casi estuvo a punto de acabar con él, ella, elle, logró girar un poco la cabeza hacia Morgens. Y ahí estaba, justo a su lado, mirándola, mirándole, mirándolo, con esos ojos de un intenso color azul. ¿O tal vez eran negros? ¡No veía bien! ¡Estaba todo tan borroso! ¡Necesitaba saberlo! ¡Necesitaba asegurarse!

Quiso llorar y no pudo cuando Morgens chasqueó los labios y se dio la vuelta para alejarse de ella, elle, él, en dirección a algo que parecía una puerta. No tardó en desaparecer como si solo fuera un sueño, un recuerdo, un fantasma.

Y ella, elle, él, en un intento de combatir todo lo que le estaban inyectando, se renombró, se renombró, se renombró…

QUINTA PARTE

Unión

Instalaciones subterráneas secretas de la Federación.
Luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
Fecha desconocida. Hora desconocida.

Se renombró, se renombró, se renombró. Entre brumas, entre sueños. Entre fragmentos de recuerdos astillados.

— oOo —

Habían intervenido su proyector corneal. Ella, él, elle no había enviado aquel mensaje, como tampoco había enviado el de Sunce. Solo que sí lo había hecho. ¿Qué pasaba con Lufsa y Ebesh? ¿Por qué mentían? Solo que tal vez no lo hacían.

Morgens los había renombrado. Lo vio en la mirada desenfocada, en cómo se quedaban en blanco, con las facciones algo flácidas, primero uno y luego el otro.

Una sensación extraña comenzó a oprimirle el pecho y un gemido estuvo a punto de brotar de sus labios. Era algo parecido al dolor, a una ausencia, a un anhelo que casi le impedía respirar. Apretó los dientes y los ojos se le llenaron de lágrimas, porque ya no podía aguantar más la soledad.

Solo que nada de aquello había ocurrido de verdad.

Recordaba haberlos renombrado, aunque no sabía para qué. Nunca había habido allí ningún Morgens, tan solo ella, elle, él y sus agentes.

Sin embargo, eso tampoco era cierto.

Porque no había quedado con Lufsa y Ebesh en Zvezde.

No había vuelto a Plava ya entrada la noche. No había caminado por la ciudad hasta el amanecer.

Nada era real y, al mismo tiempo, todo lo era. Dobles, triples recuerdos, arremolinándose en su interior, nublando su mente.

— oOo —

Sentía el dolor en la sangre y en el estómago mientras Ebesh la, lo, le miraba desde arriba, sacudiendo la cabeza con tristeza, como si se apiadara de ella, él, elle. Traición. Pero no podía ser verdad porque estaba renombrado para serle leal justo antes de la reunión en el espaciopuerto. Solo que… solo que…

Lo recordaba y no lo recordaba, como si todo estuviera roto, fragmentado, como un cristal. Se estaba perdiendo en su propia mente, como en un laberinto, como en el vacío del espacio, navegando

sin rumbo, sin salida.

Y Lufsa estaba muerto por su culpa. Porque algo había salido mal, aunque no sabía el qué.

Le entraron ganas de llorar, de miedo, de tristeza, de frustración, de odio. De añoranza, de dolor, de pérdida, de soledad…

Tenía fiebre. No podía respirar. El cuerpo le abrasaba. Intentó abrir los ojos convencida, convencido, convencide de que soñaba, pero no logró hacerlo.

Se renombró.

— oOo —

Había más cosas sepultadas en las profundidades de su mente. Cosas que presionaban, insidiosas, contra su consciencia y que, sin embargo, eran inaccesibles, escurridizas como corrientes de aire que, a pesar de todo, intentaban salir a flote.

Amigos perdidos. Gente a la que había querido y que ya no existía.

Muerta.

Una sala llena de gente sacrificada.

Por una enfermedad. Porque no les creyeron.

Por un silencio. Para que no hablaran.

Por miedo. Porque era traición.

Estrellas. Una nave.

Un plan. Una decisión.

Sus madres, solo que no eran sus madres.

Zong-Mao, solo que no era Zong-Mao.

Merece el precio a pagar. Ellos venían.

Olvido. Luego recuerdos.

Pero todo aquello no podía, no podía, no podía salir porque no… no… no… Porque le dolía. Porque solo quería gritar y que las lágrimas resbalaran por fin por su rostro.

Porque le ardían las venas.

Se renombró.

Porque sentía que su corazón se iba a parar de un momento a otro.

Se renombró.

Porque sus riñones fallaban.

Se renombró.

Porque su metabolismo estaba al borde del colapso.

Se renombró.

Porque estaba alucinando o soñando o recordando. Todo a la vez.

O tal vez solo muriéndose.

Se renombró.

— oOo —

Dolor, dolor, dolor, calma…

Le resultaba difícil aferrarse a los escasos momentos de consciencia que tenía de forma esporádica. Tal vez se estaba acostumbrando a los ciclos de fármacos, venenos, toxinas y otros cientos de substancias que le estaban inyectando. Tal vez los habían espaciado, porque algunos dañaban su preciado ADN, ese que necesitaban para su ejército de clones.

Los odiaba, pero más se odiaba a sí misma, mismo, misme por haberse dejado atrapar, por no haber podido predecir todo aquel entramado dentro de otro entramado al que se había visto arrastrada, arrastrado, arrastrade.

¡Su propio gobierno! ¡Su Federación! Todo había sido siempre una trampa.

Llegó la oscuridad, esta vez en medio de un nuevo dolor, cuando alguien se acercó para clavarle algo punzante en las entrañas.

Todo se apagó.

Se renombró, se renombró, se renombró…

— oOo —

Dolor, dolor, dolor, calma…

Abrió los ojos. Sombras. Figuras. Luces en el techo. Movimiento a su derecha, impreciso, desenfocado. Apenas lograba ver.

Había alguien a su lado, solo que nunca era la misma persona. Una tras otra, pasaban, pasaban, pasaban. Transfusiones de su sangre filtrada. Gente del gobierno a la que proteger y a la que renombrar. A la que cambiar. Una tras otra, tras otra, tras otra. Aunque eran quimeras de renombrador y no líderes de la Federación. Futuros moldes de clones. Inestables, sí, pero no tanto como los creados con genes sintéticos.

—¿Estás seguro, Morgens?

—Claro que sí. Le doctore dice que tendrán una vida media de bastantes meses, tal vez lleguemos incluso al año. Se acabarán descomponiendo, por supuesto, pero todo lo aprendido durante el último año nos servirá con los nuevos.

—¿Y su entrenamiento? ¿Lo harás…?

Las voces se perdieron de nuevo en medio de una bruma negra, densa y pesada.

Se renombró, se renombró, se renombró…

— oOo —

Dolor, dolor, dolor, calma…

Una mano en la suya. Tibia, suave. Reconfortante. Volvía a estar contemplando las estrellas desde el mirador de la nave. Le dolía el corazón, el alma, el pecho. Habían tomado una decisión y era inevitable. Debían hacerlo, aunque perdieran lo que más amaban en el mundo.

Merecía el precio a pagar.

—Sé lo que te estás preguntando, lo sé porque, aunque no me creas, te conozco y sé que haces bien tu trabajo. Ha sido todo un reto traerte hasta aquí, aunque nunca imaginé que sería tan complicado, que te resistirías tanto. Y eso que me avisaste. —Un suspiro, una caricia sobre su piel seguida de la leve crispación de unos dedos sobre su carne—. Tú has hecho tu parte. Ahora seguiré yo con la mía, esa que se me da tan, tan bien, tal y como dijiste. Lo siento. —Un segundo suspiro, más profundo que el anterior, el crujido de un cuerpo al moverse. Un cambio en el tono de la voz, que ahora era más alegre, tal vez—. Has estado tan, tan cerca, ¿sabes? Aunque no lo suficiente.

Las estrellas destelleaban frías contra el fondo negro del universo. La nave en la que viajaban se movía lenta e inexorable hacia su destino, todo lo despacio que podían permitirse dada la urgencia de la misión.

—¿Por qué hace todo esto la Federación? Te preguntarás. ¿Es que es tan mala como la Unión? ¿Es que no ha habido nada que nos haya diferenciado de ellos todo este tiempo? ¿Es que creía en una mentira? La respuesta es sí. Y no.

Contemplar las estrellas le relajaba el cuerpo y, sobre todo, la mente, llenándola de paz. Allí, en las profundidades del espacio, no había guerras. No ahora, al menos; no desde que se firmaron los tratados de alto el fuego tras la Guerra Total.

—Pero lo más importante no es eso, sino lo que no te has preguntado nunca. Y ahí es donde están las verdaderas respuestas. ¿Por qué iba la Unión a crear clones en otro sitio que no fueran sus propios planetas? ¿Por qué toda esta inversión de recursos para hacer algo aquí que podrían hacer en sus sistemas? ¡Ah, sí! Porque te queríamos a ti. Solo que eso no es una razón de peso. De haberlo deseado, podríamos haberte atraído también a nuestra zona. Un susurro aquí, un renombre allá y habríasvenido igual. Pero tienes razón, era más fácil que acudieras a Xhing-an.

Zhong-Mao estaba a su lado. Sentía su presencia reconfortante aun sin verla. Solo que sus ojos ya no eran negros, sus manos ya no eran frías y sus hombros ya no eran estrechos. No se parecía en nada a Zhong-Mao, pero ¿quién iba a ser si no?

—Lo que pasa es que hay algo más. Porque la verdad es que todo esto de las quimeras renombradoras era, y es, un proyecto caro, muy, muy caro. A la Unión le habría supuesto una inversión de recursos

ingente y aterradora que no estaba dispuesta a asumir. Así que, pensamos, ¿por qué no hacer que la Federación lo haga por nosotros renombrándolos masivamente durante años? ¿Por qué no usar las instalaciones, las personas y el dinero del enemigo a nuestro favor? Un buen plan. Un plan elegante. Uno complicado. Y por eso me lo encargaron a mí.

La mano de Zhong-Mao estrechó sus dedos con fuerza. Con cariño, con amor. No dijo nada, no hizo falta; ese simple gesto bastó para que comprendiera cuánto se amaban.

Sus manos se separaron y todo fluyó de nuevo hacia la lejanía, hacia un pozo cálido y frío y ardiente de dolor.

Se renombró.

— oOo —

Dolor, dolor, dolor, calma…

Iba a morir. Lo supo en el mismo instante en que volvió a flotar otra vez hacia la consciencia. Si no hacía algo pronto, iban a acabar con elle, ella, él. Su cuerpo estaba cada vez más degradado y le empezaba a costar incluso fluir y renombrarse. Estaba consumide, consumida, consumido. Tenía sed y hambre. Lo que le estaban inyectando como sustento ya no era suficiente, tal vez por eso no había meado siquiera y era otra de las razones de que su organismo se estuviera intoxicando.

Se obligó a abrir los ojos con un enorme esfuerzo y luego a enfocar la mirada. Aquella nimiedad hizo que se quedara sin aliento.

«Huir… ¿Cómo?».

No lo sabía. Bastante tenía con mantenerse con vida.

«Pero no podré… No podré… mucho más. No…».

La cabeza se le empezó a ir de nuevo, así que se concentró solo en respirar. Volvió a renombrarse. No podía dejarse ir, necesitaba claridad, necesitaba poder pensar. Tenía que escapar. Costara lo que costase. Aunque gastara más energía de la que podía permitirse. Debía salir de allí cuanto antes. No solo para sobrevivir, sino también para detener la locura en la que se había embarcado su gobierno. Porque… Porque…

Recordaba algo entre medias de sus sueños. Unas palabras que quizá provenían de su propia mente. Porque todo tenía sentido si metía en la ecuación que su gobierno había sido renombrado por la Unión para poner en marcha aquel plan.

«Puede que… haya esperanza».

Se arriesgó a cerrar los ojos una fracción de segundo y los volvió a abrir, tratando de aclarar su visión. ¿Se sentía algo más centrade, centrada, centrado? Parecía que sí, aunque no sabía por cuánto tiempo.

Miró a su alrededor sin mover la cabeza, porque no tenía fuerzas para nada más, y vio que estaba en una habitación de paredes blancas sin ningún tipo de decoración. Estaba más o menos en el centro, atade, atada, atado a una cama A un lado estaba la máquina que le dispensaba todo lo que le, la, lo estaba matando. Al otro lado, tenía la que le daba lo poco que le, la, lo mantenía con vida. Podía sentir vagamente las vías que se adentraban en ambos brazos.

«También sé algo más. Me extraen trozos de ADN que luego usan para sus clones».

Volvió a sentir un vahído y tuvo la tentación de acurrucarse y dormir. Estaba tan cansade, cansada, cansado. Solo deseaba que todo acabara de una vez.

«No, no, no. Soy fuerte, más de lo que creen. Sigo aquí porque… porque replico todo el código genético que me sacan y relleno de nuevo los huecos. Por eso me estoy consumiendo tanto y no dan a bas…».

Los ojos se le volvieron a cerrar y los abrió de nuevo con rapidez, con la respiración acelerada.

«Luchar. Escapar ya. O… demasiado tarde. No creo que… No creo…».

Se renombró.

Un leve susurro llamó su atención. Lo había oído antes, o eso creía, en otro de aquellos escasos momentos de lucidez. Era un siseo parecido al de una esclusa de seguridad biológica. Oyó pasos. ¿Morgens? No, él no, otra persona; o, más bien, otras dos. Acababan de entrar y se acercaban. Apenas conseguía enfocarlas, aunque sí lo suficiente como para ver que ambas iban ataviadas de blanco. Una era alta y robusta, de cabello morado recogido bajo el gorro quirúrgico y piel escamosa del color de la plata. La otra era más baja y regordeta, con la piel anaranjada y sin un ápice de pelo. Las dos llevaban un dispositivo externo con el visor desplegado.

—Los datos son prometedores, como Morgens decía —comentó la alta, mirando hacia el infinito, o más bien a algo que se proyectaba sobre su córnea—. Dentro de poco estará todo listo y ya no nos hará falta esta cosa.

—Es horrendo, ¿verdad? Ver cómo cambia todo el rato… Ugh. Menos mal que tenemos esas abrazaderas de nanos que se adaptan que, si no, no podríamos retenerla.

—Porque Morgens nos hizo preparar todo esto con tiempo, que si no…

—Ya, y no sabes cómo me alegro. Es increíble que el gobierno haya dejado a esta cosa moverse a sus anchas por toda la Federación durante décadas en lugar de encerrarla en un laboratorio y usarla para algo útil como hacemos nosotros.

—¿Te refieres a crear un ejército de cosas como ella? Porque es justo eso lo que estamos haciendo, por si no te has dado cuenta. Dentro de poco vamos a tener a miles de seres así por todas partes.

—Ya, ya, ya, no hace falta que me lo repitas —interrumpió la bajita—. Pero esos otros son inestables, esa es la diferencia. Se descompondrán y morirán cuando ya no nos sean útiles. Ninguno será un peligro para siempre. No como este.

—Solo hasta que se mueran. Yo no estaría tan feliz, van a estar meses por ahí, puede que hasta un año o más.

—Ya, sí, eso sí… Aunque al menos Morgens parece saber cómo controlarlos. O eso dice.

—¿No le crees? ¿Después de todo lo que ha hecho estos años sigues sin creerle? ¡Que nos lo ha enviado el gobierno!

—Ya… Precisamente…

Las dos personas comenzaron a revisar tanto los aparatos como su estado físico. La más baja había posado sobre su pecho algo que no podía ver y que emitía un pitido de vez en cuando. Si se habían dado cuenta de que podía verlas, no se inmutaron siquiera.

—¿Qué pasa? Ese ya que has soltado…

Hubo un corto silencio antes de que la de piel naranja se decidiera a responder.

—¿Sabes lo que creo? Que el cambio de política de cuando esto empezó no ha sido normal. Creo que les han hecho algo. Renombrado o algo así.

—¿En serio? ¡Es absurdo! Lo que pasa es que ya era hora de que hicieran algo para librarnos de la Unión. ¡Por fin alguien sensato en el gobierno que se atreve a tomar decisiones difíciles!

—Ya… Bueno, sea como sea, esta cosa se muere. —La bajita recogió lo que le había dejado sobre el cuerpo, se lo metió en un bolsillo y resopló—. Parece estar algo más estable que ayer, pero… Ya sabes, a veces pasa. Se mejora un poco y luego… ¡Zas! Se para el corazón y se queda en el sitio. No creo que llegue a pasado mañana, la verdad, así que más vale que le saquemos todo lo que necesitamos cuanto antes.

Se encogió de hombros y le dio la espalda para dirigirse hacia la puerta. La persona alta la siguió.

—Avisaré a le doctore para que venga a hacerlo. No diré que lo lamente, no después de lo que le hizo a la doctora Biyu.

—Oh, puñetas. ¿Fuiste a verla al salir? Porque yo sí y…

Sus voces se perdieron en la distancia y oyó el siseo del aire de la esclusa. Después el silencio y el zumbido eléctrico de las máquinas que tenía conectadas al cuerpo.

No se movió. Apenas se atrevió a respirar. Le habían confirmado sus peores temores, estaba al borde de la muerte. Y, sin embargo, le

habían dado una idea. Porque sí, tenían razón en algo, se sentía mejor, más estable, más lúcide, lúcida, lúcido de lo que se había sentido en no sabía cuántos días.

Las palabras afloraron a su mente como una burbuja de las profundidades del mar, lentas pero inexorables.

«Inmunidad. Resistencia».

Había logrado que una de las cosas que le inyectaban no le hiciera efecto. ¿Podría conseguirlo con alguna más? Merecía la pena intentarlo, después de todo no tenía ya apenas nada que perder.

— oOo —

Al principio, las sustancias que le inyectaban rotaban demasiado rápido como para probar aquella idea, pero ahora los ciclos de recambio estaban más espaciados. Sin embargo, no dejaba de ser arriesgado. Un error y…

Esperó a que el aparato de su izquierda chasqueara y, justo cuando notó que el nuevo tóxico entraba en su torrente sanguíneo, se centró en los efectos y lo dejó actuar.

Primero comenzó a costarle respirar y luego sintió cómo se mareaba. Un hormigueo empezó a extenderse por sus músculos partiendo de la vía del brazo.

«Afecta… nervios… Cerebro… Transmisión…»

Pero no sabía cuáles. No lo sabía…

Jadeó. Se estaba… muriendo… No. No. ¡NO!

Se renombró y probó una combinación que hizo que su organismo produjera una serie de sustancias que le había funcionado en una ocasión hacía ya mucho tiempo, tanto que no recordaba dónde. Luego otra y otra más y otra más. Con lentitud, poco a poco, buscando identificar cuál funcionaba mejor para contrarrestar lo que le estaba entrando en su cuerpo en ese momento.

Su presión arterial se desplomó. Empezó a sonar una alarma sobre su cabeza. Dejó de respirar y sintió que se le dormía todo el cuerpo.

Se iba… No podía…

Una súbita punzada de agonía.

Aire de nuevo en sus pulmones. Cada nervio de su cuerpo parecía haberse incendiado, poniéndose al rojo vivo. Quiso gritar, sin embargo, no lo hizo. Apretó los dientes con tanta fuerza que temió hacerse daño e inhaló con fuerza en unos siseos entrecortados.

Se renombró una vez más para atenuar el dolor que le suponía volver a la vida, sin dejar de mantener lo que quiera que fuera que había hecho para sobrevivir. Jadeó con los ojos desorbitados, mientras miraba sin ver el techo.

¡Lo había logrado! ¡Lo tenía!

Le habría gustado reír, pero se conformó con resollar en un

remedo de risa.

«Ahora… a por lo otro. O lo hago ahora o no saldré nunca de aquí. Puede que no tenga otra oportunidad».

Se mordió el labio inferior y trató de tragar saliva para aliviar un poco su garganta reseca, sin embargo, no había nada en su boca, solo babas pastosas. Tuvo ganas de llorar.

En vez de eso, miró las cintas que le aprisionaban las muñecas, brazos y muslos y descubrió que eran de tejido de nanos, igual que su ropa. Había muchísimas empresas en toda la Federación que trabajaban con ese tipo de material, pero en Xhing-an no eran demasiadas. De hecho, creía recordar que había una en concreto que tenía casi el monopolio; se había informado sobre ella por si tenía que reparar su traje en algún momento, así que podía probar con ella y... No. Mejor no. Sin acceso a la net lunar, iba a ser casi imposible renombrar aquello. Aunque conociera al fabricante, sin los creadores del código y el número de serie de los nanos, esa información no le servía de nada. Tenía que buscar otra cosa.

Sus ojos recorrieron frenéticos la habitación, de pared a pared, del techo al suelo, del aparato de su derecha al de su izquierda… Y al que había justo al lado de la sonda nutricional y del que también salían tubos que iban directos a sus venas, aunque la llave que permitía el paso de su sangre hacia allí estaba cerrada.

Sonrió de oreja a oreja, incapaz de creerse lo que estaba viendo. Era un transfusor. Uno casi idéntico al que empleaban en Aeni cuando donaba sangre para proteger al gobierno. Más aún, se dio cuenta de que conocía ese modelo a la perfección. Era de la misma marca y ahí, en la esquina, tal vez podía… Con un esfuerzo que le dejó sin aliento durante varios segundos, tensó el cuello hasta que logró ver el número de serie.

Lo paladeó varias veces entre los labios, incapaz de creerse la suerte que acababa de tener.

«Así que no solo les meten mis genes, sino también mi sangre. Pues bien, lo van a lamentar».

Entrecerró los ojos y proyectó su consciencia hacia el aparato. Estaba casi pegado a la cama y justo a la altura de su antebrazo lo que resultaba perfecto. Sintió de inmediato la sofisticación de su interior, los filtros, el sistema informático que lo controlaba, los tubos, las bombas… No obstante, ignoró todo eso y se centró en la carcasa exterior y la renombró al tiempo que pronunciaba en un susurro el nombre verdadero.

Primero alteró su forma, creando una larga prolongación en la cara exterior que orientó hacia la atadura de su muñeca. Tuvo que apurar casi toda la materia, y aun así no bastó, se quedó corta por poco más de un palmo. Maldijo entre dientes con voz trémula y

agotada, al mismo tiempo que empezaba a tener mucho frío, Se renombró una vez más para eliminar el cansancio.

En condiciones normales, el tercer cambio no le habría supuesto problema alguno, sin embargo, ahora, con las fuerzas mermadas y el organismo al borde del colapso solo esperaba que el esfuerzo no le, la, lo matara. Su respiración se hizo más y más entrecortada y empezó a marearse. La sangre comenzó a palpitarle en las sienes y el cuello. Redujo su tamaño con mucha, mucha lentitud, acortando las piernas y el grosor de los huesos, haciéndose todo lo menuda, munudo, menude que pudo, para que la ligadura que le inmovilizaba los brazos se desplazara en aquella dirección, acompañando el cambio.

«Eso es. Ahí, justo ahí. Ahora… Ahora lo otro, el proyector. Un poco más». Empezó a ver borroso y parpadeó para aclarar su visión. «Vamos, vamos. No puedo fallar».

¡Sí! ¡Ahí estaba! ¡Llegaba! Había logrado encajar la punta de la aguja de la cobertura renombrada en la brida de la muñeca derecha.

Se intentó humedecer los labios y tragar algo de saliva, pero no pudo hacerlo. Todo estaba reseco, denso y viscoso. Deshidratado.

«Venga. Solo un poco más».

Una cuarta renombración alteró la estructura de la espina plástica para transformarla en una lámina delgada. Una quinta, que le hizo estremecerse tanto que durante un rato no fue capaz de ver, la transformó en metal y la desplazó hasta que la parte plana estuvo en contacto con el tejido de nanos. Por último, una sexta, que estuvo a punto de dejarle, dejarla, dejarlo inconsciente, la electrificó.

Sintió la descarga en todo el cuerpo. Apretó los dientes. Gimió. Se retorció con fuertes sacudidas hasta que, de pronto, todo cesó cuando consiguió liberar por completo la muñeca. Los nanos perdieron estructura y cayeron desactivados al suelo y sobre la cama como copos negros y plateados. Los que ceñían su codo se aflojaron lo suficiente como para que pudiera arrancar el brazo incluso tan débil como estaba.

Cerró los ojos e inhaló una, dos, tres veces, sin creerse que lo hubiera conseguido. Durante un segundo se dejó llevar, comenzó a fluir de inmediato y sintió cómo su cabeza empezaba a perderse en algún lugar neblinoso y cálido…

«No, no… No te duermas. Tienes que salir de aquí».

Con un brusco respingo, volvió a abrir los ojos, respirando de forma entrecortada. Alzó el brazo libre con un esfuerzo casi sobrehumano y se horrorizó al ver que, cambiara lo que cambiara, no era más que piel y huesos. Sintió unas súbitas ganas de echarse a llorar, pero se las tragó con furia y rabia. Iban a pagar por ello. Todos los de aquellas instalaciones iban a hacerlo. Los iba a renombrar y…

Y no tenía fuerzas. Bastante haría si lograba huir.

La mano le temblaba tanto que tardó en deshacerse de las ligaduras de nanos del otro brazo y de los pies. El mero hecho de incorporarse estuvo a punto de hacerle perder la consciencia. Cuando acabó, todo giraba y giraba a su alrededor tan borroso que no podía identificar nada de lo que tenía delante. Así que se quedó inmóvil durante lo que le parecieron largos minutos, centrándose solo en respirar. Cuando se sintió algo mejor, miró su cuerpo por primera vez en no sabía cuánto tiempo.

Se le marcaban las costillas de forma atroz, tenía el vientre hundido y los muslos eran más delgados que el resto de la pierna. Estaba desnutride, desnutrida, desnutrido. Ante la falta de comida, su cuerpo se había estado consumiendo a sí mismo para poder renombrarse una y otra vez. De algún lado había tenido que sacar la energía para hacerlo y había sido de allí.

Quiso llorar. Quiso dejarse morir. Pero no podía hacerlo ni podía rendirse. Tenía que seguir adelante, luchar, costara lo que le costase, y salir de allí, por muy débil que estuviera.

«Hay esperanza. Todavía la hay. Tengo que encontrar a Morgens y matarlo, si acabo con él todo se arreglará».

Se acordó entonces de Errgan o, más bien, de lo último que le había escuchado decir a Ebesh. «Errgan ya me advirtió de que esto podía pasar y por eso me dijo qué usar para dejarte fuera de combate».

La Federación le había traicionado.

«No, la Federación no, la Unión. Los han renombrado. Han destruido mi vida, mis sueños, mi mundo. Y van a pagar. Los voy a destrozar».

Se volvió con rapidez hacia el dispositivo que le inyectaba venenos y toxinas en el organismo y se arrancó los catéteres con violencia, haciéndose sangre. ¡Por todos los nombres, casi se olvida! Había estado a punto de… Se estremeció de horror y luego se giró, ya con más calma, hacia el tubo de suero que todavía llevaba conectado al brazo derecho. Esta vez tuvo más cuidado al sacar la aguja y la dejó colgando de su bolsa, meciéndose de lado a lado. Por último, desconectó los electrodos que tenía pegados al cuerpo y al cráneo y trató de ponerse en pie.

Las rodillas le fallaron y estuvo a punto de derrumbarse. Por suerte, logró agarrarse a la camilla y se mantuvo allí, en un precario equilibrio mientras se estremecía y temblaba, dando gracias por la suave gravedad de aquella luna.

«Poco a poco. Vamos. Un paso tras otro. Yérguete. Apenas te debe de quedar tiempo».

Con ambas manos apoyadas en la cama, se alzó con lentitud, tratando de conservar la verticalidad. Apretó los dientes y empezó a

arrastrar los pies descalzos con toda su atención puesta en la puerta de la habitación y en cada uno de sus movimientos. Entonces se detuvo. Se miró de arriba abajo. No, no podía salir fuera así, sin ropa, sin nada, sin un arma, débil como un gusano. Echó la vista hacia atrás y retrocedió con un esfuerzo terrible hasta alcanzar la máquina de transfusiones. La agarró y se concentró en ella una vez más.

«¿Disruptor neural? Sí, por qué no. Sé cómo funcionan y sé lo básico para recrearlo. Lo ideal sería convertirlo en un proyector con el que conectarme a la base de datos de nombres verdaderos, pero eso no sé cómo hacerlo. Además, ¡ja!, como si fuera a seguir teniendo acceso a ella después de que me metieran aquí».

Se concentró y renombró el aparato hasta que en su mano apareció algo similar a una vara larga con una boquilla ancha en un extremo y un botón rojo bajo su pulgar. Por desgracia, le llevó más tiempo del que hubiera deseado. Aún no había terminado del todo cuando la puerta que había a su espalda siseó y se abrió.

Se giró con rapidez y se encontró cara a cara con una persona alta y esbelta ataviada con un pantalón ancho y blanco, una bata del mismo color y unas zapatillas que parecían cómodas. Llevaba el cabello de un intenso tono verde recogido bajo un gorro y las manos enfundadas en guantes de nanos. Arrastraba detrás de sí un carrito de levitación lleno de instrumental médico y de lo que parecía un módulo externo de IA que, con toda probabilidad, pensaba insertar en su cama para ayudarle con el despiece. Debía de ser le doctore de quien había oído hablar.

Durante un segundo, ni siquiera pareció darse cuenta de lo que estaba pasando a juzgar por la forma en que miró a su alrededor con unos ojos negros en los que no se apreciaba ni pupila ni iris alguno. Luego se quedó inmóvil, boqueando por el asombro, como si no supiera qué hacer. Lo bueno era que elle, ella, él sí que lo sabía. Acabó de renombrar el disruptor con toda la rapidez de la que fue capaz, lo alzó con un movimiento tan brusco que le envió oleadas de dolor por todo el brazo y disparó. Le doctore se estremeció, se sacudió como un muñeco de trapo y cayó al suelo como un fardo sin dejar de temblar y babear mientras todo su sistema nervioso colapsaba y se apagaba.

Se obligó a mirar, a no apartar los ojos de elle mientras moría. Porque le hubiera gustado cambiar su lealtad en vez de matarle, pero en esas circunstancias no tenía otra opción. Si tenía que asesinar a todo el mundo en aquel laboratorio inmundo para poder ser libre, que así fuera. O, al menos, a quien se cruzara en su camino. Al fin y al cabo, no era ningune, ninguna, ningún psicópata.

— oOo —

Aguardó para ver si venía alguien más detrás y, tras cerciorarse de que

no era así, se arrodilló junto a le doctore, le quitó la ropa y se la puso todo lo rápido que le fue posible. Al menos así ganaría algo de tiempo antes de que se dieran cuenta de que no era quien esperaban que fuera. Se tuvo que renombrar para parecerse físicamente lo más posible a le doctore y, aun así, aquellas prendas le quedaron enormes.

Ahora era Tierry, un hombre bisexual cis y joven. Era bajito, ágil, con la piel broncínea, ojos negros sin pupila ni iris y corto cabello verde. Le gustaba el silencio y la tranquilidad y era muy observador, características que iba a necesitar. Seguía estando en los huesos, pero no podía hacer nada para remediarlo sin comer en abundancia. Lo malo era que en aquel momento su cuerpo estaba demasiado consumido como para poder hacer otro tipo de renombración.

Una vez vestido, cogió el disruptor del suelo, se puso de nuevo en pie, apoyando ambas manos en las rodillas, y se encaminó hacia la puerta tambaleándose por el agotamiento. Seguía con sed y hambre, tanta que le costaba concentrarse, y si no hacía algo pronto para remediarlo, los riñones le fallarían por completo y…

«Agua. Comida. Salir. En ese orden. En el cambiador de acceso tiene que haber un baño. Primer destino. Beber. Solo un poco; lo suficiente para seguir adelante sin que me siente mal».

Se acordó de algo en el último momento, así que retrocedió un par de pasos, volvió a arrodillarse con dificultad junto al cadáver y le arrancó de detrás de la oreja el proyector personal. Se lo colocó y lo activó, esperando que fuera uno de los baratos, abierto para cualquiera que trabajara en las instalaciones. No hubo suerte, nada más acceder, le pidió la identificación, una que no podía dar. Al menos lo había intentado. Maldijo entre dientes y volvió a levantarse para caminar con paso cansado hacia la puerta.

Presionó con una mano temblorosa el botón que abría la esclusa de seguridad y entró en ella. La puerta se cerró a su espalda y solo entonces se abrió la que daba al exterior. Se arrastró fuera y se apoyó en la pared para recobrar el aliento. Aprovecho para mirar a su alrededor. Estaba en una pequeña sala con un banco a la derecha y tres taquillas a la izquierda. Justo a su lado, había un agujero en la pared para desechar el traje que llevaba puesto y reconstruirlo para la siguiente persona que pudiera necesitarlo. Al fondo había dos puertas, una con el holosímbolo de «baños» en su superficie y la otra sin nada. Esa sería la salida.

Tierry asintió y probó a abrir las taquillas, dos estaban vacías y en la tercera encontró ropa que debía pertenecer a le doctore. Se quitó los pantalones y la bata corta, los dejó tirados en el suelo y se cambió. A continuación, se miró en el espejo que había en la puerta interior y se renombró una vez más para terminar de ajustar su aspecto al del cadáver que acababa de dejar atrás. Solo que más demacrado, mucho

más escuálido y mucho menos sano, que ya era decir. No serviría para engañar a nadie durante mucho tiempo, pero esperaba que sí lo suficiente.

Cogió el disruptor que había dejado en el banco y entró en el baño para beber algo de agua. Tenía intención de hacerlo poco a poco, sin sobrepasarse, pero en cuanto el líquido entró en su boca comenzó a tragar con un ansia atroz hasta que le dolió el estómago. Finalmente, se apartó con las manos temblorosas y el rostro mojado y se pasó la lengua por los labios, disfrutando de la humedad. Casi de inmediato, su cuerpo comenzó a estremecerse cuando unos incontrolables sollozos sacudieron sus entrañas. Era alivio. Era felicidad. Era dolor por verse en esa situación. Todo a la vez. Se abrazó a sí mismo, inhaló y exhaló un par de veces de forma entrecortada y acabó por inclinarse hacia adelante para apoyar la frente en la pared hasta que todas las emociones hubieron pasado.

Se secó la cara, sorbió los mocos que le resbalaban de la nariz y luego salió de allí con el disruptor oculto a su espalda. No pensaba llevarlo en un bolsillo donde le costara sacarlo, en lo más mínimo, no iba a permitir que volvieran a capturarle.

Abrió con precaución la puerta del vestuario y echó un vistazo a lo que había del otro lado. Se encontraba en medio de un pasillo no demasiado largo. Hacia la derecha había varios accesos a diferentes salas y, a poca distancia, en la pared de enfrente, una cristalera. En aquella dirección, al fondo, el corredor se dividía en una T.

Hacia la izquierda, en cambio, el pasillo tan solo giraba en esa misma dirección. También vio varios holos en las paredes que indicaban qué era cada habitación, así como qué había en las distintas direcciones. Uno de ellos, justo en la T, marcaba la salida de emergencias más cercana en brillante color verde.

Tierry sonrió de medio lado.

«Por allí, ¿eh? Bien, pero esa cristalera puede ser un problema y casi seguro que hay cámaras de seguridad en alguna parte».

Aquel pensamiento le hizo estremecer. Tenía que darse prisa antes de que saltaran las alarmas, no solo antes de encontrarse con alguien. Iba a salir de allí e iba a hacerlo rápido. Lo que no podía hacer, desde luego, era entretenerse buscando los clones quiméricos con su ADN para destruirlos. No tenía tiempo, ni recursos ni fuerzas.

Una vez más, sintió cómo la verdad oprimía sus entrañas. Toda su misión no había sido sino una farsa, una trampa, algo creado para atraerlo hasta Xhing-an y poder usarlo a su antojo. Y ahora estaba solo.

Aunque quizá sí queda esperanza, pero ¿cómo darle forma? Tal vez…

«Podría buscar a Ebesh y renombrarlo. Que me de acceso a la

base de datos de nombres verdaderos. Empezar de cero otra vez».

Tierry cerró los ojos un instante. Era un plan. Uno horrible, sí, y al mismo tiempo todo cuanto tenía. Al fin y al cabo, el de Ebesh era el único nombre verdadero del sistema que había memorizado.

Se humedeció los labios y se escurrió fuera de la habitación, luego giró hacia la derecha. Le hubiera gustado correr, sin embargo, en su estado actual le era imposible, ni siquiera con la gravedad de Zhinyu. Así que se conformó con trotar lo más rápido que pudo, reduciendo la velocidad por si acaso cada vez que se acercaba a una puerta. También mantuvo en todo momento un ojo puesto a su espalda, vigilando que nadie girara por el pasillo del fondo. El silencio era casi total, roto solamente por el zumbido apenas audible de las máquinas que reciclaban el aire y el retumbar de sus pasos contra el suelo.

Antes de llegar a la cristalera, tuvo que detenerse a recobrar el aliento con las piernas temblándole de tal forma por el esfuerzo que amenazaban con fallarle. Podía sentir cómo el corazón le latía tan rápido y fuerte que hasta le dolía y cómo la temperatura de su cuerpo empezaba a bajar de una forma que no le gustó. Apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos, concentrándose solo en respirar y en el flujo de la sangre por sus venas.

«Tal vez… Tal vez… haya algo que pueda hacer… aunque sea…».

Necesitaba fuerza, resistencia, por poca que fuera. Se renombró al borde del colapso y notó de inmediato que se consumía un poco más, pero al menos funcionó. Lo que no sabía era por cuánto tiempo aguantaría aquel apaño ni si le permitiría salir con vida. Lo malo era que no tenía otra opción.

Inhaló hondo, todavía algo mareado, y se asomó, medio agachado, por la esquina más cercana a la cristalera. Lo que vio en el otro lado lo dejó sin aliento y le encogió el corazón. Sintió ganas de llorar de nuevo. Porque allí, detrás del panel, había miles de camas con miles de personas sumidas en un sueño inducido que fluían y fluían y fluían sin cesar y sin control. Eran las quimeras que llevaban sus genes. Las quimeras innombrables que luego iban a clonar, si no lo habían hecho ya, para tener un ejército que lanzar contra la Unión. De solo presenciarlo se le revolvieron las tripas y el estómago se le contrajo de las náuseas. Aquello no estaba bien, no había ningún escenario en el que pudiera estar bien. Nada lo justificaba.

«Oh, pero sí lo hace. Es nuestra responsabilidad, no hay nadie más».

Casi le pareció oír esos pensamientos a su espalda, en su oído. Solo que esta vez no era la voz de alguien desconocido, sino la suya propia. Un fragmento de algo, de un recuerdo, de un sueño. Solo que él no era así, jamás hubiera podido pensar...

Durante un instante le pareció ver un fondo lleno de estrellas y

sentir una mano en la suya, cálida y reconfortante, que se la apretaba con fuerza, rebosante de cariño y de amor. También de tristeza por lo que iban a hacer, por lo que iban a renunciar. Casi como si… como si…

Jadeó y se dejó caer al suelo, incapaz de soportar más lo que estaba viendo. Fuera lo que fuera lo que acababa de ocurrir se desvaneció tan pronto como había llegado, dejándolo confuso y asustado.

«Era como el sueño. El de Zhong-Mao. Solo que no… no era él». Se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes con fuerza, al tiempo que soltaba un gemido entre dientes. «No. No. Vuelve en ti. No puedes permitirte parar. Estás agotado, con todo el metabolismo lleno de tóxicos y vete a saber qué más. Aún no has eliminado todo lo que te han inyectado. Solo son alucinaciones mezcladas con ese sueño raro que tienes una y otra vez. Te estás muriendo, ¡por todos los nombres!».

Se miró la mano y recordó la sensación… Había algo allí que…

Apretó los dientes con rabia y se obligó a no distraerse con tonterías que no podía resolver. Se levantó de nuevo con dificultad y pasó agachado por debajo de la cristalera. Luego, una vez en el otro lado, se irguió y aceleró el paso dejándolo todo atrás.

Al llegar a la T, miró a ambos lados para asegurarse de que no hubiera nadie a la vista y luego giró a la derecha, camino a la salida de emergencia.

Fue justo entonces cuando una alarma comenzó a sonar.

Le habían descubierto.

— oOo —

Una puerta se abrió a su espalda. Y luego otra. Oyó un grito. Se detuvo en seco y se dio la vuelta para asomarse por la esquina en la que acababa de girar. Allí, en medio del pasillo, vio a dos personas vestidas de blanco que miraban de un lado a otro con expresión consternada. No parecía que estuvieran buscando a nadie y mucho menos que se hubieran dado cuenta de dónde estaba. Aun así, no quiso darles la más mínima oportunidad. Justo en el instante en que una de ellas daba un respingo y se llevaba la mano al oído, como si estuviera recibiendo una llamada, alzó el disruptor y disparó, primero a la que acababa de moverse y luego a la otra, antes de que pudiera alertar a alguien. Claro que, el hecho de que ambas se desplomaran muertas en el pasillo ya iba a ser suficiente aviso.

Tal y como se lo esperaba, alguien comenzó a gritar desde dentro de la habitación de la que habían salido. Tierry se tragó un exabrupto y echó a andar todo lo rápido que pudo hacia la salida de emergencia. Era más bien un trote ridículo y tambaleante, pero era todo lo que su

cuerpo podía tolerar en aquel momento. Mientras se alejaba, se maldijo a sí mismo una y otra vez por haber sido tan idiota.

«¡Para qué has adoptado un aspecto similar a le doctore! ¡Por todos los nombres! Lo haces y luego te mueves y acechas como si este no fuera tu lugar».

Pero la cabeza se le iba; apenas lograba pensar. Ni siquiera podía recordar qué aspecto debía mantener. Estaba demasiado enfermo, demasiado mal, demasiado débil.

La alarma seguía sonando, atronadora, anulando casi por completo su mente y amenazando con provocarle una nueva migraña. Jadeó, apoyando la mano izquierda en la pared y siguió andando con los dientes más y más apretados a cada paso que daba. Volvía a estremecerse sin poder sudar, al tiempo que el cuerpo se le quedaba frío como el hielo. Las fuerzas que había obtenido gracias a la última renombración parecían estar escurriéndosele entre los dedos a mucha más velocidad de la que habría creído posible.

Alzó el rostro y vio cómo la salida de emergencia estaba casi justo delante de él. Y, en ese instante, oyó pasos a la carrera a su espalda, acompañados de gritos casi inaudibles por encima del ulular de la sirena.

—¡Está ahí! ¡Ese no es le doctore Caelan!

—¿Seguro?

—¡Maldita sea, sí! ¡Que lleva un arma en la mano! ¡Mira cómo anda!

—¡Atrás! ¡Todos atrás!

Tierry miró por encima del hombro y se encontró con un grupo de cinco o seis personas. Una de ellas llevaba un uniforme que podría ser de seguridad y las otras parecían meros trabajadores del laboratorio. Su rostro se arrugó y los ojos se le hubieran inundado de lágrimas si no hubiera estado tan deshidratado.

Porque no eran ellos a los que quería matar, pero tampoco podía dejar que le apresaran de nuevo, que volvieran a experimentar con él, que lo despiezaran como si no valiera nada más que sus genes. Empezó a respirar de forma entrecortada, al borde de un ataque de ansiedad, incapaz de mantener una forma estable por más tiempo y se dejó fluir con mucha lentitud. Ya no podía hacerlo de otra forma, igual que tampoco era capaz de renombrarse hacia nada en concreto. Ya no le quedaban fuerzas.

Volvió a alzar la mano derecha, temblando, y apenas fue capaz de apuntar antes de disparar. Esta vez falló y nadie cayó al suelo. Al mismo tiempo, vio cómo la persona uniformada empujaba al resto hacia la esquina más cercana para ponerlos a cubierto. Se dio cuenta de inmediato de que se disponía a sacar su arma.

Volvió a disparar, tan solo porque no podía permitirse morir allí.

Sencillamente, no podía hacerlo. Un cadáver más a su espalda no iba a significar nada. Solo que siempre lo hacía. Cada vida que arrancaba dejaba un hueco en su interior que a la larga se transformaba en algo imposible de rellenar, ni siquiera con la renombración. En el transcurso de sus misiones, había ejecutado a algún que otro agente enemigo, ya fuera renombrador o no, pero jamás a gente normal y corriente. Sin embargo, allí estaba él, elle, ella ahora, haciendo justo eso. Porque todas esas personas, por mucho que trabajaran para la Unión, pensando que lo hacían para su propio gobierno, por muy poca ética que mostraran, no tenían en realidad culpa de nada. Estaban renombrados, alienados, y no se les podía responsabilizar del todo de sus actos.

«Ojalá tuviera otra opción. Pero sin sus nombres verdaderos…».

Observó cómo aquella persona a la que no conocía de nada, caía al suelo con fuertes estremecimientos sacudiendo su cuerpo. Oyó los aullidos de terror de la gente a la que había intentado proteger y estuvo a punto de vomitar el agua que acababa de beber junto a un montón de bilis.

Se dio la vuelta y se arrastró hacia la salida de emergencia. Pulsó con rabia el botón que había a la derecha mientras unos desconsolados sollozos sin lágrimas comenzaban a estremecer su cuerpo. Tuvo que hacerlo varias veces antes de conseguir que la puerta se abriera. Veía tan borroso que trastabilló al cruzarla y cerrarla a su espalda. La alarma dejó de escucharse de pronto y un súbito silencio arropó su mente, roto tan solo por sus propios gemidos.

Se encontraba a solas en unas escaleras iluminadas por las frías señales verdosas de la salida de emergencia. De algún modo, se las apañó para arrastrarse hacia arriba ayudándose de las manos y las rodillas. Y entonces se le ocurrió algo. Se detuvo. Se humedeció los labios con una lengua pastosa y miró hacia su espalda para comprobar que había más plantas en aquella dirección. Era arriesgado y podía salirle muy, muy mal.

«También muy bien. Porque me buscarán y esperarán arriba y serán muchos más de los que puedo encargarme. Pero si desciendo, es posible que no logre salir».

Se quedó inmóvil durante lo que le parecieron horas, recobrando el aliento y pensando, aunque seguramente que no fueron salvo unos pocos segundos. A continuación, asintió para sí y tomó la decisión de descender.

— oOo —

Lo hizo poco a poco, resbalando peldaño tras peldaño, sin atreverse a ponerse en pie por miedo a caer. Dejó atrás una planta y luego una segunda; también una tercera. En la cuarta y última se detuvo. Se

mordió el labio y, apoyándose en la pared, se irguió hasta quedar recostado, recostade, recostada en ella. Luego alargó la mano hacia la palanca que servía para abrir la puerta desde ese lado y la presionó con mucha, mucha lentitud.

Hubo un chasquido metálico que resonó con fuerza en el hueco de las escaleras. Empujó con suavidad y el fuerte tronar de la alarma volvió a llenarlo todo. Apenas la abrió lo suficiente como para echar un vistazo al otro lado y, por lo poco que vio, se dio cuenta de que estaba en una especie de sala similar a un despacho. Había varias mesas con proyecciones holográficas que no podía distinguir demasiado bien desde su posición.

Oyó a alguien hablar a gritos desde el interior y se quedó muy quieto, quiete, quieta.

—No, no hay cámaras en la escalera, todavía debe de estar subiendo. —Una pausa—. ¡Pues claro que sí! ¡Esa cosa se está muriendo! ¡Si apenas se tiene en pie! —Otro silencio, esta vez más largo—. Pues mira, vale, esperad cinco minutos más y luego bajad a ver si os encontráis su cadáver en el maldito hueco, yo solo puedo deciros lo que veo y no está en ninguna parte. ¡Me tenéis harta, joder! —Un resoplido—. ¡Vale, vale, ya quito también la puñetera alarma!

No esperó más. Era ahora o nunca, si esperaba a que se hiciera el silencio la vigilante podría descubrir que estaba allí. Así que abrió del todo la puerta de emergencia, tratando de hacer el menor ruido posible, y recorrió la habitación con la mirada. No tardó en ver que estaba desierta, salvo por la mujer que sentada a tres mesas de distancia, dándole la espalda. Era alta, robusta, de brazos musculados y cabello de un blanco tan deslumbrante que parecía brillar bajo la luz que caía del techo.

Cogió aire, sintiendo cómo todo su cuerpo temblaba, porque sabía lo que debía hacer, y, sin soltarse de la puerta para poder mantenerse en pie, alzó una vez más el disruptor neural y lo disparó justo en el instante en que la alarma dejaba de sonar. La mujer se desplomó de inmediato hacia atrás mientras los ojos se le ponían en blanco y rodaba de la silla donde estaba sentada sin dejar de temblar.

Él, elle, ella también resbaló hasta sentarse en el suelo y luego se arrastró hasta el cuerpo inerte. Lo giró y contempló la cara de la vigilante muerta durante largo rato, para memorizar sus facciones. Se quitó el inútil proyector corneal de le doctore y lo sustituyó por el activo de la vigilante, que sin duda coordinaría los holos que flotaban en aquella sala y mucho más. Accedió enseguida a todo el sistema de seguridad de los laboratorios. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió de verdad.

«¡Por todos los nombres! ¡Puede que salga de aquí con vida!».

Se desvistió lo más rápido que pudo y le quitó la ropa al cadáver

para hacerse pasar por ella. Sin embargo, no se la puso; antes tenía que renombrarse y ya no le quedaban fuerzas para hacerlo. Pero allí, en algún lugar, tal vez hubiera algo de comida. Después de todo, los vigilantes como esa mujer pasaban muchas horas encerrados en cuartos como en aquel y el aburrimiento siempre daba hambre.

Usando a todos y cada uno de los muebles como apoyo, logró recorrer la sala abriendo cajón tras cajón, armario tras armario, y recolectando todo lo que fuera mínimamente comestible. Acabó con cinco barritas de proteínas prensadas de diferentes sabores y un recipiente sellado con algo que bien podía ser té, café u otra cosa. Mientras registraba la habitación, atendió a medias las imágenes de las cámaras de seguridad que aparecían como miniaturas en el visor. No tardó en confirmar que tenía razón. Las personas con las que había hablado la mujer estaban esperando a que apareciera arriba, justo en la puerta de salida de la escalera de emergencias. Solo que, tal y como le había oído decir a la vigilante, en cinco minutos como mucho comenzarían a bajar.

Abrió el termo, olisqueó lo que había dentro y estuvo a punto de dejarlo de lado con solo aspirar el olor dulzón y empalagoso que desprendía, como a zumo o algo similar. Pese al asco que le dio, se obligó a beberlo y luego a engullir las cinco barritas una tras otra. Tras devorarlo todo, se sintió algo mejor; poco, pero lo suficiente para renombrarse y adoptar el aspecto de la mujer. Uno un tanto desmejorado y esquelético, eso sí. De donde no había no se podía sacar, así que se tendría que conformar con aquello. Ahora era Zer, una persona de pronombre femenino y eso era todo. Ya no le quedaban energías para lograr una identidad completa, solo aquel apaño visual mientras por dentro seguía fluyendo sin cesar. Ya no podía hacer siquiera lo que había hecho como Tierry.

Entonces escuchó a través del proyector cómo arriba se hartaban de esperar y abrían la puerta de las escaleras de emergencia para bajar. Se estremeció.

«Hora de irse. Pero, antes, voy a ver si puedo complicarles la búsqueda».

No estaba demasiado familiarizada con ningún tipo de sistema de seguridad, pero desconectar todas las cámaras y bloquear las puertas de emergencia no tenía que ser tan complicado, no con el nivel de acceso de la vigilante. Se puso a hurgar en el menú del proyector hasta dar con lo que buscaba. Con un movimiento de ojos, dio la orden de ampliar esa sección y de inmediato algo se iluminó a su espalda, Se dio la vuelta y se encontró con un enorme holograma desplegado sobre la mesa donde había estado sentada la mujer. Se forzó a levantarse del suelo y acercarse para manipular los controles hasta que logró desconectar el sistema de vigilancia de las

instalaciones. No le llevó demasiado tiempo, pero sí uno precioso. Cerró el programa y lo apagó todo sin molestarse en intentar bloquear nada más. Tenía que huir y tenía que hacerlo ya.

Se arrastró de nuevo junto al cadáver, se vistió con su ropa con rapidez y también se ciñó el arma que la otra mujer había llevado cruzada bajo la chaqueta. Escondió el disruptor en un bolsillo y, a continuación, se puso otra vez de pie. Se acercó a la puerta de salida con paso lento y cansado, se irguió todo lo que pudo y tragó saliva un par de veces.

«Esta vez no me voy a olvidar de quién finjo ser, así que adelante».

La abrió con toda la determinación de la que fue capaz y salió de allí concentrándose tanto en mantener ese aspecto que hasta empezó a sudar el poco líquido que había bebido. Cada vez le costaba más respirar y se le nubló la vista. Contuvo un escalofrío y aceleró el paso todo lo que pudo. Su organismo estaba tan deteriorado que, a diferencia de lo que era normal en ella, tenía que esforzarse para mantenerse estable, mucho más aún que para caminar, tanto que le costaba incluso pensar.

«Pero puedo hacerlo. Puedo. Sí».

Apretó los dientes, buscó en las paredes algún holo que le indicara dónde podía encontrar el elevador más cercano y se dirigió hacia allí. Se forzó a seguir adelante sin apoyarse en ningún sitio en un intento de aparentar una normalidad que no sentía. Así, si se cruzaba con alguien, dispondría de unos preciosos instantes para reaccionar antes de que su mísera pantomima se fuera al traste. Por suerte, no apareció nadie en todo el trayecto por la maraña de pasillos. Las salas que dejó atrás tenían las luces apagadas y las puertas cerradas. Aun así, no dejó de sentir en ningún momento una molesta comezón en las manos, en la nuca y un nudo en el estómago.

Era casi como si la estuvieran vigilando, aunque sabía que no era posible porque había desconectado las nanocámaras. ¡Incluso se había acordado de cerrar el programa antes de irse! Más aún, por lo que le informaba su proyector seguían así. Por otro lado, no tardó en notar que las barritas que acababa de comer le pesaban en el estómago al borde de la indigestión. De algún modo, sacó fuerzas suficientes para renombrarse y empezar digerirlas; iba a necesitar toda la energía que le pudieran proporcionar, si no ahora, en breve, en cuanto tuviera que correr o hacer cualquier otra cosa más allá de andar.

Se dio cuenta entonces de que, arriba a la derecha de su visor, en una pequeña ventana emergente, se acababa de activar un canal de noticias en el que iban a anunciar algo en directo, algo importante a juzgar por la franja azul que aparecía justo debajo. Había un atril y, justo detrás, la bandera parda y negra de Nurul y, a su lado, la verde y

blanca de la Federación, así que parecía estar relacionado con el gobierno de Central. Sin embargo, las letras que se movían sobre la banda azul eran demasiado pequeñas como para poder distinguirlas con claridad. Lo que más llamó su atención fue la fecha que parpadeaba junto a la ventana. Era nueve de Tekra. Habían pasado once días desde que Ebesh la había traicionado.

Justo en ese momento oyó un grito a lo lejos y el estruendo de pasos a la carrera.

Instalaciones subterráneas secretas de la Federación.
Luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
09 de Tekra de 2794. 14:30.

Zer echó a correr sin pensarlo siquiera y notó de inmediato que empezaba a dolerle el pecho. Por suerte, no tardó en llegar al ascensor, uno enorme y de puertas tan grandes que podrían permitir el acceso de varios carros cargados de material médico a la vez. Un mensaje se desplegó entonces en su visor, preguntándole si deseaba desplazarse y a qué planta. Acicateada por el miedo, y conteniéndose para no lanzar fugaces miradas a su espalda, parpadeó indicando que sí, y seleccionó el piso más alto. Luego se quedó allí, muy quieta, con la respiración entrecortada y una palpitante punzada cerca del esternón, esperando a que llegara.

«Que me aguanten las piernas, que me aguante todo. Por favor, por favor, por favor. No puedo fallar ahora, no puedo derrumbarme. Vamos, vamos, vamos. Que venga ya».

Más ruidos en los pasillos que la rodeaban. Gente llamándose la una a la otra. Puertas abriéndose con estruendo, mesas volcadas. Más gritos.

«¿Por qué no llega? ¿Por qué no…?».

Porque lo había llamado, ¿verdad?

Con un súbito ataque de pánico, volvió a mirar el visor y comprobó que sí, que lo había hecho. Aun así, empezó a hiperventilar sin que el aire pareciera pasarle de la garganta.

Se llevó una mano a las sienes, sintiendo cómo empezaba a instalársele un dolor de cabeza detrás de los ojos y contuvo un gemido. No pensaba con claridad. Estaba cometiendo error tras error. ¡Aunque estaba consiguiendo mantenerse con vida de algún modo! Contuvo las ganas de apoyar la frente en la pared y en vez de eso cuadró los hombros y se irguió cuan alta era. No debía mostrar debilidad, dudaba mucho de que la enorme mujer cuyo aspecto tenía ahora lo hubiera hecho una sola vez en su vida. Solo esperaba que no apareciera nadie en los pasillos antes de...

Un ping anunció la llegada del ascensor y no pudo evitar dar un paso atrás, esperando casi que apareciera alguien en su interior. Por suerte, la gigantesca cabina estaba vacía. Entró con rapidez y, con un suspiro, le ordenó que se pusiera en marcha. Se fijó en que tenía quince plantas por delante y que no sabía qué estaba pasando en ninguna de ellas. Contuvo un escalofrío y apretó los dientes con fuerza, con el cuerpo empapado en sudor y al borde de empezar a temblar de forma incontrolable.

«Gracias, proyector, gracias, gracias, gracias».

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el aparato robado todavía funcionaba y de que no le había pedido en ningún momento que se identificara. Nada de lo que estaba haciendo con él hubiera sido posible con uno de los de alta seguridad de la agencia. Esos se apagaban en cuanto se alejaban de la retina de su usuario y no volvían a conectarse hasta que la escaneaban de nuevo.

Sí, puede que la Federación controlase esas instalaciones, pero el sistema de seguridad no era ni de lejos el que esta proporcionaba a sus agentes durante las misiones de campo. Y solo podía alegrarse, porque ese detalle le estaba salvando la vida.

El ascensor comenzó a subir sin que apenas lo notara e, incapaz de aguantar más tiempo la tensión, cerró los ojos y apoyó la espalda en la pared. No se dejó caer al suelo porque temió que, si lo hacía, no podría volver a levantarse de nuevo.

«Un segundo nada más, para recobrar fuerzas, eso es todo. Llegar arriba y…». Sintió una súbita punzada en la garganta y trató de tragar saliva para que dejara de doler. No sirvió de nada, siguió ahí, punzante, constriñéndole la respiración. «Eso si no me atrapan. Si no me bloquean aquí dentro. Si no me cazan como a una alimaña». Sintiendo cómo empezaba a perder el control de la respiración, inhaló y exhaló varias veces todo lo hondo que pudo, al tiempo que contenía las ganas de llorar. «Eso es. Respira. Céntrate en lo importante. En lo inmediato. ¿Y eso es? Venga, piensa. Uno, salir. Dos, desaparecer. Tres…».

Se quedó en blanco, incapaz de hilvanar ni un solo pensamiento racional. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Qué le quedaba?

Empezó a temblar.

Antes había tenido una idea, pero no la recordaba. ¿Cuál había sido? ¿Cuál?

Abrió los ojos y miró de lado a lado como si las paredes del ascensor pudieran iluminar su mente. ¡Nombres! ¡Tenía que ver con nombres! ¿Qué, qué, qué? ¡Ah…! ¡Ebesh! Eso era, buscar a Ebesh.

Luego renombrarlo, conseguir tener a alguien de su lado y que le diera de nuevo acceso a la base de datos de nombres verdaderos y… Luego… Luego no tenía ni idea de qué iba a hacer. Pero, si alguien

podía, tal vez, acercarle a Morgens, ese era el agente que la había traicionado.

Solo que no podía ir a por él tal y como estaba. Aun así… Aun así tenía que… tenía… ¿Qué era lo otro que se le había ocurrido? ¿Lo de que la Federación había sido renombrada? Solo que era absurdo, una tontería. ¿Por qué estaba tan convencida de que era cierto? Por mucho que Errgan la hubiera vendido, por mucho que la Federación estuviera detrás de todo aquello de los clones, seguía siendo… Imposible.

Apretó los dientes y se separó de la pared con lo que le pareció el mayor esfuerzo de su vida, tratando de aclarar de nuevo sus pensamientos.

«Pero, si es verdad, ¿cuándo han renombrado a Errgan y al gobierno de Aeni?».

Lo malo era que había algo que no terminaba de encajar y no conseguía acordarse de qué. Parpadeó, entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz, notando cómo el dolor de cabeza empezaba a convertirse en una migraña.

«Deshidratación, hambre. Necesito descansar, comer, beber… Mi cuerpo… ya no…».

Se humedeció los labios y trató de renombrarse de nuevo para ganar algo de tiempo, por poco que fuera. Lo único que consiguió fue convertir el dolor en algo manejable a costa de sentirse mareada.

«La Federacion y Aeni renombradas. ¿Por qué no es posible y al mismo tiempo siento que es verdad?».

La ventana de las noticias que había en la esquina superior derecha del visor parpadeó, como intentando llamar su atención, y le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Se quedó muy quieta, mirándola sin verla de verdad, con los labios entreabiertos, incapaz de reaccionar. La presidenta de la Federación acababa de aparecer detrás del atril y parecía que iba a hablar.

Frunció el ceño. ¿Qué estaba ocurriendo para que la vieja rata saliera a dar un discurso? O para que lo hubiera dado hace… ¿cuánto? Varios días ya, no era capaz de calcular cuántos. Eso no era un directo, desde luego, solo una grabación que habría llegado al sistema ese mismo día. Zer se disponía a dar la orden de ampliar la imagen y activar el sonido cuando las puertas del ascensor se abrieron ante ella.

— oOo —

Maldijo en silencio su mente espesa y se puso de inmediato a la defensiva, pero allí fuera solo había una enorme habitación de paredes oscuras. Justo frente a ella había una puerta muy ancha con una columna gigantesca a cada lado. La única luz provenía del interior del ascensor y bastaba para iluminar la estancia vacía. Tragó saliva, deseando que su corazón tuviera suficiente fuerza para latirle

desbocado y no de aquella forma casi errática y débil.

No, la verdad era que no estaba bien. Llevaba a saber cuántas horas forzándose más de lo que su organismo podía soportar y aún necesitaría hacerlo un poco más. Tan solo esperaba no morir en el intento.

Se agarró con fuerza al marco del ascensor y se impulsó hacia fuera, ayudándose también de las paredes para caminar. Llegó a la puerta y su proyector corneal emitió un zumbido, una señal, que hizo que esta se desbloqueara con un suave chasquido. La empujó, abriéndola primero tan solo un resquicio y luego un poco más cuando no escuchó ningún ruido proveniente del otro lado.

Allí tampoco había nadie a la vista, solo un pasillo largo, igual de ancho que la enorme puerta, y que se adentraba en la negrura. Olía a seco y estaba limpio e impecable, bien mantenido. Dio un paso y de inmediato una luz se encendió sobre su cabeza. Alzó el rostro y la observó, tratando de no encogerse por culpa de la migraña, antes de apartar los ojos y dar un segundo paso. Una nueva luz cobró vida más adelante.

Zer asintió y comenzó a andar, sirviéndose de las paredes para no caer. Apenas se había alejado cuando se le ocurrió una idea. Así que retrocedió con esfuerzo y volvió a asomarse al hueco donde estaba el ascensor. Entonces se conectó de nuevo al sistema de seguridad. Si aquello salía bien, le ayudaría a ganar tiempo para poder huir. Y si salía mal… Bueno, ya pensaría en eso más adelante.

—Alerta de… incendio —susurró en un resuello entrecortado tras activar los comandos de voz, al tiempo que sonreía de medio lado—. Planta… cinco. Bloquear ascensor. Desbloquear todas las puertas de… acceso. Incendio en planta… cinco.

Comenzó a escuchar de inmediato el ulular de una alarma y la puerta del elevador magnético se iluminó en brillante color rojo. Quiso reír, pero solo logró jadear. Bien. No sabía cómo no lo había pensado antes. Aunque tal vez sí lo había hecho y no se acordaba, ¿verdad? Porque le parecía que sí había tenido una idea y luego…

Sacudió la cabeza con debilidad, se dio la vuelta y se arrastró pasillo adelante, ahora envuelta por el fulgor verde mortecino, en vez de blanco, que brillaba en dos cintas paralelas que recorrían el suelo, marcando su camino. Además, aquello tenía más cosas buenas, cualquier persona que hubiera estado intentando entrar por aquel camino estaría ahora retrocediendo hacia la salida.

«Je. Eso es. Venga. Otro paso. Otro… Otro. No… te… pares…».

Se le iba la cabeza, le dolía tanto detrás de los ojos que no podía casi ni ver. Las piernas apenas lograban sostenerla y se estaba volviendo a marear. Sintió que perdía el control de su aspecto físico y se obligó a centrarse solo en eso y en arrastrar hacia adelante primero

un pie y luego el otro, en arrastrar una mano por la pared y luego la otra, sosteniéndose en ellas, apoyándose para no caer. Adelante. Adelante. Adelante.

Apenas fueron doscientos metros, pero le parecieron kilómetros, horas de agonía, de esfuerzo, de dolor. A medio camino le empezó a arder todo el cuerpo porque volvía a no sudar y eso era malo, muy malo. Alcanzó el otro extremo del pasillo y se encontró ante una nueva puerta cerrada. Las manos le temblaron cuando las alargó para asir el picaporte y empujar. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, el sistema reconoció su identidad una vez más y le franqueó el paso. Apenas logró ver lo que había del otro lado antes de tambalearse hacia su interior, al borde del colapso. La alarma dejó de sonar de golpe, como si abrir aquella puerta hubiera hecho que algo se desconectara. Como si no quisieran alertar a nadie de que algo pasaba más allá de aquel punto.

También había luz, aunque no una de emergencias, sino otra tenue y cálida, amarillenta, que iluminaba lo que parecía ser un sótano lleno de maquinaria vieja y obsoleta cubierta de plástico protector. A la derecha había lo que parecía una gigantesca compuerta de seguridad sellada y que dudaba mucho que pudiera abrir sin hacer saltar las alarmas instaladas en las junturas. Al fondo vio una escalera que subía pegada a la pared hasta otra nueva portezuela, esta mucho más fácil de manipular.

Solo verla allí arriba tuvo ganas de echarse a llorar; incontrolables, atroces y desesperanzadoras. Apenas se tenía en pie. Ni siquiera lograba articular dos pensamientos coherentes seguidos y sentía que, ahora sí, de verdad, se estaba muriendo por fin, agotadas sus fuerzas. A pesar de todo, era consciente de forma vaga de que descansar no le serviría de nada. Tenía que comer y beber, no dejarse caer en una esquina a esperar que todo volviera a la normalidad. Porque no iba a hacerlo.

«Poco. Tiene que... final. Otra cosa. Último esfuerzo».

Clavó los ojos en las escaleras y todo pareció oscilar a su alrededor. Se aferró al vano de la puerta y, durante unos segundos, se centró solo en respirar. Tenía que llegar hasta allí, subir esos peldaños, salir. Solo que no había nada a lo que agarrarse en todo el camino y ya no podía caminar sin ayuda. Inhaló hondo y resbaló poco a poco hasta el suelo. Si no era capaz de andar, bien podía arrastrarse.

Lentamente, centímetro a centímetro, se alejó del pasillo. La puerta por la que había salido se cerró a su espalda como si nunca hubiera existido, perfectamente camuflada con el resto de la pared.

Recorrer el sótano y subir las escaleras le llevó más tiempo del que había pensado. Solo lo logró gracias a que la gravedad de la luna era menor que la de Nurul, el planeta en que se había criado; de lo

contrario, tenía muy claro que habría muerto allí mismo. Para cuando llegó arriba, tenía la ropa sucia, las manos cubiertas de arañazos y los ojos irritados de intentar llorar sin lágrimas. Estaba tan cansada que solo podía pensar en dejarse llevar, en que nada tenía sentido. Porque ya no podía más.

«No rendir... No parar. Salvar... Federa…».

Apretó los dientes y combatió las ganas de acurrucarse. En vez de eso, luchó hasta que logró ponerse en pie y, aferrada a la manilla de la puerta, la accionó y la abrió una rendija. La respiración entrecortada le escoció en los labios secos y agrietados. Y entonces lo captó. Un olor tenue, suave y apenas perceptible.

«Desinfectante… Hospital».

Hospital Nayeli Haryo.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
09 de Tekra de 2794. 14:50.

Estaba en la zona de lavandería y no había nadie a la vista. Igual que pasaba en otras instalaciones hospitalarias que conocía, esa sección estaba controlada exclusivamente por inteligencias artificiales y pequeños robots que se encargaban de esterilizar material y limpiar sábanas, cubrecamas, cortinas y cualquier otra cosa necesaria en las plantas de más arriba. Eso también indicaba que las cocinas no estarían demasiado lejos, porque solía ser otra sección mantenida sin ningún tipo de personal humano. Incluso allí, en Xhing-an, en aquel innombrable sistema que tanto despreciaba la tecnología.

Zer habría llorado de tener lágrimas que verter. Iba a escapar. Iba a salir. Y, sobre todo, iba a comer.

Con un último esfuerzo, se pegó a la pared más cercana y comenzó a recorrer renqueando y tambaleante el pasillo blanco y azulado lleno de puertas que se abrían a enormes salas de autoclaves, sistemas de esterilización por radiación y diversas máquinas de lavado y planchado. Los robots y las estructuras de manipulación de les inteligencias artificiales se afanaban de un lado a otro realizando las tareas asignadas y gestionando todo el sistema; ni siquiera le prestaron atención y se limitaron a esquivarla las pocas veces que les bloqueó el paso sin querer. Tampoco es que tuviera fuerzas para apartarse, así que agradeció el gesto en silencio mientras se concentraba tan solo en seguir avanzando.

Aquí no había holo alguno en la pared que le indicara la dirección a seguir, así que se limitó a escoger siempre el pasillo más ancho y a dejarse guiar por el olfato en cuanto captó un tenue olor a comida entremezclado con el de productos de limpieza. Se le hizo la boca

agua de inmediato y hubiera echado a correr de haber podido.

Dejó atrás un panel doble de acceso que se abrió a su paso sin hacer nada y se adentró en otra sección del hospital, una sin cálidos vapores en el aire que olían a material recalentado, jabón o desinfectante. Allí los aromas predominantes eran de caldos sintéticos, compotas suaves de fibra e hidratos de carbono y pasta ligeras de proteínas. Un súbito mareo fruto del ansia, el alivio y el cansancio estuvo a punto de hacerla caer de bruces allí mismo y solo logró evitarlo aferrándose al marco de la puerta. La cabeza le dolía tanto en aquel momento que apenas lograba mantener los ojos abiertos, pero veía lo suficiente para saber que allí había algo con lo que alimentarse. Le dio igual qué.

Aguardó hasta que un robot salió con un cargamento de bandejas para una de las habitaciones y se coló en el interior, sin atreverse a separarse de la pared más cercana. Una vez dentro, las piernas le fallaron al fin y cayó al suelo, al borde de la inconsciencia. Apenas había luz, solo una tenue luminiscencia que la ayudó con la migraña. Se arrastró a cuatro patas hasta la máquina de procesado más cercana y, con un último y horrible esfuerzo, estiró un brazo por encima de la cabeza hasta que aferró lo que quiera que estuviera fabricando. Era viscoso y blandurrio, pero le dio igual; estaba caliente y era comida, eso era todo lo que importaba. Bajó la mano llena de esa cosa y se la llevó a la boca. La lamió y la engulló y, aunque no sabía a nada, empezó a sollozar de alegría, alivio y de tantas emociones que estallaron en su interior que ni siquiera supo darles nombre.

— oOo —

Comió lo más rápido que pudo hasta saciarse. Era consciente de que, a pesar de que no la habían atrapado aún, los que la perseguían podían aparecer en cualquier momento. No podía entretenerse mucho, aunque eso era justo lo que deseaba; descansar, reponerse del todo, dormir… Intentando acelerar el proceso de recuperación, se renombró poco a poco mientras tragaba para absorber con rapidez todos los nutrientes que, desde luego, eran mucho más fáciles de digerir que las innombrables barritas que se había metido en el estómago hacía unas horas.

Al cabo de un rato allí sentada, con la espalda apoyada en la pared, se sintió mejor e incluso el dolor de cabeza empezó a remitir hasta volverse casi soportable. No estaba bien, pero al menos notaba que quizá podría andar sin correr el riesgo de desplomarse a cada paso. Se limpió la boca con el dorso de la mano y luego esta en el pantalón. A continuación, ayudándose de la encimera que se cernía por encima de ella, se puso en pie, apoyándose en una encimera, y respiró con lentitud varias veces mientras se tambaleaba buscando la

verticalidad.

Se miró a sí misma y probó a renombrarse una vez más. En esta ocasión para llevar algo más de carne a los huesos a costa de acortar su estatura y que la ropa que llevaba le quedara algo grande. Mantuvo el mismo aspecto físico de la mujerona de seguridad a la que había matado, solo que más menuda y menos amenazante. No logró el resultado que le hubiera gustado, pero era sin duda una mejora. Ahora, al menos, podía permitirse por fin un cambio como ese y había dejado de parecer un esqueleto andante, para ser tan solo alguien extremadamente delgado. Hasta empezaba a pensar con más claridad.

«Hora de salir», pensó con un suspiro de cansancio. «Esta vez de verdad. Por la puerta principal y a lo grande. O de intentarlo».

Echó un último vistazo a la habitación y se acercó con cautela, aún insegura de si estaba tan fuerte como para andar sin ayuda, a una máquina procesadora que había un poco más lejos y que parecía preparar suaves planchas de proteína. Justo a su lado había otra que rellenaba unas botellas pequeñas de agua. Se quedó mirando cómo trabajaba la última, casi paralizada de la impresión, y luego cogió una, la abrió y la apuró todo lo rápido que se atrevió, sintiendo cómo la vida volvía a ella a cada trago. A continuación cogió todas las láminas proteicas que pudo y se las metió en los bolsillos. Y, por último, afanó un par de botellas más y también las guardó. Entonces, caminó muy despacio y con deliberada lentitud hasta la puerta, se asomó al pasillo y escuchó con atención.

No oyó nada, solo el zumbido del aire, el leve ruido de la actividad rutinaria de los robots y el quedo run-run de los generadores de alimento.

«¿Alarma de incendios? Por qué no. Si ha funcionado una vez…».

— oOo —

Solo que no encontró nada que se pareciera remotamente a una alarma y tampoco nada con lo que encender un fuego.

«Mierda… Pues a por la salida, ya veré luego cómo me las apaño».

Tuvo que recorrer adelante y atrás varios pasillos, y estuvo a punto de perderse más de una vez antes de llegar a una zona que ya no estaba controlada por inteligencias artificiales y donde por fin había indicaciones holográficas aptas para seres humanos. Las encontró del otro lado de una puerta blanca tras entreabrirla ligermente para ver qué había más allá. Las leyó una a una. Salas de espera, administración, pediatría…

Y gente. No mucha, pero sí la suficiente como para llamar la atención si se presentaba con la ropa llena de polvo, restos de comida y en las deplorables condiciones en que estaba.

Retrocedió con cuidado y se apoyó en la pared. No, no era seguro seguir adelante sin un plan. Además de la salida tenía que estar la del motel y al menos una de emergencias en algún lugar. Más que suficientes para permitir que sus perseguidores acecharan por ahí fuera a la espera de que asomara la nariz.

«Mierda».

El mareo regresó de repente. Fue casi como si el cerebro se le apagara una fracción de segundo antes de encenderse de nuevo. Se sintió caer, aunque no lo hizo. Resolló y parpadeó, tratando de alejar aquel súbito malestar y se pasó la lengua por los labios.

«Tal vez… solo tengo… hambre de nuevo… Y sed. Creo que tengo mucha sed».

Se humedeció los labios y rebuscó en el bolsillo del pantalón una lámina de proteína llena de pelusas que ni siquiera limpió antes de metérsela en la boca. Sacó también una botella de agua y le dio un trago para pasarlo todo. La guardó y se pasó el dorso de la mano por los ojos, tratando de aclarar su visión.

«Tiene que haber algo que pueda hacer. Lo que sea. Una forma de obligar a la gente a que salga en avalancha del hospital, huyendo como yo. Una multitud en la que poder renombrarme y desaparecer. El incendio no es posible, pero tiene que haber…».

Y entonces una imagen de varios cuerpos cayendo al suelo entre fuertes sacudidas y el eco de gritos de horror llenó sus recuerdos. Acarició el disruptor neural a través de la tela de la chaqueta y sintió de inmediato cómo se le contraía el estómago al tiempo que lo que acaba de comer se le agriaba en la garganta. Tragó saliva para enviar el bolo de bilis de vuelta para abajo y comenzó a respirar de forma entrecortada al mismo tiempo que los dedos se le crispaban sobre el arma.

Ahora sí, las lágrimas comenzaron a picarle en los ojos y se las enjuagó con rabia, furia y frustración. Porque tenía que haber otra opción, un plan mejor, uno en el que no tuviera que hacerle daño a nadie, uno en el que no tuviera que volver a matar a gente inocente.

Lo malo era que, una vez más, no tenía otra idea mejor.

«¿Cómo puedo ser tan inútil? ¿Por qué no logro dar con algo que no… que no implique…?».

Se frotó el rostro con las pocas fuerzas que le quedaban y se miró las manos de dedos cortos que apenas eran piel y huesos. Se le marcaban los tendones y las venas. Le temblaban. De debilidad, de ira, de miedo a que volvieran a apresarla.

«Si pudiera renombrar a alguien, si pudiera volver a acceder a la base de datos sin que salten todas las alarmas. Pero ya no puedo. Solo tengo lo que llevo encima y lo que soy».

Y lo que era, era una agente de la Federación. Una espía. Una

renombradora con una misión en la que estaba fracasando estrepitosamente porque, tal vez, nunca había tenido la más mínima posibilidad de hacer las cosas bien.

Inhaló y exhaló con lentitud. Sí. Tenía trabajo por hacer y, si se quedaba ahí parada, atenazada por las dudas, por los remordimientos, por el dolor y la debilidad, no iba a lograr nada. Solo que la arrastaran otra vez ahí abajo y que la Unión se saliera con la suya y desencadenara el horror usando el espantoso ejército de clones que tenía ahí abajo.

«No puedo permitirlo», tragó saliva. «Tengo que salir de aquí de algún modo… ¿Aunque sea matando?».

Cerró los ojos, como si buscara fuerzas en esa oscuridad, y endureció el alma y la mente. Una más, una muerte más, tal vez dos, y eso sería todo.

Asintió, sin sentirse del todo segura de estar haciendo lo correcto. Consciente de que tampoco tenía otra opción.

Primero se quitó el proyector corneal, lo desconectó y se lo guardó en el pantalón; no quería que le ocurriera lo mismo que con el antiguo suyo y que la pudieran rastrear. Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el disruptor neural. Por último, abrió la puerta y se adentró con paso inseguro en el pasillo con el arma bien a la vista, hacia la sala de espera más cercana.

No disparó a la primera persona con la que se cruzó. Tampoco a la segunda. Ni siquiera a la tercera. Dejó que gritaran al verla, que huyeran espantadas, que esparcieran el miedo a su paso como si fuera una infección. Dejó que vieran su sonrisa, la más demente que fue capaz de poner. Dejó que vieran sus ojos, rodeados de cercos oscuros e inyectados en sangre. Dejó que se temieran lo peor, que lo paladearan. Y solo entonces, cuando ya había decenas de ellas corriendo a su alrededor, aullando, llamando a seguridad, solo entonces, apuntó y disparó. Primero a alguien de piel cubierta de algo parecido a escamas que se cruzó en su camino, deteniéndose un segundo ante ella con los ojos desorbitados por el pánico. Luego a otra de más lejos, en medio de la marabunta que escapaba de ella.

Aquello desató el caos. Aullidos de terror, sollozos, muchísimas personas a la carrera, empujándose unas a las otras, tirándose entre ellas al suelo. Puertas abriéndose, curiosos asomando sus rostros para encontrarse con los dos cadáveres que había ahora en el suelo y sumarse a la creciente marea de gente que huía.

Zer contuvo un estremecimiento de espanto y no esperó más, bajó el arma y echó a correr todo lo rápido que pudo detrás de la multitud. Se adentró en un pasillo lateral, que estaba ya desierto, aullando ella también con furia, y renombró el disruptor para transformarlo en un holoproyector que escondió en un bolsillo. Era absurdo, pero fue lo

primero que se le ocurrió. Por último, gastando parte de las escasas fuerzas que le quedaban, se renombró a sí misma de forma parcial. Ahora era Rez, une intersexual alte y escuálide de piel negra y cabello azul eléctrico. Se dio media vuelta y simuló dirigirse en dirección contraria, gritando junto al resto de la gente, como si escapara de esa peligrosa asesina de la que se había librado por poco.

Solo esperaba que nadie se fijara en que vestía la misma ropa que la mujer que les había atacado ni en cómo esta parecía haberse esfumado por completo.

Se unió más gente en su carrera, mucha más y se vio arrastrade por una variopinta multitud formada por pacientes, visitantes, sanitarios y varios agentes de seguridad que empezaron a guiar a todo el mundo hacia las salidas más cercanas para evitar que hubiera más muertes.

Alrededores del Hospital Nayeli Haryo.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
09 de Tekra de 2794. 16:10.

Rez salió junto a los demás sin mirar atrás una sola vez. A su alrededor había decenas de personas que se estremecían de horror, temblaban y lloraban, y, mientras iba de un grupo a otro, tratando de cruzar siempre a través de los más numerosos, se renombró una vez más para pasar a ser Elora. Por primera vez en muchos años, era une anciane de género fluido, enjute y encorvade. Tenía los ojos anaranjados, un finísimo cabello malva y la piel de un gris verdoso llena de manchas oscuras por la edad. Le gustaban las mujeres, mucho, y no le hubiera importado compartir su vida con tres o cuatro de haberse dado la ocasión.

Con aquel aspecto, nadie le miraría dos veces y ni se sorprendería si tenía más huesos que carne en el cuerpo. Como ya había hecho antes, solo alteró su aspecto físico y parte de su identidad pero sin tocar la mente, necesitaba estar todo lo despejade posible para poder salir de allí. El peligro distaba mucho de haberse desvanecido, tan solo había cambiado. En cualquier caso, no solía emplear las renombraciones que jugaban con la edad y no estaba del todo acostumbrade a gestionarlas, así que cuanto menos tiempo pasara como Elora, mejor. Aunque tampoco tenía demasiadas opciones dadas las circunstancias. Lo bueno era que estaba convencide de que ninguno de sus perseguidores se imaginaba que podía hacer algo así.

Miró a su alrededor y se encontró con que estaba delante de la puerta principal del hospital. Había gente por todas partes, congregándose en la plaza rodeada de cafeterías y flanqueada por un

parque a la izquierda. Muchos habían huído del interior, igual que elle, pero también empezaban a llegar más y más curiosos procedentes de las terrazas y las calles cercanas. La mayoría tenían conectados los proyectores y grababan lo que ocurría. Algunos, a juzgar por cómo movían los labios debían estar contándoselo a sus familiares o amigos.

Durante varios segundos, Elora se planteó abrirse camino entre la multitud y escurrirse fuera de la vista lo antes posible, sin embargo, lo desechó de inmediato. Llamaría demasiado la atención. Las personas eran cotillas por naturaleza y, una vez a salvo, se quedaban a mirar, a enterarse de todo lo que pudieran; muy pocas tratarían de ir en dirección contraria en un momento como ese. Necesitaba una tapadera.

Así que inhaló hondo y recorrió con la vista la gente más cercana hasta que dio con alguien que tenía el aspecto físico de un muchacho joven de rostro franco y facciones suaves y agradables. Su piel era de un ligero color azulado y miraba al frente con espanto y miedo, aunque no como si hubiera dejado a alguien atrás.

«Podría servir, sí».

Agachó la cabeza y avanzó poco a poco en su dirección hasta situarse a su lado, estremecide por fuertes temblores fruto del agotamiento.

«Vaya. Ni siquiera voy a tener que fingir».

Alargó una mano y tiró con suavidad de la manga de la blusa de color rojo intenso que llevaba puesta para llamar su atención.

—Perdón —susurró con voz débil y quebrada—. Perdón…

El, la, le desconocido, desconocida, desconocide bajó la vista hacia elle y vio la sorpresa en sus ojos y cómo una sonrisa amable aparecía de inmediato en sus labios, desplazando en parte al horror.

—¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudar en algo? ¿Estaba ahí dentro cuando…?

Elora se apresuró a asentir y se estremeció, casi a punto de caer al suelo. Una mano firme le aferró el brazo, ayudándole a mantenerse en pie. Definitivamente había acertado con la persona.

—Sí… —Simuló un sollozo y un nuevo temblor—. Me preguntaba si podrías… podrías… ¿Podrías ayudarme a alejarme de aquí? No puedo… No puedo respirar. Necesito sentarme, ¿por favor…? —Elora alzó el rostro y miró al muchacho, muchacha, muchache a los ojos con gesto interrogante.

—Alexei. Use el pronombre neutro conmigo, por favor. Y claro que puede contar con mi ayuda. Venga. Venga. Ha sido espantoso, ¿verdad? Aún no me lo puedo creer. ¿Lo ha visto? Quiero decir, ¿ha visto a quien dicen que estaba disparando? Ha salido de la nada, por el fondo de un pasillo y se ha puesto a… a…

Elora negó y volvió a agachar la vista.

—No. Me han arrastrado fuera y gritaban y no sabía qué pasaba y ahora no puedo… no puedo… —tartamudeó y luego se llevó la mano a la boca, cubriéndose los labios con fingido espanto antes de comenzar a jadear—. Necesito alejarme…. Soy Elora y… y uso el neutro.

Alexei asintió y le ofreció el brazo para luego acompañarle lejos de allí, abriéndose camino entre la multitud casi a empujones, gruñendo a todo el que intentaba interponerse en su camino. Elora miró de reojo varias veces a su alrededor, pero no logró ver a nadie sospechoso. Claro que, eso no implicaba que no estuvieran por allí, solo que no los había identificado. O quizá no habían llegado todavía. En cualquier caso, contuvo un suspiro de alivio y apoyó todo su peso en le joven que le estaba ayudando.

El banco más cercano resultó ser el de una cafetería donde todo el mundo se había puesto en pie y miraba hacia el hospital. Ahora había un cordón de seguridad en la entrada y llegaban más y más policías a la zona a cada minuto que pasaba.

Alexei le ayudó a sentarse y luego se arrodilló ante elle, sosteniendo sus manos entre las suyas.

—¿Está mejor? ¿Quiere que le pida algo?

Elora negó y apretó los labios en una fina línea recta, como si todavía estuviera conmocionade.

—No te preocupes, solo necesito descansar un rato.

—¿Hay alguien ahí dentro que…? —Señaló con un gesto de la barbilla hacia el hospital.

—No, había venido a una revisión y acababa de entrar cuando… —Cortó en seco la frase y agachó la cabeza para mirarse el regazo.

Se dio cuenta entonces de cuánto desentonaba la ropa que llevaba con quien fingía ser. Ningune anciane llevaría puesto un uniforme de seguridad. Y encima aún llevaba el arma de la vigilante que había matado escondida en el bolsillo. Tragó saliva e intentó por todos los medios que no le temblara ni un solo músculo del cuerpo, que no se notara el pozo sin fondo de miedo en que se había transformado su estómago.

«Tengo que alejarme, echar a Alexei antes de que sea tarde y me mire de verdad».

—¿Y… y tú? —se atrevió a preguntar con voz temblorosa—. ¿Has venido con alguien?

—No, solo a una revisión también, como usted.

Elora sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho y se centró tan solo en respirar. Tal vez, si le hacía hablar, si le obligaba a mirarle a la cara y no al cuerpo… No, no, no. ¡Debía alejarle cuanto antes!

—Ah… Eso está bien. Gracias por ayudarme, ahora ya puedo seguir yo sole. Me gustaría irme a casa a descansar.

Alexei dio de pronto un respingo y se golpeó la frente con una mano.

—¡Claro! ¡Por supuesto! Qué desconsiderade soy. ¿Quiere que le pida un transporte? ¿Llamo a alguien para que venga a buscarle?

Elora se apresuró a negar, sacudiendo la cabeza de lado a lado, mientras el miedo comenzaba a trepar hasta su garganta.

—Vivo muy cerca. No quisiera entretenerte más, después de lo amable que has sido.

Le joven asintió y se volvió de nuevo hacia la entrada del hospital. Elora también lo hizo, solo que de forma distinta, evaluando a la gente que veía, fijándose en los bordes de la multitud, en las calles cercanas, en los comercios… Un movimiento en el parque llamó su atención, proveniente de la dirección hacia la que, si no se equivocaba, estaba la barriada del motel Rdeče Zlato. Una persona acaba de llegar. Era alta, robusta e iba vestida de modo anodino. Escrutaba la multitud con tanta atención que un escalofrío recorrió su columna vertebral. Ya estaban allí. Habían llegado. Tenía que irse, o al menos cambiarse de ropa antes de que alguien se diera cuenta de lo que llevaba puesto. Pero, si se movía, llamaría la atención.

«No. Solo depende de hacia dónde me mueva. Ahora, desde lejos, parecemos une joven y su abuele en una terraza. Que siga pareciéndolo. Lo único que tengo que hacer es salir de la vista de todo el mundo y volver a renombrarme».

Se humedeció los labios y alargó la mano para estrechar el hombro de Alexei, que todavía seguía arrodillado a su lado. Este se volvió hacia elle con rapidez, con una ceja enarcada.

—¿Podrías ayudarme un poco más?

—Por supuesto.

—Antes de ir a casa me gustaría ir al baño y no sé si me tengo bien en pie.

Alexei abrió mucho los ojos de golpe y asintió con entusiasmo.

—Claro. Apóyese en mí y le acerco al servicio.

Elora se dejó hacer sin lanzar una sola mirada atrás. Agarrade al brazo de le muchache, cruzó la terraza y se adentró en la cafetería sin que nadie les molestara. Apenas había gente en el interior, dado que toda parecía haber salido fuera a ver qué pasaba. Mientras caminaban, Alexei suspiró como si de pronto estuviera saliéndole todo el cansancio de dentro.

—Qué día de genes raros, ¿verdad? —Elora se limitó a emitir un ruido ininteligible y ambiguo—. Primero lo de la Unión y ahora esto. Las noticias del sistema se van a volver locas.

Elora sintió que algo se congelaba de pronto en su interior. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso se había equivocado tanto con ese deconocide que se había entregado a alguien que trabajaba para

Morgens? Se detuvo en seco, en medio de la sala principal de la cafetería, incapaz de dar un solo paso más.

—¿Qué…? —logró articular con voz medio ahogada, mirando al vacío que parecía extenderse ante elle—. ¿Qué quieres decir?

Alexei dio un respingo y se volvió hacia elle con el rostro demudado por la sorpresa.

—¿Es que no se ha enterado? ¡Ha salido en todos los canales, en todas las redes! ¡Un directo de la presi desde Central! Aunque, bueno, directo, directo no, ya me entiende…

Esa pizca de información hizo que el nudo de hielo que tenía en las entrañas se empezara a soltar. No era lo que había pensado. Solo que entonces, ¿a qué nombres se estaba refiriendo Alexei? Y entonces recordó la emisión a la que había estado a punto de conectarse en el ascensor y que luego había olvidado por completo.

—Sí, sí. Pero no, no lo he visto. Es que me he dejado el proyector en casa —improvisó, volviendo a andar en dirección al baño, aunque mucho más despacio que antes, si es que eso era posible.

—Pues ha sido… No sé… No sé ni qué pensar, la verdad —continuó le joven—. ¡Es que no va y dice que han firmado un tratado de paz con la Unión! ¡Con los unionistas, ni más ni menos! ¡Que ahora sus sistemas son amigos y aliados! ¡Que la Guerra Fría ha acabado! ¿Se imagina?

El suelo pareció hundirse bajo sus pies al tiempo que todo cuanto le rodeaba desaparecía. Le faltó de pronto el aire en los pulmones y dejó casi de poder respirar. ¿En qué términos? Fue lo primero que se le pasó por la cabeza preguntar. Luego, ¿cómo ha podido pasar? Aunque esto último podía suponerlo. Sin embargo, no logró que ningún sonido saliera de sus labios.

—Después han emitido una grabación de la Unión, de una mujer altísima y con más músculos de los que le he visto nunca a nadie. Han dicho que es la canciller de allí, algo así como su presidenta. ¡Y ha dicho lo mismo que la nuestra! Y no solo eso, que se alegraba de que nuestra gente hubiera recapacitado por fin. ¡Y un maldito gen defectuoso! ¡Me siento tan traicionade! Nos han vendido. ¿Cómo han podido…?

Alexei sacudió la cabeza de lado a lado y le abrió la puerta del baño para dejarle entrar, pero elle apenas le prestó atención. No podía. No dejaba de darle vueltas a todo, incapaz de creerse que aquello estuviera pasando. ¡La paz! ¡Con la Unión!

«¿A qué precio? ¡Maldita sea! ¿A qué precio? ¿Al de nuestra moral? ¿Al de nuestra rectitud? ¿Al de nuestros principios?».

Casi podía sentir los cientos de clones quimera que había bajo sus pies, en una sala blanca, alineados en camas blancas, vestidos de blanco y con los que estaban experimentando. Nada justificaba aquel

espanto. ¡Nada!

—Solo que sí lo hace, ya lo sabes. Hay demasiado en juego. Merece el precio a pagar.

—¿Qué? —Elora dio un respingo y se volvió de golpe hacia Alexei, que se limitó a hacerle un gesto para que pasara primero.

—Pues eso, que es un día de locos.

—No, no, lo otro. Eso que has dicho de que sí lo hace. —Le joven enarcó una ceja, desconcertade—. Me temo que no me ha oído bien. ¿Tal vez estaba hablando demasiado bajo? Siento si le parece que lo que digo suena radical, pero todo eso de rendirnos ante la Unión me parece peligrosísimo, ¿sabe?

Elora ignoró las últimas palabras de Alexei y tragó saliva. Todo volvía a girar de pronto a su alrededor, ondeándose, meciéndose en un torbellino que amenazaba con lanzarle a un abismo sin fondo. Volvía a oír voces que no estaban allí, que le decían cosas, que le susurraban ideas que estaban mal. Contuvo un escalofrío.

«Tengo que esconderme. Tengo que irme de aquí…».

Elora entró por fin en los baños y Alexei se le adelantó de nuevo para abrirle la puerta de uno de los cubículos. Justo en ese momento, le chique pareció fijarse por fin en la ropa que llevaba puesta, porque miró su cuerpo de arriba abajo y frunció el ceño. Elora sintió cómo se le secaba de pronto la boca y una punzada atravesó sus entrañas. Se dispuso a sacar el arma que llevaba en el bolsillo, pero Alexei resopló como si aquello no fuera con elle y luego le hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Esperaré fuera, ¿de acuerdo? Si necesita algo, solo llámeme.

—Eh… sí, gracias. De verdad, muchas gracias —murmuró, inclinando la cabeza con cierta vacilación, y luego se encerró allí dentro.

Aguardó hasta que dejó de oír los pasos de le joven y se dejó caer contra la pared, con todo el cuerpo temblándole tanto y la respiración tan agitada que temió derrumbarse allí mismo.

«¿Y qué más da si te caes? ¿Qué más da todo? Se ha acabado. Estás perdide. Nada volverá a ser igual».

Se metió una mano en el bolsillo, sacó una de las lonchas de proteína que había robado del hospital y la miró largo rato sin atreverse a comerla. No solo estaba llena de pelusas, sino que se había convertido en algo repugnante de color violáceo, como si hubiera absorbido parte de la tinta de su traje.

«Da igual, trágatela. Necesitas toda la energía que le puedas sacar. Y luego cómete todo lo otro que has cogido. Piensa que son pruebas y que tienes que destruirlas».

Aquel pensamiento estuvo a punto tanto de hacerle reír como de hacerle llorar. Contuvo ambas emociones y comenzó a masticar las

proteínas y se obligó a sí misme a tragar aquella cosa. Luego sacó el resto de láminas que le quedaban, y que tenían exactamente el mismo aspecto asqueroso, y también se las comió. Por último, apuró toda el agua que tenía y dejó las botellas en el suelo, junto a sus pies. No se sintió mejor, era casi imposible hacerlo tras lo que acababa de descubrir.

«¿Y ahora qué? ¿Qué puedo hacer yo sole contra todo eso? Además, ¿para qué quieren entonces los clones?».

¡Era absurdo! Si la Unión ya tenía renombrados a los líderes de la Federación y aquel plan de la paz en marcha, ¿por qué habían fabricado un ejército? ¿Como respaldo si lo otro no funcionaba? ¡No tenía sentido! La Federación creía estar fabricando esos clones para luchar contra la Unión. Eso era lo que le había dicho Ebesh…

«No… No es cierto». Comprendió de pronto, al mismo tiempo que una súbita debilidad recorría su cuerpo. «Lo que dijo fue que yo no era une patriota. Yo asumí el resto».

Jadeó. Las piezas del puzle cayendo al suelo de nuevo, casi como si las visualizara a su alrededor, encajando una tras otra, dotándolo todo de nuevas capas de significado.

«Ya sé para qué los necesitan».

Fue como si se le descorriera un velo de delante de los ojos. Todo encajaba por fin.

«Temen una guerra civil. Que la gente como Alexei se rebele. Que sistemas enteros se alcen contra el tratado. Así que…». Inhaló hondo y todo su cuerpo perdió fuerzas de pronto, resbalando hasta el suelo del baño. «Así que van a renombrar a toda la población para hacerla fiel a la Unión. No habrá más libertad de pensamiento. No habrá más divergencia de opiniones, no habrá disidencia alguna».

— oOo —

Un inesperado golpe a su espalda estuvo a punto de hacerle dar un salto y gritar.

—¿Se encuentra bien, Elora?

Era Alexei. ¡Solo era le innombrable chique! Maldijo entre dientes. Tenía que deshacerse de elle cuanto antes. Necesitaba pensar, estar sole, rumiar todo lo que tenía en la cabeza y aclarar de una vez sus ideas.

Se miró fugazmente los brazos y los vio igual de escuálidos que antes, pero al menos ahora ya no se sentía al borde del colapso.

—Sí, sí —contestó—. Estoy bien. Ya salgo. Un momento.

«Si tan solo pudiera renombrarle, hacerle leal a mí, robar su ropa o quizá también su aspecto, dejarle encerrado aquí dentro e irme a algún sitio tranquilo».

Solo que ya no tenía ni el apoyo de la agencia ni acceso a la base

de datos de nombres verdaderos. Y sin nada de eso no tenía poder. Aunque bueno, aquello tampoco era del todo cierto, porque estaba segure de que podría conectarse a la base a través de cualquier proyector, lo malo era que a esas alturas habrían anulado todos sus permisos.

Algo empezó a cosquillearle de pronto en el fondo de la mente. Algo relacionado con su viejo dispositivo y el día ese que no podía recordar. O, más bien, el día del que tenía varias versiones de los mismos hechos, que quizá solo eran sueños o tal vez no.

«Le envié mi permiso a Morgens. Fue entonces cuando empezó a renombrar a la gente, ¿no? A Biyu, tal vez a Asja. ¿A Ebesh también?». Se frotó los ojos y luego las sienes porque había ahí algo más que… Sacudió la cabeza. No, no, no, tenía que centrarse, no perderse en sus propios pensamientos. «Morgens. Eso es. Él tiene mi acceso. No tiene uno propio. Así que… ¡No tiene sentido que lo hayan cancelado cuando todavía lo estará usando! ¡Puedo conectarme!».

El corazón comenzó a latirle con tanta fuerza en el pecho que le dolió. Era consciente de que hacerlo tendría sus riesgos. Todas las entradas quedaban registradas, así que no tardarían en descubrir lo que había hecho e incluso su paradero.

«Je, eso sí merece el precio a pagar».

—¿Elora? ¿De verdad está bien?

Alzó la cabeza de golpe. No le quedaba mucho tiempo. Apenas nada, de hecho. Alexei empezaba a sospechar. Lo podía notar con claridad en su voz. ¿Cuánto llevaba allí sentade, en silencio, sin fingir siquiera que estaba meando o cagando? No tenía ni idea.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el proyector corneal que le había robado a la vigilante. Lo encendió y se lo puso detrás de la oreja, rezando para que no estuviera bloqueado y que tampoco le pidiera identificarse. No hubo suerte.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

Pero ahí fuera, a solo una puerta de distancia, estaba Alexei. Y él sí que tenía uno conectado. No lo llevaba desplegado, pero había podido verlo parcialmente cubierto por su cabello negro.

Se agarró al picaporte de la puerta y se puso en pie haciendo un último esfuerzo. La abrió y se encaró con le chique, que le miraba desde la entrada del baño. Tenía el ceño fruncido, así que le sonrió.

—Ah… Alexei. Creo que… que necesito hacer una llamada a mi hija. ¿Me podrías dejar tu proyector, por favor? Solo será un momento. Sé que ya has hecho mucho por mí y no quisiera molestarte más, pero…

Pudo ver la duda en su rostro. También su vacilación. Y cómo sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo, fijándose más aún en su ropa que antes. Se detuvieron en las manchas de comida del pantalón, en el

polvo de las rodillas y el pecho, en el holoemblema de la empresa de seguridad para la que trabajaba la vigilante y que parpadeaba cerca del hombro izquierdo.

Supo que le había perdido, que algo había pasado antes incluso de que empezara a hablar.

—Acaba de aparecer una noticia rara en la red. Una sobre… une espía. —Elora quiso cerrar los ojos y gritar. No, a elle no, no quería tener que hacerle daño a elle como se lo había hecho a la gente del laboratorio—. Dicen que ha traicionado a la Federación y al gobierno. Que es une terrorista y que se disfraza y puede engañar a…

Elora cerró los ojos, sintiendo cómo le dolían las entrañas, cómo algo se rompía de nuevo en su interior.

«¿A cuántas personas más voy a tener que matar?».

Se llevó la mano al bolsillo y, antes de que le chique pudiera reaccionar, sacó el arma robada y la miró por primera vez desde que se había hecho con ella. Era un bloqueador de señales nerviosas, nada más. Estuvo a punto de echarse a reír del alivio. Lo conectó, justo cuando Alexei abría mucho los ojos y se disponía a gritar, y disparó. La honda que emitió el pequeño aparato le impactó de lleno en el pecho y le joven se desplomó mientras todos sus miembros se sacudían como si fuera un muñeco al que estuvieran dejando sin batería.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho, de verdad. No quería hacerte daño. No quería que esto pasara. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Pero necesito tu nombre y mucho más.

— oOo —

Se dio toda la prisa que pudo y se renombró para tener las fuerzas suficientes como para meter a Alexei en el baño, ocultándolo a la vista de quien pudiera entrar. Se encerró con elle en uno de los cubículos, por si acaso, y solo entonces comenzó a trabajar.

Lo primero que hizo fue desnudarse y quitarle también la ropa a le chique, luego se vistió con la de elle y le puso como pudo a Alexei la suya. Por último guardó el arma en el bolsillo de nuevo. Aquel esfuerzo le dejó exhauste y con el cuerpo dolorido. Seguía estando débil y todo lo que estaba haciendo no ayudaba a que su organismo se recobrara del horror por el que había pasado los últimos días. Antes de que se diera cuenta, una risa triste y cínica empezó brotar de sus labios y se obligó a callar y guardar silencio.

Apretó los labios, le quitó a Alexei el proyector corneal y se lo colocó detrás de la oreja. Quiso llorar de la emoción, porque estaba encendido y no le pidió ni identificarse ni ninguna contraseña. El alivio, sin embargo, le duró poco. Alexei había tenido conectado el audio de las noticias, para seguir, o eso suponía, lo que estaba

ocurriendo con lo del hospital.

Y justo en ese momento repetían de nuevo la información.

«… atribuyen los asesinatos que acaban de cometerse en el Hospital Nayeli Haryo, de Plava Rijeka, así como otros cometidos durante el día de hoy en un laboratorio de edición genética de sus cúpulas a une exagente secrete del gobierno en respuesta al anuncio de la firma de los tratados de paz con la Unión. Se cree que trabaja sole, pero según la información de que disponemos no se puede descartar que pertenezca a un grupo terrorista. También se le cree responsable del asalto a la doctora Xué Biyu hace poco más de una semana en las calles de la cúpula Suknovci y de la muerte por envenenamiento de un trabajador del gobierno en una cafetería. Se avisa a la población de que es extremadamente peligrose y hábil con el disfraz y que puede cambiar radicalmente de aspecto. Las autoridades recomiendan que, si se detecta cualquier comportamiento extraño, se avise a…».

Elora se desconectó del canal con el estómago revuelto y anudado en la garganta. Sabía lo que aquello significaba, ya lo había visto en otras ocasiones, solo que desde el otro lado. De cara a la población, le tildarían de terrorista, de peligro público, le achacarían todas las muertes de las que era responsable y también de otras que no, cuando en realidad le estaban acusando de traición. La Federación no tardaría en movilizar a todos sus agentes, renombradores y no renombradores, para dar con elle, capturarle y, por último, después de extraerle todo lo que pudiera ser útil para su ejército de clones, dejarle morir.

Cerró los ojos, se los frotó con el dorso de una nudosa mano llena de venas y suspiró, sintiéndose atrapade al fondo de un abismo que solo se volvía más y más profundo a cada hora que pasaba.

«Así que ahora soy une traidore a mi propio gobierno».

Le entraron unas ganas inexplicables de echarse a reír a carcajadas por el estrés, el miedo y la tensión. De eso y de llorar. Todo a la vez.

«Une traidore. No ya no patriota, no, sino también traidore».

Le estaban acorralando poco a poco hasta dejarle sin escapatoria, sin herramientas y sin nada con lo que poder empezar a arreglar las cosas.

Sole. Estaba sole.

«Pero no me voy a rendir. No, no, no. Tiene que haber algo... Morgens. Él ha sido siempre la clave. Solo tengo que encontrarle. Pero sin la…». Sacudió la cabeza con furia y se dio un puñetazo en la pierna todo lo fuerte que pudo. «¡Por todos los nombres, deja de divagar! Céntrate en lo que que ibas a hacer y lárgate de aquí antes de que te descubran».

Apretó los dientes con una rabia mal contenida y desplegó el

proyector corneal de Alexei. Entró en la net lunar y se conectó a la base de datos de nombres verdaderos con sus antiguas credenciales. Tal como suponía, funcionó. Sin embargo, no se permitió ni un instante de regodeo ni vacilación, no tenía tiempo. Escaneó el rostro de Alexei, que aún seguía inconsciente, comprimide entre elle y el váter, e inició una búsqueda frenética. Sabía que no podía hacer nada por acelerarla, pero al mismo tiempo era consciente de que cada segundo que se retrasara iba en su contra.

Había agentes enemigos en los alrededores de la plaza de delante del hospital, a menos de cinco minutos de dónde elle se encontraba. No sabía cuánto tardarían en detectar la intrusión, transmitirla a quienes estuvieran cerca e ir a por elle. En cualquier caso, estaba segure de que no sería demasiado.

«Vamos, venga, rápido…».

Un trino leve y un resultado. Un nombre completo, una indexación, Alexei DuLac, técnique de Aev. Pertenecía a un grupo poliamoroso de cuatro personas, sus cuatro padres eran de fuera del sistema y todavía vivían cinco de sus abuelos, tres hermanas y siete primos. Le gustaba criar insectos. Tenía solo veinte años. Joven. Tan joven. Con toda una vida por delante. El dolor volvió. Los remordimientos, la agonía de saber a ciencia cierta a qué le iba a condenar cuando le muchache no tenía ninguna culpa y solo se había preocupado por elle.

«Lo siento, lo siento, lo siento…».

Pero no tenía otra opción. Era su única salida. Sintió ganas de llorar.

Apretó los dientes con rabia y se centró en le chique. Se adentró en su psique, en su cuerpo, entre sus células y sus pensamientos.

—A L E X E I D U L A C.

Y pronunció su nombre como solo un renombrador podría hacerlo, llenándolo de significado, de matices, de control. De poder. Lo primero que hizo fue borrarle los recuerdos de todo lo que había pasado desde que había salido del hospital e insertó unos falsos. Los suyos propios. Su huida, sus asesinatos, parte de todo cuanto sabía. Lo suficiente para dejar a su paso un rastro de confusión que enfangara su búsqueda.

A continuación, se enfrentó a la parte más complicada de su plan, una que le dejaría exhauste y que bien podía dejarle también inconsciente.

Inhaló y exhaló. Se hundió más y más en el organismo de Alexei y fue tocando célula tras célula, solo las necesarias. El metabolismo básico lo dejó igual, no merecía la pena esforzarse en alterarlo, pese a las horribles consecuencias que supondría eso para le joven. Pero el aspecto físico, los huesos, los músculos, la piel… Eso era otra cosa.

Cromosomas, genes, control de la expresión, código puro. Y justo ahí empezó a editar con rapidez, de forma burda, torpe, sin delicadeza, igual que habían hecho en el pasado algunos agentes de la Unión con su gente, dejándolos tan alterados que nadie los había podido reparar. Era horrible, atroz. Y, aun así, necesario. Necesitaba hacerlo si quería salir vive de allí y detener la locura que estaba corrompiendo a su Federación.

Al poco rato, tenía ante sí un extraño remedo de Elora, le agente secrete que podía adoptar cualquier aspecto para matar y que había traicionado a su propio gobierno. Le misme que era le responsable de los asesinatos en el hospital y en el laboratorio. Solo que no lo era, no podía serlo, pero durante un tiempo mucha gente creería que sí.

Por último, mientras todo su cuerpo se sacudía con fuertes espasmos fruto del agotamiento, mientras no dejaba de llorar por el horror de lo que estaba haciendo, se renombró a sí misme para adoptar la forma de Alexei y salió del baño todo lo rápido que pudo. Se tambaleó, estuvo a punto de caer, siguió adelante pese a todo.

Antes de desconectar el proyector para que no pudieran rastrearle, Alexei DuLac accedió al nombre de Ebesh una vez más para asegurarse de que no hubiera cambiado y de que su domicilio seguía siendo el mismo. Tenía trabajo que hacer.

Alrededores del Hospital Nayeli Haryo.
Cúpula Meglica, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
09 de Tekra de 2794. 16:45.

El interior de la cafetería estaba desierto, seguramente porque todo el mundo seguía fuera cotilleando y hablando sobre lo ocurrido, sobre le traidore y las muertes, así que se permitió un breve descanso. Se apoyó en una mesa para recobrar el aliento y reunir fuerzas suficientes para salir con discreción y luego perderse en las calles cercanas.

Se miró el cuerpo una vez más, lamentando de nuevo no poder renombrarse todo lo bien que le hubiera gustado. Más aún, había vuelto a empeorar tras el esfuerzo que acababa de hacer y algunos de sus órganos empezaban a fallar, entre ellos los riñones. Estaba de nuevo al borde de la deshidratación, sí, pero también había daños en su código genético fruto de las cosas que le habían inyectado en el laboratorio y que no lograba corregir.

«Si no encuentro pronto un sitio donde esconderme, donde curarme y reponerme, no viviré mucho más».

Asintió, inhaló hondo y se irguió, sirviéndose de la mesa para mantenerse recte. Eso sería lo primero, entonces. Un motel. Tal vez uno como el Rdeče Zlato, uno en algún barrio marginal y deprimido

que solo tuviera une IA de control básique y nada más.

Cerró los ojos un instante antes de abrirlos de nuevo, y, justo entonces, se fijó en que había comida justo al lado de su mano. Unos prensados salados y restos de lo que parecía un bocadillo de algún tipo. Ni siquiera se lo pensó, lo cogió todo y se lo guardó en los bolsillos del pantalón. A continuación, repasó también las mesas más cercanas e hizo lo mismo. Por último, se agenció toda el agua que encontró en una botella reutilizable y la escondió entre sus ropas.

Respiró hondo y caminó con paso cansado hacia el exterior. Una vez allí, giró a la derecha, hacia la calle más cercana. Los clientes de la cafetería le daban la espalda, con la vista aún fija en la entrada del hospital, donde ahora había más policía que nunca, así que ni siquiera le vieron moverse. Los agentes habían organizado a las personas que habían escapado de la matanza en pequeñas filas y parecían estar interrogándolas en un intento de reconstruir lo que había pasado.

Alexei resopló. No era más que una pantomima ridícula. Las autoridades ya tenían una historia montada, una trufada de verdades y mentiras por igual que ya habían enviado a todos los medios de comunicación del sistema; puede que incluso de fuera del mismo para alertar a toda la Federación de lo que había pasado allí.

«Como hacen siempre».

Sus ojos se desviaron ligeramente hacia el parque y buscó a la persona a la que había visto antes, pero ya no parecía estar allí. Se le nubló la vista durante un momento así que parpadeó para intentar aclararla y suspiró.

«Algo bueno. O algo a secas, sin más».

Dobló la esquina arrastrando los pies y, con las manos en los bolsillos llenos hasta los topes de comida, se alejó de allí lanzando una última mirada a su espalda, como cualquier curioso hubiera hecho.

SEXTA PARTE

Fluyente

Motel Belo Zlato.
Cúpula Ozvezdje, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
09 de Tekra de 2794. 19:10.

La habitación era pequeña y olía como si el reciclador de aire se estuviera estropeando, pero Alexei no necesitaba más; tampoco es que fuera a ocuparla durante demasiado tiempo.

Se había arrastrado a tres cúpulas de distancia, más y más cansade a cada metro que recorría, sintiendo cómo las fuerzas se le escurrían con cada aliento, drenando su ya debilitado organismo. Había consumido toda la comida y agua robada para poder aguantar y, al llegar al motel, se había limitado a registrarse en la terminal del recibidor tras conectar brevemente el proyector de Alexei. Sabía que era peligroso volver a usarlo después de haber accedido con él a la base de datos de nombres verdaderos, pero no sabía qué más podía hacer. Luego había subido a su habitación y se había dejado caer como un fardo en la cama.

Le costaba respirar. Le costaba pensar. Se le cerraban los ojos por momentos. Jadeó e, incapaz de aguantar más la tensión a la que estaba sometido su cuerpo, se dejó fluir.

Volver a ser ella, elle, él mismo, misme, misma fue como renacer. No era la angustiosa sensación de cuando había tenido que hacerlo a marchas forzadas para mantenerse con vida. Ahora seguía sus propios ritmos, sus reglas, y era maravilloso. No había sido consciente de cuánto se había exigido hasta ese momento. Notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos y las permitió resbalar por su rostro, libres y sin restricciones. Tampoco detuvo los sollozos cuando estos llegaron. Se sentía sola, sole, solo; abandonada, abandonade, abandonado. Traicionada, traicionade, traicionado. Y ya no podía aguantarlo más.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando el sueño se apoderó de su mente, pero le dio la bienvenida y dejó que arrastrara su consciencia lejos, muy lejos, a un lugar donde pudiera por fin descansar.

Motel Belo Zlato.
Cúpula Ozvezdje, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
10 de Tekra de 2794. 12:50.

Lo primero que notó fue la punzada del hambre en el vientre. Luego el fuerte dolor en todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Sentía

los párpados pesados y tenía las pestañas llenas de legañas espesas y pegajosas, así como unas horribles ganas de ir al servicio.

Parpadeó, se frotó los ojos para alejar el sueño y trató de producir saliva en un intento de eliminar el horrible sabor de boca. Se levantó entonces con un gemido y miró la hora en el holo integrado en la mesita de noche. Era casi la una del mediodía. Más de doce horas. Había dormido durante más de doce horas seguidas y…

Dio un respingo, que hizo que una punzada de dolor le atravesara los riñones, y recorrió con la vista la habitación de pared a pared varias veces, al tiempo que una súbita tensión crecía en su interior. Estaba salpicada de miedo, aderezada con un sudor frío que no tardó en empapar su espalda.

«La Federación…».

¡Había dormido demasiado! Tanto que podrían haber dado con él, ella, elle.

Tragó saliva de forma espasmódica, mientras examinaba todo a su alrededor, en busca de cualquier cosa que pudiera estar fuera de lugar. No vio nada. Todo estaba en calma, tranquilo. Su única arma seguía donde la había dejado, dentro del bolsillo de la ropa que ni siquiera se había cambiado desde el día anterior. Se estremeció.

«Son muchas horas. ¿Por qué no me han encontrado? ¡Tendría que haber puesto la maldita alarma! ¿Tal vez he tenido suerte? Ja. Claro. Eso es lo que te gustaría. Pero no… no están aquí. No han… venido».

Sin poder evitarlo, una risa seca, cínica y carente de humor escapó de sus labios. La mano derecha empezó a temblarle.

«Da igual. Tengo que irme. Ya».

Bajó la vista y se miró a sí mismo, misma, misme para comprobar su estado de salud. Tenía algo más de carne sobre los huesos, aunque todavía era muy poca. Si se renombraba como alguien de baja estatura, podría pasar casi por una persona normal, aunque muy delgada, y eso era mucho más de lo que había podido hacer hasta ahora. En cuanto a su interior…

Se meaba. ¡Malditos fueran todos los nombres! ¡Cómo se estaba meando!

Estuvo a punto de salir corriendo hacia el váter, sin embargo, apretó los labios y se contuvo. Antes de moverse era mejor que se asegurara de que no tenía nada excesivamente estropeado. Cerró los ojos para concentrarse y analizó sus órganos uno a uno, en la medida que sus habilidades se lo permitían. No los encontró demasiado dañados; al menos funcionaban y juraría que lo, la, le mantendrían con vida unos días más. Los más afectados eran los riñones, pero nada que no pudiera mitigar con mucha agua, al menos hasta que pudiera renombrarse en mejores condiciones y arreglarlo.

«Vale. Mear. Beber. Comer. Irme de aquí. No, irme y luego comer, ya no me queda nada de lo que robé ayer».

Se levantó con paso tambaleante y fue al baño para aligerar la vejiga y beber hasta saciarse de aquella agua asquerosa que, aunque sabía a sudor reciclado, le calmaría la sed y le mantendría hidratado, hidratada, hidratade. A continuación, se acercó a la puerta de la habitación y la abrió con sumo cuidado para asomarse al exterior. Contuvo a duras penas un suspiro de alivio al encontrarse con el pasillo totalmente desierto y en silencio. Asintió y se estabilizó como Lin, un chico trans sin alteraciones en ninguno de sus cromosomas X y tampoco cirugía o tratamiento hormonal. Llevaba el largo cabello morado, tenía la piel del color de la madera vieja y apenas llegaba al metro treinta de altura. Era heterosexual y de carácter tranquilo y pausado.

Inhaló hondo, exhaló y se recogió la ropa para que no le sobrara por todas partes, al menos no de forma tan llamativa como lo hacía ahora. Frunció los labios y resopló, apartándose un largo mechón de pelo de delante de la cara. No le gustaba nada el resultado. Era incómodo, poco práctico y tenía un aspecto espantoso, sin embargo, poco más podía hacer.

«Al menos no me bailarán los pies con toda esa tela dentro de las botas. Y, además, con esta blusa roja voy a llamar la atención lo quiera o no, vaya donde vaya. El resto casi que da igual. Voy a tener que mancharla bien rápido, antes de que alguien se fije demasiado en mí y avise a las autoridades. “Denunciad si veis algo sospechoso, es el rey del disfraz, hay un traidor en Zhinyu”. En todas las noticias. A estas alturas estaré ya en todas las noticias. ¡Por todos los malditos nombres!».

Sacudiendo la cabeza de lado a lado, salió de la habitación y descendió las escaleras con paso torpe y cansado. Le dolía todo el cuerpo más que al levantarse y el estómago empezó a rugirle a los pocos pasos. Al menos no tenía ninguna innombrable migraña.

«Algo es algo». Trató de consolarse a sí mismo con un nuevo resoplido mientras se apartaba de nuevo el rebelde cabello de la cara con ambas manos. Sin nada con que mantenerlo sujeto, no tardó en volver a caerle sobre los ojos. «¡Bah! ¡Da igual! ¡Que me tape la cara! Ahora a por comida. La robaré de la basura, lo que sea. No voy a poder pagarla».

Después desaparecería otro par de días más, se recobraría lo máximo posible y solo entonces intentaría ir a por Ebesh y luego, si todo iba bien, a por Morgens. Iba a matar a ese malnacido.

Antes de hacerlo, sin embargo, tenía muchas cosas en las que pensar. No dejaba de tener una sensación incómoda cuando pensaba en todo lo que había ocurrido y no le gustaba nada. Era como

hurgarse una herida abierta sin saber qué estás buscando, solo que hay algo dentro que debes sacar de ahí o todo irá mal.

Se metió las manos en los bolsillos, agachó la cabeza de modo que el pelo camuflara sus facciones y abandonó la oscura recepción del motel para perderse entre la gente que poblaba las calles circundantes.

Callejuelas.
Cúpula Ozvezdje, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
10 de Tekra de 2794. 13:30.

El callejón trasero del restaurante apestaba a recicladores de basura y a pasta nutritiva en no muy buen estado. Tanto le daba. Necesitaba todo lo que pudiera llevarse a la boca, siempre y cuando no estuviera tan estropeado como para hacerle enfermar. Había robado ya un bollito en un puesto que había en una esquina, aprovechando la multitud para renombrarse el color del pelo y la piel con discreción y camuflar el hurto. También había rescatado un culo de bocadillo de un contenedor de deshechos que se había metido a la boca sin pensarlo dos veces. La blusa roja al menos ya no era roja, sino más bien de un turbio color marrón mugriento, y nadie le había vuelto a mirar dos veces después de rebozarse en una pila de desperdicios que había encontrado en un callejón sin salida. Ahora olía mal, muy mal, hedía, pero se sentía mucho más seguro.

Metió las manos hasta los codos entre los restos de cajas y envases y rebuscó hasta dar con un bote de masa procesada que no habían gastado del todo. Lo abrió y lo olió. Se encogió de hombros. No parecía demasiado pasado. Hundió el índice y el corazón hasta el fondo y lo rebañó por completo. Sin embargo, a diferencia de las otras cosas que había engullido ese día, esta vez sí que tuvo que alterarse para anular sus papilas gustativas y el sentido del olfato, o habría vomitado.

«Es temporal. Esto es temporal. Es mejor que morirse. Mejor esto a que me diseccionen vivo. Sobrevive. Sobrevive. Es todo lo que importa».

Se obligó a tragar aquella asquerosidad y luego siguió buscando hasta dar con otro bote. También encontró un sobre de algo blandurrio de color verdoso que ni siquiera se preguntó qué era antes de comérselo. Cuando estuvo seguro de que allí no quedaba nada, regresó a las calles más concurridas y se renombró ligeramente, cambiando de nuevo de aspecto e identidad. Solo por si acaso. Por si alguien estaba al acecho. Por si al dueño del restaurante no le gustaba que robaran de su basura. Ahora era Mei, una chica cis joven, lesbiana, menuda, con el cabello negro rizado y la piel naranja como

el fuego perlada de parches descoloridos.

Vagó durante un par de horas más por aquella barriada marginal, intentando pasar desapercibida, y luego se sentó en una esquina, junto a otros dos pordioseros como ella, con la espalda pegada a la pared de un edificio destartalado. Entrecerró los ojos y trató de relajarse para pensar con claridad.

«Vale. Bien. Ya lo has pospuesto bastante. Hora de intentar aclarar qué está pasando aquí y ver si hay algo que pueda hacer, además de matar a Morgens. Fleco a fleco, pieza a pieza».

— oOo —

Según los datos que había conseguido, todo parecía haber empezado hacía cinco años aproximadamente. Con la compra por parte de una empresa fantasma de los viejos laboratorios de armas biológicas de la Federación de la época de la Guerra Total.

«Cinco años como mínimo», se recordó a sí misma.

Solo que había sido la misma Federación la que había adquirido esas instalaciones y no la Unión. «Así que se las vendieron a sí mismos para camuflar lo que estaban haciendo. Solo que… Solo que…».

Solo que lo que de verdad había pasado allí había sido que la Unión había renombrado a la Federación para que hicieran el trabajo sucio por ellos e invirtieran en aquel proyecto unos recursos que no estaban dispuestos a gastar.

Encajaba, sí, pero… Mei frunció el ceño.

¿De dónde había sacado esa idea? No lo recordaba, tan solo parecía que siempre hubiera estado allí. Explicaba de forma sencilla todo lo ocurrido, sí, pero…

Frunció los labios. No. Había algo más que se le escapaba. Y no, no era el que fueran a usar el ejército de clones para renombrar a la población en las revueltas que causaría el tratado de paz que habían anunciado en las noticias.

«Porque favorece al enemigo más que a nosotros. ¡Por todos los nombres! ¡Nos van a obligar a abrazar sus innombrables ideas que aniquilan derechos humanos y coartan la libertad!».

Sintió cómo el estómago se le revolvía y le entraban unas ganas atroces de vomitar. Tragó saliva para contrarrestarlas y jadeó intentando que no se le notara demasiado. Luego se concentró solo en respirar hasta que se sintió un poco mejor, aunque igual de asqueada. Aun así, el resto de un recuerdo, de unas palabras susurradas en su oído, pareció clavársele en el cerebro.

«Hay demasiado en juego. Merece el precio a pagar. Aunque perdamos nuestra moralidad y nuestra alma».

Esas palabras se convirtieron en una bola de bilis en su garganta y el dolor que le produjeron fue tan grande que le entraron ganas de

llorar. Porque una idea insidiosa comenzó a formarse en las profundidades de su mente. Una que le decía, en voz muy baja, que tal vez, quizá, lograr que aquella interminable Guerra Fría se acabara al fin merecía el precio a pagar.

Se enfureció consigo misma casi de inmediato. No, no y no. Nada lo justificaba. ¡Por todos los nombres! ¡Es que se había vuelto loca del cansancio y de la ansiedad! Nada justificaba la aniquilación de la libre voluntad de la gente ni de los derechos humanos más básicos. Era inmundo, inhumano. No. No iba a caer en la trampa de la Unión aunque todo el resto de su gobierno lo hubiera hecho. Aunque la llamaran traidora y estuviera ahora en busca y captura.

Respiró hondo varias veces hasta que logró calmar los desbocados latidos de su corazón y arrinconó lo más hondo que pudo lo sucia que se sentía por haberse planteado siquiera esa opción.

Volvió a centrarse en lo que sabía y en lo que no. Si lo que creía era cierto, la Federación había sido renombrada por la Unión de forma lenta e insidiosa a lo largo de muchos años. Poco a poco. Primero para comprar los laboratorios, luego para experimentar con seres humanos, después para que le dieran aquella misión y llevarla hasta allí. Por último, para la firma del tratado y la declaración de paz.

Comenzó a tamborilear con los dedos sobre su muslo, inquieta, acariciando aquellas ideas una y otra vez con la mente. Dándoles vueltas.

Habían enviado a Morgens a poner todo aquello en marcha y había acabado infiltrándose en todo el sistema Xhing-an como un cáncer, como un parásito, hasta controlarlo casi por completo. Aunque no había sido solo él, sino una célula de la Unión que incluía a Pelo Azul, Pelo Plata y a saber cuántos más agentes enemigos.

«Solo que también estaban infiltrados en Central. ¿Hasta qué punto tenían, tienen, influencia allí? Para poder hacer lo que han hecho han tenido que renombrar no solo a Errgan, sino también a todo el gobierno. A todos y cada uno de ellos. Hasta a la oposición».

Dejó de tamborilear su muslo y comenzó a darle repetidos golpecitos con todos los dedos juntos, como si picara en una roca con un pequeño martillo. Tap, tap, tap, tap, tap…

Había algo que la escamaba. Una sensación, una molestia en lo más profundo de su mente que la carcomía y a la que, sin embargo, no conseguía aferrarse. Iba y venía, fluctuaba y se alejaba. Acariciaba sus pensamientos con un hálito frío para luego desaparecer con un susurro. Porque, de algún modo, estaba convencida de que nada de eso podría haber ocurrido. ¡Era imposible que hubieran renombrado a todo el innombrable…!

Abrió los ojos al tiempo que su espalda se tensaba como si una descarga eléctrica le hubiera sacudido todas las terminaciones

nerviosas. Exhaló mientras la comprensión se abría camino en su mente.

Innombrable.

El gobierno era innombrable. Errgan era innombrable.

«Las transfusiones. Estuve haciendo transfusiones a todo el mundo justo antes de irme. ¡Con mi sangre en sus venas nadie tendría que haber sido capaz de renombrarlos en meses!».

Mucho menos en las pocas semanas que habían pasado desde entonces. Más aún, el último tratamiento previo a ese aún debía hacerles efecto, igual que el anterior. Y el anterior al anterior. Siempre se acababan solapando. Siempre. No tendría que haber sido posible renombrarlos en años.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Ni siquiera alguien que hubiera estado allí durante esos días, recogiendo muestras de su sangre, habría tenido el nombre verdadero actual de Errgan o de cualquiera de los políticos que habían tratado. No solo porque había estado fluyendo sin cesar durante todo el proceso, sino porque, además, tendría que haber tenido acceso a la base de datos de Central. Sintió cómo un nudo de angustia y frustración le constreñía el estómago.

«Errgan. Tal vez él… Pero no, no estuvo conmigo todos los días y aunque lo hubiera hecho es imposible que hubiera podido monitorizar mi sangre a cada instante».

Tuvo ganas de gritar, de aullar. Empezó a notar cómo su cuerpo se tensaba por momentos, cargado de una energía que no podía expulsar. Apretó los dientes, se tragó todas las maldiciones que se le ocurrieron e, incapaz de permanecer por más tiempo allí sentada, en aquella esquina, sin hacer nada, simulando que solo era otra pordiosera más, se puso en pie y comenzó a caminar sin rumbo. Necesitaba moverse, andar, pensar, sacudirse toda la rabia que estaba acumulándose en su interior. De haber estado en casa habría recorrido el piso de pared a pared, mascullando para sí, quejándose en voz alta. Allí, sin embargo, no podía hacerlo.

«¿Qué se me está escapando? ¡Por todos los nombres!».

Aceleró el paso sin pretenderlo, al ritmo de sus pensamientos que giraban cada vez más y más febriles en el interior de su mente. Porque, si ya era imposible que alguien hubiera logrado renombrar a los líderes de la Federación en Aeni, más lo era que hubieran logrado hacerse con el nombre de Errgan.

«Es una maldita rata paranoica. Dudo que nadie, a parte de mí, tenga siquiera una décima parte de su código genético. Es peor incluso que el resto de renombradores. ¡Maldita sea! ¡Que nuestros nombres no están siquiera en la base de datos! Si conocemos el nombre de otro renombrador lo sabemos y punto, y no vamos diciéndolo por ahí. No

salen de nuestras cabezas. A mí no me pueden sacar nada que no quiera y el resto están condicionados. Solo que…». Hizo una pausa y también dejó de andar. «Lo único que diferencia a Errgan de los demás es que él sí sale de casa, igual que yo. No tiene miedo de ir en persona a ningún sitio desde que se trata con mi sangre, porque nadie tiene poder sobre él. Entonces, ¿cómo lo han renombrado?».

Porque era innegable que lo habían hecho, ¿verdad? ¿Qué otra explicación había si no? ¡Pues claro que lo estaba! ¡Que hasta le había dicho a Ebesh cómo inutilizarle! Si quería pruebas de que su antiguo jefe estaba en su contra, ahí las tenía. Era la única persona que conocía su punto débil. Bueno, él y algún que otro científico que había analizado su peculiaridad genética. Solo que todos salvo Errgan habían sido eliminados discretamente hacía ya muchos años y los archivos de sus estudios borrados sin dejar rastro.

Lo único… ¿Y si Morgens, de algún modo, había logrado meterse tan dentro en la vida de Errgan y de los del gobierno que había conseguido sus nombres y luego había…?

«Pero ¿en qué estás pensando? Quienquiera que lo haya hecho tiene que tener dos cosas: el nombre verdadero real de todas esas personas y conocer cada uno de los códigos genéticos que había en mi sangre en cada instante mientras duraron las transfusiones. Y. Eso. Es. Imposible. Morgens será bueno, pero no omnisciente».

Siguió andando y resopló al tiempo que doblaba una esquina y se sumergía en un grupo de gente que casi bloqueaba la calle. Aprovechó la ocasión para renombrarse, más por instinto que por otra cosa. Ahora era Vallen, une chique joven a quien le gustaban las personas intersexuales, con la piel oscura y cabello rizado de color verde que enmarcaba sus facciones como una aureola de hojas.

«Eso sí, bien que se lució con lo del Aev. “Morgens te envía recuerdos”. Será desgraciado. Ahí, presumiendo de poder. Demostrándome lo poco que sabía, cuando ni yo misme era consciente de ello».

Aunque elle misme no fuera consciente de…

Una idea estalló de pronto en su cabeza con tanta fuerza que le provocó un escalofrío de pavor. Comenzó a respirar de forma entrecortada.

Una risa queda y amarga brotó de sus labios sin que pudiera hacer nada por contenerla.

«No. Eso es imposible. Solo existe una persona que conozca todos los nombres, incluido el de Errgan, y que sepa exactamente qué genes había en esas transfusiones. Yo. Solo yo tengo toda esa información. Y Morgens no ha podido sacarla de mi cabeza, de ningún modo, desde luego que no. Ni siquiera durante el tiempo que estuve en sus manos en ese laboratorio. Me acordaría…». Se detuvo en seco y se quedó

mirando al vacío durante unos segundos. «Porque me acordaría, ¿verdad?».

La temperatura pareció bajar de golpe a su alrededor y se quedó completamente helade. Reemprendió la marcha como en un sueño, esta vez girando hacia la pared de la cúpula, donde la pobreza del barrio se acentuaba y la gente le prestaría menos atención aún.

¿De verdad estaba segure de que se acordaba de todo? ¿De verdad creía que podía fiarse de su propia mente?

No. La respuesta era no. No desde hacía ya tiempo. No desde que había perdido un día entero antes de que le capturasen. Aunque eso no era del todo cierto. Porque lo que ocurría era que tenía dos o incluso tres versiones de lo que había pasado, todas borrosas, todas como si fueran fragmentos de un sueño. ¿Cuáles eran reales? ¿Cuáles no? No lo sabía.

Todo parecía similar a ese sueño raro que no dejaba de tener. Ese en el que estaba con un Zhong-Mao que no era él contemplando las estrellas, agarrades de la mano, desde el mirador de una nave estelar. Algo que jamás había pasado, algo que nunca había ocurrido, y que, sin embargo, le parecía tan real que dolía. Porque era amor lo que sentía allí. Y pérdida. Y ganas de llorar. Y remordimientos por haber sobrevivido a algo cuando tanta otra gente buena no lo había hecho. Y añoranza de volver allí, a aquella sala, a aquellos tiempos. Unos que jamás habían tenido lugar salvo en aquella ensoñación.

Contuvo las ganas de apretarse la cabeza con ambas manos al tiempo que el nudo que tenía en la base de la garganta se hacía más denso, pesado y doloroso, tanto que incluso empezó a sentir una punzada en la parte derecha del pecho, justo debajo de la clavícula, cerca del esternón.

«No me puedo fiar de mí misme», comprendió. Una oleada de terror se abrió paso en su interior como una flor de hielo de aristas afiladas y cortantes. «Porque… Porque…». Tragó saliva de forma convulsa. Sacudió la cabeza de lado a lado, incapaz de abarcar por completo todas las implicaciones de lo que estaba pensando. Ahogó un gemido. «Porque, si han conseguido renombrar a los líderes de la Federación y a Errgan, ¿han podido renombrarme a mí también?».

Durante varios segundos ni siquiera pudo pensar. Dejó incluso de respirar. Se quedó en blanco, bloqueade. Incapaz de reaccionar ni de moverse. Solo se dio cuenta de que se había detenido cuando alguien le empujó con fuerza, tirándole casi al suelo, al tiempo que le gritaba algo que ni siquiera entendió para que se apartara de en medio. Lo hizo con rapidez, miró dónde estaba y tan solo reconoció la enorme cúpula que se alzaba por encima de las casas a tan solo un par de calles de distancia. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de centrarse, intentando alejar un miedo que jamás había creído que

podría llegar a sentir. El mismo con el que convivían todos y cada uno de sus compañeros renombradores.

Inhaló y exhaló. Inhaló y exhaló. Estremecide con cada aliento que forzaba a entrar y salir de sus pulmones. Una y otra vez. Una y otra vez. Tratando de contener el pánico, la angustia que crecía en su interior, hasta que el corazón dejó de latirle desbocado y el nudo de su garganta se aflojó un poco. La punzada en el pecho siguió ahí, hiriente, dañina, clavándose en su carne con cada respiración.

«Zhong-Mao, Agatea, Brice, Marg, Itzal, Fareeha y el resto de mis compañeros. Para ellos es así a todas horas, cada día de su vida, desde que entran en la agencia. Y, a pesar de todo, funcionan y viven y siguen adelante. ¿Cómo lo hacen?».

Se miró las manos, delgadas, de piel oscura como la más oscura de las cortezas de los árboles que había visto en Sunce, y las cerró en dos puños tan apretados que los brazos le temblaron.

«¿Soy más cobarde, más débil, que ellos? Sí, estoy segure de eso, pero no quiero serlo, o seguir siéndolo, o empezar a serlo. No sé cómo gestionarlo, cómo enfrentarme a esto. No. No. Si ellos pueden vivir con esta presión, yo también. Si ellos pueden salir de excursión, yo puedo acabar esta. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

Lo repitió una y otra vez hasta que se lo creyó. O un poco, al menos. Retomó su camino y giró por la primera calle que encontró en dirección a la cúpula.

Lo malo era que ya no tenía demasiado claro cómo completar aquella innombrable misión. Ya no podía confiar en su propia mente ni en sus recuerdos, ni en nada de lo que tenía en la cabeza. O en casi nada.

«Paso a paso. Venga. Si me han renombrado, ¿me puedo arreglar de vuelta? Debería ser fácil. Solo que no sé exactamente qué me ha quitado, y sin eso no sé qué corregir. Con la genética es fácil, con los pensamientos… Es más complicado». Tomó aire con fuerza. «Así que… Vamos a ver qué puedo hacer ahora mismo y qué no».

Se renombró ligeramente para pensar con toda la claridad de la que era capaz, dadas las circunstancias, y dejó que su vista vagara de pared a pared, de casa destartalada a casa destartalada. Sus ojos se deslizaron sobre diferentes rostros, todos ellos demacrados por la pobreza, la ansiedad y las manipulaciones genéticas baratas o fallidas, y sintió que todo se detenía en su interior. Fue como si todo cuanto le rodeaba estuviera de pronto muy lejos y no pudiera afectarle, como si hubiera perdido el impulso que había tenido hasta ese momento. Se quedó en blanco, rodeade de ruidos amortiguados que no pudo identificar. Su cerebro pareció desconectarse una fracción de segundo antes de volver a funcionar.

Tragó saliva y apretó con fuerza los dientes. Luego se obligó a

organizar su mente y a centrarse en una cosa cada vez, dado que se veía incapaz de enfrentarse a un objetivo mayor. Lo malo era que le gustaba ir a por ese tipo de objetivos mayores.

Volvió a sentir ganas de reír. Esta vez de sí misme. Estaría débil, mermade, insegure y al borde del colapso mental y, sin embargo, ahí la tenía, la negativa a rendirse, esa que siempre le había caracterizado. Por otro lado, también estaba el miedo. E iba a necesitar aprender a vivir con él ahora que sabía que alguien podía renombrarle.

«Deja de darle vueltas a todo. Una cosa a la vez. Tengo que retomar el plan original cuanto antes. Lo que he descubierto no cambia nada, después de todo. Primero comer y recuperarme. Luego encontrar a Ebesh y volver a convertirlo en mi aliado. Ebesh debería saber dónde está Morgens. Después ir a por Morgens. Ahora que no llevo ni un solo dispositivo encima que puedan rastrear no me verá venir si voy con cuidado. Luego matarlo. Volver a casa. Renombrar a Errgan. Corregir juntos, él y yo, todo lo que la Unión ha hecho. Hacer que las cosas vuelvan a su cauce, a como deben ser de verdad».

Vallen resopló sintiendo cómo la esperanza volvía a despuntar en su interior, tímida y apenas perceptible, pero sin duda ahí.

Solo que nada de todo eso iba a ser fácil.

Enarcó una ceja sin dejar de andar y una risa cínica burbujeó en su interior.

«Aunque, claro, ¿cuándo lo ha sido esta innombrable misión? Siempre fue una trampa. ¿Salvar a la Federación, dijeron? Ja. La verdad es que no mentían, solo que su Federación y mi Federación no eran la misma».

—Bueno —resopló en voz alta, haciendo que la persona con la que se cruzó justo en ese momento se girara hacia elle con una mirada interrogante. La ignoró y siguió caminando—. Al menos tienen algo en común, que yo tengo que salvarla.

Cerca de la pared de la cúpula Ozvezdje.
Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
10 de Tekra de 2794. 17:10.

Hacía ya un rato que se había vuelto a renombrar después de atravesar una pequeña multitud que se agolpaba delante de un comedor social. Mientras lo hacía, sus tripas habían rugido y había sentido la tentación de unirse a la cola. Sin embargo, había agachado la cabeza, apretado los labios y seguido adelante. Ese era justo el tipo de sitios que debía evitar a toda costa. Eran de los primeros donde la gente de la Federación la buscaría. De hecho, la única razón por la que no se había dado la vuelta nada más darse cuenta de lo que hacía toda

aquella gente había sido porque hubiera resultado sospechoso.

Ahora era Deepa Yang, una persona de género fluido con cuerpo masculino que, en ese momento, usaba el pronombre femenino. Era menuda y delgada, con la piel flácida de un blanco lechoso y el cabello negro y lacio. Sus ojos tenían la pupila vertical y eran de un raro tono azul eléctrico. Era birromántica y asexual, y en aquel momento tenía más hambre de la que le hubiera gustado admitir.

Se apretó el estómago con una mano mientras con la otra aferraba el bloqueador de señales nerviosas que aún llevaba consigo. Había llegado el momento de usarlo de nuevo. No le gustaba la idea, pero no podía permitirse seguir vagando sin rumbo, de un lado a otro, sin un sitio en el que refugiarse. Tenía que reponerse y descansar antes de encontrarse con Ebesh.

Lo malo era que la única forma de llegar a él era tomando una vía rápida de Plava a Zemlju y, sin un dispositivo externo que no pudieran vincular con ella, a diferencia del de Alexei, era imposible. Tampoco podía usar el truco de compartir vehículo como otras veces porque no tenía con qué pagarlo. Así que lo primero iba a ser robarle un proyector corneal activo a alguien y tomar su aspecto. Esta vez lo haría mejor que con Alexei, no iba a dejar nada que la vinculara con una persona inconsciente en el baño de una cafetería.

«El problema es el número. Tengo que hacerlo una decena de veces para que el rastro se enfangue, pero sin usar ninguna de esas identidades. Dejarlas sin sentido sí, robar sus proyectores, también. Luego hacer que otra gente los lleve lejos por mí, metidos en sus ropas o de cualquier otra forma que se me ocurra».

Cambiaría de cúpula un par de veces, repitiendo el mismo patrón, y solo entonces se quedaría con uno de los dispositivos externos robados y cogería una vía rápida. Solo que no en dirección a Zemlju, sino a otra ciudad. En ella cambiaría de identidad de nuevo y solo entonces volvería a Zemlju. Todo el proceso le llevaría varios días, aunque al menos podría usar los proyectores para pagarse la comida y un alojamiento decente.

Sonrió de medio lado. Lo malo era que allí, en esa zona miserable, apenas nadie tenía dispositivos. Tendría que cambiar de barrio quisiera o no. Además, dejar a gente inconsciente por la calle siempre implicaba algún riesgo.

«Mejor si espero a la noche, a cuando atenúen las luces y haya menos gente por la calle. Usaré los parques, las zonas de oficinas donde siempre hay alguien que sale tarde del trabajo. Los túneles también pueden valer. Empezaré por ahí, sí».

Sus tripas volvieron a sonar con tanta fuerza que incluso le dolieron. ¡Maldita fuera el hambre que tenía! Apretó los labios y se instó a tener paciencia. La cúpula Ozvezdje era de las más grandes de

Plava y también una de las tres centrales que formaban aquella ciudad, así que tardaría horas en llegar a un buen barrio siguiendo la pared para mantenerse el mayor tiempo posible en los barrios marginales.

«Vamos, venga, solo tengo que aguantar un poco más y podré darme un atracón de proteínas, azúcares y todo lo que me apetezca».

— oOo —

Caminó durante mucho tiempo fluyendo lentamente de una identidad a otra, de un aspecto a otro, de un color de piel, ojos, cabello a otro. Llegó a una zona menos degradada un par de horas antes de que empezaran a atenuar las luces, así que merodeó por las calles cercanas sin atreverse a adentrarse del todo en ella. Su ropa mugrienta llamaría la atención allí, así que se limitó a aguardar, sin dejar de moverse ni de cambiar cada cierto tiempo, mientras observaba su entorno para evaluar la situación.

Cuando la gente empezó a desaparecer de las calles, se apartó de la pared de la cúpula y regresó por donde había venido para ocultarse en un callejón un poco más oscuro y solitario que los demás. Se sentó con la espalda apoyada en la pared, como si estuviera descansando, y sacó la pistola aturdidora del bolsillo. Se aseguró de que funcionaba y la volvió a esconder con rapidez antes de que alguien viera lo que hacía.

Dejó ir a la primera persona que pasó por delante por ser demasiado alta y corpulenta, y a la segunda por lo mismo. A la tercera y la cuarta porque había demasiada gente por la zona, gritando, peleándose, volviendo a sus casas, yendo a trabajar o incluso buscando a alguien a quien desplumar. Tuvo que aguardar bastante hasta que alguien más o menos de su misma constitución se adentró en el callejón y luego no vino nadie más.

Alia fingió dormitar, pero solo hasta comprobar que no había nadie más cerca. Escrutó los alrededores y aguzó el oído en busca de pasos, voces o cualquier otra cosa que le alertara de que alguien andaba cerca. Pero todo estaba en calma. Había voces, eso sí, aunque lejos, a una manzana de distancia, y no parecían estar acercándose.

Inhaló una vez, dos veces, mientras con el corazón martilleándole en las costillas. Entonces, sin moverse apenas, sacó de nuevo el arma, apuntó y, tras un momento de vacilación para volver a asegurarse de que todo seguía en calma, disparó. En cuanto el cuerpo se desplomó, gateó hasta él, lo agarró por las piernas y lo arrastró con dificultad. Resolló y maldijo entre dientes por no tener las fuerzas suficientes para hacerlo con rapidez. Tras lo que le parecieron horas, logró colocarlo por fin a su lado.

Voces, pasos, una risa bronca. Cerca, muy cerca. Alia contuvo un

exabrupto al darse cuenta de que venían en su dirección, por la calle perpendicular a la suya. Solo esperaba que no giraran en aquella esquina y que siguieran adelante. Por si no tenía tanta suerte, colocó el cuerpo en una postura más o menos normal y se tumbó a su lado fingiendo que dormía.

Unas botas arrastrándose, un gruñido y una invitación a ir a terminar la noche en un bar cercano, una respuesta diciendo que sí, que perfecto, que por qué no. El sonido de dos personas con voz masculina besándose. Luego pasos que se alejaban de nuevo y el retorno de los ruidos nocturnos habituales.

Alia resolló con mal contenido alivio y se apresuró a desvestir a su víctima para luego cubrirla con su ropa, que apestaba a basura, comida podrida y suciedad. Ni se molestó en vestirla, tanto daba, tenía prisa. Se puso lo más rápido que pudo la chaqueta cruzada y los pantalones marrón oscuro con llamativos estampados florales y luego se renombró hasta estabilizarse como Sergei, un joven cis gay al que le gustaba la soledad y el silencio. Su piel era de color verdoso y el cabello largo azulado con una textura como si estuviera formado por diminutas escamas.

Miró hacia ambos lados del callejón, recogió el arma que había dejado en el suelo para cambiarse y se la guardó en el bolsillo. Acto seguido, se dirigió con paso rápido hacia el barrio algo más rico que lindaba con aquel.

«Primero aquí, luego a la siguiente cúpula. Poco a poco».

Mientras caminaba, sus dedos no dejaron de juguetear con la pistola aturdidora, deslizándose arriba y abajo por toda la superficie, acariciándola casi como si intentara calmar a un animal asustado. Solo que, en realidad, solo buscaba calmarse a sí mismo.

En algún lugar de la cúpula Polarna Svjetlost.
Zvijezda Padalica, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
11 de Tekra de 2794. 01:10.

Estaba alucinando, lo sabía. No veía lo que tenía delante de los ojos al caminar, sino otra cosa.

Un campo de estrellas y el hombre que había a su lado sostenía su mano como si todo su mundo se limitara a aquel contacto. Como si aquello fuera todo cuanto les quedaba. Era cierto y, al mismo tiempo, no lo era. Sabía que lo iba a perder, que no lo vería en mucho tiempo, que tal vez no volverían a estar juntos. Y, aun así, el sacrificio merecía la pena porque ningún precio a pagar era lo suficientemente alto teniendo en cuenta las circunstancias. Había demasiado en juego.

Solo que no por eso dejaba de doler. Iban a dolerle la soledad, la

pérdida y el frío. No quería volver a pasar frío jamás. No quería volver a la hibernación.

Solo que no volvería a haber hibernación sino cambio. Un cambio tan grande como nunca había sufrido. O… O tal vez… O tal vez como nunca había esperado sufrir porque antes… antes de eso no…

La hibernación había sido dura, sobre todo al despertar. La misión era importante. Todos habían aceptado viajar así porque para llegar hasta allí no había caminos conocidos ni rutas exploradas ni coordenadas que marcar. Saltar a ciegas habría sido una locura. Aunque sí habían saltado, hasta un punto al menos, luego frío y oscuridad durante unos años. Y ahora dolía, dolía en forma de agujas que perforaban su cuerpo. Dolía hasta en medio de la niebla espesa que llenaba su cabeza.

Y se había despejado y unas estrellas desconocidas habían aparecido ante su nave. Nuevas, lejanas y… Ellos.

Todo había cambiado de golpe, no solo por el descubrimiento, sino por la enfermedad, esa que se había llevado a varios, esa que les había dejado tocados, esa que les había alterado de formas que… Sobre todo a…

Sus madres. Esas mujeres que no conocía de nada, pero que serían sus madres de ahora en adelante, o en el futuro, o dentro de unos años, cuando… cuando…

No quería cerrar los ojos, pero tampoco quería mantenerlos abiertos por más tiempo. Necesitaba dormir, descansar, apagar la mente. Sin embargo, aún no podía hacerlo, así que siguió caminando, un pie detrás de otro, un paso detrás de otro, aferrándose a su misión, a su plan. Una más, una identidad más y podría… podría…

«Ebesh, volver con Ebesh».

Y entonces la vio, justo un poco más adelante, una persona con cuerpo masculino que parecía borracha y no saber a dónde iba. Se detuvo en medio de la niebla que eran sus recuerdos, sacó el arma aturdidora y disparó.

Terminal de llegada de la vía rápida Zvijezda Padalica-Zemlju.
Cúpula Mesec, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
14 de Tekra de 2794. 07:45.

Las noticias no habían dejado de informar en ningún momento sobre del cese de la Guerra Fría. En ese momento, une presentadore con la piel negra y los ojos del color de la plata envejecida, comentaba que el gobierno de Central en pleno había aprobado el cese del bloqueo de Ramaina y que se estaban barajando diversas medidas compensatorias para su maltrecha economía. Siguió hablando sobre las condiciones

del tratado de paz, como, por ejemplo, el inicio de una cesión bidireccional de territorios entre la Federación y la Unión.

Maëlle sintió como cada palabra del holo se clavaba en el vientre como agujas de fuego y bilis. Otra consecuencia más de todo lo que había causado Morgens. Una de tantas. Solo que la mayoría de ellas no salían en las noticias o, si lo hacían, no eran sino mentiras, o verdades parciales, o informes manipulados. Todo por mantener el control.

«O la apariencia de control, más bien».

Como que ningún gobierno de ningún sistema de la Federación pareciera estar alzando la voz contra Central. Falso, sin duda. O como que estuvieran enviando mediadores a los disturbios que se habían desencadenado en algunas zonas de Xhing-an en protesta a los tratados. Ahí sí que había algo de verdad, estaba segura. Solo que los mediadores no serían especialistas civiles, militares ni policías, como decían las noticias. Sino algo mucho más siniestro. Clones de renombrador. Sus clones. Individuos capaces de alterar la mente, las tendencias políticas, las lealtades, los más íntimos pensamientos a medio planeta de distancia.

«Están acabando todo lo que amo de mi Federación, con todo lo que somos, lo que nos hace mejores que ellos. Están destrozando la libertad, la pluralidad, la economía colaborativa... Lo están haciendo añicos».

Hubo una cuña de publicidad y luego le presentadore pasó a hablar sobre ella una vez más, como ocurría cada día, en cada uno de los noticiarios. Volvió a repetir que era alguien peligroso que podía adquirir casi cualquier aspecto, que la gente tuviera cuidado y no saliera de casa después del toque de queda y, sobre todo, que colaboraran con los controles policiales si se encontraban con uno. Porque eso era lo único que Maëlle había logrado desde que había puesto en marcha su plan en Ozvezdje, que la buscaran con más ahínco e incluso hubieran limitado las libertades civiles.

Al menos tenía la seguridad de que estaban tan confusos que no lograban atinar dónde estaba y mucho menos sobre lo que tenía pensado hacer.

«Es todo lo que podía pedir. Ya habrá tiempo de arreglar las cosas».

Al menos ya no tenía hambre, ni sed, ni sueño. Había logrado dormir las dos últimas noches en camas ajenas, usando identidades robadas, y volvía a sentirse fuerte y capaz. Lo mejor de todo era que desde entonces no había vuelto a sufrir aquellas visiones o sueños raros donde contemplaba el campo de estrellas o sentía que sus madres no eran sus madres. Ni tampoco ese otro donde, viajando a otra galaxia, había descubierto algo que lo había cambiado todo y

convertido su vida en un infierno de pérdidas, muertes y horror. Tampoco se había vuelto a despertar con migrañas en medio de la noche, ni vinculadas a los sueños ni de ningún otro tipo.

«Solo que no son sueños ni visiones. Son algo como... recuerdos imposibles que no tengo, ni he tenido ni… Creo que me estoy volviendo loca».

Agachó la cabeza unos segundos y luego la sacudió para suprimir a la fuerza aquella idea estúpida y ridícula. ¡Claro que eran sueños y alucinaciones! ¿Qué iban a ser si no? No eran más que productos de su mente enferma, agotada y manipulada por Morgens, solo eso.

Afortunadamente, junto con aquello, fuera lo que fuera, también parecían haberse desvanecido casi por completo la ansiedad y el miedo. Aunque la parte superior del pecho derecho, cerca del esternón, todavía le dolía de vez en cuando, como un eco, como un reflejo de la tensión que aún carcomía su mente. A ese respecto, todavía no estaba del todo centrada ni era por completo ella misma, pero al menos, a nivel físico, estaba mucho mejor.

Se miró el cuerpo y se fascinó de lo sano que parecía, lo rollizo y hermoso que era, con tanta carne sobre los huesos, con las caderas redondeadas y las curvas generosas. No era tan espectacular y rotundo como había sido el de Zuri, pero sin duda era mucho mejor que todo lo que había logrado desde su huida. Ahora, eso sí, era mucho más alta y de músculos fuertes, con la piel de color crema con manchas azuladas y sin un solo pelo en el cuerpo. Los ojos los había dejado normales, tampoco quería parecer del todo una genalt, al fin y al cabo, no debía desviarse demasiado del aspecto de la Maëlle real. Le había robado el proyector que usaba en aquel momento y tenía que mantener las apariencias, aunque fuera un mínimo; solo por si acaso. No era del todo idéntica a ella, pero sí lo suficiente para engañar a las cámaras o a cualquiera que la mirara sin prestarle demasiada atención. Era una mujer cis, eso sí, igual que Maëlle, y le gustaban las mujeres, como a ella, a juzgar por los vídeos, mensajes y demás material almacenado en el proyector.

En cualquier caso, ya estaba allí, en Zemlju, por fin. A tan solo dos cúpulas de distancia de donde vivía Ebesh. Miró a ambos lados como si buscara a alguien y luego frunció el ceño con delicadeza fingiendo que no lo había encontrado. Se encogió de hombros, suspiró y cruzó la terminal con paso rápido hacia la salida.

Había demasiadas cámaras para intentar fluir de nuevo e ir al baño estaba descartado; la Federación ya se sabía aquel truco. Así que no le quedaba otra que perderse entre la multitud antes de volver a cambiar de identidad.

«Lo mejor es que por fin se han acabado los problemas con la ropa. La que llevo no será de nanos, pero tengo su nombre verdadero.

Gracias net planetaria, gracias».

Le iba a suponer un esfuerzo adicional, eso sí. Por otro lado, ya no podía permitirse usar muchas más veces la pistola aturdidora, dos disparos más y la batería se agotaría, así que más le valía guardarla para cuando la necesitara de verdad. Ojalá haber tenido tiempo para buscar su nombre verdadero y poder recargarla.

«Deja de darle vueltas de una vez. Ya es mejor que nada. Y vienes de la nada. ¿recuerdas?».

Salió de la terminal y entrecerró los ojos ante la fuerte luz con la que habían iluminado ese día la cúpula, simulando un cálido día de verano en Sunce o algo muy similar. En cuanto su vista se adaptó, contempló el pequeño parque lleno de arbolillos dorados de fragantes hojas que olían a limón. No había hierba entre ellos, solo losas blancas y unos enormes maceteros negros llenos de flores de todos los colores imaginables. Pero, sobre todo, había muchísima gente que se dirigía a sus puestos de trabajo con expresiones serias y sin prestar atención a nada de lo que les rodeaba. La mayoría llevaba el visor de sus proyectores corneales desplegado, donde seguramente estarían viendo las noticias o programas de entretenimiento, leyendo alguna novela, navegando sin más por la red o hablando con sus amigos o familiares. Era justo lo que necesitaba y la razón por la que se había levantado tan pronto ese día para volver a Zemlju.

Maëlle sonrió para sí, se dejó arrastrar por la tromba de personas que salía de la vía rápida y se internó junto a ellas en las calles cercanas. Desplegó su visor y pidió la dirección del edificio donde se alojaba Ebesh. A continuación, sin dejar de caminar, buscando siempre las zonas más concurridas, se renombró un par de veces más, para asegurarse de que nadie pudiera seguirle, seguirla, seguirlo con facilidad, y desapareció.

Cafetería Srebrna Izmaglica. A cinco calles del edificio Nebesa.
Cúpula Sumrak, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
14 de Tekra de 2794. 12:20.

No se había atrevido a acercarse demasiado a la casa de Ebesh. O, más bien, un par de fuertes punzadas en el pecho, un retortijón de tripas, una súbita falta de aire y un leve ataque de vértigo le habían paralizado antes de poder hacerlo.

Su mente había empezado entonces a bombardearla con ideas aleatorias de peligro, que si había alguien al acecho en las calles, esperando verla aparecer; que si Morgens estaría allí, buscándola; que si todo aquello no sería sino una trampa insertada en sus recuerdos para hacerle creer que era buena idea y la única salida que tenía.

¿Y si era cierto? ¿Y si nada de todo ese plan había sido idea suya? No de verdad. ¿Y si…? ¿Y si fallaba? ¿Y si habían alterado a Ebesh y ya no tenía su nombre verdadero? ¿Y si habían mantenido la base de datos de nombres verdaderos sin actualizar para que pensara que podía hacerlo y así volver a atraparla?

Ahora tenía los ojos cerrados y estaba reclinada en una silla en la terraza de una cafetería, mientras trataba de acallar todas esas preguntas que le revoloteaban en la cabeza como hojas arrastradas por un huracán. Sin embargo, no lograba aferrarlas con la suficiente fuerza como para analizarlas en detalle y tampoco conseguía ahuyentarlas. Se limitaban a aparecer, burbujeaban y desaparecían de nuevo, dejándola varada en medio de la incertidumbre, la inseguridad y el miedo al fracaso, a equivocarse, a que la hubieran descubierto, a que la capturaran, a que estuviera renombrada o fueran a hacerlo, a que…

Apretó los dientes y trató de encontrar un modo de alterarse a sí misma para que todo volviera a estar en su sitio, como antes, como siempre. Pero nada parecía funcionar ya. Se renombraba y el alivio llegaba, pero solo durante un minuto o dos antes de que las dudas la asaltaran de nuevo.

Y si, y si, y si… Una y otra y otra vez.

No podía confiar en su mente. No podía confiar en sus recuerdos. No podía confiar en renombrarse bien y…

«¡Basta! ¡Basta, basta, basta!», se reprendió a sí misma. «¡Por todos los nombres! No puedes paralizarte así. ¿No dijiste que no querías ser débil? ¿Que si el resto de tus compañeros podían vivir con esto, tú también? Pues demuéstralo».

Lo malo era que no era tan sencillo hacerlo como pensarlo. De lo contrario no estaría allí, paralizada, aterrada de dar un solo paso más en dirección a la casa de Ebesh.

¿Cómo se acercaría a él sin levantar sospechas? Renombrarle no sería difícil, tan solo necesitaría verle ni que fuera de lejos y ya estaría. Pero, una vez hecho, ¿qué? ¿Quedaría con él? ¿Iría directa a su casa? ¿Se verían en una cafetería como en la que estaba ahora? ¿Cómo lo haría para enviarle un mensaje sin correr riesgos? Además, ¿cómo estar segura de que si renombraba a Ebesh iba a funcionar? Ya había fallado antes y la había traicionado.

Respiró hondo un par de veces y abrió los ojos. Alargó la mano para coger el vaso de zumo sintético que tenía delante y le dio un sorbo. Se sintió orgullosa de que la mano no le temblara, aunque las náuseas crecieron en su estómago como la subida de la marea hasta anidar en la base de su garganta.

«Ya no sé qué es real. Eso es lo que pasa».

Porque ahora, si intentaba recordar aquel momento concreto, en

la entrada de la vía rápida de Plava, se veía a sí misma renombrando a Ebesh. Sin embargo, también se veía no haciéndolo, iniciando el proceso, pero sin llegar a completarlo. Era como lo del treinta y cinco de Anukra, su día perdido. Todas las versiones de los hechos eran igual de reales e igual de falsas una vez más. Tenía grabadas en su mente las emociones de cada una de ellas, lo que había sentido, lo que había pensado. Sin fisuras, sin fallos, sin errores de coherencia. Y, al mismo tiempo, le parecían fruto de un sueño, o de una alucinación, tal vez.

Suspiró y apuró lo poco que le quedaba del zumo, sintiéndose miserable, frágil, asustada y con unas horribles ganas de vomitar.

«Ya basta, por todos los nombres. Pensar en eso solo te pone peor. Deja de perder el tiempo, deja de lamentarte y ve a por Ebesh antes de que sea demasiado tarde».

Asintió para sí, aún con la punzada de dolor clavándosele en el pecho y sin terminar de respirar del todo bien, y se puso en pie con reticencia.

«Al menos no me estoy rindiendo».

Aquel pensamiento hizo que tuviera ganas de llorar de pronto. Apretó los labios, tragó saliva e inhaló hondo tratando por todos los medios de no salir corriendo al baño a echar todo el contenido del estómago por el váter. En vez de eso dio la orden de pago por la consumición, se restregó las sudadas palmas de las manos contra los pantalones rosa cubiertos de bordados de hojas y dragones rojos y se alejó en dirección al edificio Nebesa.

«Segunda planta. Puerta F. Allí vive. Ese es el piso que la agencia tiene alquilado para él. Para Lufsa y para él. Cuando estaba vivo. Antes de que nos traicionaras. ¿Te habrán borrado ese recuerdo, Ebesh? ¿Te atormentará haber ejecutado a tu compañero? ¿O Morgens te habrá quitado también eso?».

Fuera como fuera, si era eso lo que había ocurrido, no pensaba devolvérselo. Si no padecía, tanto mejor. Renombrar a alguien de nuevo a su estado original tras haber cometido las atrocidades que Ebesh había cometido en contra de sus anteriores principios nunca era tarea fácil. ¿Qué conservar? ¿Qué retirar? ¿Merecía sufrir por culpa de las acciones de otros sobre su mente? En su caso, para ella, la respuesta era siempre no.

Restaurante Lán Yuèliàng. Frente al edificio Nebesa.
Cúpula Sumrak, Zemlju, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
14 de Tekra de 2794. 18:50.

Mientras observaba desde un restaurante el acceso al bloque de

viviendas de tres pisos donde vivía Ebesh y picoteaba lo que le habían servido —ni siquiera podía recordar qué era, pero estaba bueno—, se dio cuenta de que ya no se sentía tan mal. Concentrarse, mantener una atención constante en lo que estaba haciendo, como si no existiera nada más, parecía estar funcionando mejor que todas las renombraciones que había intentado. Todavía notaba a veces el pinchazo en el pecho, eso sí, pero solo se daba cuenta de que estaba ahí cuando se sorprendía a sí misma frotando la zona en un intento de aliviar el dolor.

Llevaba horas cambiando de identidad cada poco rato, entrando y saliendo de la zona para no llamar la atención, paseando sin rumbo, fingiendo remolonear en el parque que había a la derecha del edificio. Había visitado incluso varios locales, para comprar algún collar, ropa o hasta un nuevo proyector corneal. En ningún momento había visto al otro agente, así que estaba empezando a ponerse un poco nerviosa. Sabía que no estaba en casa porque ahora que estaban atenuando la iluminación como paso previo al toque de queda, las luces de las ventanas de su piso seguían apagadas.

«Que siga aquí, por favor. Que no haya vuelto a Sunce».

Se llevó un nuevo bocado de una especie de carne sintética untada en una salsa picante a la boca y la masticó con fruición, disfrutando del sabor y riqueza de sus diferentes texturas en los labios y la lengua. Calor y ardor del picante, fibrosa y suave contra sus dientes, el jugo estallando según masticaba, mezclándose en un remolino con la cremosidad de lo que podría ser nata u otra cosa típica de aquella luna.

Al menos tenía aquello. El restaurante, la comida, dinero para pagarla. Y lo más importante, una identidad falsa en el proyector con la que hacerlo. Al menos mientras no descubrieran a Maëlle inconsciente y atada en su piso en Zvijezda Padalica, donde la había dejado hacía casi un día entero.

«¡Por todos los malditos nombres, que aparezca ya de una vez!».

Pero no podía hacer nada para acelerarlo. Así que comía, se reponía y esperaba. Si las cosas se torcían, más valía que estuviera en el mejor estado posible.

Engulló otro trozo, maravillada una vez más por lo sabroso que estaba aquello y luego dio un largo trago de agua…

Un movimiento entre el resto de movimientos de la calle. Uno más entre muchos. El atisbo de una piel tan pálida que parecía hecha de luz. Cabellos negros… No, azules, de un azul tan oscuro que casi podrían ser negros. Ebesh.

Dejó con mucha lentitud el vaso en la mesa y, sin apartar los ojos de la figura que se deslizaba en la distancia, susurró su nombre. No podía esperar más. O lo hacía ahora o puede que no tuviera otra

oportunidad. Si le habían alterado, si ya no podía renombrarle… Bueno, no tardaría en saberlo.

—E B E S H R A T N E R.

No hubo ningún muro, ningún fallo, ningún impedimento.

Se adentró entre sus genes y en su consciencia. Navegó a través de los espacios que dejan sus células y los mismos átomos. Llegó a las vías neuronales. A las diminutas descargas de neurotransmisores y al extraño sitio abstracto donde se crean y almacenan los recuerdos. Se filtró allí donde se configura la identidad y todo cuando se es… Y lo alteró, lo cambió tal y como lo necesitaba. Se sintió igual que siempre, como si combatiera contra algo que no estaba realmente allí, contra el orden mismo del universo, contra la fuerza de la gravedad, contra la atracción de los planetas. Solo que nada de eso podía con ella. No mientras tuviera en su poder el nombre verdadero. Combatió aquellas fuerzas y las apartó como quien retira una cortina. Se deslizó entre ellas con la sutileza de un aliento. Ejerció su voluntad y todo se doblegó ante ella.

Encontró sus lealtades y las alteró. Solo le sería fiel a ella, él, elle en cualquiera de sus identidades. Solo serviría a IN.00. Borró todo lo demás, eliminó a la Federación, cualquier otra cosa que pudiera haber en su vida, y esta vez no fue tan selectiva como lo había sido la primera; no iba a permitirse correr ningún riesgo innecesario. No quería darle libertad. Le daba igual su capacidad de improvisación y para qué pudiera servirle una vez hubiera acabado con él. Ya no necesitaba, quería, un agente. Quería un esclavo.

Hurgó a mayor profundidad, adentrándose en sus recuerdos, haciendo que lo que ya sabía que estaba ahí aflorara a la superficie en medio de la interminable marea que eran las memorias de toda una vida. Después de todo, no podía leer la mente, ningún renombrador podía hacerlo, aunque lo que hacían se le parecía mucho.

Por fin lo vio, flotando intangible justo delante de su mente, el momento en que la había traicionado. Notó con claridad la intensidad de los remordimientos que Ebesh había sentido por estar haciéndole aquello a Zuri. Pero también la convicción de estar haciendo lo correcto, porque elle no era leal a la Federación. También estaba ahí el dolor de haber tenido que matar a Lufsa, que no le había dejado otra opción, porque él tampoco era un verdadero patriota.

Lo agarró todo y lo borró; no habría más dolor ni más remordimientos. Ebesh no recordaría su traición. Lo contrario hubiera sido demasiado cruel. Así que le dio paz. Toda la que pudo, al menos; toda la que se podía permitir.

A continuación, eliminó cualquier rastro de sus creencias actuales, haciéndole repudiar en qué se estaba convirtiendo la Federación, lo que hacían con los clones y el acuerdo al que habían

llegado con la Unión. Dejó el resto de cosas intactas, o todo lo intactas que quedarían con la enorme cantidad de agujeros que iba a dejarle. Sin embargo, no tenía tiempo para sutilezas, y tampoco tenía los suficientes conocimientos sobre todo lo ocurrido como para hacerlo mejor. Si no se sabía algo, era casi imposible alterarlo de forma adecuada en la mente de otra persona.

En cuanto a Lufsa, lo saco por completo de los recuerdos del otro agente, no solo el tema de la traición. Ebesh nunca había conocido a ningún Lufsa. Nunca había existido nadie así en su vida. Siempre había estado solo en aquella misión en Zhinyu. Si hubiera mantenido a su antiguo compañero en su mente, con todo lo demás alterado, hubiera sido peligroso. Hubiera habido demasiados huecos, demasiadas dudas que podrían hacer peligrar toda la renombración.

Por último, siguiendo un impulso, insertó algo nuevo entre los pensamientos activos de Ebesh. «IN.00 me ha enviado recuerdos y esa es su forma de decirme que me espera en el restaurante Lán Yuèliàng. Llego un poco tarde a la cita, así que más vale que me dé prisa, porque necesita mi ayuda y tenemos que darnos prisa antes de que la Federación descubra en qué estamos metidos».

Con un jadeo brusco, se despegó de la consciencia de Ebesh y volvió en sí. Le dolía todo el cuerpo, le ardía la mente. Se sentía mareada, aturdida y confusa. Se reclinó en la silla y cerró un instante los ojos, no sin antes observar que Ebesh alteraba el rumbo para dirigirse hacia donde ella estaba cenando. Sonrió, incluso estuvo a punto de echarse a reír o a llorar o tal vez ambas cosas a la vez. Alzó una mano y se frotó de nuevo el pecho bajo el hombro, tratando de aliviar de nuevo, sin éxito, el dolor que le traspasaba la carne allí.

¿Y si algo iba mal? ¿Y si algo se torcía? ¿Y si la actitud de Ebesh llamaba demasiado la atención de alguien y les atrapaban? Morgens podía estar mirando o, si no él, cualquier otro de la agencia. Por no mencionar a los policías que llenarían las calles en cuanto empezara el toque de queda en poco menos de una hora.

Volvió a sentir el miedo aleteando en su interior, el pánico a que le pudieran renombrar, a que todo lo que estaba haciendo no fuera sino lo que alguien había programado en su mente.

«Ahora no. Céntrate. Aparta todo lo demás. Si ha sido idea tuya, es la salida que buscas y necesitas, el primer paso para arreglar las cosas. Si no lo es… Bueno, si no lo es todo dará igual, ¿no?».

Quiso reír. ¡Qué fácil era decirlo! ¡Qué difícil era creérselo!

Ebesh abrió la puerta y miró a su alrededor, confuso, buscando…

¡Por todos los malditos nombres! ¡Ni siquiera había insertado una imagen de su aspecto actual en la mente!

Ahora no era Maëlle, sino Camille, una mujer cis joven, alta, con el cuerpo robusto y la piel ligeramente escamosa del color del oro

fundido y larguísimos cabellos de brillante tono rosa. Era lesbiana y un poco basta en su forma de hablar, brusca y con cierta tendencia a la paranoia. Le gustaban los animales.

Apretó los labios en un mohín y alzó el brazo con reticencia para saludarle y llamar su atención. Vio con claridad cómo Ebesh alzaba las cejas, asentía para sí y se dirigía a su encuentro con el rostro serio y preocupado.

Mientras lo hacía, dirigió su mirada más allá de la ventana, hacia las calles que ya empezaban a vaciarse, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Y si alguien ahí fuera había renombrado a Ebesh entre su propia renombración y este momento? ¿Y si lo habían vuelto a alterar como había ocurrido el día que la habían traicionado?

Sintió cómo la comida que había ingerido se convertía en una bola pesada e indigesta en su estómago y empezaba a trepar por su garganta. Tragó saliva y alargó la mano hacia el vaso para beber agua y enviarla de nuevo para abajo.

Ebesh estaba ya muy cerca. Mucho.

Cammile comenzó a respirar de modo entrecortado.

Sintió la tentación de volver a renombrarle, solo por si acaso… Pero no, no, no. Era paranoia, estaba agotada, estaba… ¿Y si no era paranoia? Ebesh estaba ya a dos pasos. En nada alargaría la mano para coger el respaldo de la silla y apartarla para sentarse. Si lo iba a hacer, más valía que...

—E B E S H R A T N E R.

Pese a lo cansada que estaba, pese a sentir como si su cerebro estuviera envuelto en una gelatina tan densa que apenas le permitía pensar, lo renombró de nuevo, aunque esta vez solo varió sus lealtades. Encontró con más facilidad los pensamientos que buscaba y percibió con claridad que estaban intactos, que nadie más los había tocado. A pesar de todo, los aferró con fuerza una vez más y los ató con rabia, odiándose a sí misma por sentir todo lo que había sentido los últimos días, por no ser capaz de lidiar con su propia inseguridad y miedo. Así que se concentró y los volvió a fijar, enraizándolos en lo más profundo de sus motivaciones, convirtiendo esas creencias en una parte básica de Ebesh, casi en una obsesión. Lo transformó en un fanático.

Solo entonces notó que el aire volvía a circular por sus pulmones y que el nudo de su estómago se distendía, incluso se esfumó el dolor de su pecho. Suspiró. Agachó la cabeza y, durante un rato, se concentró solo en respirar.

Escuchó el chirrido de la silla y el carraspeo de Ebesh justo delante de ella.

—Siento el retraso y no... ya sabes, haberte reconocido. No sé qué esperaba, pero, bueno, da igual. —Sacudió la cabeza y entrelazó las

manos—. Dime, ¿qué necesitas? Haré lo que sea, ya lo sabes.

Camille se estremeció y tomó aire de forma convulsa, luego alzó el rostro para clavar los ojos en los de Ebesh, con su esclerótica de inquietante color verde oscuro. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa, al igual que sus hombros. Estaba inquieto, tal vez había visto y oído cosas que no le habían gustado durante los últimos días, pero, aunque Camille estaba deseando saber cuáles eran, no tenía tiempo que perder.

Apretó los labios y dejó escapar el aire por la nariz en un suave resoplido.

—¿Dónde está Morgens? —preguntó—. Tengo que encontrarlo y acabar con todo esto cuanto antes. Sé que has estado trabajando para él durante las últimas semanas.

Hubo un momento de silencio y a continuación una expresión extraña de adueñó de las facciones de Ebesh. Fue como una oleada tras otra de emociones apenas contenidas: duda, desconcierto, confusión, extrañeza, sorpresa, asombro…

Camille sabía lo que estaba pasando. Había contradicciones en sus recuerdos que no deberían estar ahí, como que odiara lo que había ocurrido con la Federación y, sin embargo, hubiera estado trabajando para Morgens. Era lo que ocurría siempre cuando se alteraba la memoria de alguien. Después de todo, un renombrador solo podía manipular los recuerdos que sabía que estaban ahí. Eso implicaba eliminar unas cosas, cambiar otras y dejar todas las demás intactas. Salvo, por supuesto, que decidiera borrarlas todas, dejando el cerebro convertido en una carcasa vacía, como había hecho Morgens con la doctora Biyu.

Por esa razón estaba segura de que Ebesh se debatía entre los restos de un montón de acciones, decisiones y cosas que sabía y que, sin embargo, no cuadraban en absoluto con sus creencias y forma de ser. Y que, a pesar de todo, para su sorpresa, habían ocurrido o las había llevado a cabo. No tardaría en inventarse algo para rellenar los huecos y buscar ridículas justificaciones que le permitieran reconciliarlo todo aquello, pero le llevaría todavía un poco de tiempo llegar a ese punto.

«Es fascinante cómo funciona la mente humana, cómo nos engañamos a nosotros mismos para fingir que todo está bien cuando en realidad no lo está».

Camille agachó la cabeza, sofocando una vocecilla en su interior que le susurró que justo ella era una experta en eso, y miró con fijeza el plato que tenía delante, todavía con comida en él, para darle tiempo a Ebesh de encajar las cosas de forma que pudiera sentirse cómodo. Se dio cuenta de que ya no tenía hambre, más aún, las náuseas parecían haberse asentado del todo en su garganta.

Oyó que el otro agente rebullía y chasqueaba los labios, para luego entrelazar las manos y apretarlas con fuerza la una contra la otra.

—Ya no está aquí —murmuró por fin—. Se ha ido a Sunce, tenía algo importante que hacer ahí, ni idea de qué. La última fase de toda esta mierda en que nos ha metido la Federación, seguro. Esa repugnante rata...

Camille dejó de escuchar. Todo se quedó en blanco tanto en el interior de su mente como a su alrededor. La punzada en el pecho se hizo más intensa que nunca, impidiéndole casi respirar. Contuvo las ganas de alzar la mano y frotarse las costillas.

«¡Mierda! ¡Mierda!».

Pero estaba cerca. No todo lo que le hubiera gustado, pero al menos no lo había perdido.

«Tiene que quedarle algo por supervisar, de lo contrario…».

Movió los labios repitiendo esas palabras en silencio un par de veces. Un fragmento de un recuerdo borroso aleteó en lo más profundo de su mente. ¿En cuanto Morgens termine de organizarlo todo? ¿Dónde había oído antes algo así? ¿En un sueño? No…

Abrió de pronto mucho los ojos cuando se dio cuenta de dónde había sido.

«¡Cuando estaba prisionera! ¡Claro! Si van a enviar a los clones a sofocar a los disidentes a lo largo y ancho de todos los sistemas de la Federación, esas órdenes solo pueden partir de Central. Y esos burócratas de mierda necesitan contactar antes con la sede de la agencia de Xhing-an para asegurarse de que todos sus cargamentos de clones están listos».

Resopló con suavidad y sacudió la cabeza mirando a Ebesh de nuevo a los ojos. Iba a asentir, cuando, de pronto, se acordó de algo más, de algo que había dejado a medias y a lo que no había vuelto a prestar atención. Saberlo no alteraría sus planes, pero sentía curiosidad.

—Ah… Un par de cosas más. ¿Qué ha ocurrido con Liu? ¿Está…? —Vaciló y tragó saliva, incapaz de completar la pregunta.

Ebesh apartó la mirada y las mejillas se le tiñeron de rojo. Camille vio que apretaba los puños con rabia, así que descartó que fuera fruto de la vergüenza.

—La capturaron en cuanto llegó a Sunce, tal y como me pidió antes de… —Los ojos del agente perdieron foco durante un instante, como si tratara de recordar algo que ya no estaba ahí. Permaneció unos segundos en silencio, moviendo los labios, y luego sacudió la cabeza—. Tal y como me pidió. Aunque luego la liberaron, no sé por qué, y después desapareció. Estaba en su casa y… luego ya no. Como esa mujer que no recuerdo cómo se llamaba, esa cuyo expediente me

dijo que… ¡Waltraud! ¡Eso es, Waltraud! Encontraron todo su salón lleno de sangre y… Bueno —suspiró—, nadie siguió investigando, pese a lo raro que era y... ¡Ah! También dieron la orden de dejar de lado lo de Waltraud, por cierto. ¡Ahora me siento tan idiota! Tendría que haber supuesto que estaba pasando algo en cuanto me enteré de eso, debería haber reaccionado, cualquier cosa, ya sabe, pero con el retraso de las comunicaciones y… y… que tú no… no… ¿Por qué no hice…?

Ebesh volvió a vacilar y guardó silencio, incapaz de completar la frase en medio de la confusión que debía de ser su mente.

—¿Qué pasó con Pelo Azul y Pelo Plata? —preguntó Camille con rapidez, en un intento de distraerle. Contuvo una mueca de lástima y un suspiro triste. Seguía odiando a Liu, sí, pero no merecía lo que le habían hecho.

—Están en Sunce, como no. En la agencia. Tras la firma del pacto con la Unión… bueno… Ya puede imaginarlo. —Ebesh arrugó los labios como si estuviera a punto de escupir—. Ahora son de los nuestros, malditos sean todos los genes. Están bajo el mando de un tal Errgan que ha venido de Central. Un pez gordo, creo que le conoces o algo, ¿no?

Camille se quedó paralizada a medio gesto de apartar su plato a un lado. Errgan. Allí. Comenzó a respirar de forma entrecortada, volviendo a revivir el momento en que había visto a Ebesh encima de ella, susurrando que Errgan… Sintió cómo de pronto todo giraba a su alrededor y un ataque de vértigo estuvo a punto de hacer que se cayera de la silla. Apenas duró un segundo y luego todo volvió a la normalidad. Solo que nada era ya normal. Se humedeció los labios con un temblor y se volvió hacia Ebesh, que la miraba confuso.

—¿Desde cuándo…? Quiero decir. ¿Cuánto hace que está…?

—¿Errgan? —Camille se limitó a asentir, completamente incapaz de articular una sola palabra—. No sé, desde hace más de dos semanas, creo.

El vacío se abrió bajo sus pies y en su estómago. Eso había sido antes de que llegara a Zhinyu, durante su viaje a la luna. Y, durante todo ese tiempo, había creído que su jefe no respondía a sus mensajes, que no le enviaba la información que pedía por vete tú a saber qué traba burocrática o por algún agente inepto, cuando en realidad había estado todo el tiempo allí, conspirando en su contra, manipulado y renombrado por Morgens.

Cerró los ojos, inhaló y exhaló con lentitud. Tanto daba, no podía arreglar el pasado, solo intentar salvar el futuro. Y con Errgan allí… Con su jefe allí…

El corazón comenzó a latirle más despacio y el aire volvió a llenarle los pulmones al tiempo que un leve rayo de esperanza le calentaba las entrañas.

«Tal vez… Si me hago con él… Si lo renombro y me hago con él… A lo mejor podemos capturar juntos a Morgens».

Abrió los ojos y asintió con un suave suspiro.

—Gracias, Ebesh. —Susurró e irguió la espalda con decisión—. Necesito tu ayuda. Quiero que me consigas un proyector corneal nuevo, intrazable, del mercado negro, si es posible. No puede ser nada que haya pasado por la agencia, como comprenderás —bajó la voz todo lo que pudo, mirando a Ebesh a los ojos—. Consígueme también billetes en una nave, en la que sea, se dirija a donde se dirija, siempre y cuando no sea a Sunce. La primera que encuentres. Ah, y una identidad, la que me puedas dar. O varias. O, mejor aún, el nombre verdadero del proyector, con eso me valdrá. Y una muda de nanos. Voy a cazar a ese desgraciado de Morgens y voy a acabar con esto de una vez. Voy a arreglarlo todo, te lo prometo.

Ebesh sonrió ante sus palabras y asintió con un ansia tan salvaje y febril en el rostro que la hizo estremecer. Jamás había visto tanto fanatismo en la mirada de nadie, pero eso era en lo que ella lo había convertido, al fin y al cabo.

«Lo hecho, hecho está, por mucho que me duela». Suspiró. «Sea como sea, ha llegado la hora de volver a casa».

Hangar del consorcio mercante Maalin Dheer.
A las afueras de la cúpula Pritisnite, Plava Rijeka, luna Zhinyu, sistema Xhing-an.
17 de Tekra de 2794. 25:10.

Maki Hifumi observó con cierta aprensión cómo la capitana de la nave en que iba a subir la miraba de arriba abajo. Escaneaba su cuerpo como si estuviera evaluando si de verdad merecía la pena correr el riesgo de embarcarla a cambio de la enorme suma de dinero que Ebesh transferiría a su cuenta al acabar el trabajo. Hifumi no dudó, se puso todo lo recta que pudo y alzó el mentón de forma desafiante, igual que habría hecho la verdadera Hifumi, muerta mucho tiempo atrás en un accidente de descompresión del que nadie parecía acordarse; sobre todo ahora que habían hecho desaparecer aquel hecho de la net lunar con ayuda de une cracker que Ebesh conocía en el mercado negro. Ahora Maki Hifumi, técnico ambiental, volvía a estar viva y en el sistema.

—De modo que una disidente, ¿eh? —La capitana Mahat sonrió de medio lado—. No es que me importe, solo quiero saberlo para tener toda la información sobre el lío en el que me voy a meter, eso es todo.

Hifumi arrugó los labios con prepotencia y le devolvió la sonrisa.

—Sí. No estoy de acuerdo con el pacto con la Unión. ¿Y qué?

Mucha gente no lo está, solo que yo prefiero no estarlo en otro sistema. Eso es todo.

Remató la frase como la otra mujer lo había hecho, con brusquedad y un punto arisco. La capitana pareció no darse por aludida.

—Ya… Porque eres una pura, salta a la vista. ¿Ni una sola alteración genética en ese cuerpecillo?

Hifumi tuvo casi la impresión de que se reía de ella, casi, porque no había más que ver a la otra mujer para darse cuenta de que, de hacerlo, también estaría burlándose de sí misma. La capitana Mahat no era de allí y tampoco intentaba hacerse pasar por alguien local. Con su piel negra, aunque no tanto como para poder atribuirse a una modificación, y sus ojos marrón oscuro, del mismo color que el cabello de rizo denso y prieto que llevaba muy corto, sería considerada vulgar en cualquier rincón de Xhing-an.

—Pues no. Exactamente igual que usted, capitana. Y ya sabe, no nos esperan buenos tiempos a la gente como nosotras, empiezan con los clones y…

—Luego vamos los demás, lo sé.

La mujer apoyó las manos en sus caderas y resopló. A continuación, miró por encima de ella a alguien que había a su espalda que no podía ver y asintió de forma casi imperceptible. Hifumi contuvo las ganas de volverse con suspicacia y fingió una tranquilidad que no sentía. El dolor en su pecho regresó, junto al nudo en la garganta y un leve reflujo de ácido en el estómago.

«Va a salir bien. Va a salir bien. Tranquila. Esto va a funcionar y voy a escapar de aquí. Primero a la estación de tránsito, unos días por allí con unos cuantos cambios de identidades y luego vuelta a Sunce antes de que se den cuenta de lo que está pasando y de qué pretendo hacer».

—Está bien —acabó por asentir Mahat, haciendo un gesto hacia la nave con el pulgar de la mano izquierda—. Sube antes de que me arrepienta. Eso sí, métete en el agujero cuanto antes, hay un par de bulbos de agua y raciones de emergencia, suficientes para que no te mueras hasta que lleguemos al punto de salto. Ni se te ocurra moverte. No salgas ni a mear ni a cagar. Si tienes ganas, te aguantas o te lo haces encima. No hables. Ni siquiera respires si puedes evitarlo. —La capitana se acercó a ella y se agachó hasta que sus caras estuvieron a menos de un palmo la una de la otra, tanto que Hifumi le pudo oler el aliento—. Si ya no quiero que encuentren mi carga especial cuando pasemos por la aduana, imagina las ganas que tengo de que te encuentren a ti. No me metas en líos y yo no te meteré en líos. No sé qué has hecho ni me importa, tan solo no me des problemas, ¿estamos?

—Estamos.

—Bien. Veo que nos entendemos. Ahora vete. —Sacudió la barbilla, señalando la rampa de acceso, y se alejó sin esperar su respuesta para reunirse con su segundo de a bordo.

Hifumi frunció el ceño. No le gustaba lo que acababa de escuchar, pero era eso o nada. No le quedaba otra que viajar como un fardo de contrabando. Con los controles de identidad que estaban haciendo en los espaciopuertos normales, una falsa no habría aguantado el escrutinio. Ebesh dudaba que incluso la de Hifumi lo hubiera hecho durante mucho tiempo. Tarde o temprano, habría llamado la atención de algún analista medio espabilado de la agencia en cuanto se diera cuenta que la tal Hifumi no había tenido vida durante los últimos diez años.

«Viajaré incómoda, ¿y qué? He estado peor. Además, siempre puedo renombrarme para no necesitar ir al baño durante unos días».

Con un suspiro, se agachó a recoger la pequeña bolsa que había en el suelo con sus pertenencias y se dirigió con paso rápido hacia la nave. Solo llevaba la muda de nanos que le había conseguido Ebesh y algo de comida de la que Mahat no tenía por qué saber nada. Y eso era todo. Tampoco es que le fuera a hacer falta nada más. Tenía que detener la distribución de los clones por toda la Federación antes de que fuera demasiado tarde, costara lo que costase.

«Eso si no lo es ya. Cada día perdido será un día de riesgo. Tal vez para cuando llegue a Sunce ya no quede nada que arreglar».

Apretó los labios con frustración, mientras sus pasos resonaban en la plancha metálica de acceso, y se adentró en la bodega de carga. Se fijó en que habían asegurado los contenedores a las paredes con abrazaderas magnéticas y que todo parecía listo para despegar.

«Salvo porque aún no han cargado con lo que comercian en realidad. Eso que llevan en diminutos tanques refrigerados y que van a meter en algún doble fondo como el mío en cuando me haya perdido de vista y no sea una molestia».

Porque la capitana Mahat y su tripulación, miembros del muy oficial consorcio mercante Maalin Dheer, se sacaban un bonito extra con el contrabando de secuencias de edición genética patentadas que eran ilegales fuera de Xhing-an.

«Eso a la vuelta, porque a la ida trae interfaces internas para la gente muy, muy rica que puede permitirse pagarlas».

Hifumi no pudo evitar reírse por lo bajo mientras abría un panel oculto en la pared en el extremo más alejado de la bodega, tal y como le habían indicado al formalizar el contrato, y se arrastraba al pasillo que encontró en su interior. Tuvo que gatear un buen trecho hasta dar con otra portezuela que daba acceso a un agujero donde había el espacio justo para que pudiera entrar tumbada. Tal y como la capitana

le había prometido, allí tenía agua y comida e incluso un par de sondas, una para aparato reproductor femenino y otra para el masculino, por si tenía que mear, y cuyos tubos se perdían en la pared. También había una bacinilla de reciclaje por si tenía que hacer otro tipo de cosas. Se sorprendió al darse cuenta de que el suelo estaba acolchado como un asiento de colisión y que había hasta un juego de cinturones para evitar que se moviera. Eso sí que no se lo había esperado.

«¿Con que mearme y cagarme encima? ¡Qué graciosa! No es la primera vez que sacas o metes a gente en sitios, ¿eh, Mahat? Y vaya contigo también, Ebesh, has resultado ser una caja de sorpresas y de contactos inesperados».

Dejó la bolsa con sus cosas en una esquina y se tumbó usándola como almohada y notó de inmediato que el gel que tenía debajo se adaptaba a su cuerpo y lo envolvía con suavidad. Se abrochó el cinturón, ajustándolo bien, entrelazó las manos sobre su vientre y clavó los ojos en el techo.

Ahora solo le quedaba esperar. Al despegue, a las nueve horas hasta la estación de tránsito y aduanas, donde se bajaría con discreción, tanta que ni Mahat la vería hacerlo. Y luego… Bueno, ya vería cómo se organizaba después de eso, iba a tocarle improvisar.

«Pero nada saldrá mal, ¿verdad? Todo va a ir bien. No me detendrán. Una vez en Sunce... Una vez allí…». Suspiró. «¿Quién sabe lo que me voy a encontrar?».

Cerró los ojos y se dejó llevar. Después de todo, no había nada más que pudiera hacer.

Sala de llegadas del espaciopuerto.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
22 de Tekra de 2794. 11:00.

Esteban se recolocó el bolso sobre el hombro, se atusó los puños de la camisa y luego los de la chaqueta. A continuación, alisó la larga falda de varias capas de color caoba con franjas verdes irisadas y miró a su alrededor en busca de cualquier cosa fuera de lo normal.

La gente se movía de un lado a otro, hablando atareada a través de los proyectores sin prestar atención a lo que les rodeaba más allá de lo necesario para no chocar o para reunirse con las personas que habían ido a recogerles. Las tiendas estaban abiertas y anunciaban sus productos, tanto con holos normales como táctiles interactivos en el caso de las que estaban destinadas a los niños. El personal de seguridad que veía era el justo para mantener a la gente controlada; nada demasiado llamativo. Sin embargo, estaba seguro de que habrían

reforzado la vigilancia habitual con nanocámaras. Que no las vieras no implicaba que no estuvieran ahí.

También había algún que otro bot de limpieza y puede que incluso hasta algune IA con cuerpo robótico. Si bien estes últimes preferían desplazarse en paquetes de datos por la net siempre había alguna excepción debido al tipo trabajo que tenían o a le que le gustaba socializar de aquella forma más física. Esteban sacudió la cabeza de lado a lado. A veces era difícil distinguir a une asentiente de une sentiente a simple vista, jamás se debía juzgar hasta no hablar con elles.

Sus ojos se detuvieron durante apenas un segundo en las enormes holoproyecciones que mostraban la información sobre las próximas llegadas, así como noticias procedentes de toda la Federación. Justo en aquel momento hablaban de cómo estaban sofocando revueltas en el otro extremo del planeta en contra de los tratados de paz, y cómo muy pronto llegaría a Central le primer embajadore de la Unión.

Esteban sintió cómo se le revolvía el estómago.

«Todo tranquilo, sí, salvo por eso. Por las revueltas, los altercados, la violencia, la supresión de los disidentes». Tragó saliva y, no por primera vez, deseó que su plan saliera bien. «Cosa que no va a ocurrir si te quedas aquí plantado, cogiendo polvo en la calva. Sé que te da miedo ir, que temes estar renombrado como Errgan, como la presidenta y todo su gabinete. Pero quedarte aquí no va a arreglar nada, así que empieza a moverte de una vez. Si sueltan a los clones…».

Se extenderían por toda la Federación como un virus, como una plaga, anulando toda libertad de pensamiento a su paso y sometiendo a la gente, lo quisieran o no.

«Tengo que arreglarlo. Ya. Hoy, a ser posible. No puedo esperar».

Esteban dejó escapar el aire con lentitud, se frotó la cabeza tapizada de escamas cobrizas y asintió para sí. Luego comenzó a andar, integrándose en las oleadas de gente que llenaban la terminal, mezclándose, mezclándose, mezclándose, y fluyendo, fluyendo, fluyendo, aprovechando al máximo la maravillosa ropa de nanos que había reservado justo para ese momento.

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Sunce, planeta Jíguāng, sistema Xhing-an.
22 de Tekra de 2794. 17:55.

Los cambios se sucedieron uno tras otro con cada medio de transporte que cogió hasta llegar a Sunce, después de pasar el día entero dando un rodeo por otras poblaciones. Una vez allí, caminó hasta el centro,

alterándose con suma lentitud por si alguna cámara captaba su imagen. Visitó incluso dos galerías comerciales para renombrarse varias veces antes de seguir su camino. Se mantuvo en todo momento atenta, atente, atento a cualquier posible persecución, a cualquier sensación de incomodidad, a cualquier indicio de que alguien la, le, lo pudiera estar vigilando.

Y así, paso a paso, llegó a la entrada de la agencia con el corazón aporreándole las costillas como si quisiera hacerle estallar el pecho. No por haber corrido, sino por la incertidumbre, la ansiedad y leve poso de miedo que había ido creciendo en su interior sin que apenas se diera cuenta.

Ahora era Ander, un hombre trans sin edición cromosómica pero con tratamiento hormonal y cirugía. Apenas medía metro cincuenta de alto y era gordito y de sonrisa afable. Llevaba el cabello rubio muy largo recogido en una trenza y una frondosa barba cubría sus mejillas. Sus ojos eran grises y su piel tenía un tono tan pálido que casi hacía que se le transparentaran las venas. Era asexual y homorromántico, le gustaban lo cachorros y bailar. Era una persona tranquila y afable a la que le gustaba estar rodeada de gente.

Se detuvo a poca distancia y observó las puertas de cristal blindado de la agencia con el ceño fruncido, instándose a la calma. Sin embargo, no sirvió de nada, el corazón siguió martilleándole en el pecho y empezaron a sudarle las palmas de las manos. Al cabo de unos segundos, armándose de todo el valor que pudo encontrar en su interior, respiró hondo y avanzó con paso firme hacia el edificio. Mientras subía las escaleras inhaló de nuevo y exhaló, buscando serenarse una vez más. Las cristaleras se abrieron a su paso como lo hubieran hecho las de cualquier otro edificio gubernamental en aquel planeta y Ander contuvo una sonrisa amarga. De haber estado en Aeni todo hubiera sido muy distinto, allí tenían un sistema de reconocimiento vinculado a la interfaz y nadie hubiera podido entrar sin permiso o invitación. Dio las gracias una vez más por lo laxa que era la seguridad en aquel sistema y entrecerró los ojos mientras se adentraba en recepción, intentando parecer que pertenecía a aquel sitio.

Dentro no había nadie. Tampoco escuchó voces. Era casi como si estuviera abandonado. Aquel detalle hizo que se le erizara el vello de los brazos y las piernas y que un sudor frío le bañara la espalda. Ni siquiera había una persona tras el mostrador simulando trabajar para otro aburrido departamento del gobierno.

Sintió cómo el aire se volvía tan denso a su alrededor que le costó incluso respirar. La punzada de su pecho volvió a clavarse en su carne y notó cómo empezaba a molestarle algo detrás de los ojos, tal vez el inicio de una migraña o quizá, simplemente, el miedo y la tensión. De

pronto tuvo la impresión de que alguien le observaba, solo que no del todo. Era una sensación incómoda, similar a un picor fantasma que no estaba ahí de verdad.

Y, de pronto, vio de nuevo ante él el mar de estrellas y notó más fuerte que nunca cómo alguien le agarraba de la mano. Alguien que desde luego nunca había sido Zong-Mao. Se giró hacia él y sus ojos…

Se desvaneció.

La misma nave. Otra sala. Una llena de terminales externos y proyecciones holográficas. Estaba rodeado de gente que contemplaba la ristra de datos que se mostraba en ellos con expresión horrorizada. Él también sentía miedo, uno como nunca lo había sentido antes. Porque… porque… porque la Humanidad…

Se desvaneció.

Vio el vídeo del museo de Zhinyu y sintió que la cabeza volvía a dolerle como cuando tenía migrañas, como cada vez que se… Cada vez que se… a sí mismo.

Vio un rostro a su lado en la cama de un hospital.

Escuchó una voz a su oído, en su mente. La suya, la de otro. Merece el precio a pagar. Merece el…

Se desvaneció.

Todo empezó a girar de pronto a su alrededor y estuvo a punto de caer al suelo. Tragó saliva y contuvo un escalofrío cuando la habitación dejó de moverse.

¡Por todos los nombres! ¿Qué le estaba pasando?

«¿Por qué ahora? No, no, no. Ahora no. Ahora no puedo… No puedo… Alu… Alucinar».

Apretó los dientes y, en un intento de estabilizar su mente, dejó de concentrarse y empezó a fluir. Sintió cómo la calma se extendía poco a poco por todo su ser, leve, trémula, pero al menos bastó para centrar sus pensamientos.

Tenía que seguir con el plan, aunque con aquel simple gesto había revelado su identidad a quienquiera que estuviera mirando, a través de cámaras o como fuera, lo que ocurría en recepción. Se habían acabado las sutilezas.

«Bueno, pues aquí estoy. A pesar de todos vuestros patéticos esfuerzos y de lo que me habéis hecho en ese innombrable laboratorio de...».

Solo que… solo que… De nuevo el dolor en el pecho, esas punzadas lacerantes que esta vez también se le extendieron a la base de la garganta y a la boca del estómago.

«Salvo que justo fuera eso lo que pretendían. Salvo que buscaran atraerme hasta aquí».

Miró a ambos lados con creciente aprensión, más y más tensa, tenso, tense a cada instante que pasaba. Cerró los ojos con fuerza y

apretó los dientes, obligando a la rabia que tenía en su interior a salir a flote.

«¡Eso es, venga! Voy. A. Cazarte. Morgens. Por todo lo que me has hecho, por todo lo que has causado. Aquí estoy. Aquí me tienes. ¿Y ahora qué? ¿Has renombrado a toda la agencia para que me disparen? ¡Que lo intenten! A ver si podéis cogerme entre todos antes de que os renombre. No sabré los nombres verdaderos de muchos de vosotros, pero, ¿el de Errgan? Ese claro que me lo sé. Y voy a hacerme con él y luego…».

Luego, si el maldito Morgens no estaba en aquellas oficinas, recorrerían todo el sistema en su busca, casa por casa, de ser necesario, hasta dar con él y ejecutarlo. Porque lo iba a encontrar e iba a destrozarlo con sus propias manos hasta que dejara de respirar.

Apretó los dientes, asintió para sí e, impulsada, impulsado, impulsade por la ira, se dirigió con paso rápido hacia el sótano. Al fin y al cabo, los despachos de los agentes siempre estaban allí, dudaba mucho que hubieran instalado a Errgan en otro sitio.

Escuchó de pronto el ruido de alguien que subía. Parecía tratarse de una sola persona y eso estuvo a punto de hacerle reír. ¿Es que no enviaban a todo un pelotón en su busca? ¿Solo a un individuo? ¿En qué estaban pensando, por todos los nombres? Aceleró su ritmo de bajada hasta casi echar a correr. Llegó a un descansillo, giró y estuvo a punto de chocarse con el sujeto al que pertenecían los pasos. Se detuvo en seco, con su cara a escasos centímetros de la otra y…

Y sus ojos se cruzaron. Unos ojos azules e inquietantes, gélidos como las profundidades de un glaciar. Unos ojos que conocía. Unos ojos que parecían leer su misma alma.

Durante unos instantes dudó, porque no era exactamente como se lo había imaginado. Los detalles estaban todos ahí, sí, pero al mismo tiempo no lo estaban. O más bien, formaban parte por primera vez de un todo. Había captado fragmentos en decenas de vídeos. Un mentón aquí, un arco de mandíbula allá, el perfil de la nariz, el cabello blanco y corto. Pero jamás la plenitud de aquella mirada.

Salvo, tal vez, entre la luz difusa de una habitación, de medio lado, de reojo, con todo su organismo hasta arriba de venenos, toxinas y vectores víricos, mientras trataba de combatirlos renombrándose una y otra vez y él sostenía su mano con ternura.

O durante un momento fugaz en la puerta de la Escuela, acompañando a la decana, antes de que la marea de alumnos bloqueara su visión y llegara la migraña.

Y, por supuesto, en la grabación del museo cuando la había visto aquella noche en el parque en Sunce, después en la soledad de su habitación en el hotel Hú-li-jīng y, por último, en aquel cuarto con Perig y su jefa después de que se la reenviaran una vez más. Esa cuya

última copia había perdido junto a su proyector cuando le, la, lo capturaron y en la que no había vuelto a pensar, o que ni siquiera recordaba haber visto con claridad. Una y otra y otra vez, de modo inexplicable. Como si alguien estuviera haciéndole olvidar.

«¿Morgens?».

Se quedó paralizade, paralizado, paralizada a medio paso, incapaz de apartar sus ojos cambiantes de los otros azules que le devolvieron la mirada. Y, entonces, una leve sonrisa adornó los labios de aquel agente ya mayor y de pelo cano. Idéntica, comprendió de pronto, a la del hombre de sus sueños, ese que nunca había sido Zhong-Mao. Ese que agarraba su mano, que la estrechaba con cariño y fuerza, mientras contemplaba a su lado la infinidad del universo lleno de estrellas.

Entonces, con un escalofrío, lo reconoció. Era el mismo que susurraba al oído del secretario de Errgan cuando se lo había cruzado en el pasillo en las oficinas de Aeni el día que todo había empezado. Un jefe de Inteligencia de tercer grado al que apenas había prestado atención.

Morgens.

Un hombre que la, lo, le miraba de modo que hacía que se estremeciera. De odio, de miedo, de…

«Le susurraba algo al secretario, a Akame. Le susurraba y no dejaba de observarme, como si me estuviera evaluando, al mismo tiempo que le… ¿renombraba?».

Mientras terminaba de completar el paso hacia el siguiente tramo de escaleras y descendía el primer peldaño, su mente se reestructuró en un intento de reaccionar a todo lo que estaba ocurriendo.

El hombre le sonrió y asintió. Luego le guiñó un ojo y sus labios articularon entonces un nombre con suma lentitud, letra tras letra, significado tras significado, como tan solo un renombrador lo podía hacer. A K A M E.

Sus caminos se cruzaron y lo perdió de vista. Un escalón hacia abajo para elle, ella, él y uno para arriba para él. Uno a cada lado de la barandilla, dejando atrás el rellano.

Sintió cómo todo su cuerpo se quedaba de pronto helado, paralizado de horror. Luchó por respirar, por combatir el dolor creciente de su pecho, el temblor que amenazaba con tomar el control de su mano derecha y, tras una fuerte inhalación, se estabilizó como Valery. Ahora era una mujer cis de músculos fuertes, heterosexual, ojos grises, corto cabello negro y piel de color broncíneo. Fuerte, atlética y rápida, que adoraba el deporte. Justo lo que iba a necesitar.

De algún modo, logró reunir las fuerzas suficientes como para girarse justo en el instante en que aquel hombre comenzaba a correr escaleras arriba; mucho más rápido de lo que hubiera podido esperar en alguien de su edad.

No lo pensó.

Se lanzó tras él al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta y se concentraba en renombrarla para convertirla en un disruptor neural. Si lo mataba, todo volvería a la normalidad. Podría arreglar las cosas para siempre, de forma definitiva y no solo temporal. Curar a Errgan, a todo el gobierno. A su Federación.

«Eso sin contar a Pelo Azul y Pelo Plata que pueden…».

Apartó con furia aquellos insidiosos pensamientos de la mente. Ya volvería más tarde a esas dos. Las cosas había que hacerlas siempre de una en una. Paso a paso. Poco a poco.

Se reestructuró a sí misma de nuevo dotando a sus músculos de más fuerza, de más potencia, de mayor energía, pasando a ser Amiria. Gritó. Creyó hacerlo, al menos. Gritó que cerraran las puertas, que detuvieran a aquel hombre al tiempo que él también hacía lo mismo, diciendo algo, renombrando algo, o a alguien, o a todo. ¿Pero a quién iban a creer? Desde luego no a ella, que era una traidora.

Los escalones se hicieron resbaladizos a su paso, luego de diferente altura. Después fallaron las luces. Aun así, logró mantener el ritmo saltando, esquivando, renombrando su ropa y su cuerpo para que compensaran cada cambio.

La poca gente con la que se cruzaron huyó de ellos, aullando para que viniera alguien de seguridad. Gritaban, la insultaban... ¡Está aquí! ¡Le traidore está aquí! No se detuvo. Siguió tras Morgens. Tenía que atraparlo, acabar con él. Solo así salvaría a todos sus compañeros, su planeta, su mundo. Su vida.

Siguieron subiendo, subiendo, subiendo… Hasta la azotea. Hasta lo más alto del edificio de la agencia. La luz del sol hirió de pronto sus ojos cuando abandonó la penumbra de las escaleras. Se detuvo en seco y alzó el arma.

Y allí estaba aquel hombre mayor y canoso de ojos azules, dándole la espalda.

—¡No tienes a dónde huir! —gritó en medio del quedo susurro del viento que soplaba proveniente del mar y que olía a salitre—. ¡Detente! ¡Estás arrestado en nombre de la Federación de Planetas por renombración no autorizada en contra del gobierno…!

—Muy bien, muy bien, agente IN.00, lo has hecho muy bien. —El hombre la interrumpió alzando poco a poco las manos, volviéndose hacia ella con suma lentitud, casi como si se rindiera. Casi—. Me has atrapado, ¿verdad? Me has dado caza como nunca imaginé que harías, ¿era así, no? Me has… descubierto. Todo mi plan, todo lo que he hecho en la Federación durante años, expuesto por fin.

El tono de sus palabras y la socarrona sonrisa que aleteaba en sus labios la enfureció como nunca. Amiria avanzó otro paso hacia él sin dejar de apuntarle. Lo iba a matar, iba a deshacerse de aquel

desgraciado. Una simple descarga del disruptor neural y todo habría acabado.

Pero no pulsó el botón.

Le dolía el pecho. Tenía ganas de llorar. De alegría, de… de…

¿Por qué no podía...?

Se perdía en su propia mente. Era como si todo se estuviera rompiendo en mil pedazos en su interior.

No. No. No. ¡Tenía que centrarse! ¡Tenía que disparar!

Solo que las manos no le obedecieron. Nada le obedeció.

La sonrisa del otro agente flaqueó al percatarse de su confusión. Luego dejó escapar algo parecido a una risa llena de tristeza entre aquellos dientes blancos, impolutos y perfectos.

—Vaya, sí. Y tanto que lo has hecho bien, agente, muy, muy bien. Tanto que sigues sin recordar, ¿verdad? Has dado conmigo, sí, me has descubierto, solo que no sabes quién soy. —Morgens suspiró, agachó el rostro y algo en su tono hizo que a Amiria se le resquebrajara el corazón de forma inexplicable—. Está bien, solo me queda una última opción. Una pregunta. *¿Qué recuerdo guardas de tu nombre, Fluyente?*

Amiria se detuvo en seco mientras aquellas extrañas palabras parecían resonar en su interior como el eco de algo más grande. Como una campana. Como un diapasón.

Como un terremoto.

Y entonces su cerebro se apagó durante una fracción de segundo antes de volver a encenderse de nuevo. Fue casi como volver a nacer.

Fue volver a *nacer*.

Todo su ser se reestructuró de nuevo, como en tantas otras ocasiones.

Solo que, esta vez, hubo más, mucho más que eso.

Esta vez, recordó.

— oOo —

—Tendrás que perderlo todo, Fluyente, olvidarlo todo. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Sí —suspiró y luego asintió con determinación sin soltar la mano de Morgens, sintiendo el calor de sus dedos entre los suyos y la suavidad de su piel contra la suya—. Aun así, si sale bien, el sacrificio merecerá la pena. Lo sabes tan bien como yo. Los otros están muertos, así que nadie va a ayudarnos. Solo quedamos tú y yo y, si no actuamos pronto, la innombrable Guerra Fría entre esos dos locos acabará por consumirnos a todos. Nos destrozará como especie, nos impedirá avanzar y nos mantendrá recelosos y aislados durante décadas, puede que hasta siglos. —Hizo una pausa y sus ojos verdes, azules, negros, se perdieron en la vasta inmensidad del espacio lleno de estrellas que se podía ver desde la sala de descanso de su nave—.

No nos podemos permitir perder más tiempo, Morgens. Primero fue la Guerra Total que casi nos extingue y ahora esta horrible situación interminable. Llevamos el odio hacia el diferente en nuestra sangre, lo sé, pero algo tiene que cambiar.

—Fluyente…

Morgens, su amor de ojos azules como el hielo viejo, el hombre con el que había decidido compartir su vida, alzó una mano e intentó interrumpir su discurso; no llegó a completar la frase. Lo vio en su mirada, fue como si las fuerzas le hubieran abandonado por fin, tras tanto tiempo de lucha. Aun así, ella, él, elle supo lo que quería decir y no dijo; lo supo demasiado bien. Era consciente de cuánto le dolía a él todo aquello. La separación, el olvido, el riesgo… La posibilidad de que todo saliera mal y no volvieran a encontrarse. Todo el daño que le tendría que hacer cuando comenzara a jugar con su mente para fragmentar su consciencia en un intento de traerla, traerlo, traerle de vuelta.

Endureció su corazón pese a las ganas que tenía de llorar. Cerró los ojos con fuerza, hasta que dolieron. Los volvió a abrir.

—Sabes tan bien como yo que Ellos están cada vez más cerca. Tarde o temprano llegarán a nuestros sistemas y más vale que estemos preparados para relacionarnos de igual a igual con su especie o no tendremos la más mínima posibilidad de seguir existiendo. Nos exterminarán. —Hizo una pausa y acarició la mano de Morgens con los dedos—. Además, sabes tan bien como yo que, aunque nuestro plan funcione, seguiremos sin tener garantías. Al menos la probabilidad de supervivencia será mayor que cero. Eso implica que tenemos que hacer cambios sociales de tal envergadura en la Federación y en la Unión como nunca se han visto antes. Aunque eso implique matar nuestra alma, desechar nuestros principios y perder nuestra moral.

»Así que, sí, si arriesgar mi identidad sirve para evitar nuestra extinción, que así sea. Por eso se han sacrificado todos los demás, no lo olvides, por favor. Si faltan ellos y solo quedamos tú y yo es por algo. Nos ayudaron a poner todo esto en marcha, a ganar tiempo, aun a costa de sus vidas. Además —sonrió mientras estrechaba la mano de su compañero entre las suyas y se miraban a los ojos, los suyos siempre cambiantes, los de él claros como el mar, azules como el cielo al anochecer—, tú me traerás de vuelta cuando llegue el momento, lo sé. Tardarás decenas de años, pero estarás ahí, esperándome al final del camino. Lo lograremos, ya verás. Haremos que la Humanidad se convierta en una sola nación. La Federación y la Unión dejarán de estar separadas, formarán, por fin, un solo bloque libre de odio, aunque pierdan parte de su libertad. Merecerá el precio a pagar. Tú en un bando, yo en el otro, como en los viejos tiempos. Los agentes que

renombremos sirviendo de enlace y haciendo que todo cambie para mejor.

Morgens apartó la vista, se soltó de sus manos y asintió.

—Me va a doler tu ausencia, Fluyente. No soy nada sin ti. Sin tu guía, sin tu sonrisa, sin tus ideas…

Sintió cómo un suave y reconfortante calor se extendía por todo su cuerpo y no pudo evitar amarlo todavía más; amarlo como no había amado nunca a nadie. Se inclinó hacia adelante y lo besó.

—Lo harás bien, ya lo verás. Y yo también. Lo haremos, juntes y separades. Tú eres el mejor en tu trabajo. Llevas la infiltración y el engaño dentro de ti y la Unión se tragará todo lo que tengas que decirles. Así que escala, trepa, llega a lo más alto dentro de su agencia de Renombradores; sacrifica todo lo que tengas que sacrificar… Incluso a mí.

»Si a ti se te a bien engañar, a mí se me da bien mentir, incluso a mi propia mente. Así que no tienes nada que temer. Todo saldrá bien, te lo prometo. Tan solo… Tan solo actívame y tráeme de vuelta con tu sonrisa, tráeme de vuelta cuando haya acabado con mi parte de la misión. Tiéndeme trampas como solo tú sabes para que vuelva a ti. Me conoces, sabes que picaré si me das las pistas adecuadas.

»Ya sé que será duro y que tendrás que hacerme daño si quieres que recuerde todo esto de nuevo. Puede, incluso, que haya momentos en que te parezca casi imposible, porque si lo hago bien, si logro reprogramarme bien, tendrás que presionarme hasta llevarme al borde de la locura o de la paranoia para que empiece a recordar. Incluso entonces, puede que me niegue a creer lo que me dice mi propia mente. Así que, sé fuerte y no te rindas conmigo, por mucho que suframos. —Se acercó de nuevo a él y volvió a besarlo. Luego lo miró a los ojos sin pestañear, sin dejar de sonreír, sin dejar de amar—. Tal y como hemos acordado, todo terminará en Xhing-an, o empezará allí, más bien. Haz que sea así. Trae de vuelta el recuerdo de mi nombre.

— oOo —

Y así lo habían hecho. Primero habían *crackeado* los sistemas de la Federación hasta obtener el nombre genético de una pareja de mujeres vinculadas a la agencia que buscaban tener descendencia. Luego las habían seguido durante semanas para poder completar sus nombres verdaderos. Después las habían renombrado para que pudieran servirle de tapadera durante su larga, muy larga misión en su papel de madres. Finalmente, se había alterado como nunca lo había hecho con anterioridad. Había vuelto a ser un bebé y luego a la infancia. Un nuevo cuerpo, una nueva identidad. Una nueva mente. Unos nuevos recuerdos. Una nueva vida durante la que ni siquiera sería consciente de quién era en realidad, de quién había sido, ni, mucho menos, de lo

que iba a hacer. Tenía que creer que todo era real, que jamás había existido ninguna otra identidad. Necesitaba convertirse en el mejor agente durmiente de todos.

Y así había sido. Porque era innombrable, y eso, más que nada, había llamado la atención de los poderosos, empezando por sus madres, que ya trabajaban como científicas en unas instalaciones de alto secreto del gobierno. Por su parte, los altos mandos del Ministerio de Defensa habían creído encontrar en su persona el arma perfecta contra la Unión. Una vez moldeada y formada a su gusto, por supuesto. Al final, tras años de observación, tras forjar sus lealtades a su con=veniencia, habían hecho que entrara en la Agencia de Renombradores de la Federación y así era como los había vencido.

Ni siquiera se había dado cuenta del momento en que había renombrado a varios de los otros agentes durante la última visita que les había hecho el día que le dieron la misión. Había hecho lo mismo con Errgan y todos los representantes del gobierno y de la oposición durante las transfusiones con su sangre antes de partir hacia Xhing-an. Había insertado instrucciones diferentes en cada uno de ellos, haciéndolos afines a la paz con la Unión y, en el caso de los otros agentes y de Errgan, ordenándoles renombrar a todos los dirigentes con los que se cruzaran en sus misiones.

Y toda esa actividad, todo ese frenesí renombrador en que se había embarcado las últimas semanas, borrándose a sí misma, mismo, misme la memoria una y otra vez, ocultándose pistas de su propia investigación, lo había desencadenado una sola cosa, unos ojos azules con los que se había cruzado en un pasillo casi desierto. Unos ojos que habían activado recuerdos sepultados y reprimidos en lo más hondo de su mente.

Ahora todo cobraba sentido. El mismo proyecto quimera, iniciado por Morgens para llevarle, llevarlo, llevarla hasta Xhing-an, tal y como habían acordado. Era la única forma de poder tener un ejército de clones con ADN fluyente para ayudarles en su objetivo y transformar a la población. Luego, una vez cumplida su misión, morirían y desaparecerían sin dejar tras de sí nada salvo un charco de sangre descompuesta. Un refuerzo salvaje e inmoral, y que, sin embargo, necesitaban para completar su plan.

Pero, ante todo, porque era allí donde todo debía acabar para empezar de nuevo. Allí volverían a encontrarse, jugando al gato y al ratón. Allí cazaría a Morgens, en un escenario especialmente preparado para entreverlo acechando sus pasos, para seguirlo en un intento de darle alcance, para obsesionarse con él y que no pensara en nada más. Al mismo tiempo que, lejos, muy lejos, en todos los sistemas de la Federación, los agentes a los que había renombrado lo cambiarían todo a su paso. Simultáneamente, los agentes alterados por

Morgens harían lo mismo a lo largo de la Unión.

Por su parte, ella, él, elle, allí, en Xhing-an, había manipulado a decenas de personas con la ayuda de Morgens hasta organizar su propio secuestro. También había estado detrás de su propia acusación de traición en cuanto se había puesto en marcha todo lo que había dejado latente en Central. Se había obligado a huir, a escapar, a cazar a un fantasma que estaba formado mitad por Morgens, mitad por sus propias acciones.

Como resultado, tan solo había tenido dolores de cabeza cuyo origen desconocía y para los que siempre había encontrado una explicación. Mentiras que se había contado a sí misma, mismo, misme una y otra vez. Las había llamado migrañas tensionales, borracheras, estrés... Las había tenido cada vez que había borrado o alterado recuerdos de su mente y ni se había dado cuenta. No lo había hecho siquiera cuando había perdido un día entero. ¡Cuánta ingenuidad! ¡Cuánto maravilloso autoengaño!

Ahora todo encajaba. Incluso la pista del Aev.

«Morgens te envía recuerdos».

Uno de tantos disparadores que su amor había puesto en su camino para traerla, traerle, traerlo de vuelta hasta allí, hasta el ahora, hasta aquella azotea barrida por el viento.

¿Qué recuerdo guardas de tu nombre, Fluyente?

Una frase sencilla, una simple pregunta. Algo que habían insertado como medida de seguridad para desbloquear sus recuerdos si todo lo demás fallaba. Un último y desesperado detonante que solo funcionaría si su mente estaba lo suficientemente fragmentada como para poder insertarse en ella.

Y lo habían logrado. Vaya que sí.

«Juntes. Lo hemos hecho juntes».

— oOo —

Fluyente sacudió la cabeza y sonrió al tiempo que dejaba caer el arma al suelo. Morgens bajó las manos y su amada sonrisa cínica volvió a asomar, resplandeciendo como el sol en medio de la quietud. Volver a verla llenó su cuerpo, su alma y su mente de calor. No había sido consciente hasta ese momento de cuánto frío había pasado.

Se lanzó sobre Morgens para abrazarlo y besarlo con pasión. Había envejecido más de tres décadas y estaba encanecido y arrugado, pero seguía teniendo los mismos ojos azules que siempre había amado. Nada importaba ya, nada salvo estar junto a él de nuevo. El viaje había llegado a su fin.

Ni siquiera lo pensó. Se alteró, se modificó una vez más, y su cuerpo envejeció para equipararse a él en edad.

—Lo he logrado, estás aquí, conmigo —le oyó decir, con la voz

trabada por las lágrimas—. Tenía tanto miedo de que no funcionara, de perderte para siempre.

Sus brazos rodearon con desesperación su cuerpo siempre cambiante, siempre fluyente.

—Pero ya está —susurró en respuesta—. Todo está bien ahora. Gracias por traerme de vuelta.

—Gracias a ti por volver.

Morgens se separó de ella, elle, él y clavó sus ojos en los suyos.

—Solo nos queda esperar al efecto cascada; a que todos nuestros agentes y los clones con tu ADN renombren a la población y nos conviertan en un solo pueblo. No más Unión. No más Federación. Nuestro sueño…

—Sí.

—¿Paz por fin?

—Paz.

—Al menos, hasta que Ellos vengan.

—Sí, al menos hasta entonces. Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Pero por ahora… Sí, paz.

AGRADECIMIENTOS

El grueso de este libro fue escrito durante el confinamiento de pandemia causada por el COVID19, entre abril y junio de 2020. Fueron unos meses duros, pero gracias al tiempo «libre» que me dio pude acabar la novela a la velocidad a la que lo hice; así que, en mi caso, algo bueno salió del virus. Ha sido una historia difícil de narrar, una en la que me costó encontrar la voz narrativa aunque, una vez lo hice, creció sola y cobró una profundidad que no me había podido imaginar cuando empecé. Es, además, mi primera incursión en el thriller y en historias de espías, con toda la inseguridad que ello supone. Así que espero que os haya gustado tanto leerla como a mí escribirla.

Sin embargo, pese al aislamiento pandémico, ninguna novela se escribe en solitario. En mi caso, hubo muchísima gente desde el inicio dándome ánimos, interesándose por mis progresos y diciéndome, una y otra vez, que no me matara escribiendo o corrigiendo y que descansara, que comiera bien y bebiera agüita. La frase que más me han repetido durante el último año ha sido «pero no te mates, tía» y por eso quiero dar las gracias a todas estas personas por cuidar de mí, por preocuparse y ayudarme en la distancia… o no tan lejos.

Gracias a Joan, mi costillo, por estar ahí y darme siempre el espacio y la fuerza que necesitaba.

Gracias a mis amigues: Alberto B, Alguer (mi ahijado, por las alegrías que me da), Cano (el suyo fue el primer fanart), Cristina Gutiérrez, Dani, Darkor_LF, Elfangor, Elva Rodriguez, Isa J. González, Ismurg, Lady Laiana, Laura, Laura S. Maquilón, Laurielle Maven, Leire Zaspe, Lewis (él sabe por qué), Liz V. Breix, Marc, Marta A-Casariego, Miriam, Nora Ortega, Oriol, Sara H. Randt (doble agradecimiento por la portada tan maravillosa y perfecta que ha hecho) y al Señor M (por los libros que me prestó).

También gracias a Cristina Jurado por preguntarme si me gustaría publicar un relato en la Supersonic en honor a Ursula K. Le Guin, dado que esa historia fue el germen que luego crecería hasta convertirse en esta novela.

Finalmente, muchísimas gracias a toda la gente bonita de la editorial Crononauta por darme la oportunidad de publicar una obra

tan rara y especial como lo es Innombrable.

A todes vosotres, gracias, sois les mejores.

SOBRE LA AUTORA

Caryanna Reuven se licenció en Bioquímica por la Universidad del País Vasco y es doctora en Biología Molecular por la Universidad de Cantabria. Actualmente trabaja en una empresa farmacéutica.

Es autora de cinco novelettes de ciencia ficción. Ha autoeditado *Sueños rotos* (2015), *Horizonte 6* (2016) y *Proyecto Alfa* (2018). Con la editorial Cerbero ha publicado *I.O. Vitae* (2019) y *Rūha|Alma* (2020). Sus relatos han aparecido en varias antologías y revistas, como *Para el Maestro*, *I Premio Ripley*, *Terroríficas I*, *Alucinadas IV*, *NEUHopepunk*, *Actos de F.E.*, *La otra fantasía medieval* y *Supersonic Magazine*.

Para más información sobre la autora, consulta la web de Crononauta en www.crononauta.es.

Crononauta es una editorial alternativa y sin ánimo de lucro, cuyo propósito es reivindicar una tradición marginal en nuestro mercado: literatura de género con perspectiva de género. Es decir: enfoques alternativos para abordar la ciencia ficción, la fantasía y el terror, que hagan hincapié en las cuestiones de diversidad y feminismo.

Web: www.crononauta.es
Twitter: @CiFi
Instagram: cifi
Mecenazgo: www.patreon.com/crononauta/

En un universo donde es posible modificar a las personas, sus pensamientos y sus recuerdos, la guerra está a punto de estallar de nuevo. Para evitarlo, la Federación envía a IN.00 al sistema Xhing-an. Su misión: desarticular los avances de la Unión. Sería una tarea imposible de no ser por su habilidad para renombrarse. IN.00 fluye y cambia de forma constante; es el arma perfecta que podría inclinar la balanza en una guerra fría sin precedentes.

Innombrable es un thriller de ciencia ficción donde dos facciones intergalácticas enfrentadas intentan hacerse con el poder en un juego trepidante de espionaje. En esta carrera contrarreloj, IN.00, sin nombre, identidad, género ni apariencia fijas, intentará frustrar los nefastos planes de la Unión.

Caryanna Reuven desarrolla con gran maestría un personaje complejo que cambia y fluye sin cesar, que ocupa mil y una identidades diferentes en el transcurso de la misión más importante de toda su carrera.

ISBN 978-84-123345-4-8

9 788412 354348

Crononauta | www.crononauta.es

Diseño de la cubierta: Sara H. Randt